

esposo hostil

UN ROMANCE OSCURO DE MAFIA CON MATRIMONIO FORZADO Y PROXIMIDAD OBLIGADA

AJME WILLIAMS

ESPOSO HOSTIL

UN ROMANCE OSCURO DE MAFIA CON MATRIMONIO FORZADO Y PROXIMIDAD OBLIGADA

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
Prólogo: Dimitri
1. Vera
2. Dimitri
3. Vera
4. Dimitri
5. Vera
6. Dimitri
7. Vera
8. Dimitri
9. Vera
10. Dimitri
11. Vera
12. Dimitri
13. Vera
14. Dimitri
15. Vera
16. Dimitri
17. Vera
18. Dimitri
19. Vera
20. Dimitri
21. Vera
22. Dimitri
23. Vera
24. Dimitri
25. Vera
26. Dimitri
27. Vera
28. Dimitri
Epílogo: Vera
Epílogo Extendido: Dimitri

Copyright © 2026 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Me caso con mi enemigo para evitar una guerra.
Dimitri Volkov se casa conmigo para castigar a uno.

Él es el despiadado rey de la mafia que está convencido de que mi familia asesinó a su hermano.
Yo soy la moneda de cambio que encierra en su fortaleza—
y en su cama.

Lo que él no sabe podría costarme la vida.

Estoy embarazada.
Y el bebé no es suyo.
Es hijo del hermano al que dio sepultura.

Cada noche, Dimitri me reclama como si ya le perteneciera.
Cada día, me observa como si estuviese decidiendo si romperme…
o quedárselo todo.

Cuando empiezan a silbar las balas, me elige a mí.
Cuando descubre la verdad, no me deja marchar.

Dice que el bebé lleva la sangre Volkov.
Y eso lo convierte en suyo.

Entonces las mentiras se desmoronan.
El hombre al que enterramos está vivo.

Y viene a por su hijo.
Y por mi marido.

Tropos:
Romance mafioso oscuro
Matrimonio concertado / forzado
Diferencia de edad
Embarazo secreto
Traición retorcida

PRÓLOGO: DIMITRI

El teléfono suena en mitad del informe de proyección territorial de Ivanoff, y estoy a punto de silenciarlo. A punto. Pero el nombre en la pantalla detiene mi mano a medio camino.

Roman. Mi jefe de seguridad no llama durante una reunión de negocios a menos que el mundo se acabe.

—*Da*? —contesto en ruso, mi lengua materna se desliza como siempre que algo va mal.

—Jefe. —La voz de Roman se quiebra, y en los ocho años que lleva trabajando para mí, jamás le he oído romperse. —Tienes que venir. Ahora. El polígono de almacenes cerca de—

—¿Qué ha pasado? —Ya estoy de pie, y los tres hombres frente a mí —jugadores menores que esperan expandirse hacia los puertos— intercambian miradas nerviosas.

—Es Alexei.

El mundo se tambalea.

—¿Qué pasa con Alexei? —Mi voz sale plana y controlada. Años al frente de esta organización me han enseñado a no mostrar nunca debilidad.

—Jefe, lo siento. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Cuelgo y el teléfono casi se rompe en mi mano de la presión.

—Aquí hemos terminado —le digo a los tres idiotas que siguen sentados en mi mesa de reuniones—. Mikhail os acompañará a la salida.

No espero su respuesta; ya estoy saliendo por la puerta, bajando las escaleras, gritando a mi chófer. Las palabras que Roman no ha dicho resuenan en mi cabeza, cada vez más fuerte con cada paso.

Es Alexei.

Tienes que venir.

Lo siento.

No.

Me niego a aceptar lo que significan esas palabras. Me niego a permitir que mi mente vaya allí. Alexei está *bien*. Tiene que estar bien. Fue a una reunión con los Ashford—una negociación pacífica sobre las fronteras. Sencillo. Seguro. No le habría dejado ir si hubiese sido de otra manera.

Mi todoterreno atraviesa las calles a toda velocidad. No recuerdo haberle dicho a Anatoly adónde conducir, pero lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Mis hombres saben todo antes que yo, y el hecho de que nadie me llame, de que nadie explique nada, me dice todo lo que necesito saber.

Todo lo que no estoy preparado para saber.

Frenamos bruscamente frente al polígono de almacenes, y los veo antes incluso de salir del vehículo. Luces intermitentes. Coches patrulla de policía que están en nuestra nómina. Mis hombres—docenas de ellos—formando un círculo alrededor de algo. De alguien.

Me ven acercarme y se apartan, abriéndose como las aguas del Mar Rojo. Nadie me mira a los ojos.

Roman se lanza hacia mí, el rostro ceniciento. —Jefe, quizá deberías—

Paso de largo y atravieso la última barrera de mis hombres. Y entonces me detengo.

Hay una sábana blanca y está manchada de algo oscuro en los bordes. Cubre un cuerpo tendido en el suelo, y lo sé—*lo sé*—pero no quiero mirar. Si no miro, no es real; si no levanto esa sábana, mi hermano pequeño sigue vivo.

—Jefe. —La mano de Roman se posa en mi hombro. —Los Ashford le tendieron una emboscada. No tuvo ninguna oportunidad.

Me fallan las piernas. Yo, Dimitri Volkov, que me he enfrentado a familias rivales, a funcionarios del gobierno y a la propia muerte, siento que me flaquean las piernas.

Me arrodillo junto a la sábana.

Me tiembla la mano al extenderla hacia la esquina. Esto no está pasando. Esto *no puede* estar pasando. Alexei debía cenar conmigo esta noche. Íbamos a hablar de sus nuevas responsabilidades y de lo orgulloso que estaba de que al fin tomase la iniciativa. De cómo se estaba convirtiendo en el hombre que siempre supe que llegaría a ser.

Retiro la sábana.

Unos ojos azules miran a la nada. Los ojos azules de Alexei—del mismo tono que los de nuestra madre—, dilatados y vacíos. Su cara está pálida, casi en paz, si no fuera por los dos impactos de bala en el pecho. La sangre oscura tiñe su camisa blanca, extendiéndose como un par de alas.

Mi hermano pequeño.

El mundo se reduce a este instante. A su rostro. Al recuerdo que me golpea con la violencia de una bala.

—*¿Me enseñarás a disparar,* Dima? —Alexei, con siete años, me miraba con esos ojos azules traviesos—. ¿Como te enseñó papá a ti?

Me arrodillé a su lado en la galería de tiro de casa, le ayudé a sostener el arma correctamente. —Así, Malchik*. Y recuerda—*

Alexei soltó un gran suspiro. —Ya lo sé, ya lo sé. Nunca apuntar a algo que no quiero destruir.

Le revolví el pelo rubio. —Buen chico. ¿Y Alexei? —Esperé a que me mirase—. Siempre te protegeré, pase lo que pase. Para eso están los hermanos mayores.

Sonrió. —¿Lo prometes?

—Lo prometo.

El recuerdo se hace añicos y vuelvo al presente, arrodillado en la tierra junto al cadáver de mi hermano, sin poder respirar ni pensar. No puedo hacer nada más que contemplar en lo que se ha convertido la mentira de mi promesa.

Le he fallado.

—Sobrino.

La voz llega desde detrás de mí, suave y triste. El tío Konstantin. Gracias a Dios que está aquí. Siempre está cuando todo se viene abajo, dispuesto a recoger los pedazos.

No puedo darme la vuelta porque eso significaría apartar la mirada del rostro de Alexei.

—Lo siento mucho, sobrino —dice Konstantin, con su mano, pesada, en mi hombro—. Lo siento de veras.

—Dímelo. —Mi voz no suena como la mía. Es demasiado áspera y rota—. Cuéntamelo todo, todo lo que sepas.

—Los Ashford —empieza Konstantin con pesar—. Ellos solicitaron la reunión; territorio neutral, dijeron. Negociaciones de paz sobre las disputas fronterizas. —Le oigo suspirar—. Fue una trampa. El propio hermano de Vincent Ashford apretó el gatillo a propósito.

La frialdad se desliza por mis venas, desplazando el dolor. No borra la pena—nada podría quitar esto—, pero le da una forma. Dirección. Propósito.

—Todos van a morir. —Vuelvo a cubrir con cuidado el rostro de Alexei con la sábana, ahora con las manos firmes—. Cada maldito Ashford. Arrasaré a toda su familia.

—Dimitri —la voz de Konstantin se endurece—. Piénsate bien lo que dices. Ahora mismo estamos en minoría. Los Ashford tienen aliados, territorio y muchos recursos. Si actúas demasiado rápido, podría ser catastrófico.

—Me da igual una mierda. —Me levanto y el mundo vuelve a enfocarse de golpe. Mis hombres me observan, esperando órdenes. Esperando que su líder los guíe—. Preparad a todo el mundo. Contactad con todos, llamad todos los favores. Quiero—

—Hay que ser inteligentes con esto —interrumpe Konstantin—. Estratégicos. Tu padre habría—

—Mi padre está muerto —digo con aspereza—. Y ahora mi hermano también, porque le permití ir a una reunión a la que debería haber ido yo. —Me dirijo a Roman—. Quiero plena movilización con todos los que tenemos. Quiero información sobre cada maldito miembro de los Ashford, todas sus propiedades y negocios. Quiero saber dónde duermen por las noches.

—Jefe… —empieza Roman.

—*Ahora*.

Asiente y desaparece entre la multitud de hombres, ya haciendo llamadas.

Miro una vez más la sábana, la silueta de mi hermano bajo ella. El bebé que sostuve recién nacido. El niño al que enseñé a disparar. El hombre en el que tan orgulloso estaba de verle convertirse.

—Lo arreglaré, hermano —susurro. Las palabras me suenan vacías, insuficientes—. Lo juro por mi vida, lo juro por nuestro apellido. Lo pagarán. *Todos*. Me encargaré de que lo paguen.

La promesa se asienta en mis huesos como un juramento. Como el destino.

Mis hombres se dispersan para cumplir las órdenes. Konstantin permanece cerca, murmurando sobre prudencia y estrategia, pero apenas le oigo. Ya estoy planeando, viendo los movimientos que debo hacer.

Los Ashford creen que han ganado algo esta noche. Creen que han asestado un golpe mortal.

Se equivocan.

Esto no ha hecho más que empezar.



Más tarde, me siento solo en mi despacho. La casa está de luto absoluto, con telas negras cubriendo los espejos. Mi personal se mueve silenciosamente por los pasillos, la actividad y el ruido habituales reducidos a un respetuoso silencio.

Sostengo una fotografía de Alexei y de mí, tal vez de hace quince años. Estamos en la casa del lago de la familia. Alexei tiene trece años en esa foto y se ríe de algo que le he dicho, echando la cabeza hacia atrás, con la alegría desbordando de cada parte de él. Yo le miro con orgullo, frustración y amor a partes iguales.

Mi hermano pequeño. Una respuesta a una oración. El niño milagro, después de que mis padres luchasen tanto para tener un segundo

hijo. Siempre tan mimado y despreocupado. Me aseguré de que nunca tuviese que cargar con las responsabilidades que yo soporté. Me aseguré de que pudiera tener una vida fuera de esta organización, si así lo quería. Me aseguré de que pudiese reír como lo hace en esa foto.

Y esta noche, alguien se lo ha arrebatado. Alguien le ha robado el futuro, la risa, la *vida*.

Una sola lágrima resbala por mi mejilla antes de que pueda impedirlo. Solo una. No me permito más. No puedo darme el lujo de romperme, no cuando hay tanto por hacer.

—Te he fallado —le digo a la fotografía y al niño que ya no está para escucharme—. Te prometí que siempre te protegería y he fallado.

El silencio en el despacho es ensordecedor.

Coloco la foto con cuidado y reverencia sobre mi escritorio. Después saco una hoja en blanco y empiezo a escribir. Nombres. Ubicaciones. Recursos. Planes.

Los Ashford pagarán por lo que han hecho.

Cada. Uno. De ellos.

Me aseguraré de ello.

1

VERA

No debería estar aquí.

Ese pensamiento se repite en mi cabeza como una advertencia que decido ignorar. Estoy en la parte más alejada del cementerio, oculta entre un grupo de dolientes dispersos y curiosos que probablemente ni siquiera conocían a Alexei Volkov.

El velo negro me oculta el rostro, un encaje pesado que cuelga del ala ancha de mi sombrero, pero no es suficiente. *Nunca* será suficiente. Si alguien me reconoce—si alguien se da cuenta de que la hija mayor de Vincent Ashford está aquí…

No puedo terminar el pensamiento ni permitirme imaginar lo que podría pasar.

Pero *tenía* que venir. Tenía que despedirme, aunque fuera desde la distancia. Aunque Alexei nunca llegue a saber que estuve aquí.

El sol de agosto cae sin piedad, convirtiendo el cementerio en un horno. El sudor resbala por mi espalda bajo el austero vestido negro que elegí justamente porque no llamaría la atención.

Tengo la garganta seca, la cabeza me late, y el velo pesado me dificulta respirar. El aire titila con el calor, haciendo que todo parezca irreal, como si estuviera viendo esta escena a través del agua.

Quizá sea mejor así. Quizá, si no parece real, mi corazón no se romperá del todo.

Desde aquí puedo ver la tumba y el ataúd de caoba suspendido sobre la tierra abierta. El muro de flores—rosas blancas y lirios, tantas flores que el olor llega incluso hasta el final de la multitud. El sacerdote, con su sotana negra y el libro de rezos abierto, su voz llega como un murmullo lejano que apenas oigo por el retumbar de mi propio pulso.

Y puedo verle a *él*. Dimitri Volkov.

El hermano mayor de Alexei está junto a la tumba como un monumento tallado en piedra. Solo le había visto antes en fotografías—imágenes borrosas de vigilancia que mi padre guardaba en su despacho, breves vistas en reuniones en territorio neutral de las que no debía saber nada. Pero nada de eso me preparó para verle en la realidad.

Es *enorme*. Es lo primero que me impacta. Mide al menos un metro noventa, quizá más, y sus hombros son tan anchos que la chaqueta de su impecable traje negro apenas puede contenerlos.

Donde Alexei era delgado y ágil, con líneas elegantes y una sonrisa fácil, Dimitri es potencia y violencia contenida, envuelto en tela cara. Su pelo oscuro, casi negro, está cortado corto y de forma severa.

No se parece en nada a Alexei.

Mi novio—mi novio *muerto*—era todo luz y risas. Su pelo rubio dorado le caía sobre la frente con desparpajo y sus ojos azules brillaban cada vez que sonreía, lo cual era a menudo. Era guapo de un modo casi frágil, con rasgos delicados y un encanto natural que contagiaba tranquilidad a quienes le rodeaban.

Dimitri es su opuesto en todo. Donde Alexei era tierno, él es duro. Donde Alexei era claro, él es sombra. Su rostro parece esculpido en granito, con líneas marcadas, ángulos agudos y una mandíbula cuadrada que parece no haber conocido jamás una sonrisa. Pómulos altos y afilados. Una nariz recta, rota al menos una vez pero perfectamente soldada, con una leve desviación. Labios carnosos comprimidos en una línea fina y férrea.

Y sus ojos.

Incluso a cincuenta metros puedo verlos.

Unos ojos grises y fríos que recorren a los presentes como un depredador que examina a su presa.

Cuando leí en uno de los archivos de mi padre que los describían como «trozos de hielo», pensé que era una exageración. Ahora lo entiendo. Esos ojos no solo son grises—son del color de las tormentas, del metal de un arma, de algo helado y afilado capaz de atravesarte de parte a parte.

Escudriña a los dolientes con lentitud, y yo contengo la respiración. No puede verme desde aquí. El velo es suficiente, ¿verdad?

Pero cuando esos ojos grises cruzan mi parte de la multitud, un escalofrío me recorre a pesar del calor insoportable. Es como estar a la sombra de algo inmenso y letal, algo que podría destruirte sin siquiera esforzarse.

Mi padre tenía razón al temerle.

Dimitri no se mueve ni llora. No muestra ninguna emoción, salvo la tensión rígida de sus hombros y los puños apretados hasta que se le ponen los nudillos blancos a los lados. Tiene unas manos grandes, y puedo verlo incluso desde aquí, igual que la tensión en ellas, la violencia apenas contenida. Son unas manos que podrían matar, y probablemente ya lo han hecho.

Todo en él irradia peligro. Dominio. Poder. Y bajo todo eso, algo oscuro y roto que refleja los pedazos destrozados de mi propio corazón.

Quería a su hermano. Lo veo en la forma en que permanece de pie, en la línea rígida de su espalda, en la tormenta que asoma en esos ojos fríos. Quería a Alexei, y ahora Alexei está muerto, y Dimitri Volkov parece un hombre a un suspiro de arrasar con el mundo entero.

Mi mano se desplaza involuntariamente a mi vientre y presiona contra la superficie plana bajo la tela del vestido. Aún no hay nada que sentir. Es demasiado pronto. El bebé no es más que el tamaño de un grano de arroz, pero lo sé. Sé que está ahí.

Han pasado tres días desde que estuve en mi baño a medianoche, aferrada al borde del lavabo, observando cómo aparecían dos líneas en el test de embarazo. Tres días desde que todo mi mundo dio un vuelco.

Todavía lo veo con total claridad.

La luz fluorescente sobre el lavabo zumbando suavemente. Mi menstruación llegaba con una semana de retraso, lo cual no era raro porque el estrés siempre me desajustaba el ciclo, pero esta vez sentía algo distinto. Un peso extraño en el pecho y unas náuseas persistentes que no tenían nada que ver con los nervios.

Compré el test esa misma tarde, escondiéndolo en el bolso como si fuera contrabando, y esperé a que todos en la casa estuvieran dormidos antes de escabullirme al baño.

Tres minutos. Las instrucciones decían tres minutos.

No podía mirar. No podía respirar. Me senté al borde de la bañera, contando los segundos, con el corazón latiéndome tan fuerte que pensé que iba a vomitar.

Cuando por fin reuní el valor para comprobarlo, ahí estaba. Dos líneas rosas. Inconfundibles. Innegables.

Embarazada.

Me quedé allí, sentada en el frío suelo del baño, el test apretado entre mis manos temblorosas, y sentí alegría y pánico a partes iguales. Un bebé. El bebé de Alexei. Nuestro *bebé.*

Había imaginado contárselo de mil formas distintas. Durante una cena en nuestro lugar secreto—ese pequeño restaurante italiano en la localidad de al lado donde nadie nos reconocía. Durante una de nuestras tardes robadas, envuelta en sus brazos en la habitación del hotel que habíamos empezado a alquilar. Quietamente, en la oscuridad, su mano sobre mi vientre, los dos maravillándonos ante el milagro imposible que habíamos creado.

Llevaba esperando el momento adecuado. El momento perfecto*. Él últimamente estaba muy estresado, hablando sin parar de reuniones con su familia, con esas ganas de demostrarle algo a Dimitri, y con la tensión creciente entre nuestras familias. No quería añadir más peso a su carga ni preocuparle.*

Pensé que tenía tiempo.

Se oye el claxon de un coche y vuelvo de golpe al cementerio, de nuevo bajo el calor asfixiante, de vuelta a la realidad donde Alexei está muerto, llevo a su hijo dentro de mí y el momento adecuado nunca llegará.

Siento el ardor de las lágrimas calientes detrás de los ojos, pero no puedo llorar. No aquí. No donde cualquiera podría verme. Me muerdo con fuerza el labio inferior, saboreando la sangre, utilizando el dolor agudo para anclarme a la realidad.

El cura termina su bendición. Ahora oigo sus palabras, llevadas por la brisa cálida. —Cenizas a las cenizas, polvo al polvo…—

No. No puedo ver esto. No puedo mirar cómo bajan a Alexei a la tumba y entierran al hombre que amaba, al padre de mi hijo, el futuro que murió con él.

El cura coge un puñado de tierra y lo sostiene sobre la tumba abierta.

Me giro y me alejo.

Con cada paso, los tacones se hunden en la hierba blanda, haciéndome tropezar, pero me da igual. Solo necesito largarme de aquí cuanto antes. Necesito alejarme antes de que me desmorone por completo y haga una locura, como correr hasta la tumba y gritar la verdad a todos los que están allí reunidos.

Le quise. Amaba a Alexei Volkov, y él me amaba a mí, y íbamos a tener un hijo juntos, y le matasteis. Mi familia le mató.

Pero no puedo decir nada de eso, porque nadie sabía lo nuestro. Nadie sabía que el hermano pequeño de los Volkov y la hija mayor de los Ashford llevaban viéndose a escondidas ocho meses. Nadie sabía que nos habíamos enamorado a pesar de todo lo que defendían nuestras familias, del odio y de la violencia entre ellas.

Y ahora ya no lo sabrá nadie nunca.

Llego a mi coche, un modesto Ford Escape, nada que llame la atención, y me encierro dentro. El interior abrasa, los asientos de cuero negro lo bastante calientes como para quemar, pero me da igual. Aferro el volante con las dos manos y me obligo a respirar. Inspira. Espira. Inspira. Espira.

No llores. No te desmorones. Todavía no. Llega a casa primero.

Arranco el motor, pongo el aire acondicionado al máximo y salgo del cementerio. En el retrovisor, veo por última vez el entierro y a Dimitri Volkov, inmóvil junto a la tumba de su hermano, figura oscura contra la hierba iluminada del verano.

Doy la vuelta a la esquina y desaparecen de vista.

~

El trayecto de veinte minutos a casa pasa en un suspiro. Apenas recuerdo haber tomado los desvíos ni haber parado en los semáforos.

Mi mente está en otro sitio, atrapada entre el cementerio y ese baño de hace tres días, entre el pasado que no puedo cambiar y el futuro del que no puedo escapar.

Cuando entro por el largo camino de la finca familiar, el corazón se me para.

Mi padre está allí esperando, los brazos cruzados sobre el pecho, el miedo y la furia marcados en cada surco de su rostro.

Joder. Lo sabe.

Vincent Ashford no es un hombre alto, pero se comporta con el porte de quien lleva toda la vida imponiendo respeto. Cabello castaño oscuro ya salpicado de canas, ojos marrones penetrantes, la cara surcada por los años de lidiar con el lado más turbio de los negocios.

Dirige un imperio legítimo—bienes raíces, construcción y finanzas—pero todos saben que la familia Ashford tiene raíces más profundas y oscuras de lo que muestran los registros oficiales.

Nunca he tenido miedo de mi padre, no de verdad. Es severo, sí, y exigente, pero también ha sabido ser cariñoso a su manera.

¿Ahora mismo, en cambio? Ahora mismo me *atemoriza* de verdad.

Apago el motor y me quedo allí sentada un largo rato, las manos aún aferradas al volante. Puede que si me quedo en el coche y no bajo, esta conversación no llegue a tener lugar.

Pero él ya viene hacia mí y me abre la puerta del coche.

Joder. Mierda.

—¿Dónde demonios estabas?

No grita, lo que es aún peor.

Pienso en mentir, decir que estaba en la biblioteca o en casa de una amiga, cualquier sitio menos donde realmente estaba, pero aún llevo el velo puesto, de negro de pies a cabeza en pleno agosto y los ojos enrojecidos de aguantar las lágrimas.

Ya lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Solo está esperando a que yo lo diga.

—Al funeral —murmuro, obligando a salir las palabras—. He ido al funeral.

Por un momento no se mueve ni habla. Después me agarra del brazo—no lo suficiente para hacerme daño, pero sí con la firmeza de quien no me va a dejar escapar—y me saca del coche.

—Entra dentro *ya*, Vera.

No me suelta hasta que estamos en su despacho, la pesada puerta de roble cerrada a cal y canto detrás de nosotros. Entonces me suelta y camina hasta la ventana, pasándose ambas manos por el pelo en un gesto que jamás le había visto. Mi padre no se descoloca. Nunca pierde la compostura.

Ahora parece *horrorizado*, lo que me asusta más de lo que quiero admitir.

—¿Pero en qué demonios estabas pensando? —Se gira hacia mí de golpe y yo me estremezco al ver el miedo desnudo en sus ojos—. ¿Aparecerte allí? ¿En un entierro de los *Volkov*? ¿Sabes lo que podría haberte pasado si alguien te hubiese reconocido?

—Llevaba un velo —protesto, quitándomelo, el pelo húmedo pegado a la cabeza—. Me quedé al fondo. Nadie...—

—No lo entiendes —me interrumpe, la voz quebrada—. Los Volkov están planeando represalias. Dimitri Volkov es— —Se detiene y traga

con dificultad. Puedo ver su nuez moverse—. Va a empezar una guerra, Vera. Una *guerra de verdad*. Y si te hubiese visto allí, si tuviera *la más mínima* sospecha de que estabas allí para... ¿para qué? ¿Regodearte?

—No me estaba regodeando —digo en voz baja, con el estómago revuelto. No sé si es por el bebé o por lo que estoy a punto de admitir—. Estaba despidiéndome.

Las palabras flotan entre nosotros. Mi padre me observa y veo aparecer el horror, la incredulidad y la ira poco a poco en su rostro.

—No —susurra, los labios descoloridos—. No. Vera, dime que no lo has hecho—

—No quería que pasara —respondo, y por fin las lágrimas que había estado conteniendo se me escapan—. No quería enamorarme de él.

Mi padre se deja caer en su sillón de cuero, las piernas le fallan. De repente parece mayor, como si todos y cada uno de sus cincuenta y tres años se reflejaran en las arrugas de su cara.

—¿Cuánto tiempo? —Su voz es apenas un susurro.

Trago saliva, tengo la boca seca—. Ocho meses.

—¡¿Ocho?! —Se levanta de un salto y empieza a pasearse de nuevo —. ¿Durante ocho meses has estado viendo a Alexei Volkov? ¿Mientras nuestras familias estaban...? Jesús *santo*, Vera, ¿en qué estabas pensando?

—¡Pensaba que le quería! —Las palabras me salen a borbotones, crudas y rotas—. Le quería, y ahora está muerto, y nunca podré decírselo...

Me desplomo en una de las sillas, enterrando el rostro entre las manos. Todo mi cuerpo tiembla con sollozos que ya no puedo controlar. No puedo decirle a mi padre que también estoy embarazada del hijo de Alexei. Ya parece a punto de desplomarse con solo la noticia que acabo de darle.

Siento la mano de mi padre sobre mi hombro, pesada e insegura.

—Lo siento —dice al fin—. Lo siento mucho, cariño, pero ahora tenemos problemas más graves.

Le miro a través de las lágrimas—. ¿Qué quieres decir?

—Hay una forma de evitar la guerra —dice despacio—. Konstantin Volkov—el tío de Alexei—me propuso algo hace dos días.

La sangre se me hiela—. ¿Q–Qué tipo de propuesta?

—Un matrimonio —responde, y siento que el suelo desaparece bajo mis pies—. Entre nuestras familias. Para lograr la paz.

—¿Quién? —Pero ya lo sé. Puedo verlo en su rostro—. Papá, *¿quién?*

—Tú —dice en voz baja—. Tú y Dimitri Volkov.

Todo me da vueltas. Me agarro a los brazos de la silla, los nudillos blancos, y casi se me olvida cómo respirar.

—No —jadeo—. ¡No, no puedes!

—Eres mi hija mayor. Eres la única ofrenda que ellos aceptarán. —Se arrodilla delante de mí y toma mis manos entre las suyas. Le tiemblan—. Sé lo que te pido. Sé que es... —Gira la cabeza, los hombros le tiemblan. Normalmente me dejaría atónita ver a mi padre mostrar esa emoción, pero ahora ni siquiera estoy segura de saber cómo me llamo—. Dios, Vera, lo sé. Pero si no haces esto, todos moriremos.

Vuelve a mirarme, los ojos llenos de dolor—. Tu madre. Natasha y Lydia. Todos los que trabajan para nosotros. Todos de quienes somos responsables. Los Volkov vendrán a por todos nosotros, y no pararán hasta que no quede nada.

—M–Me estás vendiendo. —Las palabras saben a ceniza—. Me estás vendiendo al hermano de Alexei.

—Estoy salvándonos —dice, y hay un dolor real, genuino en su voz —. A todos. Es la única forma.

Pienso en mi madre. Dulce, delicada Elena Ashford, que nunca ha hecho daño a nadie. Después, en mis hermanas pequeñas, Natasha y Lydia, de solo doce años, aún inocentes y ajenas a las verdades oscuras que se esconden bajo la fachada pulida de nuestra familia.

Imagino a la señora García, nuestra ama de llaves desde que nací, y a Joe, nuestro chófer, que me enseñó a aparcar en paralelo. Todas las personas que dependen de nosotros, que confían en que mantengamos su mundo a salvo.

Y pienso en el bebé. Paso la mano de nuevo por mi abdomen, presionando sobre el secreto que escondo. Si rechazo este matrimonio, si permito que los Volkov inicien su guerra, este bebé también morirá. El último pedazo de Alexei, perdido antes de poder vivir.

—¿Cuánto tiempo tengo? —Mi voz suena hueca y extraña, como si viniera de otra persona.

—Una semana desde el sábado —dice mi padre con gravedad, el arrepentimiento claro en sus ojos castaños—. La boda es en diez días.

Diez días. Diez días hasta casarme con un hombre al que nunca he visto. Diez días hasta convertirme en la esposa de Dimitri Volkov—el hombre cuyo hermano amé, cuyo hijo llevo en mi vientre, cuyos ojos grises prometen solo hielo y odio.

Diez días hasta que mi vida termine.

Horas después, subo las escaleras hasta mi antiguo dormitorio y me tumbo en la cama mirando el techo.

La habitación está exactamente igual que cuando la dejé por la mañana. Paredes azul claro cubiertas de fotos y recuerdos. Mi viejo oso de peluche sigue en la estantería. El banco bajo la ventana donde leía, con un libro aún en el alféizar. Todo es familiar. Todo es seguro.

Todo lo que está a punto de desaparecer.

Coloco ambas manos sobre el vientre, extendiendo los dedos sobre el lugar donde nuestro bebé está creciendo. Tan pequeño. Increíblemente pequeño, pero ya cambiándolo todo.

—Lo siento mucho —susurro en la oscuridad—. Lo siento muchísimo, pequeñín.

Perdona que tu padre esté muerto. Perdona que nunca vayas a conocerle. Perdona que el hombre con el que voy a casarme nunca te amará como lo habría hecho Alexei. Perdona que tenga que tomar esta decisión.

Perdona que no haya podido salvarnos.

Las lágrimas vuelven, silenciosas e interminables. Lloro por Alexei, por el futuro que nunca tendremos. Lloro por este bebé que crecerá en un matrimonio sin amor, en una casa llena de odio y reproches. Lloro por mí, por la chica que era esta mañana y que todavía tenía esperanzas y sueños.

Y en algún lugar de la oscuridad, pienso en Dimitri Volkov, el hombre al que estaré atada en diez días.

El hombre que no sabe que llevo en mi vientre al hijo de su hermano muerto.

Dios mío, ayúdame.

2

DIMITRI

Todavía no ha amanecido cuando llego al cementerio, pero ese es precisamente el propósito. Vengo antes de que salga el sol, antes de que haya nadie para ver.

Lo último que quiero es que mis hombres vean a su jefe de rodillas en la tierra, hablando con una lápida como un loco.

No pueden ver las grietas en el frente cuidadosamente construido que mantengo todas las demás horas del día.

Cuatro días. Han pasado cuatro días desde que enterré a mi hermano pequeño, y he venido aquí cada mañana. Siempre a la misma hora y con la misma rutina. Aparco en el extremo más alejado del cementerio, camino entre la penumbra previa al amanecer y me arrodillo junto a la tierra reciente que todavía no se ha asentado sobre su tumba.

La lápida de granito negro es sencilla, con su nombre grabado en letras firmes. *Alexei Volkov*. *Querido hijo y hermano*.

Las fechas que hay debajo están demasiado cerca. Veintiocho años.

Eso es todo lo que tuvo. Veintiocho años de vida antes de que alguien le metiera dos balas en el pecho y le dejara desangrándose en un almacén.

Me arrodillo en la hierba húmeda y suelto un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Debería haber estado allí —murmuro en voz baja. Las palabras se han convertido en un ritual y en una confesión que repito cada mañana—. Tendría que haber sido yo en esa reunión. No tú.

La lápida no responde, pero tampoco lo espero. Sin embargo, sigo hablando, porque la alternativa es volver a mi finca vacía y sentarme en mi despacho fingiendo que estoy bien y que sigo teniendo el control cuando por dentro todo se desmorona.

—Me lo suplicaste —prosigo, con la voz más áspera de lo que querría—. Querías más responsabilidades. Querías demostrar que ya no eras el hermano pequeño. Y yo… —Aprieto los puños contra los muslos—. Estaba tan jodidamente orgulloso de ti. Por fin tomabas la iniciativa y querías formar parte del negocio. Creí que era una reunión segura. Solo eran territorios fronterizos en terreno neutral. Solo eran negociaciones.

Pero no lo era. Era una trampa. Una maldita ejecución.

Y yo le dejé entrar directamente.

La culpa es un ser vivo dentro de mi pecho, arañando mis pulmones, dificultando cada respiración. Todas las mañanas me despierto y, durante un instante bendito, lo olvido. Luego la realidad se impone de golpe y lo recuerdo. Alexei está muerto. Mi hermano pequeño está muerto. Y es culpa mía.

Debería haber ido yo. Debería haber mandado más hombres con él. Debería haber sospechado cuando los Ashford sugirieron territorio neutral. *Nunca* proponen territorio neutral. Tendría que haber sido más precavido, más paranoico, más…

—Te vas a poner enfermo.

No me doy la vuelta, aunque tampoco hace falta. Reconocería esa voz en cualquier parte.

—Tío Konstantin —digo, sin emoción—. Qué temprano te has levantado.

—Y tú igual. Todas las mañanas, desde hace cuatro días. —Sus pasos crujen sobre la gravilla detrás de mí—. Los hombres están preocupados.

Frunzo el ceño—. Los hombres pueden ocuparse de sus propios asuntos.

Un vaso de poliestireno aparece en mi visión periférica, sostenido por una mano curtida. Café. Negro, por el olor. Lo cojo porque rechazarlo daría aún más problemas, y estrecho el vaso caliente entre las palmas.

Konstantin se acomoda a mi lado con un suave gruñido. Tiene sesenta y dos años, es el hermano mayor de mi padre, y lleva en este negocio más tiempo del que yo llevo vivo. Ahora tiene el pelo plateado, pero sigue siendo agudo y, sobre todo, el estratega que ha guiado a la familia durante cuatro décadas de disputas territoriales y luchas de poder.

También es lo más parecido que me queda de un padre.

—No puedes seguir así, Dimitri —dice en voz baja—. Venir aquí todas las mañanas. Torturarte. No le vas a traer de vuelta.

—Lo sé —respondo, cortante.

Konstantin alza una ceja—. ¿De verdad? Porque desde donde estoy sentado, parece que intentas traerle de vuelta con pura fuerza de voluntad. —Da un sorbo a su café—. El negocio te necesita. Tus *hombres* te necesitan. Esta familia necesita a su líder, no a un fantasma que ronda un cementerio.

Quiero saltar y decirle que no tiene ni idea de por lo que paso, que él no ha perdido a un hermano y no puede comprenderlo.

Pero sería mentira. Konstantin perdió a mi padre—su hermano pequeño—hace catorce años, de un infarto. Konstantin nunca pudo despedirse.

Él sí lo entiende.

—Los Ashford —digo, cambiando de tema—. ¿Qué hay de nuevo?

Konstantin suspira, dándose cuenta de la evasiva, pero lo permite—. Se están reforzando. Han llamado a refuerzos de sus operaciones en la Costa Este. Vincent Ashford sabe que la represalia llegará, y se está preparando.

—Bien. Que tenga miedo. —La rabia que llevaba a fuego lento bajo el duelo emerge a la superficie, abrasadora y punzante—. Podríamos golpearles ahora. Esta noche. Borrarlos de un plumazo. Ya tengo los planes trazados.

—¿Y empezar una guerra que arrastraría a todas las familias de la región? —Konstantin se gira para mirarme, grave—. *Piénsalo*, sobrino. Los Ashford tienen alianzas. Socios. Familias que les deben favores. Si vas a por ellos de frente, no te enfrentarás solo a Vincent y a su hermano. Te enfrentarás a media costa este. Perderíamos tanto como ganaríamos—o incluso más.

—Me da igual —gruño—. Han matado a Alexei. Han asesinado a mi *hermano* y tú quieres que… ¿qué? ¿Que lo deje pasar? ¿Que haga como si nunca hubiera ocurrido?

Konstantin niega con la cabeza. —Quiero que actúes con inteligencia. Tu padre habría—

—Una vez más, mi padre está *muerto* —le interrumpo—. Igual que mi hermano. Así que perdóname si ahora mismo no tengo muchas ganas de ser paciente.

Nos quedamos sentados en un silencio tenso, con el único sonido de los pájaros matutinos que empiezan a despertar en los árboles a nuestro alrededor. El cielo comienza a clarear por los bordes, la aurora se cuela aunque yo no lo quiera.

—Vincent Ashford se ha puesto en contacto conmigo —dice Konstantin por fin—. Ayer. Con una propuesta.

Me río, aunque no tiene nada de divertido. —¿Una propuesta? ¿Qué pasa, va a ofrecerse a tirarse de un puente? Porque esa es la única propuesta que me gustaría escuchar.

—Un tratado de paz —dice Konstantin con calma—. Vinculante. Legalmente exigible. Una forma de evitar una guerra que ninguno de los dos puede permitirse.

Me giro para mirarle fijamente. —Estás de broma.

—Ofrece a su hija —continúa Konstantin, observando atentamente mi reacción—. Su primogénita, Vera. Veinticuatro años. En matrimonio. Contigo.

Por un momento no proceso lo que está diciendo. Las palabras no tienen sentido. Y de repente sí, y una oleada de repulsión me golpea con fuerza.

—*Ni de coña* —escupo—. Ni hablar. No pienso casarme con una de ellos. No voy a—

—Escúchame —dice Konstantin, levantando una mano—. Sólo escucha. Ella viviría en tu casa, bajo tu control, en esencia como rehén para asegurar el buen comportamiento de los Ashford. No se atreverán a actuar contra ti si su hija—la *primogénita* de Vincent—está en tus manos. Y legalmente, con el matrimonio, unirías sus territorios con los nuestros. Sus negocios se entrelazarían con los tuyos. Es protección y expansión en un solo movimiento.

Quiero rechazarlo al instante y decirle que ni de broma me voy a atar a un Ashford, y mucho menos a casarme con uno de ellos.

Pero mi mente de estratega—esa parte de mí que ha mantenido viva y fuerte a esta familia durante quince años—ya está analizando la propuesta desde todos los ángulos posibles.

Una rehén. Eso es lo que sería. Prueba viviente de que cualquier movimiento contra mí significaría su muerte. Vincent Ashford no podría tocarme sin firmar la condena a muerte de su propia hija.

Y más aún…

Podría hacerle la vida imposible. Podría hacer que pagara por lo que hizo su familia. Cada día, sería un recordatorio para los Ashford de lo que me han arrebatado.

Cada mañana, cuando Vincent Ashford se despierte, sabrá que su hija está en mi casa, bajo mi control, sufriendo por sus errores.

La idea no debería atraerme. No soy un sádico. No disfruto haciendo daño sin motivo.

Pero entonces miro la lápida de Alexei y una crueldad se apodera de mí.

—¿Qué pasa si se rompe la paz? —pregunto despacio, mientras rasco con un dedo el porexpán de mi vaso y repaso todo mentalmente—. Si aun así deciden ir contra nosotros.

La expresión de Konstantin no cambia. —Entonces ella lo pagará. Todos lo entienden. Es la naturaleza de estos acuerdos. Sería tu esposa, sí, pero lo más importante, sería tu póliza de seguro.

Levanto una ceja. Esto parece demasiado bueno para ser cierto. ¿Quién en su sano juicio accedería a algo así? —¿Y Vincent Ashford está de acuerdo con esto?

Mi tío se encoge de hombros antes de apurar el café. —Está desesperado. Sabe que una guerra destruiría a ambas familias y esta es su forma de evitarlo sin perder la dignidad. Sacrifica a su hija para salvar a todos los demás. —Konstantin se pone en pie, quitándose la tierra de los pantalones caros—. Piénsalo. No tienes

que decidir ahora, pero piensa en lo que esto podría suponer. Para el negocio. Para tu posición. Para… —Mira la lápida—. Para la justicia.

Justicia. Así lo llama él, pero los dos sabemos lo que realmente es. Venganza. Venganza fría, a largo plazo, que me permitirá hacer daño a los Ashford cada día el resto de mi vida.

Podría tenerla cerca. Vigilarla. Usarla. Hacerle sufrir de formas que no violarían los términos de la paz, pero le recordarían a ella—y a su familia—exactamente lo que han hecho.

Es *brillante*. Retorcido, enfermizo, pero brillante.

—Lo pensaré —digo por fin.

Konstantin asiente, satisfecho. Empieza a alejarse, pero se detiene. —La boda tiene que celebrarse pronto. En dos semanas, idealmente. Antes de que cualquiera de las familias tenga tiempo de cambiar de opinión o que agentes externos intenten intervenir.

Dos semanas. De hermano de luto a hombre casado en dos semanas. La absurda situación debería hacerme reír.

En lugar de eso, sólo asiento con la cabeza.

—Tío —le llamo antes de que se marche. Se gira—. ¿Has visto el informe forense de Alexei? ¿El completo?

Algo cruza fugazmente su rostro, pero es demasiado rápido para descifrarlo. —No. ¿Por qué?

Yo también me levanto, bebiendo otro sorbo de café mientras ordeno mis pensamientos. —Está incompleto. Algunos detalles no cuadran. Las quemaduras de pólvora en su camisa no corresponden con disparos a quemarropa. Y la cronología—se supone que los Ashford llegaron a las 9:40, pero la hora estimada de la muerte es a las 9:30. —Le he dado mil vueltas a esto y sigue sin encajar—. ¿Cómo puedes tender una emboscada antes de llegar?

La expresión de Konstantin se suaviza mostrando un atisbo de compasión. —El duelo te hace ver patrones donde no los hay, Dimitri —dice con suavidad—. El cuerpo fue identificado por tres de nuestros hombres más fiables y por ti. El forense lo confirmó. Alexei se ha ido. Buscar incoherencias no va a cambiar eso.

Niego con la cabeza. —Pero—

—Déjalo —dice con firmeza—. Concéntrate en los vivos y asegúrate de que esto no vuelva a ocurrir. *Eso* es lo que querría Alexei.

Se aleja antes de que pueda rebatirle, sus pasos se pierden en la mañana.

Pero su indiferencia solo aumenta mi inquietud. Algo no encaja. Lo siento en los huesos, y es el mismo instinto que me ha mantenido con vida en este negocio durante más de veinte años.

El informe forense tiene lagunas. La cronología no cuadra. Y la reacción de Konstantin—ese destello en sus ojos antes de disimular—

Lo archivo para examinarlo más adelante.

Por ahora, tengo otras cosas en las que pensar.

Vuelvo a mirar la lápida de Alexei una vez más y apoyo los dedos sobre el granito frío.

—Voy a casarme con una de ellas —le digo en voz baja—. La hija de Vincent Ashford. Y voy a hacer que pague por lo que su familia te hizo. Cada. Maldito. Día.

La promesa permanece en el espacio que separa a los vivos de los muertos.

Luego me quito la tierra de las rodillas y regreso a mi coche. El sol ya está completamente fuera, disipando el gris del amanecer. Otro día. Otra representación de fuerza y control ante mis hombres.

Pero esta noche, tengo trabajo que hacer.

~

El expediente de inteligencia es grueso. Cuarenta y tres páginas de información sobre Vincent Ashford, su familia, sus negocios y sus debilidades. Casi lo he memorizado todo, pero esta noche solo me interesa una sección.

Página diecisiete. Vera Ashford.

Saco la foto de veinte por veinticinco centímetros sujeta con un clip a la parte superior de su sección y la examino bajo la lámpara de mi escritorio.

La foto se tomó en una gala benéfica hace seis meses. Está de pie junto a su padre, sonriendo para las cámaras con un sencillo vestido negro.

Nada llamativo. Nada que atraiga miradas.

Pero incluso en esta foto profesional, cuidadosamente posada, veo por qué Vincent la eligió como su ofrenda.

Es preciosa.

La constatación me irrita. No quiero que sea preciosa. Quiero que sea olvidable, anodina y fácil de odiar. Pero no puedo negar lo que estoy viendo.

Es alta (un metro sesenta y siete, según los registros de su carné de conducir) y su postura, naturalmente elegante, sugiere años de clases de protocolo o una elegancia innata. Unas curvas que el vestido discreto no logra ocultar del todo. Suave. Femenina. Nada que ver con las mujeres duras a las que estoy acostumbrado.

El pelo le cae en ondas largas y sueltas sobre los hombros y es de un castaño rojizo con matices cobrizos que captan la luz y lo hacen parecer cobre bruñido bajo el destello de la fotografía.

Es su color natural, no ese rubio platino procesado ni ese negro azabache que suelen llevar las mujeres de nuestro entorno. El tipo de cabello que seguramente se siente como la seda al pasar los dedos por él.

Me sacudo esa idea de inmediato.

Su rostro es de forma de corazón y tiene facciones delicadas que la hacen parecer más joven de veinticuatro años. Los pómulos altos insinúan una buena estructura ósea y una nariz pequeña y recta.

Tiene los labios llenos, curvados en lo que parece una sonrisa genuina, no la sonrisa ensayada de sociedad que la mayoría muestra en estos eventos. Mandíbula suave. Nada afilado en ella.

Pero son sus ojos los que me detienen.

Incluso en una fotografía, se nota que son inusuales. Marrón cálido con destellos ámbar o dorados que parecen captar la luz.

Ese tipo de ojos que probablemente parecen brillar con ciertos reflejos.

Ojos expresivos.

El informe de inteligencia señala que es incapaz de ocultar sus emociones, que todo lo que siente se le nota en la cara.

Bien. Eso hará que romperla sea más fácil.

Paso páginas del resto de su expediente. Tiene estudios universitarios, una licenciatura en literatura de una pequeña escuela de artes liberales. Ninguna implicación en los negocios familiares, al menos no de forma visible.

Vera es voluntaria en un refugio de mujeres dos veces por semana.

Aparentemente es muy cercana a su madre y a sus hermanas mellizas menores. Ninguna relación seria registrada, aunque las notas de vigilancia mencionan que últimamente está saliendo con alguien.

Sin nombre, sin detalles.

Solo anotaciones crípticas sobre ella saliendo de casa por las tardes y regresando tarde.

Un novio. Seguramente algún civil que no tiene ni idea de lo que significa realmente su apellido. Esa relación se acabará en cuanto se convierta en mi esposa.

Vuelvo a mirar su fotografía y examino ese rostro inocente, esos ojos expresivos, esa sonrisa suave.

Parece dócil. Protegida.

Como alguien que ha estado al margen de lo más feo del negocio familiar.

Eso se acabó.

Está a punto de descubrir lo que significa ser una Ashford y lo que significa cruzarse con un Volkov. Me aseguraré de que cada día en mi casa le recuerde lo que su familia me ha quitado.

Arrancaré esa inocencia trozo a trozo. Esa sonrisa apacible desaparecerá. Esos ojos tan expresivos aprenderán a ocultarlo todo o permanecerán siempre asustados.

Se convertirá en un fantasma en mi casa. Hermosa, sí, pero rota. Un monumento viviente de lo que ocurre cuando te metes con mi familia.

Cojo mi móvil y marco el número de Konstantin.

Contesta al segundo tono. —¿Has decidido?

—Dile a Vincent Ashford que tenemos un trato —digo, con la mirada aún fija en la foto de Vera—. Me casaré con su hija, pero no en dos semanas. En una. El sábado que viene.

Hay una pausa. Luego: —Es la decisión acertada, Dimitri. Por la familia. Por el negocio.

—Lo sé —respondo en voz baja.

Por la familia. Por el negocio. Por venganza.

Cuelgo y miro una vez más la foto de Vera Ashford. Memorizo cada detalle de ese rostro inocente, esa sonrisa tranquila, esos ojos cálidos.

En una semana, será mía.

Y aprenderá lo que significa meterse con un Volkov.

—Bienvenida al infierno, Vera Ashford —murmuro a la fotografía.

Luego cierro el expediente y me pongo a planear su nueva vida.

Mi vida.

Nuestra vida juntos en el infierno.

3

VERA

Es la mañana de mi boda, pero bien podría llamarse un funeral.

El vestido blanco que me están poniendo se siente más como un sudario que como un traje de novia.

Es de seda pesada y lleva cuentas cosidas a mano, cristales que atrapan la luz de la mañana que se cuela por la ventana de mi dormitorio. Es precioso. Es exquisito. Y yo lo único que quiero es arrancármelo y salir corriendo.

Pero no puedo. Así que me quedo aquí de pie, como una maniquí, mientras la modista realiza los últimos ajustes al bajo, mientras la maquilladora retoca mi base por tercera vez, mientras mi madre se sienta en la butaca del rincón y llora.

Lleva llorando desde que entró a mi habitación hace una hora. Lágrimas silenciosas, dignas, que no deja de secarse con un pañuelo que ahora tiene deshecho en las manos.

Elena Ashford no llora a menudo.

La he visto llorar quizá tres veces en toda mi vida—cuando murió su propia madre, cuando nacieron mis hermanas prematuras y ahora.

Ahora, al contemplar cómo su hija mayor se prepara para casarse con un hombre que probablemente la destruirá.

—Lo intenté —susurra de repente, con la voz ronca y rota—. Intenté convencer a tu padre. Le supliqué. Le dije que tenía que haber otra solución. Pero él... —Su voz se quiebra—. Dijo que era la única manera de mantenernos a salvo. La única forma de detener la guerra.

—Lo sé, mamá —respondo en voz baja, aunque mi voz suene hueca y lejana—. Está bien.

—No, no está bien —dice con fiereza, poniéndose en pie. Cruza la habitación y me toma las manos entre las suyas. Sus dedos están fríos y tiemblan—. Nada de esto está bien. Eres mi niña, y estoy viendo cómo... —No puede continuar y, en lugar de acabar la frase, me envuelve entre sus brazos y me abraza fuerte, con cuidado de no estropear el vestido.

Quiero llorar y sollozar en su hombro como hacía de pequeña, cuando el mundo se me venía encima y todo daba miedo. Pero no puedo, porque si empiezo a llorar ahora, sé que no voy a poder parar.

La puerta se abre de golpe y mis hermanas gemelas irrumpen en la habitación.

Lydia y Natasha tienen doce años, idénticas en todo salvo en la personalidad.

Lydia es la valiente, todo fuego y preguntas, mientras que Natasha es más dulce y reflexiva. Ahora, sin embargo, ambas parecen inquietas.

—¡Vera! —Lydia se lanza a por mí, rodeándome la cintura con los brazos—. ¡Estás guapísima! Pero ¿por qué todo el mundo está tan triste? ¿No debería ser una boda algo alegre?

Natasha es más callada, pero me coge la mano con fuerza. Sus ojos oscuros—tan iguales a los de nuestro padre—están llenos de confusión y miedo.—¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte aquí con nosotras?

Se me parte el corazón otra vez. Son tan pequeñas. Tan inocentes.

No comprenden lo que está pasando ni saben que su hermana mayor se sacrifica para evitar una guerra.

No saben que nuestra familia mató a un hombre y que ahora yo tengo que pagar el precio.

—Tengo que irme —susurro, arrodillándome para quedar a su altura. El vestido se desparrama a mi alrededor como una nube blanca—. Pero vendré a veros, lo prometo. Y podéis llamarme cuando queráis, ¿vale?

Aunque lo diga, no estoy nada segura de que sea verdad. No sé qué clase de vida me espera como esposa de Dimitri Volkov. No sé si me dejará ver a mi familia o si tan siquiera podré salir de su casa.

Si la familia de mi futuro marido hubiese matado a mi hermana, yo tampoco les daría privilegios. Y si yo misma pienso así, Dimitri Volkov *desde luego* no lo hará.

Me siento fatal. ¿Sobreviviré siquiera a este matrimonio?

—Vamos, chicas —dice mi madre con suavidad, guiándolas hacia la puerta—. Dejad que vuestra hermana termine de prepararse.

Me abrazan una vez más—abrazos desesperados, apretados, que hacen que me duela el corazón—y entonces se marchan. La puerta se cierra tras ellas, y la habitación se queda aún más vacía.

Veinte minutos después, estoy de pie en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo a mi padre.

Papá me espera al pie, vestido con un traje color carbón, el rostro cuidadosamente inexpresivo. Pero sus ojos... sus ojos están llenos

de culpa, de dolor y... ¿es eso vergüenza?

No es capaz de sostener mi mirada más de un segundo antes de apartar los ojos.

Bien. Debería sentirse culpable. Debería avergonzarse. *Él* es quien me vende a los Volkov. *Él* es quien ha decidido que mi vida es un precio aceptable para lograr la paz.

Pero entonces veo a mi tío Marcus a su lado, y la rabia me recorre tan urgente y aguda que casi no puedo respirar.

Marcus Ashford parece satisfecho. De hecho, *satisfecho*. Hay una sonrisa autosuficiente en la comisura de sus labios, como si estuviera encantado con cómo ha salido todo.

Este es el hombre que mató a Alexei. Quien apretó el gatillo y asesinó en frío al padre de mi hijo.

Y aquí está, en mi puñetera boda, como si no hubiera pasado nada. Como si no hubiese destrozado todo mi futuro.

Quiero gritarle, bajar corriendo por las escaleras y arrancarle esa sonrisa arrogante de la cara. Quiero contarle a todo el mundo lo que hizo, lo que *todos* hicieron.

Pero no lo hago. Solo aprieto con más fuerza el ramo (rosas blancas y lirios, las mismas flores que cubrían la tumba de Alexei, qué maldita ironía) y bajo las escaleras, un paso después de otro, con todo el cuidado del mundo.

Esto se suponía que iba a ser un día feliz. El más feliz de mi vida. De niña soñaba con el día de mi boda.

El vestido blanco, las flores, la iglesia llena de gente que me quería.

Caminando hacia el altar para encontrarme con el hombre que amaba, viendo cómo se iluminaba su rostro al verme, prometiendo pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Me había imaginado caminando hacia el altar junto a Alexei Volkov. Sus ojos azules brillarían, y esa sonrisa tan bonita se dibujaría en su rostro. Me susurraría—Estás preciosa—al llegar a su lado. *Soñaba* con ser la señora Volkov.

No fui lo suficientemente concreta con mis deseos, ya que *voy* a ser la señora Volkov. Pero, en vez de ser la señora Alexei Volkov, seré la señora *Dimitri* Volkov. El hombre cuyos fríos ojos grises no prometen más que odio. El hombre que nunca me querrá, que jamás me deseará, que siempre me verá como la enemiga.

Y llevo un secreto que podría matarme.

Quiero volver a llevar la mano al vientre, pero me obligo a dejarla a mi lado. No puedo llamar la atención ni permitir que nadie sospeche. Seguramente llevo ya unas seis semanas, así que no hay nada que ver o notar, pero el saberlo me quema por dentro como una marca.

Quiero gritárselo a todos. ¡Estoy llevando un hijo Volkov! ¡Estoy embarazada del hijo de Alexei! ¡Habéis matado al padre de mi bebé!

Pero el terror me mantiene en silencio. Porque si se lo cuento—si alguien lo descubre—¿qué pasará entonces? ¿Me matará Dimitri por llevar al hijo de su hermano? ¿Intentará mi padre obligarme a deshacerme de él? ¿Se romperá la frágil paz para siempre?

No lo sé y me da demasiado miedo averiguarlo.

Así que sigo caminando. Sigo sonriendo. Sigo fingiendo que todo esto es normal, correcto, y exactamente lo que quiero.



La ceremonia de la boda se celebra en el ayuntamiento.

No es la preciosa iglesia que siempre había imaginado. No estoy rodeada de amigos ni seres queridos que hayan venido a celebrar. No hay música, ni flores, ni alegría.

En su lugar, tengo un edificio gubernamental aséptico, luces fluorescentes y paredes color beige.

Un juez que parece preferir estar en cualquier otro sitio, y dos familias que se odian, separadas por una línea invisible en mitad de la sala.

Guardias armados por todas partes. Hombres Volkov a un lado, hombres Ashford al otro. Todos tensos, con las manos cerca de las armas ocultas, preparados para que la violencia estalle en cualquier momento.

Esto no es una boda. Es un intercambio de rehenes.

Y yo soy la rehén.

Dimitri llega exactamente a la hora, escoltado por cuatro de sus hombres. Lleva un traje negro—cómo no—porque incluso en su boda parece que estuviera asistiendo a un funeral. El tejido es caro, perfectamente ajustado a su envergadura imponente, pero no hay rastro de celebración. Parece la propia muerte cruzando esas puertas.

No me mira. Ni al entrar ni al situarse a mi lado, en la parte delantera de la sala.

Ni siquiera me mira cuando el juez comienza la ceremonia con unas palabras que suenan vacías y carentes de sentido.

Me planto junto a este desconocido—este hombre que será mi marido en minutos—y ni se digna a reconocer mi existencia.

De cerca, es aún más intimidante que en el funeral. Más alto, más ancho, irradia una especie de violencia contenida que hace que la piel se me erice por el miedo instintivo. Puedo oler su colonia (intensa, con toques de cedro y humo) y sentir el calor que desprende su cuerpo.

Es real. Todo esto es real. En unos minutos, seré su esposa.

El juez está diciendo algo sobre el matrimonio, el compromiso, sobre unir a dos personas en sagrado vínculo, pero las palabras me resbalan como ruido blanco. No consigo concentrarme ni pensar. Solo puedo mirar al frente e intentar seguir respirando.

—Dimitri Volkov —dice el juez—, ¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa?

Hay una pausa. Una pausa larga, horrible, en la que pienso que quizá—*quizá*—dirá que no.

Quizá se niegue y esta pesadilla termine aquí mismo.

Entonces habla, y su voz es como hielo raspando sobre piedra.

—Sí.

Escupe la palabra como si fuese veneno, como si decirla le doliera físicamente. Hay tanto veneno en esas dos sílabas que incluso tiemblo.

El juez se vuelve hacia mí, su rostro imperturbable, como si no hubiera visto mi reacción. —Vera Ashford, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

Tengo la garganta tan apretada que apenas puedo respirar. Siento todas las miradas puestas en mí. Mi familia de un lado, la suya al otro. Todos esperando a ver si haré esto y lo llevaré hasta el final.

Las lágrimas de mi madre cruzan mi campo de visión, igual que los rostros confusos de mis hermanas. Los guardias por todas partes, la tensión, la amenaza de guerra flotando sobre todos nosotros.

Pienso en el bebé que crece dentro de mí. El último pedazo de Alexei.

—Sí —susurro. Mi voz tiembla, pero las palabras se oyen con claridad.

Los ojos de Dimitri se encuentran por fin con los míos, por primera vez desde que empezó la ceremonia.

Son exactamente como los recordaba del funeral. Grises y fríos, como astillas de hielo, pero ahora, tan cerca, veo más.

Veo la tormenta que hierve bajo la superficie. La rabia. El odio. La promesa de venganza.

Allí no hay calor. Ni amabilidad. Ni una pizca de que este hombre me vea algún día como algo distinto a una enemiga.

Solo puro y frío desprecio.

Me doy cuenta de que estoy temblando.

—Por el poder que me confiere el Estado —dice el juez, visiblemente deseando terminar cuanto antes—, os declaro marido y mujer. Ya podéis besar a la novia.

Oh.

Dios mío.

No había pensado en esta parte. Una parte de mí quiere gritar que esto es repugnante, porque ¿cómo voy a besarle si el hermano al que de verdad anhelo besar está enterrado?

Pero ya está ocurriendo, y Dimitri se gira para encararme de lleno, y no puedo huir ni escapar.

Da un paso más cerca. Tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle.

Tan cerca que puedo ver hilos plateados en su pelo oscuro, la cicatriz en su mandíbula, la total ausencia de afecto en su expresión.

Entonces alza la mano, y con los dedos me obliga a levantar la barbilla, sin suavidad. Me la sujeta con firmeza, lo bastante para que no pueda apartarme.

Y me besa.

No es el tipo de beso que se da a tu esposa el día de la boda, ni un beso como los que Alexei me dio alguna vez.

Es duro y brutal.

Sus labios aprietan los míos con fuerza suficiente para dejarme marca, y el mensaje es más que claro.

Ahora eres mía. Mi propiedad. Mi prisionera.

Se aparta al cabo de unos segundos, aunque a mí me parece una eternidad. Su mano suelta mi barbilla y se inclina tan cerca que sus labios rozan mi oído.

—Bienvenida al infierno, señora Volkov —susurra, tan bajo que solo yo puedo oírlo y el estómago se me revuelve, con el sudor resbalando por mi espalda.

Luego da un paso atrás, y el juez declara que estamos casados, y ya está hecho.

Ahora soy la señora Volkov.

La esposa de Dimitri Volkov.

Y jamás en mi vida me he sentido tan aterrada.



La celebración es lamentable.

No hay otra palabra. Se celebra en una sala de conferencias del juzgado que han decorado a toda prisa con manteles blancos y arreglos florales que no logran ocultar el aire institucional del lugar.

Ambas familias se agrupan en esquinas opuestas, todo lo lejos que pueden estando aún en el mismo evento.

Los Volkov a un lado, con sus trajes oscuros y expresiones aún más sombrías.

Los Ashford al otro, mi madre llorando bajito y mi padre con un aspecto diez años mayor que esta misma mañana.

Es una incomodidad absoluta. Nadie prueba la comida del catering. Nadie finge celebrar. Todos se mantienen en pie, tensos y expectantes, como si en cualquier momento fueran a sonar disparos.

Konstantin Volkov—el tío de Dimitri, ese hombre de cabello plateado que reconozco del funeral—se levanta para hacer un brindis. Su copa de champán brilla al alzarla.

—Por los nuevos comienzos —dice, con una voz suave y ensayada—. Que esta unión traiga paz y prosperidad a ambas familias.

Sus palabras suenan bien y diplomáticas, como si fuera un brindis de boda normal.

Pero la forma en que lo dice—ese matiz en la voz, la sonrisa fría que no llega a los ojos—hace que suene más a amenaza.

Está recordando a todos lo que ocurre si se rompe la paz.

Está diciendo, *Ahora tenemos a vuestra hija. Portaos bien.*

Algunas personas alzan la copa sin entusiasmo. La mayoría ni se molesta.

Dimitri ni siquiera reconoce el brindis. Ni me reconoce a mí. Está al otro lado de la sala, hablando con sus hombres, dándome la espalda, como si no existiera. Como si no acabara de casarse conmigo hace veinte minutos.

Estoy sola, sentada en la mesa principal, con un plato de comida intacto frente a mí, llevando el precioso vestido blanco que ahora me parece un disfraz.

Siento que me estoy disfrazando con la vida de otra persona. Me siento como una exposición, como algo puesto en una vitrina. La novia rehén. La ofrenda de paz. El sacrificio.

Mi madre intenta acercarse a mí dos veces, pero mi padre la detiene en ambas, negando con la cabeza. Es demasiado peligroso, hay demasiada tensión. Mejor mantener separadas a las familias.

Así que permanezco aquí sola, esperando, intentando no pensar en lo que viene después.

Tras una hora que se me antoja eterna, Dimitri por fin cruza la sala hacia mí. No dice una palabra. Me mira con esos ojos grises y fríos, y hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Es hora de irse.

Me pongo en pie con las piernas temblorosas y, antes de marchar, miro a mi familia una última vez. Mi madre vuelve a llorar. Mis hermanas tienen cara de miedo y confusión. Mi padre aún no se atreve a mirarme a los ojos.

Entonces la mano de Dimitri se posa en la base de mi espalda—pesada, posesiva, guiándome hacia la salida—y me marcho. Dejo atrás a mi familia. Dejo mi antigua vida. Dejo todo lo que he conocido.



El trayecto hasta la finca de Dimitri es asfixiante.

Viajamos en completo silencio en la parte trasera de su todoterreno, un chófer desconocido al volante y dos de los hombres de Dimitri delante.

Me pego todo lo posible a mi puerta, intentando poner algo de distancia entre nosotros, pero el asiento trasero no es tan grande y noto el calor de su cuerpo a mi lado.

Él mira por la ventanilla, con la mandíbula apretada y la tensión emanando de cada fibra. Sus manos, cerradas en puños sobre los

muslos, y recuerdo lo que decía la ficha: esas manos grandes y encallecidas capaces de matar.

Trago con dificultad e intento pensar en algo que decir, cualquier cosa para romper este silencio insoportable. Pero ¿qué podría decir? ¿Bonito día, verdad? ¿Gracias por casarte conmigo? ¿Siento que mi familia matara a tu hermano?

Ese último pensamiento me hace un nudo en la garganta. Abro la boca antes de poder evitarlo.

—Lo siento —murmuro—. Por Alexei. Siento mucho tu pérdida. Sé que esto no—

—No.

Su voz es tan fría y cortante que me echo hacia atrás instintivamente.

Se gira para mirarme por primera vez desde que entramos en el coche, y la furia en sus ojos me hiela la sangre.

—No te atrevas a pronunciar su nombre —gruñe—. No hables de él ni pidas perdón por lo que hizo tu familia. No finjas que te importa. Jamás— —se detiene, reprimiendo las palabras a la fuerza—. Jamás volverás a mencionar el nombre de mi hermano. ¿Lo entiendes?

Asiento, incapaz de emitir palabra con la garganta cerrada.

—Te he hecho una pregunta.

—Sí —logro decir, con el corazón desbocado—. Lo entiendo.

Vuelve a mirar por la ventanilla, y no cruzamos ni una palabra más en todo el trayecto.

El silencio es horrible. Opresivo. Pesa tanto sobre mí que apenas puedo respirar, y solo puedo pensar, *Esta es mi vida ahora. Así es como se ve el para siempre.*

~

Cuando por fin llegamos, entiendo por qué lo llaman finca y no simplemente casa.

Es *enorme*. Una mansión con aspecto de fortaleza, aislada, rodeada de altos muros y portones de hierro que se cierran a nuestro paso con un estrépito ominoso.

El edificio en sí es bello, pero de una forma fría e imponente.

Es más un castillo que un hogar.

Hay cámaras de seguridad por todas partes, instaladas a intervalos regulares a lo largo de las paredes y el tejado.

Guardias patrullan los terrenos; sus siluetas, oscuras contra el césped perfectamente cuidado.

No es un hogar. Es una prisión.

Y yo soy la prisionera.

El todoterreno se detiene en la entrada principal y Dimitri sale sin decir una palabra. No me abre la puerta ni me ofrece la mano. Simplemente espera mientras lucho con la pesada puerta y mi voluminoso vestido, a punto de tropezar en los escalones.

La puerta principal se abre y aparece una mujer mayor. Debe de rondar los sesenta años, con el cabello gris acero recogido en un moño severo. Su expresión es fría y poco acogedora, y me mira como si fuese algo desagradable con lo que le han obligado a tratar.

—Tu habitación está arriba —dice Dimitri con indiferencia, sin mirarme—. La señora Kozlov te enseñará. La tercera puerta a la derecha. No te pongas en mi camino.

Empieza a alejarse, adentrándose en la casa, y el pánico me invade.

—Espera—

Se detiene, pero no se da la vuelta.

No sé qué me impulsa a decirlo. Tal vez la desesperación. O una esperanza ingenua de que exista alguna salida de lo que sé que se avecina. Pero las palabras salen antes de que pueda contenerlas.

—¿Vamos a...— Hago un gesto impotente entre nosotros, con la cara ardiendo de vergüenza—. Quiero decir, nos acabamos de casar, así que ¿no se supone que debemos...—

No puedo terminar la frase. Que me trague la tierra aquí y ahora.

Dimitri se da la vuelta lentamente, y hay algo oscuro en sus ojos que me hace un nudo en el estómago.

—Oh, vamos a consumar este matrimonio, señora Volkov —dice en voz baja. Cada palabra es precisa y deliberada—. Necesito que sea oficial y vinculante. Pero no lo confundas con nada más.

La forma en que lo dice—tan frío, tan clínico—me revuelve el estómago.

Después se gira y se aleja, desapareciendo en lo más profundo de la casa.

La señora Kozlov sigue de pie junto a la puerta, observándome con esos ojos insensibles y llenos de juicio.—Ven —dice con sequedad—. Te enseño tu habitación.

Me tiemblan las piernas al seguirla escaleras arriba y necesito concentrarme para no acabar de bruces en el suelo.

Jamás me he sentido tan sola en toda mi vida.



Las horas pasan.

Me siento en el enorme dormitorio (mi dormitorio ahora, supongo), todavía con el vestido de novia puesto porque no soy capaz de

quitármelo. No puedo hacer nada salvo sentarme al borde de esta cama gigantesca y esperar.

Esperar lo que sé que va a ocurrir.

La habitación es bonita, pero de una forma impersonal. Muebles caros, cortinas de seda, una cama en la que cabrían cuatro personas.

Todo decorado en tonos crema y dorado, con gusto y elegancia, pero absolutamente carente de calidez.

Parece una habitación de hotel, no un lugar donde realmente vive alguien.

Aquí no hay ni rastro de personalidad. Ni fotografías, ni objetos personales, nada que me diga a quién pertenecía este cuarto antes que a mí. Si es que era de alguien.

No soy ingenua. Entiendo perfectamente lo que significa consumar un matrimonio. He estado con Alexei, está claro, ya que estoy embarazada.

Hicimos el amor decenas de veces durante los ocho meses que estuvimos juntos y fueron encuentros dulces y delicados, en los que me hacía sentir querida y deseada.

Esto no será así.

La sola idea de que Dimitri me toque, de ser íntima con un hombre que me mira con tanto desprecio, me revuelve el estómago de pura ansiedad. Y, sin embargo…

Hay algo más bajo el miedo.

Durante la ceremonia, al estar tan cerca, no pude evitar fijarme en ciertos detalles.

El perfume oscuro que le quedaba perfecto.

El calor que emanaba de su cuerpo.

La manera en que la chaqueta de su traje se le tensaba sobre los hombros anchos.

Y cuando me besó…

Fue brutal, sí, y hecho para humillar, no para celebrar. Pero también había algo más en ese beso.

Algo que encendió en mí un deseo inesperado, a pesar de la frialdad de la situación.

La forma en que me sujetó la barbilla, con esa mano fuerte y mandona.

La presión de su boca contra la mía.

Ese instante fugaz en el que noté cómo sus labios se entreabrían, el sabor a…—

No. No puedo pensar en eso. No puedo admitir que mi cuerpo reaccionó ante él, ni siquiera un segundo. Sería traicionar el recuerdo de Alexei y todo lo que se supone que siento.

Se supone que debo odiar a este hombre. Se supone que debería sentirme repugnada por él.

Pero, al parecer, mi cuerpo no ha recibido la noticia.

Oigo pasos en el pasillo. Son pasos pesados y decididos, que solo pueden ser de una persona.

El corazón me late desbocado contra las costillas.

La manilla de la puerta gira.

Y Dimitri Volkov entra en la habitación.

Me pongo de pie de forma automática, apretando el vestido entre los dedos. El corazón me golpea tan fuerte que estoy convencida de que puede oírlo.

Se ha quitado la chaqueta y la corbata, y lleva las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos, dejando a la vista unos antebrazos fuertes y marcados por cicatrices que cuentan historias de violencia que prefiero no imaginar.

Los primeros botones de su camisa están desabrochados, revelando el hueco de la garganta, y el atisbo de más cicatrices en el pecho.

Verlo así, menos formal y más crudo, me hace sentir las piernas flojas incluso mientras lucho *con todas mis fuerzas* por no fijarme en cómo se mueve.

Cada paso suyo es medido y controlado, como el de un depredador acechando a su presa.

Tan distinto a Alexei.

Me da miedo, y odio fijarme en todos estos detalles. Odio que, a pesar de todo, no pueda dejar de grabar en mi memoria la forma en que la tela blanca se estira sobre su pecho en cada respiración, el vello oscuro del cuello, las cicatrices en los antebrazos que hablan de violencia.

—Solo vamos a hacer esto una vez para que quede oficial —dice sin rodeos. Su voz es plana, práctica—. Eso es todo.

Eso es todo. Como si no importara. Como si *yo* no importase.

Asiento porque no me sale la voz. No me fío de que no me tiemble o de que directamente se me rompa.

Él se acerca despacio, con intención, y cada fibra de mi ser me pide a gritos que retroceda, que huya, que haga cualquier cosa menos quedarme aquí esperando. Pero me obligo a permanecer quieta, aunque todo mi cuerpo tiembla.

Cuando él llega hasta mí, no me toca de inmediato.

Me rodea por detrás, y escucho el suave sigilo de sus pasos, siento el calor de su cuerpo a mi espalda.

Respiro más rápido.

Y más superficialmente.

Entonces sus dedos están en la cremallera de mi vestido y me quedo completamente quieta.

El sonido de la cremallera parece ensordecedor en la habitación en silencio. Sus nudillos rozan mi piel desnuda mientras la baja—apenas un roce ligero, totalmente impersonal—pero es como una descarga eléctrica. No puedo dar un paso atrás ni moverme. Es como si mis pies estuvieran clavados en el suelo, como si mi cuerpo no obedeciera las órdenes desesperadas que mi cerebro le está enviando.

Oigo mi propia respiración, un jadeo agudo.

El vestido cae a mis pies con un susurro suave de seda, y de repente estoy ahí, de pie, con nada más que el conjunto de ropa interior blanca y sencilla que me compró mi madre. No es nada seductor ni está destinado a tentar. Solo es algodón blanco y encaje, nupcial e inocente.

Me siento tan expuesta y vulnerable pero cuando intento mover las manos para cubrirme, no me obedecen. Se quedan a mis costados, temblando.

Dimitri vuelve a rodearme hasta quedar frente a mí, y sus ojos recorren mi cuerpo lentamente y sin perderse ni un solo detalle. Veo que algo titila en esas profundidades grises y frías, pero está ahí y desaparece tan rápido que quizá me lo he imaginado. Pero entonces aprieta la mandíbula, y esa máscara inexpresiva vuelve a instalarse en su rostro.

—A la cama —dice en voz baja.

No es una petición. Es una orden.

Me muevo con las piernas temblorosas, subo a la enorme cama y no sé qué hacer con las manos, ni dónde mirar, ni cómo comportarme.

Esto no es como me imaginaba mi noche de bodas.

Dimitri se queda de pie al borde de la cama, y sus manos van a los botones de su camisa.

Debería apartar la mirada y cerrar los ojos. Debería hacer cualquier cosa menos observar cómo se desabrocha metódicamente cada botón, revelando poco a poco el cuerpo que hay debajo.

Pero no puedo apartar la vista.

La camisa se abre, y *joder*.

Dimitri Volkov tiene un cuerpo hecho para la batalla. Es la única forma de describirlo.

Donde Alexei era esbelto y ágil (un físico de nadador con piel suave que rara vez veía el sol), Dimitri es fuerza brutal y la violencia hecha carne.

Su pecho es ancho y musculoso, el tipo de músculo que se consigue tras años de entrenamiento físico y violencia, no en un gimnasio.

Sus hombros son enormes, cada uno surcado de fuerza.

Su abdomen es un paisaje de músculos duros, definidos y marcados, que se estrechan hasta unas caderas delgadas.

Y las cicatrices.

Dios santo, las *cicatrices*.

Están *por todas partes*. Una larga y cruel cruzando sus costillas que parece hecha por un cuchillo.

Cicatrices de bala—pequeños círculos fruncidos—en su hombro izquierdo y una peligrosamente cerca del corazón.

Hay marcas más pequeñas en sus manos y en los brazos. Su cuerpo es un mapa de violencia y de una vida al borde de la muerte.

El cuerpo de Alexei era bonito y perfecto. Sin marcas, salvo algún moratón de fútbol o la cicatriz infantil de una caída en la bici.

Era blando en el lugar justo, dulce, seguro.

Dimitri no es nada de eso.

Él es peligroso. Duro. Cada línea de su cuerpo grita depredador, superviviente, asesino.

Y no puedo dejar de mirarle.

La vergüenza me inunda, caliente y nauseabunda. ¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué los estoy comparando? ¿Por qué estoy mirando a este hombre—este hombre que me odia, que se casó conmigo por venganza—y noto el calor acumulándose bajo en mi vientre?

Alexei lleva muerto menos de dos semanas. Menos de dos semanas, y estoy tumbada en la cama de otro hombre, embarazada del hijo de Alexei, y yo—

Soy una persona horrible.

Dimitri se quita la camisa del todo, dejándola caer al suelo, y cuando avanza hacia la cama, puedo ver cómo los músculos se contraen y flexionan bajo su piel.

La forma en que se mueve, con esa gracia de depredador a pesar de su tamaño, como un gran felino o una criatura hecha para cazar.

Cuando Alexei se movía, lo hacía con elegancia y soltura. Fluido. Casi como si bailara.

Dimitri se mueve como si la violencia estuviese apenas contenida.

Deja de compararlos, grita mi mente. *Déjalo ya. Déjalo. Para.*

Pero no puedo.

El colchón se hunde bajo su peso, y de pronto está ahí, todo ese músculo y poder apenas contenido cerniéndose sobre mí.

De cerca, puedo ver más detalles—cómo sube y baja su pecho con cada respiración, el vello oscuro disperso por sus pectorales, cómo su piel es más oscura que la de Alexei, de un tono más aceitunado, en contraste con la palidez rusa de Alexei.

Para ya, me ordeno desesperadamente. *No pienses en Alexei. No compares. Simplemente... deja de hacerlo.*

Pero la culpa me está devorando viva incluso mientras el deseo indeseado se enrosca con más fuerza en mi estómago.

La mano de Dimitri roza mi piel y me estremezco.

Su mano es grande y cálida. Con callos que hablan de violencia y de trabajo duro.

Se extiende por mi caja torácica, y algo se enciende dentro de mí que no quiero sentir. Que no debería sentir.

Él es el enemigo. Me odia. Debería repelerme.

Pero cuando me atrae hacia él—cuando el calor de su cuerpo se pega al mío y el aroma masculino me envuelve—gimo sin poder evitarlo.

Mi cuerpo se arquea instintivamente hacia él, buscando ese calor, ese contacto, aunque mi mente grite que está mal.

—Ahora eres mía —murmura contra mi cuello, su aliento ardiendo sobre mi piel. Su mano sube y rodea la nuca, sus dedos se entrelazan con mi pelo—. Legalmente. Por completo. *Mía*. Dilo.

Niégate, *Vera*, me ordena el cerebro. Tengo que luchar y hacer cualquier cosa menos darle lo que quiere.

Pero algo en esa orden—en la posesividad de su voz, en la forma en que aprieta mi pelo—despierta en mí algo que no comprendo.

—Soy tuya —susurro.

Y me odio por ello.

Lo que sigue no es delicado ni dulce. No se parece en nada a los encuentros tiernos y amorosos que tuve con Alexei.

Los labios de Dimitri cubren los míos, su lengua se cuela en mi boca y prende fuego a todo mi cuerpo. Yo—yo no me esperaba eso.

No me esperaba el golpe de calor que me recorre en respuesta a él y no me esperaba encontrar mis propias manos ascendiendo y rodeando sus caderas desnudas.

Tocar su piel me provoca una sensación extraña por dentro.

Intento no pensar demasiado en esa sensación, sobre todo cuando oigo el gemido patético que se me escapa cuando se aparta de mis labios para dibujar una línea de besos ardientes, lametones y mordiscos por mi garganta, sus manos dejando mi pelo para bajar bruscamente mi lencería.

Clavo las uñas en sus caderas cuando muerde mi clavícula con rudeza, sus manos recorriendo mi cuerpo hasta acunar mis pechos.

Aprieto los dientes, intentando contener un gemido de placer cuando empieza a hacer rodar mis pezones entre sus dedos, pellizcando lo justo para que escueza, pero sin llegar a hacer daño de verdad.

Me odio a mí misma cuando el gemido se me escapa igualmente y cuando descubro mis manos desabrochando sus pantalones con rapidez.

Pensa en Alexei, me digo a mí misma. *Imagina que son su boca y sus manos las que te tocan.*

Pero es difícil pensar en él cuando Dimitri es tan distinto.

Dimitri se quita los pantalones con una facilidad insultante y se pega contra mí y, por Dios *santo*, sentir su polla dura como una piedra contra mí casi me hace perder el control.

Mis manos se aferran a las sábanas bajo mí, luego suben para agarrar sus hombros, sintiendo el músculo duro y las cicatrices en

relieve bajo mis palmas, acercándole aún más a pesar de que mi mente grita que debería estar empujándole lejos.

Estoy aterrorizada. De él. De esto. De la intensidad de lo que estoy sintiendo.

Pero bajo el miedo hay algo crudo y vergonzoso.

Algo que responde a su contacto de una forma que me resulta horrible.

Mi cuerpo quiere esto aunque mi mente grite que no debería.

Susurra cosas contra mi piel—cosas oscuras y posesivas sobre pertenencia y propiedad—y en vez de repulsión, siento el deseo creciendo en mi interior.

—Ahora, cada parte de ti me pertenece —gruñe contra mi garganta, sus manos por todas partes, recorriendo mi cuerpo como si quisiera memorizarlo—. Cada centímetro. Cada aliento. Mía.

Debería odiarlo. Debería odiarle.

Pero no lo hago. No puedo.

Cuando por fin me penetra, duele, no porque sea brusco, sino porque estoy tensa y sobrepasada.

Jadeo, las uñas hundidas en sus hombros, y durante un instante, él se queda quieto.

Apoya la frente en la mía, y siento su respiración áspera e inestable rozando mis labios.

Por un breve segundo, veo en sus ojos algo que no es frío, pero desaparece enseguida, sepultado de nuevo bajo el hielo.

Empieza a moverse, despacio al principio, dándole a mi cuerpo tiempo para acostumbrarse a su entrada.

El dolor se va, reemplazado por otra cosa.

Algo que crece con cada embestida deliberada.

Sus manos están en todas partes—una aferrando mi cadera con la fuerza suficiente para dejarme un moratón, la otra deslizándose por mi costado, acariciando mi pecho, enredándose en mi pelo.

Con Alexei, fue todo dulzura y suavidad. Me hizo el amor y me regaló caricias delicadas. Susurró palabras tiernas. Movimientos lentos, cuidados, pensados para dar placer sin avasallar.

Dimitri no hace el amor. Posee. Reclama. Toma.

Y por alguna razón inexplicable, mi cuerpo responde.

Cuando acelera el ritmo, sus movimientos se vuelven más bruscos, más exigentes, me escucho emitir sonidos que nunca he hecho. Sonidos desesperados, necesitados, que deberían avergonzarme pero, de algún modo, no lo hacen. Mis piernas se enroscan instintivamente en su cintura, atrayéndolo más dentro de mí, y él gime—sí, *gime*—contra mi garganta.

Su boca encuentra la curva donde mi cuello se une al hombro, los dientes rozan esa piel sensible y me arqueo contra él sin poder evitarlo.

Mis manos bajan por su espalda, sintiendo cómo se tensan y se flexionan esos músculos poderosos con cada movimiento, notando los bordes marcados de más cicatrices que no puedo ver.

Prueba de violencia. De supervivencia. De una vida tan distinta a la mía que ni siquiera puedo imaginarla.

—Mírame —gruñe contra mi cuello, y no es una petición. Es una orden a la que no se puede decir que no.

Fuerzo mis ojos a abrirse y me encuentro con esa mirada gris, y lo que veo en ella me deja sin aliento.

Intensidad. Pura, avasalladora intensidad. Sus pupilas dilatadas, la mandíbula tan tensa que le veo el músculo temblar, todo ese control

cuidadoso resquebrajándose por los bordes.

Está perdiéndose en esto tanto como yo, aunque nunca lo admitiría. Aunque odie que esté sucediendo.

—Sientes... —Se corta, la mandíbula trabajando como si las palabras le costasen salir. Su mano se interpone entre ambos cuerpos, presionando el pulgar sobre mi clítoris justo donde lo necesito. Todo mi cuerpo tiembla cuando el placer me atraviesa—. Di mi nombre —gruñe—. Di a quién perteneces.

—Dimitri —jadeo, y el sonido de su nombre en mis labios parece hacerle estallar por dentro.

Sus movimientos se vuelven casi desesperados, perdiendo aún más el control con cada embestida. Una mano se aferra a mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para reclamar mi boca en un beso hecho de dientes, lengua y pura posesión.

La otra mano sujeta mi muslo, levantando mi pierna más alto a la altura de su cintura, cambiando el ángulo hasta que todo se vuelve estrellado.

El placer sube hasta un punto insoportable. Tiemblo, jadeando su nombre una y otra vez, aferrándome a sus hombros anchos como si fuera lo único sólido en un mundo que da vueltas sin freno.

Mi cuerpo está tan tenso que siento que podría romperme, cada terminación nerviosa ardiendo, y cuando su pulgar vuelve a presionar mi clítoris con la intensidad justa—

Me rompo.

El orgasmo me arrasa como una ola gigante, intenso, abrumador y muy distinto a cualquier cosa que haya sentido antes.

Con Alexei, el placer había sido dulce, creciendo poco a poco y rompiendo suavemente como una ola cálida que acaricia la orilla.

Esto es violento y arrebatador. Me atraviesa con la fuerza de una tormenta, haciéndome gritar—su nombre, sí, pero el sonido es crudo y desesperado.

Siento el ritmo de Dimitri vacilar, todo su cuerpo poniéndose rígido encima de mí, cada músculo en tensión.

Entonces me sigue, cayendo al abismo conmigo con un gemido que parece arrancado de lo más hondo de su ser.

Su rostro se esconde en mi cuello, su aliento es caliente y entrecortado contra mi piel, y durante un momento fugaz, su control cuidadosamente mantenido se desmorona por completo.

Por un segundo, no es el asesino frío y controlado. Es solo un hombre, perdido en el placer, vulnerable.

Pero la realidad vuelve a golpearnos.

4

DIMITRI

Escucho mi nombre en sus labios—jadeante, desesperado y completamente deshecho—y algo salvaje ruge dentro de mí.

Mía.

La palabra retumba en mi cabeza con cada embestida. Es mía. Legalmente, físicamente, completamente mía. Su cuerpo se arquea bajo mí, temblando, dejando escapar gemidos y suspiros que me vuelven completamente loco, con esos sonidos ahogados que no deberían afectarme como lo hacen.

Se suponía que esto iba a ser una consumación corriente y nada más. Tendría que haber sido aburrido.

No lo es.

Es lo más intenso que he experimentado nunca, y el hecho me enfurece casi tanto como me embriaga.

Ella me responde de formas que serían impensables teniendo en cuenta que soy su enemigo, que está aterrada hasta la médula, y que toda esta situación es un desastre sin arreglo.

Pero su cuerpo no miente. Se arquea al buscar mi contacto, tiembla bajo mis manos, y su coño me aprieta como si hubiera sido hecha para esto.

Hecha para *mí*.

Y cuando se deshace y grita mi nombre, la oscuridad y la satisfacción me recorren por dentro. El poder de eso. Saber que puedo hacerle reaccionar así a pesar del odio, el miedo y las circunstancias que nos han traído hasta aquí.

Es tan embriagador que me asusta de verdad.

Intento convencerme de que no significa nada. Solo es biología, una reacción física, su cuerpo traicionándola como suelen hacerlo los cuerpos. Mecánica simple, reacciones químicas, terminaciones nerviosas disparándose, etcétera.

Pero la manera en que se rinde a mí (luchando cada segundo, pero rindiéndose de todas formas) despierta algo oscuro y primitivo muy dentro de mí.

Quiero romperla. Quiero hacer que reconozca que lo desea. Que me desea. Quiero oírla suplicar por ello.

Y me odio por querer eso. Odio que esto me esté afectando en absoluto, cuando no debería ser más que un trámite.

Cuando por fin me permito terminar, es con un gruñido que suena más animal que humano. Hundo el rostro en su cuello para ocultar cualquier expresión que amenace quebrar el control que tanto me esfuerzo en mantener, respirando con fuerza contra su piel.

Por un instante, pegado a ella, con ambos jadeando y temblando, quiero quedarme.

La necesidad es tan fuerte que me desconcierta.

Entonces la realidad me sacude de golpe. Recuerdo quién es. Qué es. Una Ashford. La enemiga. La hija del hombre cuya familia

asesinó a mi hermano.

Esto no significaba *nada*. No puede significar nada.

Me aparto de inmediato, rodando hacia un lado. La repentina pérdida de su calidez y suavidad me resulta extraña, casi incorrecta. Nos quedamos tumbados en la enorme cama, sin tocarnos, ambos respirando con dificultad, y el silencio se vuelve insoportable.

Puedo sentir su confusión irradiando de ella en oleadas, y percibo cómo intenta procesar lo que acaba de suceder. Está esforzándose por entender por qué su cuerpo respondió así ante un hombre que la odia.

Bien. Que esté confundida. Que se lo pregunte. Que se quede ahí, dándole vueltas a cómo su cuerpo la traicionó, a cómo reaccionó ante quien se supone es su enemigo.

Quizá eso sea castigo suficiente en sí mismo.

Pero el pensamiento no me satisface como debería. Al contrario, esa incómoda opresión regresa a mi pecho—la misma que llevo sintiendo desde que la vi en la ceremonia y la observé caminar por ese pasillo, asustada, hermosa y terriblemente joven.

Me obligo a incorporarme y empiezo a vestirme. Las manos me tiemblan menos de lo que esperaba al ponerme los pantalones y abotonarme la camisa. Es memoria muscular, movimientos automáticos que no requieren pensamiento alguno.

No la miro, porque si lo hago—si la veo sonrojada y completamente rendida en la cama, su pelo desparramado sobre la almohada—podría hacer algo imperdonablemente débil.

Como volver a ella.

—¿Te vas?—

Su voz es pequeña, insegura, y consigue hacerme detener con la mano aún en la camisa, a medio vestir.

Debería decirle que sí y marcharme sin dar explicaciones ni disculpas. Tiene que quedarle clarísimo que esto ha sido una transacción y nada más.

En cambio, me escucho decir con frialdad: —Te lo dije. Una vez basta para que sea vinculante.—

Sé que estas palabras son crueles, pero pretendo herir y crear distancia entre nosotros. Necesita recordar lo que esto es en realidad.

Un acuerdo de negocios. Una situación de rehén. Venganza.

Nada más. *Nunca* seré el marido que quieres.—

Cuando llego a la puerta me esfuerzo por no mirar atrás, aunque una parte de mí lo desea desesperadamente. Aprieto el pomo con tal fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Luego la atravieso, cerrándola tras de mí, y por fin puedo volver a respirar.



Termino en mi despacho con una botella de whisky que se suponía debía durarme todo el mes.

Es la una y media de la madrugada. La casa está en silencio, salvo por el crujido ocasional de la madera vieja asentándose y el sonido de mi equipo de seguridad patrullando fuera. Debería dormir, o al menos intentar descansar antes de enfrentarme a la montaña de negocios que me esperan mañana.

En cambio, me sirvo otro vaso y me quedo mirando la ventana oscura, viendo cómo mi propio reflejo me observa.

Aún puedo olerla en mi piel. Pese a la distancia, su aroma se aferra a mí. ¿Flores, quizá? ¿O vainilla? Sea el perfume o el champú que use, es una auténtica locura.

Debería ducharme y borrar cualquier rastro de ella.

Pero no me muevo.

Mi mente sigue reproduciendo momentos que debería olvidar. Cómo temblaba bajo mis manos. El pequeño jadeo que soltaba cuando la tocaba. El sonido de mi nombre en sus labios—no asustada, no enfadada, sino sin aliento, desesperada y deseándolo.

—*Dimitri*.

El recuerdo hace que el deseo me golpee directamente en la entrepierna, y tengo que reprimirlo con dureza. Esto es, precisamente, lo que no debería estar pensando. Lo que no puedo permitirme pensar.

Es una *Ashford*. La hija de *Vincent* Ashford. Su tío apretó el gatillo que mató a mi hermano. Su familia es responsable de la muerte de Alexei, y ninguna cantidad de química o de respuesta física cambia ese hecho fundamental.

Apuro el vaso y me sirvo otro, recibiendo con gusto el ardor.

Esto es una locura temporal, una atracción física que enturbia mi juicio. No significa nada. Mañana volveré a tener el control y recordaré por qué está aquí y lo que representa.

Mañana, volveré—

Mi móvil vibra. Un mensaje de Roman.

Todo tranquilo. La boda fue según lo planeado. Ambas familias se dispersaron sin incidentes.

Cierto. La boda. El matrimonio. El tratado que se supone evitará una guerra.

Ahora estoy casado. Con Vera Ashford. No—Vera *Volkov*. Mi esposa.

La palabra me resulta extraña y ajena, como si no encajara en lo que esto realmente es.

Dejo el móvil y busco la foto de la boda que alguien me envió antes. Los dos de pie, rígidos, uno junto al otro mientras el juez recitaba su letanía. Ella aparece aterrada en la foto, con el rostro pálido bajo el velo, aferrando el ramo con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

Y yo parezco—

Parezco exactamente lo que soy. Un hombre que acaba de casarse con la hija de su enemigo para vengarse.

Frío. Duro. Implacable.

Esto es lo que quería, ¿no? Hacer que los Ashford pagaran. Tener poder sobre Vincent. Poseer algo valioso suyo, del mismo modo que ellos me arrebataron algo valioso a mí.

Pero ahora ella está arriba, y aún puedo sentir el eco de su caricia sobre mi piel, oír su voz quebrándose al pronunciar mi nombre, y nada de esto parece ya tan sencillo como la venganza.

La confusión es casi peor que la rabia. Al menos la rabia sé de dónde viene. Puedo utilizarla. Me ha mantenido enfocado y firme durante las últimas tres semanas.

Pero esto—este incómodo enredo de deseo y odio—esto no sé cómo gestionarlo.

Recuerdo la forma en que me miró durante la ceremonia. Asustada, sí, pero había algo más bajo el miedo. Cuando la besé—ese beso breve, brutal, para imponerme—sus ojos se cerraron apenas un segundo antes de abrirse de golpe, como sorprendida.

Sorprendida de sí misma. De su propia reacción.

Y esta noche, cuando esperaba encontrar hielo o resignación o una aceptación pasiva, descubrí—

Fuego.

Escondido bajo todo ese miedo y vulnerabilidad había calor. Calor real, innegable, que igualaba al mío aunque no tuviera ningún sentido.

Apuro otro vaso y agradezco la entumecedora sensación que empieza a invadirme en los márgenes. Por esto mismo debería haber mantenido las distancias y tratarlo como el mal necesario que debía ser.

Pero en su lugar, dejé que me arrastrase y me permití olvidar—aunque sólo fuese un momento—quién es ella y por qué está aquí.

No puede volver a pasar.

Da igual la atracción física que exista entre nosotros. Es irrelevante. Carente de sentido. Me casé con ella para herir a su familia, para mantener el control, para impedir una guerra que me costaría más de lo que puedo soportar perder.

No me casé con ella para—

Suelto una carcajada. ¿Para qué? ¿Desearla? ¿Preocuparme de si está cómoda o confusa o si está despierta ahora preguntándose qué demonios acaba de pasar?

Me sirvo otro vaso, pero la mano se detiene a medio camino de mis labios.

Su familia mató a Alexei. *Eso* es lo único que importa. *Esa* es la verdad que lo eclipsa todo. El hermano de Vincent Ashford asesinó a mi hermano, y tanto da si Vera lo sabía o no, o si estuvo implicada; sigue siendo una de ellos.

Sigue siendo la enemiga.

Miro la foto de Alexei en mi escritorio. Su sonrisa. Su alegría. Todo lo que le arrebataron.

—Lo siento —murmuro a la fotografía—. Lo siento, hermano. Estoy haciendo esto por ti. Por justicia.

Pero las palabras suenan vacías incluso a mis propios oídos.

Porque esta noche no ha parecido justicia. Ha sido algo totalmente diferente.

Termino el vaso y busco de nuevo la botella, pero está vacía. ¿Pero qué demonios? ¿Cuándo ha pasado eso?

Todo empieza a darme vueltas y el cansancio me arrastra con manos pesadas. Debería irme a la cama y dormirlo.

Pero no puedo subir porque *ella* está allí. No quiero correr el riesgo de estar tan cerca de nuevo ni fiarme de mí mismo para no—

No.

Dormiré aquí. En el sofá de mi despacho. Así es más seguro.

Más seguro para los dos.

Porque la auténtica locura (eso que me mantiene despierto y bebiendo a las dos de la mañana) no es que la odie.

Es que no estoy seguro de hacerlo.

Y esa confusión, esa incertidumbre, es más peligrosa que cualquier enemigo al que me haya enfrentado jamás.

5

VERA

Me despierto sola.

La realidad me golpea antes incluso de abrir los ojos. La cama está demasiado fría y el espacio a mi lado sigue intacto. En algún momento de la noche, he alargado el brazo dormida (¿una esperanza inconsciente de que tal vez él volvería? No lo sé), pero mi mano solo ha encontrado sábanas vacías.

Por supuesto que no volvió. ¿Por qué lo haría?

Permanezco tumbada un buen rato, mirando el techo, intentando no pensar en lo de anoche, intentando no recordar cómo respondió mi cuerpo ante él, los sonidos que hice, cómo grité su nombre como si—

Basta.

Pero no puedo parar. Los recuerdos me atacan con una viveza humillante. El calor de su piel contra la mía. La forma en que sus manos acariciaban mi cuerpo. La intensidad en esos ojos grises cuando me ordenaba que le mirara. Y lo peor de todo: el placer. Ese placer abrumador, devastador, que me atravesó como nada que hubiera sentido jamás.

Alexei siempre se aseguraba de que estuviera cómoda y de que me sintiera querida. Hacer el amor con él era conexión, ternura, dos personas que se cuidaban expresándolo a través del contacto.

Lo de anoche no tuvo nada que ver con eso.

Lo de anoche fue *posesión*. Dominio. Dimitri tomando lo que era suyo por derecho, marcándome, reclamándome de una manera que debería haber sido lo peor del mundo y nada más.

Pero no fue solo eso, y es precisamente eso lo que me hace querer salirme de mi propia piel. Porque una parte retorcida y traicionera de mí lo deseó y respondió a su rudeza, a la orden en su voz. Mi cuerpo me traicionó de la peor forma posible, desmoronándose hasta perderme por completo.

He traicionado a *Alexei*.

El pensamiento duele tanto que parece que me hayan apuñalado. Alexei, que me amaba. Alexei, que me hacía reír. Que hablaba de nuestro futuro juntos con tanta esperanza en sus preciosos ojos azules. Alexei, cuyo cuerpo aún está casi frío bajo tierra, cuyo bebé crece ahora mismo dentro de mí.

Y he dejado que su hermano me folle. He dejado que Dimitri me toque, me posea, y *lo he disfrutado*.

Soy una persona horrible. De lo peor.

Lágrimas calientes se deslizan por mis sienes y se pierden en mi pelo, pero no emito ni un sonido. Simplemente me quedo allí, en esa cama enorme, en la casa de un desconocido, y me odio con una ferocidad que me deja sin aliento.

Mi mano se posa sobre mi vientre, presionando contra la superficie plana. Gracias a Dios todavía no hay señales de que lleve un bebé, pero *yo lo sé*. Sé que ahí dentro está creciendo una vida diminuta. El hijo de Alexei. Nuestro milagro. La última parte de él que queda en este mundo.

—Lo siento —susurro al bebé que aún no puede oírme—. Lo siento muchísimo. No quise... no quería...—

¿Pero de qué sirve lo que yo quisiera o intentase? Ha ocurrido. Y ahora tengo que vivir con el hecho de que, menos de dos semanas después de perder a Alexei, ya estaba en la cama de otro hombre. En la cama de su *hermano*. Gimiendo de placer estando embarazada de Alexei.

La culpa se me enrosca en la garganta como unas manos, apretando, dificultándome respirar. Me encojo de lado, subiendo las rodillas al pecho, y dejo que las lágrimas fluyan en silencio. Todo mi cuerpo tiembla con sollozos mudos, la pena, la vergüenza y el desprecio por mí misma se desbordan en oleadas.

¿Cómo he podido? ¿Cómo ha podido mi cuerpo responder así ante un hombre que me odia? ¿Que se ha casado conmigo por venganza? ¿Que solo me ha tocado para dejar claro que yo le pertenezco?

Y lo más terrible (lo que me hace querer desaparecer del todo) es que una parte pequeña y horrenda de mí desea que vuelva a ocurrir. Quiero sentir esa intensidad, esa pérdida de control, ese placer incontenible que me hizo olvidarlo todo por unos preciosos instantes.

Soy repugnante. Una novia horrible. Una persona horrible. Alexei merecía alguien mucho mejor que yo.

La habitación se va iluminando poco a poco a medida que amanece fuera. Las cortinas vaporosas apenas frenan la luz matinal y, finalmente, me obligo a incorporarme. Mi cuerpo duele en lugares desconocidos —prueba de lo de anoche, reflejado en la sensibilidad y el malestar. El interior de mis muslos. Los sitios donde los dedos de Dimitri se clavaron en mis caderas. La leve sensación de escozor entre las piernas.

Pruebas físicas de lo que ocurrió. Evidencias que no puedo borrar ni fingir que no existen.

Necesito ducharme y quitarme el olor de él que aún se aferra a mi piel, las huellas de la noche anterior. Necesito quitarme de encima esta vergüenza que parece cubrirme entera.

El cuarto de baño es obscenamente lujoso, decorado en mármol y oro, y con una ducha en la que cabrían seis personas. Abro el grifo al máximo de caliente que soporto y me meto bajo el chorro. El agua golpea mi piel, casi dolorosa, pero lo agradezco. Me restriego hasta quedarme en carne viva, utilizando los jabones y champús que habían dejado para mí, intentando borrar cualquier resto de lo sucedido.

Pero por mucho que me frote, no puedo lavar los recuerdos. Ni la culpa. Ni el miedo a lo que vendrá después.

Porque esto no fue cosa de una sola vez, por mucho que Dimitri dijera. Ahora soy su esposa. Y a las esposas se les... exige. Hay expectativas. ¿Vendrá otra vez a mi cama? ¿Esperará que me someta a él cada vez que quiera? Solo pensarlo me revuelve el estómago, aunque un calor indeseado se enciende bajo en mi vientre.

No sé cuánto tiempo permanezco bajo el agua. Lo suficiente como para que mi piel se ponga rosa, el cuarto de baño se llene de vapor y el agua empiece a salir tibia. Por fin, me obligo a salir, envolviéndome en una toalla gruesa y color crema.

Al volver al dormitorio, encuentro ropa dispuesta sobre la cama.

No es mi ropa. No tengo nada parecido. Son prendas claramente de diseñador y muy caras. Un jersey de cachemir suave, gris paloma, vaqueros ajustados oscuros, ropa interior de encaje delicado aún en su envoltorio. Incluso los calcetines son de marca, increíblemente suaves.

Alguien entró mientras me estaba duchando y la idea hace que se me erice la piel. Estaba desnuda y vulnerable, a solo unos metros, y

alguien (probablemente Mrs. Kozlov, con sus ojos fríos y esa boca de desaprobación) entró y dejó estas cosas para mí.

Como si fuera una muñeca a la que hay que vestir. Una posesión que se debe mantener.

Quiero rechazar la ropa y ponerme de nuevo mi vestido de novia solo por llevar la contraria a quien haya elegido estas prendas. Podría convertirme en la nueva Miss Havisham, pasando el resto de mi vida con un vestido de novia raído.

Pero eso sería infantil y, además, no tengo nada más que ponerme. Todo lo que poseía está en casa de mi padre, en mi antigua habitación con las paredes azul pálido y fotos de una vida que ya no existe. Ni siquiera sé si algún día recuperaré esas cosas, o si volveré a ver esa habitación.

Así que me visto con la ropa de una desconocida, enfundándome en tejidos suaves y caros que se sienten extraños contra mi piel. Son demasiado bonitos y perfectos, como si pertenecieran a la vida de otra persona. Los vaqueros me quedan como un guante, abrazando mis caderas y piernas como si los hubieran hecho para mí. El jersey es suave, de ese tipo de lujo que solo he experimentado un par de veces en mi vida. Incluso la ropa interior es cara, lo cual es ridículo porque ¿cuál es *el sentido* de llevar ropa interior cara?

Alguien me ha medido. Alguien sabe exactamente mis tallas. La idea me hace sentir violada de una forma que ni siquiera sé cómo expresar.

Cuando ya estoy vestida y llevo el pelo desenredado (incluso hay un secador y productos de peinado en el baño, de esas marcas caras que reconozco de los grandes almacenes, todo lo que pueda necesitar), por fin reúno el valor para salir del dormitorio.

El pasillo exterior es largo y opresivo. La moqueta es tan gruesa que amortigua mis pasos en un burdeos profundo precioso. Las paredes están pintadas en un tono crema cálido, pero aquí no hay nada de

calidez. Arte caro adorna las paredes (cuadros originales, no reproducciones). Reconozco a algunos artistas de las inauguraciones de galerías a las que me obligaba a ir mi madre. Cada cuadro debe costar seis cifras. Un Monet. Lo que parece ser un Picasso de sus primeros años. Un paisaje que podría ser un Cézanne.

Todo grita riqueza. Poder. Control. Y un gusto frío que no tiene nada que ver con el amor o la admiración, y todo que ver con presumir de patrimonio.

Pruebo la puerta más cercana a la mía. Cerrada.

La pesada manilla de latón no se mueve, por mucho que la gire. Paso a la siguiente. También cerrada. La tercera. Cerrada.

El corazón comienza a latirme con fuerza. Me muevo más deprisa, probando una puerta tras otra por el largo pasillo. Cerrada. Cerrada. Cerrada. ¿Almacenaje? ¿Habitaciones de invitados? No tengo ni idea, pero el mensaje está claro. No se me permite entrar en estos espacios. Solo puedo estar en ciertas zonas. Controlada.

Por fin, la cuarta puerta se abre, revelando una biblioteca que consigue dejarme sin aliento a pesar del pánico creciente.

Estanterías del suelo al techo cubren tres paredes, llenas de volúmenes encuadernados en cuero que parecen no haber sido leídos nunca. Los lomos están demasiado impolutos y perfectos. No son esos libros que han sido queridos, manoseados y releídos una y otra vez. Son adornos. Símbolos de estatus. Seguramente primeras ediciones, colocadas aquí sin que nadie las toque.

Es incomprensible. Los libros están para ser *amados*.

Hay un rincón de lectura junto a la ventana con un sillón de terciopelo verde oscuro y una mesita de caoba. Más arte caro en las paredes y estoy casi segura de distinguir lo que podría ser un boceto de Rembrandt. Un escritorio enorme en la esquina parece una antigüedad, pero probablemente vale más que la casa de mis

padres. Todo está perfectamente dispuesto, perfectamente cuidado y perfectamente carente de alma.

Es precioso. Impersonal. Como un decorado de lo que debería ser una biblioteca en lugar de un lugar real donde se lee de verdad.

Sigo adelante, con la ansiedad creciendo a cada paso. Más puertas y casi todas cerradas. Las que se abren ofrecen salones decorados en diferentes gamas de colores—uno en azules y platas, otro en burdeos y dorados. Una sala de música con un piano de cola tan brillante que puedo verme reflejada. El piano es un Steinway, probablemente vale unos doscientos mil euros, y apostaría cualquier cosa a que nadie lo ha tocado en años. Un despacho con librerías empotradas y otro escritorio enorme.

Todas las estancias están decoradas de forma cara y exquisita. Todas resultan absolutamente carentes de calidez o personalidad. Sin fotos de familia. Sin detalles personales. Sin indicios de que aquí vive gente real, que ama aquí, que existe aquí salvo como meros ocupantes de un espacio caro.

Esto no es un hogar, ni una fortaleza, ni siquiera una prisión. Es un museo. O un mausoleo. Un santuario a la riqueza y el poder que nada tiene que ver con la vida real.

La idea me hace estremecerme pese a la climatización perfecta.

Encuentro una escalera y bajo a la planta baja, pasando la mano por la barandilla pulida. Más arte en las paredes (he dejado ya de intentar identificar las obras, son demasiadas). Más *todo* de lujo. El vestíbulo de entrada es enorme, con un suelo de mármol que parece traído de Italia y una lámpara de araña de cristal que debe medir seis metros de ancho y seguramente pese tanto como un coche. La luz de la mañana entra a raudales por los altos ventanales, haciendo que todo brille y reluzca como en un cuento de hadas.

Un cuento de hadas oscuro. De esos en los que la princesa acaba encerrada en una torre y olvidada.

Sigo el sonido de voces (o mejor dicho, el tintinear de la vajilla y el olor a café) hasta que encuentro la cocina.

Por supuesto, es enorme. Todo en esta casa es enorme. Hay electrodomésticos de nivel profesional y varios frigoríficos Sub-Zero (*¿por qué*?). Una cocina Wolf de ocho fuegos (Mrs. Garcia se habría desmayado al verla). Encimeras de granito que parecen no tener fin. Una isla en el centro lo suficientemente grande para que se sienten diez personas. Cazos de cobre colgando de un soporte, tan relucientes que parecen no haberse usado nunca.

Hay tres personas trabajando: dos mujeres jóvenes que parecen estar preparando comida y Mrs. Kozlov, la ama de llaves de anoche, que da órdenes en un ruso acelerado. Su voz es cortante, no admite réplica alguna.

Todas dejan de hablar en cuanto entro.

El silencio es inmediato e incómodo. Tres pares de ojos se posan en mí y veo la misma expresión en cada rostro. Desconfianza. Hostilidad. Evaluación. Como si fuera una intrusa que no debería estar aquí. Una enemiga que ha conseguido colarse en su territorio.

Que, supongo, es lo que soy.

—Yo... —Mi voz sale demasiado baja y titubeante. Sueno como una niña pidiendo permiso. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo, obligándome a mantenerme erguida—. Estaba pensando si podría desayunar algo.

Mrs. Kozlov me examina de arriba abajo con lentitud, la expresión glacial. Lleva el pelo recogido tan tirante que seguro que duele, y ni un solo mechón fuera de lugar. Su boca es una línea fina que parece no haber sonreído jamás. Viste un uniforme negro impoluto, perfectamente planchado, e irradia esa clase de autoridad que solo aporta llevar décadas gobernando una casa con mano de hierro.

—El señor Volkov se ha marchado temprano a trabajar —dice ella en un inglés muy marcado por el acento. Cada palabra suena cortante,

precisa—. No volverá hasta tarde.

No era eso lo que había preguntado, pero bueno. El mensaje está claro. Tu marido no quiere saber nada de ti.

—Yo... Ya veo. —Trago saliva con dificultad, intentando mantener algo de dignidad—. ¿Hay... podrías darme un poco de café? Y quizás algo de pan tostado?

Una de las chicas más jóvenes, que apenas parece salir de la adolescencia, con el pelo oscuro recogido en una coleta y unos ojos marrones llenos de miedo, empieza a acercarse a la cafetera, pero Mrs. Kozlov le espeta algo en ruso. La muchacha se queda paralizada, con el rostro descompuesto.

Mrs. Kozlov se vuelve hacia mí, y en sus ojos veo no solo hostilidad, sino también desprecio, como si yo fuera algo que se ha quitado de la suela del zapato.

—Siéntate —ordena, señalando un pequeño rincón para desayunar en una esquina de la cocina. Está claro que es la zona del personal, no el lugar donde la señora de la casa comería normalmente. Una mesa pequeña con la superficie gastada y sillas desparejadas. Nada que ver con los comedores formales que he visto en otras partes de la casa—. Traeré algo.

Está poniéndome en mi sitio, dejándome claro que, a pesar del apellido nuevo y el anillo en mi dedo, aquí no soy bienvenida. No soy de la familia. Ni siquiera soy una invitada.

Soy la enemiga.

Me siento en la silla que ha indicado, sintiéndome pequeña, fuera de lugar y completamente sola. Las dos jóvenes regresan a sus tareas, evitando mirarme a propósito. Pero noto que son muy conscientes de mi presencia, de su propia incomodidad. Mrs. Kozlov se mueve por la cocina con una eficiencia ensayada.

En cuestión de minutos, coloca un plato frente a mí.

Tostada. Sencilla, un poco quemada por los bordes. Un pequeño trozo de mantequilla que lleva demasiado tiempo fuera y empieza a derretirse. Una taza de café negro que parece llevar horas en la cafetera, con una fina película en la superficie.

Es intencionado. Es su forma de dejar las cosas claras.

—Gracias —murmuro, porque ¿qué otra cosa puedo decir?

No responde. Vuelve a sus asuntos, dándome la espalda, dejando claro que la conversación ha terminado. Estoy despedida. Olvidada. Menos importante que cualquier planificación de menús o inventario en lo que esté trabajando.

Picoteo la tostada, obligándome a dar pequeños mordiscos aunque el estómago me dé vueltas. El pan está seco y rasca al pasar por la garganta. El café es amargo y viejo, deja un regusto ácido en la lengua. Pero lo bebo igualmente porque necesito tener las manos ocupadas y concentrarme en cualquier cosa que no sea esa soledad aplastante que me oprime el pecho.

El personal de cocina sigue ignorándome. Hablan entre ellas en un ruso rápido, con voces bajas pero animadas. No entiendo las palabras, pero sí el tono. Hablan de mí. Me juzgan. Hacen evidente que aquí no me quieren y que soy una intrusa en su terreno.

Distingo fragmentos—”Ashford”, pronunciado con veneno, “Mr. Volkov” con reverencia. Una de ellas se ríe, pero enseguida se contiene, y no necesito saber ruso para entender que se están burlando de mí.

Soy una Ashford en una casa llena de Volkov. La enemiga conviviendo con ellos. La novia rehén, que no encaja. La chica cuya familia mató a su querido Alexei.

Me odian. Todos. Y ni siquiera puedo culparles.

Apenas consigo dar tres bocados antes de que las náuseas me asalten.

Llegan de golpe. Un momento estoy bien y, al siguiente, el estómago se me revuelve, la bilis sube tan deprisa por la garganta que apenas me da tiempo a procesar lo que está pasando. La habitación da vueltas de forma nauseabunda, el suelo se hunde bajo mis pies. Me cubre de sudor frío la frente y la espalda. La boca se me llena de saliva, ese horrible preludio a vomitar que recuerdo de cuando era niña y tenía gripe.

Dios mío. No, por favor.

No aquí. No ahora. No delante de ellas.

Empujo la silla hacia atrás tan deprisa que chirría contra el suelo de baldosas, el sonido retumba en la cocina. Las tres mujeres alzan la vista, sorprendidas, pero yo ya me levanto, una mano tapándome la boca, la otra apretando el estómago como si pudiera contener lo que está a punto de salir.

—¿Baño? —consigo balbucear, la palabra apenas inteligible tras mi mano.

Mrs. Kozlov señala hacia un pasillo, su expresión pasando de la hostilidad a algo que podría ser preocupación. O asco. No lo sé ni me importa. No puedo pensar en otra cosa que no sea llegar a un sitio privado antes de vomitar en el suelo de la cocina.

Echo a correr.

Los pies me resbalan en el suelo pulido y casi me estampo contra la pared al girar hacia el pasillo. La visión se me empieza a nublar, aparecen manchas negras en los bordes. El estómago se me retuerce con fuerza y me sube una nueva oleada de bilis por la garganta.

Por suerte, el baño está cerca—a solo tres puertas—y apenas llego a tiempo antes de caer de rodillas sobre el frío suelo de baldosas, vomitando en el inodoro. Lo echo todo—la tostada, el café, lo poco que quedaba en mi estómago desde ayer. Sigo vomitando hasta que

ya no me queda nada, hasta quedarme solo con las arcadas secas y el jadeo, tratando de no romper a llorar.

Náuseas matutinas. Por supuesto, cómo no. Porque claramente las cosas no eran lo bastante complicadas ya.

Me dejo caer sobre el frío suelo de baldosas, temblando, y me limpio la boca con el dorso de la mano. Todo mi cuerpo tiembla, empapado de sudor a pesar de la frescura del aire. El baño da vueltas levemente, y tengo que cerrar los ojos y respirar por la nariz hasta que el mareo pasa. Inspirar por la nariz, soltar por la boca. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

El azulejo está frío contra mis piernas y me ayuda a anclarme. El baño huele a lejía y jabón, y por suerte, eso no me da ganas de vomitar.

Esto va a seguir pasando. Cada mañana, probablemente. Quizá durante el día. Apenas llevo seis semanas y ya las náuseas son así de fuertes. ¿Cómo voy a ocultar esto? ¿Cómo voy a fingir que todo está bien cuando mi cuerpo me traiciona a cada paso?

El miedo me araña el pecho y me oprime las costillas como si fueran bandas de hierro, apretando cada vez más hasta que apenas puedo respirar.

Si Dimitri descubre que estoy embarazada, preguntará quién es el padre. Y cuando se lo diga (porque no sabré mentir, siempre he sido pésima mintiendo), cuando le diga que es el hijo de Alexei...

Ni siquiera puedo terminar el pensamiento porque no soy capaz de imaginar la rabia en esos ojos grises y fríos. La violencia. Lo que sería capaz de hacerme. A mí. Al bebé.

Se casó conmigo por venganza. Para castigar a los Ashford. Para tener un as en la manga contra mi padre. ¿Qué haría si descubre que llevo en el vientre al hijo de su hermano muerto? ¿Que llevaba ocho meses viendo a Alexei a escondidas? ¿Que el hombre al que

adoraba y perdió estaba enamorado de mí? ¿Que planeábamos un futuro juntos?

¿Me mataría? ¿Mataría al bebé? ¿Me obligaría a deshacerme de él? ¿Lo usaría como otra arma contra mi familia? No lo sé. No sé nada de ese hombre salvo que es capaz de una violencia extrema y me odia con cada fibra de su ser.

Apoyo la mano sobre mi vientre, protectora y desesperada. Esta diminuta vida depende de mí para estar a salvo.

—Te protegeré —susurro, la voz quebrada—. Lo prometo. Encontraré una solución. Yo…

Un golpe en la puerta del baño me sobresalta; siento cómo el corazón me sube hasta la garganta. Aprieto aún más la mano contra la boca, luchando por no soltar un gemido de miedo.

—¿Señora Volkov? —Es una de las chicas jóvenes de la cocina, su voz es vacilante e incierta—. ¿Está… está bien?

—¡Estoy bien! —respondo, intentando que la voz me salga firme aunque no estoy *ni de lejos* bien. Estoy todo lo contrario a bien. Me estoy ahogando—. ¡Solo... solo un momento!

Tiro de la cadena e intento obligarme a ponerme de pie, aunque las piernas me tiemblan. Mi reflejo en el espejo es terrible. Estoy pálida como un fantasma y sudorosa, con los ojos enrojecidos y una expresión atormentada. Parezco alguien que acaba de salir de una guerra. O que está a punto de empezar una.

Me echo agua fría en la cara, enjuago varias veces la boca y trato de recomponerme; pero no consigo ocultar el color ceniciento de mi piel ni el temblor de mis manos, agarradas al borde del lavabo. Tampoco la inquietud de mis ojos, ni el rubor culpable de mis mejillas.

No puedo dejar que me vean así. Dios no lo quiera, si empiezan a sospechar. Ya Mrs. Kozlov me miró raro cuando salí corriendo de la

cocina. Si empieza a atar cabos, si se lo comenta a Dimitri, si alguien se da cuenta...

Respiro hondo, aliso el jersey con las manos temblorosas y abro la puerta.

La chica sigue allí, dudando en el pasillo. No tendrá más de diecinueve o veinte años, con esos mismos ojos marrones asustados. De cerca, veo que es guapa: pómulos altos, barbilla menuda y labios carnosos. Lleva el mismo uniforme que Mrs. Kozlov, pero el suyo parece más nuevo, menos desgastado. Quizá no lleva tanto tiempo aquí.

—Mrs. Kozlov quería que comprobara cómo se encontraba —dice en un inglés suavemente acentuado, mejor que el de Mrs. Kozlov. Se nota que también es rusa, pero ha aprendido inglés en la escuela—. Dice... dice que no tiene buen aspecto.

No me digas, quiero responder, pero me contengo. Me esfuerzo por sonreír, aunque siento que la cara se me va a partir—. Estoy bien. De verdad. Creo... creo que el café era demasiado fuerte para tomarlo con el estómago vacío. Solo es eso. Estaré bien.

No parece convencida. Me observa de arriba abajo, fijándose en mi palidez, el leve temblor de mis manos y en cómo me apoyo en el marco de la puerta para no caerme. Pero asiente igualmente.

—¿Quiere que le traiga otra cosa? —ofrece, con una amabilidad genuina en la voz. Es la primera muestra de ternura que oigo en esta casa—. ¿Quizá un té? ¿Y unas galletas simples? A veces ayuda cuando... —Se detiene, avergonzada, con las mejillas enrojecidas, como si hubiera dicho demasiado.

La dulzura de su ofrecimiento me oprime la garganta con lágrimas que no dejo salir—. Sería estupendo —logro decir, y le dedico una débil sonrisa—. Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Anya —responde en voz baja. Luego, como recordando que no debería ser amable con la enemiga, añade rápido—: Debo volver al

trabajo.

Sale corriendo antes de que pueda decir nada más, los pasos ligeros y rápidos por el suelo de baldosas, huyendo antes de que Mrs. Kozlov la pille siendo simpática conmigo.

Me quedo sola en el pasillo, aún temblorosa, con náuseas y aterrada.

Vuelvo a la cocina despacio. Las piernas me flaquean, parecen de gelatina, poco fiables. Mrs. Kozlov me espera, con los brazos cruzados sobre el pecho, el gesto impenetrable pero los ojos afilados. Evaluando. Calculando.

—Está enferma —afirma. No es una pregunta, más bien una conclusión. O incluso una acusación.

—Solo un poco mareada —digo con cuidado, midiendo cada palabra —. El café ha sido...

—Es el mismo café que toma el señor Volkov cada mañana —me corta, el tono cortante. A la defensiva—. Es buen café. El mejor.

Claro. Por supuesto. ¿Cómo se me ocurre insinuar que aquí algo no es perfecto? Todo en esta casa es lo mejor, lo más fino, lo más caro. Cuestionarlo es como cuestionar al propio Dimitri.

—Seguro que sí —digo deprisa, conciliadora—. Solo que... no estoy acostumbrada a un café tan fuerte. Tengo el estómago un poco delicado, nada más. No quería insinuar...

Me observa en silencio unos segundos, y tengo la incómoda sensación de que ve a través de mí. Sus ojos captan cada detalle: mi palidez, cómo apenas logro mantenerme de pie. Probablemente lleva en la familia desde que llegaron de Rusia. Lo ha visto todo. ¿Sabe lo que ocurre? ¿Puede notarlo?

Pero finalmente solo emite un gruñido desdeñoso y se da la vuelta —. Anya le traerá té y galletas al salón de la mañana. Debería descansar.

Es otra despedida, pero se lo agradezco. Necesito alejarme de esos ojos evaluadores. Necesito un lugar donde poder respirar sin sentir que me examinan con lupa.

—Gracias —murmuro antes de marcharme por segunda vez esta mañana.



El salón de la mañana resulta ser una sala inunda de sol en el ala este de la casa. Unos ventanales enormes dominan el terreno, y Madre mía, qué jardines son esos.

Me quedo de pie junto a la ventana, con la frente apoyada en el cristal frío, y contemplo la finca de Dimitri.

Los cuidados céspedes se extienden hasta donde alcanza la vista, salpicados de árboles adultos que deben tener décadas. Robles y arces, con las hojas empezando a mutar de color ante la inminente llegada del otoño. Parterres meticulosamente mantenidos aún llenos de flores de finales de verano, rosas y dalias y otras flores moradas que no reconozco. Todo perfectamente dispuesto, perfectamente conservado, no hay ni una brizna de hierba fuera de lugar.

A lo lejos hay una fuente, de mármol y ornamentada, por la que cae el agua en cascada, formando varios niveles. Más allá, lo que parece un laberinto de setos, de esos que se ven en mansiones europeas o en hoteles lujosos. Al oeste, un huerto con hileras perfectas de manzanos cargados de fruta.

Es todo deslumbrante. Cuidadísimo. Y completamente *falto de alma*.

No hay ni rastro de vida, ni personalidad, ni de nadie que disfrute realmente este lugar. No es un jardín donde jueguen niños o se reúnan familias para hacer picnic. Es una exhibición. Un escaparate. Una declaración de riqueza y poder que no tiene nada que ver con la alegría, ni la felicidad, ni con vivir de verdad.

Como todo lo demás en este maldito lugar.

Y rodeándolo todo, los muros. Altos muros de piedra coronados por cámaras de seguridad y lo que parece ser alambre de espino, aunque está demasiado lejos para estar segura. Los guardias patrullan a intervalos regulares, figuras oscuras recortadas contra el césped verde. Desde esta ventana cuento al menos seis.

Anya me trae el té y las galletas, dejándolos sobre la pequeña mesa junto al sillón mullido que he reclamado para mí. Sigue sin mirarme directamente a los ojos, pero sus movimientos son delicados y cuidadosos. Me atrevería a decir, casi comprensivos.

—Gracias, Anya —digo en voz baja, y lo digo de verdad.

Ella asiente y empieza a marcharse, pero no puedo evitarlo. Estoy tan hambrienta de contacto humano, de amabilidad, de cualquier cosa que no sea hostilidad o fría indiferencia.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Se detiene, volviéndose hacia mí. Por un instante, pienso que no va a responder y que seguirá el ejemplo de la señora Kozlov, tratándome con frío silencio. Entonces, dice: —Tres años. Desde que tenía dieciséis.

Tan joven. Apenas una chica, en realidad, cuando empezó aquí. —¿Te... te gusta trabajar aquí?

Sus ojos se abren un poco, como si la pregunta le sorprendiera. O quizá sea peligroso responder sinceramente. Mira por encima del hombro, comprobando que la señora Kozlov no esté al alcance del oído.

—El señor Volkov es un buen empleador —dice con cautela, como si repitiese algo que le han enseñado a decir—. Justo. Cuida de su gente. Paga bien. Mejor que la mayoría.

Su gente. Yo no. Nunca seré una de los suyos. Siempre seré la extraña. La enemiga. La chica Ashford que no encaja.

—Ya veo —digo en voz baja.

Ella duda, y veo algo cruzar su rostro (¿lástima? ¿Simpatía?). Luego añade de golpe, bajando la voz hasta apenas un susurro—. La señora Kozlov es muy leal al señor Volkov. Lleva treinta años con la familia. Ya estaba aquí cuando vivía su padre. Cuando su madre aún… —Se detiene, el rubor subiéndole a las mejillas—. Cuando el señor Alexei—

Corta en seco, quedándose pálida, los ojos abiertos de horror por lo que acaba de decir. Por el nombre que acaba de pronunciar. El nombre claramente prohibido.

—No debería haber dicho eso. Lo siento. Tengo que—

Prácticamente sale corriendo de la habitación, los pasos rápidos y nerviosos, dejándome sola con mi té y mis galletas y el eco del nombre de Alexei flotando en el aire como un fantasma.

Incluso aquí, en esta casa, su presencia me persigue. Su nombre es tabú, pero su recuerdo está en todas partes. Lo siento en la forma en que el personal se mueve, en la manera en que me miran con tanto odio. Le querían. *Todos* ellos. Y me culpan a mí—culpan a mi familia—por haberle arrebatado de sus vidas.

Si supieran la verdad. Si supieran que yo también le amaba. Que llevo a su hijo dentro. Que daría *cualquier cosa* por tenerle de vuelta.

Pero nunca lo sabrán. Nadie lo sabrá jamás.

Bebo el té despacio, dejando que el calor alivie mi estómago revuelto. Es de menta, suave y reconfortante. Las galletas también ayudan. Son insípidas y secas y justamente lo que necesito. Al cabo de un rato, las náuseas se desvanecen hasta quedar en una ligera molestia que casi puedo ignorar. Casi.

Pero el pánico no desaparece. Si acaso, crece más con cada minuto que pasa, acumulándose en mi pecho como una tormenta que gana

fuerza.

No puedo ocultarlo. No a largo plazo. Tal vez pueda echarle la culpa al estrés o a un café malo durante unos días, pero tarde o temprano, alguien lo notará. Las náuseas. El modo en que mi cuerpo empezará a cambiar. La ropa dejará de servirme. Me empezará a notar y necesitaré ver a un médico.

¿Y entonces qué? ¿Cuando Dimitri lo descubra? ¿Cuando comprenda lo que eso significa?

Vuelvo a llevar la mano al vientre, un gesto que empieza a hacerse habitual.

—¿Qué voy a hacer? —susurro a la habitación vacía.

No hay respuesta. Solo el tic-tac de un reloj ornamentado sobre la chimenea y el ruido lejano de un cortacésped en el exterior. Los sonidos solitarios de una casa llena de gente pero vacía de calor.

Estoy atrapada en esta hermosa prisión con un secreto que podría costarme la vida, casada con un hombre que me odia, llorando el amor que perdí.

Y nunca me he sentido tan sola en toda mi vida.



Paso el resto de la mañana explorando los terrenos.

O intentándolo. Porque enseguida me doy cuenta de que no tengo permiso para moverme con libertad. Hay guardias por todas partes, discretos pero imposibles de ignorar. Hombres con trajes oscuros y auriculares, situados en puntos estratégicos de la propiedad. No se acercan ni me dirigen la palabra, pero siempre están ahí. Observando. Vigilando.

Y cuando camino hacia la puerta principal, dos de ellos aparecen a mi lado casi como por arte de magia.

—Señora Volkov —dice uno de ellos, cortés pero firme. Es alto, quizá de unos treinta años, con porte militar y una mirada que no deja de escudriñar el entorno evaluando posibles amenazas—. Tal vez prefiera usted los jardines traseros. Están preciosos en esta época del año.

Suena a sugerencia, pero no soy estúpida. Es una orden disfrazada de consejo amable.

—Solo iba a... —empiezo, pero su expresión me detiene. Es educado, profesional, e inflexible. Su mano descansa casualmente cerca de la cadera, donde puedo ver el bulto de un arma oculta.

—Los jardines de atrás —repite, y esta vez, bajo la cortesía, se palpa el acero.

Así que me dirijo a los jardines traseros, con los dos guardias siguiéndome a unos tres metros de distancia todo el tiempo, sus pasos crujiendo sobre los senderos de grava.

Los terrenos son enormes. Está el jardín formal con sus parterres geométricos y senderos impolutos, todo dispuesto con perfecta simetría. Un rosal que debe de tener cientos de variedades, todas cuidadas al detalle, ni una flor marchita ni un solo pétalo caído estropeando el conjunto. El laberinto de setos que vi desde la ventana, al que intento entrar antes de que uno de los guardias se aclare la garganta con intención, y yo retrocedo. El mensaje es claro. Hay zonas prohibidas.

Un huerto con manzanos y perales. Incluso un pequeño lago con un puente decorativo que parece sacado de un cuadro de Monet, con sauces llorones rozando el agua y nenúfares flotando en la superficie.

Siento que camino por una postal, una pintura o un plató de cine. Todo es perfecto, pero nada parece real. Todo está... dispuesto. Expuesto. Mantenido por un personal que probablemente nunca se detiene a disfrutar de aquello que cuidan.

Como mi nueva vida.

Los guardias nunca se van. Incluso cuando me siento en un banco junto al lago, intentando disfrutar del sol tardío del verano y del canto de los pájaros en los árboles, mantienen la distancia pero jamás desaparecen. Observan. Vigilan. Se aseguran de que la rehén no intente escapar.

No es que tenga adónde ir. No es que vaya a conseguir pasar esas murallas aunque lo intentase.

Después de una hora de deambular sin rumbo, mirando cosas que deberían ser bonitas pero que solo me resultan vacías, no aguanto más la presencia asfixiante de los guardias, la perfección opresiva de todo y la soledad aplastante. Regreso al interior, mis sombras de guardias siguiéndome obedientemente.

Necesito llamar a mi madre. Necesito escuchar una voz conocida, conectar con alguien que me quiera, que no me mire con desconfianza ni hostilidad. Necesito saber que a alguien aún le importo, que no estoy completamente sola en el mundo.

Mi móvil está en mi habitación, guardado en mi bolso. El bolso cuelga de un gancho en el enorme vestidor, luciendo pequeño y fuera de lugar entre toda esa ropa cara que alguien ya ha colocado allí. Ropa que no había visto nunca antes, de diseñador, todo de mi talla.

Saco el móvil con las manos temblorosas e intento marcar el número de mi madre.

Sin cobertura.

Me quedo mirando la pantalla, incrédula. Hay barras de señal—cuatro de cinco—pero cuando intento hacer la llamada, simplemente... no conecta. El botón de llamada se ilumina, pero no sucede nada. No suena. No conecta. Solo silencio.

Lo intento de nuevo. El mismo resultado. Intento llamar a mi padre. A mis hermanas. Incluso intento llamar a mi propio buzón de voz. Nada funciona.

Han bloqueado el teléfono de alguna forma. Lo han desconectado. No sé cómo, no soy lo bastante entendida en tecnología para comprender los detalles, pero sé que ha sido a propósito. Alguien ha desactivado deliberadamente mi capacidad de hacer llamadas, haciendo que parezca que todo está bien.

El pánico vuelve a subir por mi garganta, agudo y asfixiante. Se enrosca en mi tráquea como unas manos, apretando, cortando mi aire.

Estoy completamente incomunicada. De mi familia. De todos los que conozco. Del mundo exterior. Atrapada en esta casa con gente que me odia.

Necesito hablar con alguien. Con quien sea. Necesito—

Mrs. Kozlov. Quizás me deje usar un teléfono de la casa. O al menos me explique por qué mi móvil no funciona.

La encuentro en lo que parece ser su despacho—una pequeña sala junto a la cocina, con un escritorio, archivadores y una pared repleta de horarios y listas. Todo está organizado, ni un papel fuera de su sitio.

—Perdone —digo desde el umbral, esforzándome por mantener la voz firme—. Mi teléfono. No funciona. ¿Podría usar el teléfono de la casa para llamar a mi madre? Solo para que sepa que estoy—

—No.

La palabra suena llana y definitiva, como una puerta que se cierra de golpe ante mi cara.

—Solo quiero llamar a mi madre —insisto, procurando que mi voz suene tranquila, aunque me cueste—. Solo unos minutos para decirle que estoy bien. Eso es todo. Cinco minutos.

—El señor Volkov decide con quién puede usted contactar —dice Mrs. Kozlov sin apartar la vista de los papeles que revisa. Su bolígrafo rasga el papel—. No ha autorizado llamadas telefónicas.

Mi boca se queda abierta.—P-pero soy su esposa.

Ahora sí me mira, y la expresión en su rostro me obliga a dar un paso atrás. Su mirada va mucho más allá del simple desagrado. Hay *odio* en ella.

—Usted es lo que el señor Volkov diga que es —dice fríamente—. Nada más. Nada menos. Si desea hacer alguna petición, puede transmitírsela cuando regrese. Hasta entonces, las órdenes son claras.

Quiero discutir y gritar que esto es ilegal, que no pueden aislarme así de mi familia. Tengo derechos, maldita sea. Derechos humanos básicos. El derecho a comunicarme y a contactar con mi familia.

Pero la mirada en sus ojos me frena, porque veo ahí la verdad. Aquí no tengo ningún derecho. Soy una prisionera, aunque no lo llamen así, y todo el mundo en esta casa lo sabe. La ropa cara y la habitación bonita no cambian la realidad fundamental de lo que soy.

Una rehén. Una posesión. Un medio para conseguir algo.

—Entiendo —susurro, mi voz apenas audible. Luego me retiro, huyendo hacia mi habitación como un animal herido en busca de refugio.



La comida me la traen al salón de la mañana.

Anya entra con una bandeja alrededor de la una—una ensalada con pollo a la parrilla y aliño balsámico, un panecillo recién hecho que aún está caliente del horno y un vaso de agua con gas y una rodaja de limón. Todo está perfectamente preparado y presentado. Es el

tipo de comida por la que pagarías de buena gana en un restaurante de nivel.

Y es absolutamente insípido.

O quizá ahora todo carece de sabor. Tal vez mi capacidad de disfrutar de algo murió con Alexei. Puede que el dolor me haya robado el gusto, igual que me ha arrebatado todo lo demás: mi libertad, mi futuro, mi esperanza.

Lo voy apartando, consigo comer más o menos la mitad antes de que las náuseas amenacen con volver. El olor del vinagre balsámico es demasiado fuerte y me revuelve el estómago. Empujo el plato lejos y me enrosco de nuevo en la silla, contemplando los jardines excesivamente perfectos.

La tarde se arrastra con el peso de siglos.

Intento leer uno de los libros de la biblioteca, una edición encuadernada en cuero de *Pride and Prejudice*, que probablemente sea una primera edición que vale miles de dólares. Pero no consigo concentrarme. Las palabras se funden unas con otras, no significan nada. Leo el mismo párrafo tres veces y sigo sin enterarme de lo que dice. Mi mente no se calma ni deja de girar en torno a escenarios, posibilidades y miedos.

¿Y si Dimitri descubre lo del bebé? ¿Y si alguien se da cuenta de las náuseas matutinas? ¿Y si empiezo a notarse antes de que pueda idear un plan? ¿Y si, y si, y si…?

Intento echarme una siesta en el sofá mullido de mi habitación, pero el sueño no llega. Estoy demasiado alterada, demasiado ansiosa, demasiado consciente de la vida que crece en mi interior y del peligro en el que me encuentro. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Dimitri—esos ojos grises y fríos, esa expresión dura. Oigo su voz. —Bienvenida al infierno, señora Volkov.

Infierno. Eso es esto. Un infierno hermoso y caro.

Las sombras se alargan a medida que la tarde se convierte en noche. Veo el sol avanzar por el cielo, la luz dorada tornándose naranja, luego rosa y después púrpura. Es hermoso, de una forma abstracta. El tipo de atardecer que la gente fotografía, el que observan desde playas o montañas sintiéndose afortunados de estar vivos.

Yo no siento nada. Solo vacío. Vacía. Sola.

Alrededor de las cinco, Anya aparece en la puerta del salón de la mañana, donde he pasado la mayor parte del día.

—Señora Volkov, la cena se servirá a las siete en el comedor formal.

Las siete. Todavía faltan dos horas. Dos horas más para esperar, para sentarme a solas con mis pensamientos, para dejarme arrastrar todavía más por la ansiedad y el miedo.

—¿Vendrá el señor Volkov a cenar conmigo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta y no estoy segura de querer que esté allí o no.

Niega con la cabeza, su expresión es comprensiva. —La señora Kozlov dice que ha llamado. No estará en casa hasta muy tarde. Tiene... asuntos que atender. —Esa última parte la dice con cuidado, como si repitiera exactamente lo que le indicaron decir—. Usted cenará sola.

Claro. Por supuesto. Por supuesto que no estará aquí. Ya obtuvo de mí lo que necesitaba anoche—la consumación para hacer oficial el matrimonio ante la comunidad. La prueba de que se cobró su venganza. Ahora puede volver a fingir que no existo. Volver a sus negocios, a su vida, a su mundo que no tiene nada que ver con la esposa indeseada a la que ha encerrado en su casa.

—Gracias, Anya —consigo decir.



El comedor formal es exactamente eso, formal y completamente impersonal.

Una mesa de caoba pulida que podría acoger a veinte, quizá treinta personas, se extiende a lo largo de la sala. La lámpara de araña que cuelga del techo es enorme—cristal y oro, rebosante de prismas que atrapan la luz y lanzan arcoíris por las paredes. Más arte caro. Más de todo.

Pero solo hay un cubierto. El mío. Al final de esa mesa enorme, parezco pequeña, ridícula y tan jodidamente sola que me dan ganas de llorar.

La cena es excelente. Salmón perfectamente cocinado, con una salsa de mantequilla y limón que seguramente haya llevado horas preparar a quien la hizo. Espárragos asados y patatas pequeñas y zanahorias sazonadas a la perfección. Risotto cremoso y rico, del tipo por el que pagarías cuarenta o cincuenta euros en un restaurante italiano. De postre, panna cotta con compota de frutas del bosque, tan bonita que parece una obra de arte.

Todo lo sirve Anya, que deposita cada plato en silencio. Cada vez que entra, solo se oye el suave tintineo de los platos. Cada vez que sale, la puerta se cierra con un clic suave que, de algún modo, suena como si cerraran una celda.

Como sola en esa sala inmensa, la lámpara de araña proyectando sombras que bailan por las paredes. El silencio es tan absoluto que puedo oír mi propia respiración, el roce del tenedor contra el plato, el susurro de la tela al moverme en la silla.

Esta es mi vida ahora. Comidas caras que tomo sola. Una prisión hermosa. Guardias y un personal hostil. Un marido que me odia y que solo me ha tocado una vez para marcar su territorio, que ni siquiera puede soportar estar en la misma casa que yo durante el día.

Y un secreto que crece dentro de mí y que podría destruirlo todo.

Consigo comer casi toda la cena. Supongo que tengo más apetito por la noche que esta mañana, lo cual es algo por lo que debería dar gracias, supongo. Pequeños consuelos. Pero cada bocado me sabe a ceniza, sin sabor y sin alegría.

Cuando por fin me retiro a mi dormitorio, estoy agotada pero demasiado ansiosa como para dormir.

Camino de un lado a otro de la habitación, desde las ventanas que dan al jardín hasta la puerta y de vuelta. De un lado a otro. De un lado a otro. Mis pies desgastan el mullido alfombrado. Ahora la habitación está débilmente iluminada, las sombras se acumulan en las esquinas y parece aún más grande en la oscuridad. Más vacía. Más solitaria.

Mi mano sigue posándose en mi vientre. Un gesto que realmente debería dejar de hacer antes de que alguien se dé cuenta. Pero no puedo evitarlo. Es lo único que me parece real ahora mismo. Lo único que me conecta con Alexei, con la vida que deberíamos haber tenido, con el futuro que nos arrebataron.

Pienso en la noche pasada y de inmediato desearía no haberlo hecho. Los recuerdos me asaltan—las manos de Dimitri en mi cuerpo, su boca en mi piel, la manera en que me hizo sentir cosas que no debería haber sentido. El placer que me atravesó, arrebatador y desbordante, tan intenso que me perdí por completo.

He traicionado a Alexei. Permití que su hermano me tocara, me reclamara, me poseyera. Y lo peor—lo que hace que me odie a mí misma—es que mi cuerpo respondió. Lo deseé, y quería más.

¿Qué dice eso de mí? ¿Qué clase de persona se permite disfrutar del sexo con el hombre que se casó con ella por venganza menos de dos semanas después de perder al hombre al que amaba?

La peor clase de persona, eso es lo que soy.

Me dejo caer al borde de la cama, con el cuerpo entero temblando por sollozos silenciosos. Me enrosco, abrazando mis rodillas contra el

pecho, intentando hacerme lo más pequeña posible. Intentando desaparecer.

¿Vendrá Dimitri a mi habitación esta noche? ¿Esperará que me someta a él otra vez? La idea me llena a partes iguales de pavor y de una anticipación vergonzosa e indeseada. Mi cuerpo le recuerda. Le desea, aunque mi mente grite que está mal.

Espero, tensa y ansiosa, escuchando si hay pasos en el pasillo. Por el sonido de esa puerta abriéndose. Por verle aparecer y reclamar lo que cree suyo.

Pero pasan las horas, y no viene.

El reloj de la mesilla pasa de la medianoche. De la una. De las dos. Y aún así, no viene.

Lo decía en serio. Una vez fue suficiente. Ya ha terminado conmigo.

Debería sentir alivio y agradecimiento por no tener que verle de nuevo ni dejar que me toque. No hace falta que vuelva a sentir ese revoltijo confuso de miedo y deseo.

En cambio, me siento... abandonada. Olvidada. Como si ya ni siquiera mereciera el esfuerzo de odiarme.

Por fin me tumbo alrededor de las tres de la madrugada, aún vestida, sobre las sábanas. Estoy demasiado cansada para desvestirme, demasiado exhausta para seguir el ritual de prepararme para dormir. Simplemente me quedo allí, en la oscuridad, mirando al techo, con la mano apoyada en mi vientre.

—Te mereces algo mejor —susurro al bebé—. Te mereces un padre que siga vivo. Te mereces nacer en un hogar donde haya amor y risas. No te mereces esto.

Lloro en silencio sobre la almohada, lamentando todo lo que he perdido—mi libertad, Alexei, mi vida pasada, mi inocencia y mi sentido de identidad.

Estoy atrapada en esta casa hermosa con un secreto que podría costarme la vida, casada con un hombre que no soporta estar cerca de mí, aislada de todos los que me quieren.

Y en algún lugar, Dimitri está evitando esta casa, a mí y la compleja realidad de lo que ha hecho.

Mañana será igual que hoy. Y el día siguiente. Y el día después de ese. Días que se extienden ante mí como un pasillo sin salida. Solo esta bella prisión, la soledad que asfixia y el bebé que crece dentro de mí día tras día.

Nunca me he sentido tan sola. Nunca he sentido tanto miedo. Y nunca he estado tan desesperanzada.

Esta es mi vida ahora. Esto es para siempre. Y no sé cómo voy a sobrevivir.

6

DIMITRI

He leído el mismo párrafo del informe territorial tres veces ya, y todavía no sabría decirte de qué va. ¿Algo sobre los muelles? ¿Horarios de envío? También hay algo sobre pagos que hay que cobrar. Todo asuntos importantes que requieren mi atención. Negocios que mantienen en marcha esta organización.

Pero mis ojos siguen desviándose hacia la fila de monitores montados en la pared a mi izquierda.

Seis pantallas, cada una mostrando diferentes zonas de la finca. Imágenes de seguridad que graban veinticuatro horas, todos los días, sin perderse ni un solo detalle. Instalé este sistema hace años para proteger y vigilar, para asegurarme de saber siempre lo que ocurre en mi propiedad.

Ahora mismo, las seis pantallas muestran ángulos distintos de una casa vacía.

Vacía salvo por *ella*.

Veo movimiento en el monitor tres, que enfoca el pasillo de la segunda planta. Vera aparece, moviéndose despacio por el corredor, una mano deslizándose por la pared como si necesitara apoyo. Lleva

otro de esos conjuntos que ha elegido la señora Kozlov—vaqueros oscuros y un jersey color crema. El pelo recogido en una coleta, las ondas castaño rojizas captando la luz de las ventanas del pasillo.

Se detiene ante una puerta y prueba el pomo. No se abre; está cerrada, como todas las demás allí arriba salvo algunas habitaciones concretas. Va a la siguiente puerta. Igual resultado. Luego a la siguiente.

La observo intentando abrir todas y cada una de las puertas del ala este, sus movimientos se vuelven cada vez más inquietos con cada puerta cerrada. Cuando llega al final del pasillo, tiene los hombros caídos. Se queda allí parada durante un buen rato, contemplando la última puerta cerrada, y hasta desde este ángulo puedo ver la derrota reflejada en cada línea de su cuerpo.

Entonces se da la vuelta y regresa a su habitación, desapareciendo de mi vista.

Esto debería resultarme satisfactorio, ¿no? Está aprendiendo los límites de su jaula, entendiendo cuán limitada está. Eso es lo que quería, ¿no es así? Que se sintiera atrapada, impotente y completamente bajo mi control.

Entonces, ¿por qué verla intentar esas puertas me hace sentirme… *mal* por ella?

Obligo a mis ojos a volver a los informes. Tengo que centrarme en los números, los horarios y el negocio que realmente importa. Pero treinta segundos después, estoy mirando los monitores otra vez.

Esta vez es el monitor cuatro—la planta principal. Vera aparece en la puerta de la cocina, vacilante, como si tuviera miedo de entrar. La señora Kozlov está allí, de espaldas a la cámara, y veo a Vera decir algo. La señora Kozlov no se gira. Sigue con lo suyo, ignorándola por completo.

Vera lo intenta de nuevo. No puedo oír las palabras, pero veo cómo se mueven sus labios y cómo se retuerce las manos delante de sí.

Está claro que está nerviosa.

Finalmente, la señora Kozlov se gira y, aunque no puedo ver su rostro desde este ángulo, conozco esa expresión. Fría. Desdeñosa. Dice algo breve y después vuelve a lo que estaba haciendo.

El rostro de Vera se desmorona.

Es sutil—apenas un leve endurecimiento alrededor de los ojos, un temblor en la barbilla—pero lo veo. Veo el momento en que se da cuenta de que no va a conseguir lo que estaba pidiendo. Asiente una vez, luego se da la vuelta y se marcha, sus movimientos rígidos, mecánicos.

Como algo roto que intenta aparentar que está entero.

Antes de darme cuenta, cojo el móvil y busco el número de la señora Kozlov. Mi pulgar duda sobre el botón de llamada.

¿Qué le voy a decir? ¿Que deje de tratarla como a una enemiga? ¿Que sea más amable con mi esposa rehén? Ella *es* la enemiga. *Es* una Ashford. La señora Kozlov solo sigue el acuerdo tácito—Vera no es bienvenida aquí. No pertenece a este sitio. Está siendo tolerada, no aceptada.

Eso es exactamente lo que quería.

Dejo el teléfono sobre la mesa sin llamar.

A la mañana siguiente, estoy sentado en mi escritorio a las cinco y media con un café tan fuerte que podría hacerme crecer pelo en el pecho y unos informes que ni siquiera leo, mirando los monitores como si fueran lo más importante del mundo.

Estoy observando el pasillo de la segunda planta, frente a su habitación. A las seis y cuarto, su puerta se abre. Sale vestida con lo que parece ser un sencillo vestido y se dirige hacia las escaleras.

Cambio la vista al monitor cuatro y la observo dirigirse a la cocina.

La señora Kozlov ya está allí, como siempre. Esa mujer madruga, y no me convence que realmente duerma. Lleva con mi familia desde que mis padres se casaron, y dirige la casa como una general con sus tropas. Vera le dice algo y la señora Kozlov responde sin levantar la vista de lo que esté preparando.

Vera se sienta en la pequeña mesa del rincón. La señora Kozlov le pone algo delante. Parece pan tostado y café.

Vera juguetea con la tostada y toma un sorbo de café. Entonces se queda helada.

Se le va el color de la cara y se aparta de la mesa tan rápido que casi vuelca la silla. Se tapa la boca con una mano y sale corriendo del encuadre a tal velocidad que la señora Kozlov deja caer lo que tenía entre las manos.

Cambio a otro monitor. Vera aparece, prácticamente volando por el pasillo. Se mete en el baño.

No sale en veinte minutos.

Cuando por fin sale, parece un cadáver. Está pálida como un fantasma, temblorosa, una mano sobre el estómago. Vuelve despacio hacia la cocina, y hasta su forma de andar resulta extraña. Cautelosa. Como si cada paso doliera.

Esta es la tercera mañana que veo cómo ocurre esto.

La primera vez, pensé que quizá tenía una intoxicación alimentaria. Sucede a veces, incluso con el mejor equipo de cocina (aunque nunca he tenido una intoxicación causada por mi personal). ¿Pero tres días seguidos? Y no está comiendo nada que pueda provocarlo. La he visto apenas rozar la comida en la cena, jugueteando con platos que seguramente a mi equipo le han llevado horas preparar.

Algo le pasa.

Y me molesta haberme dado cuenta. Sobre todo porque significa que la he estado observando lo suficientemente de cerca como para

notar el patrón. He rebobinado las grabaciones varias veces, estudiando su rostro, sus movimientos, intentando averiguar qué demonios sucede.

Me repito que es por una cuestión práctica. Es una Ashford. Podría estar fingiendo estar enferma para que baje la guardia. O planeando algo, recabando información, jugando alguna partida a largo plazo. Necesito saber lo que ocurre en mi propia casa.

Pero eso no explica por qué he visto las grabaciones de ella comiendo sola en la mesa del comedor cuatro veces distintas. Por qué he analizado la manera en que empuja la comida por el plato sin probar bocado. Cómo su mano va involuntariamente al vientre y luego se aparta bruscamente, como si la hubieran pillado haciendo algo indebido. Cómo permanece sentada en esa sala enorme, pareciendo tan pequeña y sola que algo en mi pecho se encoge incómodamente.

Esto es lo que quería. Ella está sufriendo, ¿verdad? Aislada, miserable, pagando por lo que su familia le hizo a Alexei.

Misión cumplida.

Entonces, ¿por qué verla me hace sentirme como una mierda?

—Interesantes elecciones de entretenimiento—.

Por poco salto de la silla. No he oído a Konstantin entrar, lo cual es muy preocupante, ya que normalmente soy extremadamente consciente de mi entorno. Es señal de que estoy demasiado distraído, demasiado concentrado en esas malditas pantallas.

Mi tío está en el umbral de la puerta de mi despacho, con las cejas alzadas y una sonrisa irónica curvándose en la comisura de sus labios. Sus ojos pasan de las pantallas a mí.

—Revisando las grabaciones de seguridad— digo con sequedad, girándome de nuevo hacia el escritorio—. Me aseguro de que todo funcione correctamente.

—Ajá—. Se asienta en una de las sillas frente a mi escritorio sin esperar invitación, cruzando una pierna sobre la otra—. ¿Eso es lo que decimos ahora? Porque desde donde *yo* estoy, parece que espías a tu esposa.

—No es mi esposa— espeto antes de poder evitarlo—. Es una rehén. Una póliza de seguro.

—Con la que estás legalmente casado— dice Konstantin con calma, lo que de alguna forma lo empeora—. Consumaste el matrimonio hace tres días, ¿cierto? Eso la convierte, te guste o no, en la señora Volkov.

No respondo. En vez de eso, clavo la mirada en los informes sobre el escritorio como si de repente fueran lo más fascinante del mundo. Lo son, sin duda.

—He oído que no volviste a casa anoche— continúa Konstantin en tono conversacional. *Demasiado* conversacional—. Ni la noche anterior. De hecho, llevas evitando la finca bastante desde la boda. Te quedas hasta tarde en la oficina, tienes reuniones que podrías resolver en horario normal. ¿Evitando a tu reciente esposa?

—He estado ocupado— gruño, molesto de que alguien de mi personal ande cotilleando sobre mis entradas y salidas. Tendré que hablar con la señora Kozlov al respecto—. Estamos consolidando los nuevos territorios tras la fusión. El asunto de los Ivanoff requiere atención. Hay que renegociar los contratos del puerto. Hay mucho trabajo—.

—Tonterías—.

Alzo la vista bruscamente. Konstantin me observa con esa mirada escrutadora que siempre me incomodaba de adolescente. Es como si pudiera ver a través de cualquier fachada que intente poner.

—Te conozco de toda la vida, Dimitri— dice en voz baja—. Te vi hacerte cargo de esta organización con veinticinco años, cuando la mayoría de los hombres de tu edad aún estaban decidiendo su

futuro. Te he visto manejar situaciones que quebrarían a otros. No evitas las cosas por estar ocupado. Las evitas cuando te incomodan.

—*No* estoy incómodo— miento—. Estoy siendo estratégico al mantener la distancia. Es la enemiga, ¿recuerdas? La hija de Vincent Ashford. El objetivo de este acuerdo era tener ventaja sobre su familia, no…

—¿No qué? ¿Tratar con ella de verdad?— Konstantin se inclina hacia delante, ahora con expresión seria—. La estás tratando como un mueble. La has encerrado en esa casa, confiscado el teléfono, prohibido al personal ser amable con ella, y ni siquiera quieres estar en la misma habitación. ¿Qué esperabas lograr exactamente?

—Pensé que la haría sufrir— digo sin rodeos—. Pensé que le recordaría—a ella y a *todos* ellos—lo que ocurre cuando te metes con un Volkov. Su familia mató a Alexei. Le tendieron una emboscada y lo ejecutaron en un maldito almacén. Así que sí, quiero que sufra. Quiero que sienta una mínima parte de lo que nosotros sentimos. ¿Eso es tan condenadamente malo?

Konstantin guarda silencio unos largos segundos, sus ojos oscuros atenazando los míos. Luego, suspira.—No. No es malo— concede—. Es humano. Pero, Dimitri…—Vuelve a suspirar—. La venganza es como beber veneno y esperar que muera el otro. No funciona así.

—Es una Ashford— repito, como si el repetirlo fuera a hacer desaparecer la presión incómoda en mi pecho—. Esto es justicia.

—¿Lo es?— Asiente hacia las pantallas—. Porque yo lo veo como si te estuvieras torturando tanto a ti mismo como a ella. La miras en esas pantallas como si…— Se detiene, negando con la cabeza—. ¿Sabes qué? Bien. Haz lo que creas necesario. Pero pregúntate, ¿qué pensaría Alexei de esto? ¿De que encierres a una chica inocente y la hagas desgraciada por culpa de lo que hizo su tío?

Oír el nombre de Alexei hace que mis manos se cierren en puños.— No le metas en esto— advierto. Konstantin será mi tío, pero no

dudaría en estrellarle contra la pared si sigue mencionando a mi hermano.

—Ya está metido. Por él te casaste en primer lugar.— Konstantin se pone en pie, sacudiendo pelusas imaginarias de la chaqueta—. Pero me pregunto si esto es lo que él querría. Tu hermano pequeño era siempre amable con todos y creía en segundas oportunidades. ¿Querría que acabaras así?

No quiero seguir oyendo esto.—Adiós, tío—.

—Piénsalo, Dimitri. Solo te pido eso—. Avanza hacia la puerta, luego se detiene.—Y tal vez deberías volver a casa esta noche. Habla con la chica. Es tu esposa, te guste o no. Ignorarla no va a cambiar eso—.

Se va antes de que pueda responder, y me quedo sola con mis informes, mis monitores y la incómoda verdad que he estado evitando.

Vuelvo a mirar las pantallas. Vera ha regresado a su habitación, acurrucada en la cama, y veo que está llorando. Sus hombros tiemblan por sollozos silenciosos, la cara enterrada en la almohada.

Esa opresión en el pecho se intensifica.

Me obligo a apartar la mirada y centrarme en el trabajo. Durante las siguientes seis horas, evito deliberadamente mirar los monitores. Atiendo reuniones, reviso contratos y resuelvo las decenas de pequeñas crisis que forman parte de gestionar una organización como esta. Soy productiva. Eficiente. Vuelvo a sentir que tengo el control.

Pero alrededor de las cuatro de la tarde, mis ojos vuelven a desviarse hacia las pantallas.

Vera camina despacio por el pasillo. Se ha cambiado de ropa; ahora lleva un jersey diferente, uno de un azul grisáceo suave que resalta aún más la palidez de su piel. Lleva el pelo suelto, cayéndole en

ondas desordenadas sobre los hombros, y los ojos hinchados y enrojecidos.

Llega a la puerta de la biblioteca y desaparece en su interior.

Cambio al monitor de la biblioteca. Aparece en el encuadre, se dirige al banco junto a la ventana. Se acurruca allí, se abraza las rodillas y mira hacia los jardines, simplemente sentada, completamente inmóvil salvo por el temblor ocasional que recorre su cuerpo.

Parece tan pequeña. Tan sola. Tan absolutamente derrotada.

Y algo dentro de mí se resquebraja.

Antes de darme cuenta, ya me he puesto en pie y cojo la chaqueta. Le digo a mi atónito asistente que cancele mis citas de la tarde, y en un instante estoy en el coche, saliendo del garaje y conduciendo hacia la finca.

Me repito que necesito vigilar mi inversión y asegurarme de que no está planeando nada. Que debo averiguar qué le ocurre para determinar si es una amenaza.

Pero la verdad es que no soporto verla sufrir más. No así. No cuando me hace sentir que el pecho se me encoge como si me lo aplastara un torno.

~

La casa está en silencio cuando llego.

Son poco más de las cinco de la tarde, demasiado pronto para la cena, pero ya tarde para la rutina vespertina. Mis pasos resuenan en el mármol mientras atravieso el vestíbulo, paso delante de los salones y subo las escaleras hacia la biblioteca.

Me detengo ante la puerta, escuchando. Nada. Ni un solo ruido. Por un momento, me pregunto si se ha marchado, si de algún modo la he perdido de vista en los monitores durante el trayecto de vuelta.

Pero no—¿adónde iría? No tiene teléfono, ni coche, ni forma de salir más allá de los portones y los guardias.

Abro la puerta.

Sigue acurrucada en el banco de la ventana, exactamente igual que en el monitor. El sol del atardecer atraviesa el cristal detrás de ella, transformando su cabello en cobre y oro bruñidos. La luz es dura e implacable, mostrando cada detalle que no podía ver en las imágenes de la cámara de seguridad.

Ojeras oscuras, la piel tan pálida que casi parece translúcida. Una holladura en las mejillas que no estaba allí en la boda. Los ojos rojos e hinchados de llorar, los labios ligeramente agrietados. Lleva puesto ese jersey azul grisáceo con vaqueros oscuros, y la ropa le queda más holgada que hace unos días. Ha perdido peso.

Parece frágil. Que se puede romper. Como si un simple soplo de viento pudiera hacerla añicos.

Y hermosa. Incluso así es impresionante.

Me obligo a apartar violentamente ese pensamiento.

Se sobresalta al verme, los ojos le brillan de asombro. El libro que tiene en el regazo está a punto de caerse al suelo. Lo atrapa en el último segundo, con movimientos bruscos y torpes.

—N-no te esperaba —balbucea, incorporándose, tratando claramente de recomponerse—. Mrs. Kozlov dijo que no volverías hasta tarde. Puedo marcharme si—

—Es mi casa —la interrumpo, mi voz suena más áspera de lo que pretendía—. No tengo que anunciarme. Y desde luego, no necesito permiso para entrar en ninguna habitación de mi propia casa.

Se encoge—*realmente* se encoge, como si mis palabras le dolieran físicamente. Aprieta el libro hasta que los nudillos se le ponen blancos.—Por supuesto. Lo siento. No quería—

Se muerde el labio con tanta fuerza que aparece una manchita de sangre. Veo cómo saca la lengua para probarla. Hace una mueca de dolor.

Debería darme la vuelta y salir antes de que esto se complique aún más. Pero en vez de eso, me sorprendo a mí misma avanzando por la habitación, cerrando la puerta a mi espalda con un suave clic que la pone tensa.

La observo. *La* observo de verdad, no a través de una cámara, sino en persona, con la luz del atardecer mostrándome todos los matices. Por la forma en que está sentada, intenta hacerse más pequeña. El temblor en las manos que trata de ocultar. La manera en que traga saliva, como si luchara contra las náuseas.

—¿Qué te pasa? —pregunto sin rodeos.

Parpadea.—¿Cómo?

—Estás enferma —afirmo—. Todas las mañanas en los últimos tres días has ido corriendo al baño. Apenas comes. Pareces un fantasma. ¿Qué te ocurre?

Observo cómo la sangre desaparece de su rostro, y sus ojos marrones se abren como platos, dominados por lo que parece pánico. Aprieta aún más el libro entre las manos.

—N-no estoy enferma —dice, pero la voz le tiembla—. Es solo—es solo que me estoy adaptando. A todo. Sitio nuevo, nueva... situación. Estrés. Nostalgia. —Fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos—. Estoy bien. De verdad.

Está mintiendo. Lo veo en cada línea de su cuerpo y lo oigo en la forma en que la voz se le agudiza. Es una pésima mentirosa, y ahora mismo, lo que muestra su cara es miedo. Miedo puro y sin disfraz.

¿Por qué? ¿A qué le tiene tanto miedo?

—No estás bien —afirmo, seco—. Y no te creo.

Se encoje aún más contra la ventana, como si quisiera fundirse con el rincón del banco, desaparecer a través del cristal.—Te juro que no estoy enferma. No es nada contagioso, ni nada de eso. Es solo— —Traga saliva—. Es solo estrés. Nada más. Adaptándome a— —Hace un gesto vago entre los dos—. A esto. A estar aquí.

A ser mi prisionera, quiere decir. A estar atrapada en esta casa rodeada de personas que la desprecian. A estar casada con un hombre que apenas puede mirarla salvo a través de monitores de seguridad.

Esa incómoda opresión ha vuelto a instalarse en mi pecho, peor que antes.

Debería insistir y exigir la verdad. Sea lo que sea que esté ocultando, tengo derecho a saberlo. Esta es mi casa, ella es mi—mi responsabilidad. Legalmente, mi propiedad. Tengo todo el derecho a saber qué pasa con su salud.

Pero algo en el miedo de sus ojos me detiene. Algo en la manera en la que parece tan pequeña, frágil y completamente aterrorizada de mí.

Quizá sea solo el estrés. Dios sabe que ya le he echado suficiente peso encima encerrándola en esta casa, aislándola de su familia y dejándole claro que no es bienvenida. Tal vez sea solo eso—su cuerpo reaccionando al infierno que yo mismo le he creado.

Trabajo bien hecho, ¿verdad?

Me siento enfermo.

Necesito pensar. Necesito espacio para procesar todo esto y no estar aquí, de pie, viendo cómo se encoge delante de mí como si fuera una especie de monstruo.

Aunque eso es precisamente lo que he intentado ser.

—Cenarás conmigo mañana—me oigo decir. Las palabras salen de mi boca antes de que relamente decida pronunciarlas—. A las siete.

Sin discusiones.

El miedo cruza su rostro, rápido y tan vívido que parece un relámpago—. ¿Quieres que... que cene contigo?

—¿Hay algún problema?

—¡No! No, por supuesto que no. Es solo que...—Vuelve a tragar saliva, ese gesto nervioso que me dice que está muerta de miedo—. Pensaba que preferías no... Quiero decir, no has estado en casa, así que supuse que no querías...—

—A las siete—repito, cortando su parloteo—. Prepárate.

Me doy la vuelta para irme antes de que haga alguna estupidez, como preguntarle de qué tiene tanto miedo o averiguar por qué verla asustada solo consigue que me sienta peor, no mejor. Como si quisiera acercarme a—

No. De ninguna manera.

Estoy llegando a la puerta cuando su voz me detiene.

—¿Dimitri?

Oír mi nombre en sus labios me hace un nudo en el corazón. Es la primera vez que lo pronuncia desde nuestra noche de bodas, cuando la tenía bajo mí, gritando ese nombre mientras se deshacía. El recuerdo me golpea con una fuerza indeseada.

No me doy la vuelta—. ¿Qué?

—Gracias. Por...—Se queda a medias, y puedo oír la confusión en su voz. Como si ni siquiera supiera por qué me da las gracias—. Por preocuparte por mí. Sé que no tenías por qué hacerlo.

Sus palabras me afectan más de lo que deberían. Porque tiene razón. No tenía por qué venir ni enfrentarla. No tenía por qué ordenarle que cene conmigo mañana. Podría haber seguido evitándola, vigilando desde las cámaras y fingiendo que no existe más que como una pieza en un juego de venganza.

Pero aquí estoy.

—No creas que esto significa nada—digo, con la voz fría—. Eres una inversión. Necesito asegurarme de que estás... funcional. Eso es todo.

Salgo, cerrando la puerta con firmeza a mi espalda, cortando cualquier cosa que pudiera decir. Llego a mi despacho antes de tener que detenerme, apoyando las manos en la mesa y respirando hondo, como si acabara de correr una maratón.

¿Qué demonios estoy *haciendo*?

Se supone que debo castigarla. Hacer que pague. Utilizarla para dañar a los Ashford como ellos me dañaron a mí. Ese es el plan. Ese ha sido el plan desde el momento en que Konstantin propuso este acuerdo.

Pero en algún punto, entre verla intentando abrir las puertas cerradas y observar el miedo en sus ojos hace un momento, algo ha cambiado. Algo que no entiendo ni quiero analizar demasiado.

Porque si lo analizo, tendría que admitir que verla sufrir no se siente como una victoria.

Se siente como una tortura.

Y no del tipo que tenía pensado.

Me dejo caer en la silla de mi escritorio y hago justo lo que juré que no haría. Vuelvo a poner las cámaras de seguridad y la localizo en la biblioteca. Sigue sentada en ese banco junto a la ventana, pero ahora vuelve a llorar. Lágrimas silenciosas corriendo por su rostro, todo su cuerpo temblando por los sollozos que intenta contener.

Esto es la victoria. Esto es lo que quería, ¿no? Su sufrimiento. Su dolor. Que entienda que está completamente bajo mi control, que puedo hacer de su vida un infierno cuando me plazca.

Entonces, ¿por qué me siento como el mayor cabrón del mundo?

¿Por qué verla llorar me hace querer volver ahí dentro y... y qué? ¿Consolarla? ¿Pedirle perdón? ¿Decirle que todo va a salir bien, cuando los dos sabemos que es mentira?

Aparto la mirada del monitor y centro mi atención en los informes que tengo repartidos sobre el escritorio. Números y territorios y tratos de negocios que realmente importan. Cosas que sí puedo controlar, a diferencia del desastre que he provocado aquí.

Pero incluso intentando obligar a mis ojos a recorrer las hojas de cálculo y los contratos, mi mente sigue regresando a ese instante en la biblioteca. El miedo en sus ojos. La forma en que intentaba ocultar lo que le pasa. El terror en su voz cuando insistía en que era solo estrés.

Está ocultando algo. Eso está claro. ¿Pero qué? ¿Y por qué tiene tanto miedo a decírmelo?

Quizá realmente sea solo el estrés manifestándose físicamente. El cuerpo humano hace cosas extrañas bajo una presión extrema. He visto a hombres en este negocio desarrollar úlceras, problemas cardíacos, ataques de pánico—todo por el miedo y la tensión constantes. Quizá sea solo eso. Su cuerpo derrumbándose bajo el peso de todo lo que le he hecho pasar.

Ese es el objetivo, ¿no? ¿Romperla?

Pero no se siente como una victoria. Es hueco. Vacío. Mal, de una forma que no sé explicar.

Mañana. Lo averiguaré mañana en la cena. La observaré, la estudiaré, quizá intente hablar con ella de verdad, como si fuera una persona. Porque de una manera u otra, necesito entender qué está pasando en mi propia casa, y qué está ocurriendo con la mujer que es legalmente mi esposa, lo quiera o no.

Vuelvo a mirar las cámaras de seguridad una vez más. Solo para comprobar que está bien.

Sigue llorando en la biblioteca y me obligo a mirar. A ver lo que ha causado mi venganza. A enfrentarme a la realidad de lo que le he hecho.

Esto es justicia, me digo. Esto es lo que los Ashford se merecen.

Pero las palabras suenan vacías incluso dentro de mi cabeza.

Y la opresión en mi pecho no desaparece.

7

VERA

El comedor se ha convertido en mi infierno personal.

Cuatro noches. Cuatro cenas *atroces* sentada frente a Dimitri en esa mesa enorme, la lámpara de araña proyectando sombras que hacen que todo parezca aún más siniestro. Cuatro noches de comidas que apenas consigo tragar mientras él me observa con esos fríos ojos grises y destroza lo poco que me queda de compostura.

Esta noche no es diferente.

Me siento en un extremo de la mesa, él en el otro, pero aún así la distancia es demasiado corta y asfixiante. Entre nosotros podría haber centímetros en vez de metros. Anya sirve el primer plato, una sopa cremosa con hierbas que huele densa y pesada. Se me revuelve el estómago solo de mirarla.

—Come —ordena Dimitri, sin levantar la vista de su propio cuenco.

Agarro la cuchara con los dedos sudorosos y me obligo a tomar un pequeño sorbo. La sopa está perfectamente hecha, a la temperatura justa y sazonada a la perfección.

Sabe a mierda.

—Tu padre ha llamado hoy —dice él, con tono despreocupado, como si habláramos del tiempo—. Quería saber cómo te estás adaptando.

Levanto la cabeza tan rápido que me cruje el cuello. —¿Has hablado con mi padre? —pregunto, sin poder creerlo. El corazón me retumba —. ¿Qué le has dicho?

—Que te estás adaptando maravillosamente a tu nueva vida. —Su sonrisa no le llega a los ojos—. Y que estás aprendiendo cuál es tu sitio. Que te estás portando muy... obediente.

Obediente. Como si fuera un maldito perro. La palabra me pone la piel de gallina. —¿Puedo hablar con él? Por favor, solo quiero—

—No.

Así, tal cual. Plano. Final. Como si mi petición no mereciera ni ser considerada.

Dejo la cuchara con cuidado, luchando contra las ganas de tirársela. —No puedes mantenerme alejada de mi familia para siempre.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —responde él con calma, tomando otra cucharada de sopa. Quisiera estamparle la cara contra el cuenco—. Estás en *mi* casa, bajo *mi* control. Esos eran los términos del acuerdo. ¿O lo has olvidado?

—No lo he olvidado —gruño—. ¿Cómo podría olvidarlo si me lo recuerdas cada día?

Por fin sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos hay algo oscuro y satisfecho. —Bien. No me gustaría que confundieras tu posición aquí.

Así es como va esto. Todas las noches. Él pinchándome, empujando, intentando provocar una reacción. Intentando romperme poco a poco hasta que no quede nada.

La primera noche, intenté ser educada y cortés. Probé con una charla trivial, le pregunté por su día e intenté buscar algún terreno

neutral donde pudiésemos coexistir sin hostilidades.

Eso lo cortó de raíz. —No me interesa hacer de marido contigo —dijo —. Esto no es un matrimonio de verdad. Estás aquí como seguro. Nada más.

La segunda noche probé el silencio. Comer en paz, sin participar, con la esperanza de que me dejara en paz.

En su lugar, se pasó toda la cena hablando de Alexei. Lo buen hombre que era su hermano. Lo amable, lo cariñoso, cómo nunca mereció lo que le pasó. Cada palabra era un cuchillo que giraba más hondo, recordándome que el hombre al que amaba está muerto y su hermano me culpa a mí.

—Tu tío apretó el gatillo —dijo, con voz helada—. Marcus Ashford ejecutó a mi hermano en frío. Y tú estás ahí, comiendo mi comida, viviendo en mi casa y fingiendo que tienes derecho a consuelo.

Intenté defender a mi familia. —No lo sabíamos —repliqué—. Te juro que mi padre no dio esa orden. Se suponía que era una negociación, no—

—¿Una *negociación*? —rió, amargo y cortante—. ¿Así llamáis a una emboscada? No sabía que "asesinato" es una palabra clave para negociaciones.

—Yo lo llamo tragedia —repliqué, con la voz hecha trizas—. Una cosa horrible, espantosa, que nunca debió ocurrir. Pero yo no lo hice. Ni siquiera sabía nada de esa reunión. Así que deja de castigarme por algo en lo que no tuve arte ni parte.

—Eres una Ashford —dijo entonces, como si eso lo explicara todo—. Ese es el único papel que tienes que cumplir.

Esta noche llega el tercer plato—pollo con limón y hierbas—y ya noto las náuseas subir. He aprendido a comer despacio, dar mordiscos diminutos y beber agua sin parar. Lo que sea para conseguir mantener algo en el estómago durante estas cenas.

—No comes —observa Dimitri.

—*Sí* que como —contraataco, tomando un bocado deliberado aunque el estómago se me revuelve.

—Apenas. —Me estudia con esa intensidad inquietante que me hace sentir como un insecto bajo un microscopio—. Has adelgazado. La señora Kozlov ha dicho que casi no pruebas el desayuno tampoco.

Maldita chivata. Por supuesto que le cuenta cada uno de mis movimientos.

—Como suficiente —miento—. Solo que no estoy acostumbrada a una comida tan... contundente.

Dimitri frunce el ceño. —La comida es excelente. La hermana de la señora Kozlov fue chef en— —Se detiene, apretando la mandíbula—. La comida está bien. Si no sabes apreciarla, el fallo es tuyo, no de la cocina.

Que le den a *él*. Estoy harta de sus palabras.

—Tienes razón —digo, dejando el tenedor con más fuerza de la necesaria—. La comida es excelente. Esta casa es excelente. Todo es perfecto, carísimo y precioso. ¿Pero sabes qué? —le lanzo una mirada fulminante—. Preferiría comer tostadas quemadas en la cocina de mi madre antes que sentarme aquí a que me despelles todas las noches con tus palabras.

Sus ojos grises se entrecierran. —Cuidado.

—¿Cuidado? —me río, y incluso yo noto que suena un poco loco—. ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Encerrarme en mi habitación? ¿Cortarme el teléfono? ¿Hacer que el servicio me trate como basura? —Me llevo una mano a la boca, fingiendo espanto—. Ah, espera— eso ya lo has hecho todo.

Su ceño se endurece. —Estás aquí porque tu familia—

Le rechazo con un gesto despectivo de la mano. —Maté a tu hermano. Sí, sí, ya lo sé. Lo has mencionado. Repetidas veces. Todos los días. En cada comida. ¿No te cansas nunca de repetir lo mismo? Ahora me tiemblan las manos, pero me da igual. Estoy tan cansada. Tan jodidamente agotada de tener miedo, de sentirme culpable, de ser castigada por algo que no hice. —Pero ¿sabes qué? La familia Volkov tampoco es que sea inocente precisamente.

La temperatura en la habitación cae unos cincuenta grados. —¿Perdona?

Ah, eso le ha afectado. —Me has oído. Las palabras brotan ahora, rodando antes de que pueda detenerlas y el miedo vuelva a encerrarlas dentro. —Tu familia también ha matado gente. Vuestra organización ha destruido vidas. No finjas que eres algún tipo de santo perseguido por los malvados Ashford. Estás tan manchado como nosotros.

Se levanta de golpe y su silla chirría contra el suelo de madera, un sonido como uñas arañando una pizarra. —No sabes de lo que hablas —gruñe.

—¿Ah, no? —Me pongo de pie también, sosteniéndole la mirada a pesar de que me tiemblan las piernas. —Tu padre dirigía esta organización antes que tú. Tu tío sigue haciendo la mitad del trabajo. ¿De verdad crees que no sé lo que eso significa? ¿Crees que he crecido en este mundo sin comprender perfectamente a qué se dedican familias como las nuestras?

—Familias como la tuya empezaron esta guerra—

—¡Y familias como *la tuya* la perpetúan! —Ahora estoy gritando, todo el miedo, la rabia y el dolor que he estado reprimiendo durante semanas por fin explotan—. Podrías haberte marchado. Podrías haber elegido la paz o decidido que la venganza no merece más sangre. Pero en cambio, te casaste conmigo para castigar a mi padre. Me encerraste en esta casa para demostrar algo. ¡Me haces la vida imposible cada día porque te hace sentir poderoso!

—Te hago la vida imposible —dice despacio— porque tu familia me lo arrebató todo.

—¿Así que decidiste arrebatarme todo a mí a cambio? —Las lágrimas me surcan el rostro, calientes y llenas de rabia. —Enhorabuena, Dimitri. Bien hecho. Has conseguido destrozar la vida de alguien que nunca te hizo nada. —Pongo las manos en las caderas—. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Eso te trae de vuelta a Alexei?

En el instante en que el nombre de su hermano sale de mis labios, sé que he ido demasiado lejos.

Dimitri rodea la mesa tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar. Está frente a mí, imponente, y durante un segundo aterrador, pienso que podría hacerme daño. Tiene las manos cerradas en puños a los lados, la mandíbula tan tensa que veo cómo le tiembla el músculo.

—No —gruñe, su voz apenas es un susurro, pero de alguna manera resulta mucho más aterradora que si hubiera gritado—. No te atrevas a decir su nombre. No tienes derecho a hablar de él. No puedes fingir que te importa lo que yo he perdido cuando tu familia es la razón de su muerte.

—Sí me importa —susurro de vuelta, y es la verdad—. Me importaba...

—Fuera.

Doy un respingo, como si me hubiera abofeteado. —¿Qué?

—Fuera. Fuera. —Cada palabra es como un cristal roto, cortante—. Vete a tu cuarto. No quiero *verte* ahora mismo.

No necesito que me lo repita. Me giro y prácticamente salgo corriendo del comedor, con la vista nublada por las lágrimas, todo el cuerpo vibrando de adrenalina, miedo y rabia.

Pero cuando llego a las escaleras, oigo que algo se rompe en el comedor. Es el sonido del cristal al estrellarse. Un rugido de furia

pura que me hiela la sangre.

Por fin he resquebrajado su control.

Y no estoy segura de si debería sentirme triunfante o asustada.



La cuarta noche es peor.

Casi no bajo a cenar. Me planteo seriamente quedarme en mi cuarto, fingir que estoy enferma, cualquier excusa con tal de no volver a enfrentarme a él. Pero a eso de las seis y media, la señora Kozlov aparece en mi puerta.

—El señor Volkov la espera para la cena —dice sin emoción—. A las siete en punto. No llegue tarde.

Así que aquí estoy otra vez, sentada en esta maldita mesa, intentando no devolver el agua que he estado bebiendo todo el día. Las náuseas han sido implacables hoy. Ya no son sólo por la mañana, sino oleadas durante toda la tarde, imprevisibles y feroces.

Este bebé está intentando matarme.

Llevo un vestido azul marino y suelto, intentando disimular lo pálida que estoy con un maquillaje cuidadosamente aplicado. Pero me veo reflejada en las copas de vino y tengo un aspecto horrible. Vacía por dentro.

Dimitri entra exactamente a las siete, y enseguida sé que esta noche va a ser diferente. Hay algo en él, una tensión contenida, como si todo su cuerpo estuviera a punto de saltar. Tiene la mandíbula apretada y sus movimientos son demasiado controlados, como si se estuviera conteniendo.

Se sienta y no dice nada. Se limita a mirarme con esos ojos grises y fríos.

Anya sirve el primer plato, una ensalada con queso de cabra y remolacha. El olor me golpea al instante, fuerte y terroso, y el estómago me da un vuelco. Dios, *odio* la remolacha. Presiono la servilleta contra los labios y respiro superficialmente por la nariz.

—¿No tienes hambre? —La voz de Dimitri corta el silencio.

—Estoy bien —consigo decir.

—Eso dijiste ayer. Y anteayer. No estás bien.

Me obligo a coger el tenedor, pinchar un poco de lechuga y llevármelo a la boca. Masticar. Tragar. Seguir respirando.

—Dime una cosa —dice con tono casual, aunque no tiene nada de casual—. Ese novio tuyo. El que veías antes de nuestro matrimonio. ¿Sabe dónde estás?

El tenedor me resbala y resuena contra el plato; juro que dejo de respirar. —¿Qué has dicho?

—El informe de inteligencia mencionaba que veías a alguien. Salías de casa por las noches y volvías tarde. Claramente era una relación seria si lo ocultabas a tu familia. —Da un sorbo de vino, observándome por encima del borde de la copa—. ¿Dónde está él ahora? ¿Sabe que estás aquí? ¿Intenta ponerse en contacto contigo?

El corazón me late tan fuerte que lo oigo retumbar en los oídos. —Yo no... eso *no* es asunto tuyo.

Dimitri esboza una sonrisa ladeada. —Todo lo que te concierne es asunto mío. Eres mi esposa.

—Sólo en el papel —le rebato—. Dios, fuimos tan cuidadosos. ¿Cómo descubrió alguien que veía a otra persona? —Tú dejaste eso muy claro.

—¿Quién era entonces? —insiste Dimitri—. ¿Un civil? ¿El hijo de otra familia? ¿Alguien con quien pensabas huir?

La amargura de su voz me sorprende, pero a estas alturas ya no me importa. No puedo decirle que era Alexei.

—No hay nadie —digo, lo cual es técnicamente cierto. Ya no. No desde que Alexei murió y se llevó todo mi corazón con él—. Sea lo que sea lo que diga tu informe, está equivocado.

Su sonrisa es cruel.—Mentirosa.

Dejo el tenedor de nuevo sobre la mesa, obligándome a que mi voz siga siendo tranquila.—¿Por qué te importa? ¿Por qué sería relevante si hubo alguien? No me quieres. Lo has dejado más que claro. Así que, ¿qué más da si...?

—Importa porque ahora eres mía —me interrumpe, su voz tornándose en algo oscuro y posesivo—. Y no comparto.

La hipocresía es asombrosa y parpadeo, sorprendida.—Ni siquiera duermes en la misma casa que yo la mayoría de las noches. Apenas soportas estar en la misma habitación. ¿Y se supone que tengo que ser exclusivamente tuya? Qué gracioso.

—Vuelvo a casa todas las noches para estas cenas, ¿no es cierto?

Pongo los ojos en blanco.—Para torturarme, sí. Todo un honor.

Su mandíbula se tensa.—Ten cuidado, Vera.

—¿O qué? —La temeridad de anoche ha vuelto, alimentada por el agotamiento, las náuseas y el peso aplastante de todo lo que sucede en mi vida de mierda—. ¿Vas a hacerme la vida aún más insoportable de lo que ya es? ¿Vas a aislarme todavía más? —Entorno la mirada—. Dime, Dimitri, ¿qué más puedes quitarme?

Se levanta, rodeando de nuevo la mesa, y debería asustarme, pero estoy demasiado cansada como para importarme ya. Que grite. Que desate su furia. Al menos será algo diferente a esta crueldad.

Pero no grita. Se detiene a unos pasos de distancia, mirándome desde arriba con algo en los ojos que no sé descifrar.

—Podría quitarte mucho más —dice en voz baja—. No me tientes.

Nos quedamos mirando el uno al otro durante un largo instante. Entonces, otra oleada de náuseas me golpea, tan fuerte y repentina que no puedo disimularlo. Presiono la mano contra la boca, cierro los ojos con fuerza, luchando por contenerlo todo.

—¿Qué te pasa? —Su voz ha cambiado, la ira sustituida por algo distinto. ¿Preocupación? No. Imposible.

—Nada —jadeo—. Estoy bien. Solo necesito...

No termino la frase. Me aparto de la mesa y apenas llego al baño del pasillo antes de empezar a vomitar violentamente.

Cuando salgo diez minutos después, temblorosa, sudorosa y humillada, él está de pie en el pasillo, esperándome con los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

—Esto ya roza lo ridículo —espeta—. Vas a ver a un médico.

Tiene razón, necesito ver a un médico, pero no por la razón que él se imagina.—No —digo con firmeza.

—No era una petición —dice Dimitri con brusquedad.

—No necesito ningún médico —insisto, limpiándome la boca con el dorso de la mano—. Es solo estrés. Se me pasará.

—El estrés no hace que vomites cada día.

—¿Y cómo lo sabes tú? —Ya estoy demasiado agotada para andarme con cuidado—. No estás aquí. Evitas esta casa como si estuviera maldita. Solo apareces a la hora de cenar para recordarme cuánto me desprecias. Así que no finjas que te importa mi salud.

Algo cruza fugazmente su rostro, ¿dolor?, ¿culpa?, pero desaparece antes de que pueda identificarlo.

—Vete a la cama —dice por fin—. Hablaremos de esto mañana.

Se me eriza la piel al sentirme tratada como a una niña.—No hay nada de lo que hablar.

—Vera. —Mi nombre en sus labios suena como una advertencia.—Vete. A. La cama.

Ya no tengo fuerzas para discutir. Me doy la vuelta y subo las escaleras, sintiendo su mirada clavada en mi espalda todo el tiempo.



Dos días después, estoy en la biblioteca, sentada en mi rincón de la ventana con un libro que no estoy leyendo, cuando Dimitri aparece en el umbral. Va vestido de manera formal, con un traje oscuro, camisa blanca impecable y una corbata oscura. Ropa de negocios. Su expresión es cuidadosamente neutra.

—Vístete —dice—. Algo apropiado. Tenemos una reunión.

Levanto la vista del libro.—¿Una reunión?

—Una reunión conjunta de las familias. Konstantin la ha convocado. División de territorios, rutas comerciales, todos esos detalles aburridos para asegurarse de que este tratado de paz funcione de verdad. —Mira su reloj—. Nos vamos en treinta minutos.

Se me cae el alma a los pies, y no es por las náuseas.—¿Quieres que vaya?

Parece molesto.—Tienes que ir. Eres el símbolo viviente de esta paz, ¿recuerdas? El puente entre nuestras familias. Ambas partes tienen que ver que estás... —Se interrumpe, buscando la palabra—. Viva. Ilesa. Prueba de que el tratado sigue en pie.

—No voy —digo de inmediato. La idea de ver a mi familia—mi padre, el tío Marcus—me dan ganas de vomitar otra vez.

—Sí que vas —su tono no admite discusión—. Esto no es negociable. Eres mi esposa. Vienes conmigo a las reuniones familiares. Así es

como funciona esto.

—No puedo. —Mi voz se quiebra.—Por favor. No me hagas enfrentarme a ellos. Aún no.

Su expresión cambia y se suaviza casi imperceptiblemente, pero enseguida se endurece de nuevo.—Treinta minutos —dice con firmeza—. Ponte el vestido gris. Te queda... —Hace una pausa—. Apropiado.

Se va antes de que pueda discutir más.

Llego a mi habitación antes de que el pánico termine de apoderarse de mí. Voy a ver a mi padre. A mi familia. A las personas con las que no he vuelto a hablar desde la boda, desde que me vendieron a los Volkov para salvar su propio pellejo. A quienes mataron a Alexei.

Solo pensar en estar en la misma sala que ambas familias, con todo ese rencor, odio y violencia, me hace querer esconderme debajo de la cama y no salir nunca.

Pero no tengo elección. Nunca la tengo.

Así que me pongo el vestido gris que Dimitri especificó. Es conservador, caro y exactamente el tipo de prenda que una esposa de la mafia lleva a reuniones importantes. Me maquillo con esmero, intentando disimular las ojeras y el tono pálido. Me recojo el pelo en un moño ordenado y me miro al espejo. Apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada.

Parece alguien que ha sobrevivido a algo terrible.

Supongo que es así.

Dimitri me espera al pie de las escaleras. Sus ojos me recorren de arriba abajo.—Bien. Vamos.

El trayecto transcurre en silencio. Viajamos en la parte trasera de su todoterreno, el mismo del día de la boda, con el mismo chófer y los

mismos guardaespaldas. Dimitri mira por su ventanilla, irradiando tensión.

—¿Dónde nos reunimos? —pregunto al fin.

—Lugar neutral. Los Ashford se negaron a venir a territorio Volkov —su voz es monótona—. No imagino por qué.

El sarcasmo escuece, pero no caigo en la provocación. Estoy demasiado concentrada en no vomitar, en mantener la respiración tranquila. Necesito prepararme para lo que se avecina.

Nos detenemos frente a lo que parece ser un edificio de oficinas abandonado en las afueras de la ciudad. Pero cuando entramos, veo que no está abandonado en absoluto. Lo han convertido en un espacio para reuniones.

El olor me golpea primero. Moqueta vieja y limpiador industrial, y ese trasfondo de colonia y perfume por demasiada gente en un mismo lugar. El estómago se me revuelve.

Entonces los veo.

Mi familia ya está allí, agrupada en un lado de una gran mesa de conferencias. Mi padre, que parece mayor de lo que recordaba. Mi tío Marcus, con esa misma expresión de suficiencia que me dan ganas de gritar. Varios hombres más a los que reconozco: consejeros, hombres de confianza, el círculo íntimo de mi padre.

Y todos dejan de hablar en cuanto me ven.

El rostro de mi padre palidece. La expresión de tío Marcus se endurece. Pero ninguno de los dos se acerca a mí ni pronuncia mi nombre.

De repente, soy terriblemente consciente de que llevo el anillo de Dimitri y estoy de pie a su lado. Para ellos, ya no soy su hija ni su sobrina—ahora soy una Volkov.

La enemiga.

La mano de Dimitri se posa en la parte baja de mi espalda y tengo que esforzarme por no encogerme. Me guía hasta el otro lado de la mesa, donde están reunidos los Volkov. Konstantin está allí, elegante con un traje caro, junto a Roman, el jefe de seguridad de Dimitri. Varios hombres más cuyos nombres no conozco.

Me miran con una hostilidad apenas disimulada. Soy una Ashford entre ellos. La hija de la familia que mató a su Alexei.

Me siento donde Dimitri me indica, justo a su lado, tan cerca que casi se nos rozan los hombros. Él me aparta la silla, el gesto sería casi caballeroso si no fuera por la forma en que su mano permanece en el respaldo. Una declaración territorial que todos en esta sala entienden.

Ahora es mía. Manteneos alejados.

La tensión en la sala resulta asfixiante. Siento que todos me observan, me evalúan, me juzgan. Mi padre sigue sin mirarme a los ojos. Mi tío Marcus me clava la mirada con algo que parece satisfacción, como si le complaciera verme tan rota.

Quisiera salirme de mi propia piel.

Konstantin se pone en pie y se aclara la garganta.—Gracias a todos por venir. Sé que esto no es fácil para ninguna de las familias, pero estas reuniones son necesarias si queremos que la paz se mantenga. Hay varios asuntos en la agenda de hoy—principalmente la división de los territorios portuarios y la renegociación de las rutas de envío a través de—

Su voz sigue sonando, pero no logro concentrarme en las palabras. La sala está demasiado cálida y abarrotada. Llena de gente que se odia. El olor a colonia me está revolviendo el estómago. Noto el sudor empezando a brotarme en la frente y recorriendo mi espalda.

Lanzo una mirada furtiva a mi padre. Mira fijamente la mesa, con las manos entrelazadas delante, sin querer mirarme. La garganta se me llena de lágrimas. Es como si ya estuviera muerta para él.

La traición me golpea, fresca y punzante. Me entregó a Dimitri sabiendo perfectamente lo que significaba, y ahora ni siquiera puede enfrentarse a lo que ha hecho.

Dimitri se mueve a mi lado y su mano pasa del respaldo de mi silla a mi hombro. Es un mensaje para todos en esta sala, pero su pulgar roza mi clavícula, solo una vez, tan sutil que casi ni lo noto. Casi como... ¿consuelo?

Estoy empezando a imaginar cosas.

—Lo que nos lleva a la cuestión de los territorios del este —dice Konstantin—. Hemos recibido informes de aumento de actividad por parte de la Bratva, y necesitamos coordinar nuestra respuesta.

Las náuseas me invaden.

Un segundo estoy bien, y al siguiente, la sala da vueltas. El sudor frío me cubre todo el cuerpo. La visión se me nubla en los bordes. El olor a colonia lo inunda todo, me ahoga, se mezcla con el limpiador industrial.

Voy a vomitar. Aquí mismo. Delante de todos.

Me llevo la mano a la boca, intentando respirar a través de ella, pero no me sirve de nada. La sala se inclina peligrosamente. Manchas negras bailan ante mis ojos.

Dimitri se inclina hacia mí, su voz es baja y urgente.—¿Qué te pasa?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Si abro la boca, lo echaré todo. Siento cómo sube por mi garganta y el sabor amargo en la boca.

—Vera —me aprieta el hombro—. Mírame.

No puedo. Aprieto los ojos, respiro entrecortadamente y lucho con todas mis fuerzas por mantener el control.

—No tiene buena cara —dice alguien. Creo que es mi tío.

—¿Deberíamos hacer una pausa? —sugiere Konstantin.

—No —responde Dimitri tajante—. Estamos bien. Solo dadle un momento—

Entonces todo ocurre a la vez.

La ventana estalla.

El cristal salta hacia dentro, con un sonido que parece el fin del mundo. Alguien grita. Luego disparos—ráfagas rápidas, ensordecedoras, tan fuertes que anulan cualquier otro ruido.

Las balas atraviesan las paredes y el aire donde estaba mi cabeza hace apenas unos segundos. La mesa de conferencias se astilla. Alguien más grita. El caos estalla cuando todos se lanzan a cubierto.

Me quedo paralizada. La mente en blanco, incapaz de procesar lo que está ocurriendo. Esto no es real. Esto *no* puede ser real. Estas cosas no pasan en reuniones de paz, esto no—

Dimitri se mueve.

Me agarra con tanta fuerza que me deja sin aliento, prácticamente arrojándome al suelo. Las rodillas me golpean contra el suelo, el dolor estalla en mis piernas, pero no tengo tiempo de asimilarlo porque él ya está encima de mí, cubriéndome entera con su cuerpo, una mano presionándome la cabeza hacia abajo, el otro brazo rodeando mi cintura.

Su peso me aplasta contra el suelo. No puedo respirar, ni moverme, ni ver nada salvo la alfombra industrial a unos centímetros de mi cara. Más disparos. Más gritos. El olor a pólvora me quema la nariz.

—No te muevas —gruñe Dimitri en mi oído, la voz áspera por el miedo. Miedo de verdad—. Quédate quieta. No te *muevas* jodidamente.

Puedo sentir su corazón latiendo contra mi espalda, tan rápido que parece que va a estallarle en el pecho. Su respiración es dura y

agitada sobre mi cabello. Su cuerpo está tenso sobre el mío, a modo de escudo, protegiéndome de las balas que no dejan de llegar.

Está aterrorizado.

El hombre que nunca muestra miedo, que mantiene el control pase lo que pase, está aterrado. Lo noto en la forma en que me sujeta y en el filo desgarrado de su respiración.

—Dimitri— intento decir, pero me corta inmediatamente.

—Cállate. Cállate y no te muevas.

Más disparos. Alguien grita órdenes—Konstantin, tal vez, o Roman. Oigo la voz de mi padre, presa del pánico, llamando a sus hombres. Todos los sonidos se funden en una pesadilla de violencia y terror.

Y entonces Dimitri se mueve, me levanta a la fuerza, casi haciéndome daño.—Vamos. Ahora.

Me arrastra a medias, a medias me lleva en volandas a través de la sala. Veo cuerpos en el suelo (guardias, creo, no estoy segura, hay tanta sangre) y de pronto atravesamos una puerta que ni sabía que estaba allí.

Una habitación del pánico. Paredes reforzadas, sin ventanas, una puerta pesada que Dimitri cierra de golpe tras nosotros con un estrépito que resuena como si sellaran una tumba.

Los disparos ahora suenan amortiguados, lejanos. Estamos solos en este espacio pequeño y oscuro. Las luces de emergencia bañan todo con un resplandor rojizo y enfermizo.

Me desplomo contra la pared, con todo el cuerpo temblando de forma incontrolable. Me zumban los oídos. Siento el sabor a sangre —me he mordido la lengua en algún momento, pero ni siquiera me he dado cuenta. El vestido está rasgado por la rodilla de la caída.

Dimitri se apoya contra la puerta, respirando con dificultad. Su chaqueta está hecha jirones por un lado. Y hay sangre.

—Estás sangrando —jadeo, señalando su brazo.

Él mira hacia abajo, como si apenas reparara en ello—. No es nada. Apenas me ha rozado.

—Te han disparado —protesto.

—He dicho que no es nada. —Presiona la mano contra la herida—. Tenemos que quedarnos aquí hasta que se despeje todo.

Me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo, las piernas incapaces de sostenerme. La adrenalina empieza a desvanecerse, dejándome temblorosa, débil y, de repente, horriblemente mareada otra vez.

—Mi padre —susurro—. ¿Le has visto—?

—Corría hacia la salida la última vez que lo vi —dice Dimitri con frialdad—. Supongo que salvarse era la prioridad.

Esas palabras no deberían dolerme ni sorprenderme, pero lo hacen. Por supuesto que mi padre ha salido corriendo. Por supuesto que no ha comprobado si estaba bien, ni ha intentado protegerme, ni le importa si vivo o muero.

¿Por qué lo haría? Ya me ha entregado como moneda de cambio.

Entierro la cara en las rodillas, tratando de contener los sollozos que amenazan con romperse. *No* voy a llorar. *No* voy a venirme abajo. No aquí. No delante de Dimitri.

—Eh. —Su voz suena más cerca. Alzo la vista y le veo agachado delante de mí, su expresión indescifrable bajo la luz roja de emergencia—. ¿Estás herida?

Niego con la cabeza.

—¿Seguro? Examínate. A veces no notas las heridas de inmediato cuando tienes tanta adrenalina.

Repaso mentalmente mi cuerpo. Rodillas magulladas, costillas doloridas de cuando me ha embestido. Pero nada sangrando. Nada roto. —Estoy bien.

Asiente y se sienta a mi lado, sin dejar de presionar su brazo. La sangre se le escurre por los dedos. Parece peor de lo que pretende aparentar.

—Tienes que vendarte eso —digo.

—Luego.

—Dimitri—

—He dicho que luego. —Su voz es cortante. Luego, más suave—: Solo... quédate quieta. No te muevas. No hagas ninguna tontería.

Permanecemos en silencio, el sonido amortiguado de los disparos muriendo poco a poco fuera. Los minutos pasan. Cinco. Diez. Veinte.

Por fin, el móvil de Dimitri vibra. Lo saca, lee algo y asiente—. Todo despejado. Ya se han ido.

Suelto el aire, aliviada. —¿Quién era?

—Probablemente la Bratva. O alguien más intentando sabotear la paz. —Se pone en pie, haciendo una mueca—. En cualquier caso, esto acaba de complicarse mucho más.

Me ayuda a levantarme, la mano firme en mi codo, y salimos del refugio.

La sala de reuniones parece un campo de batalla. Hay agujeros de bala por todas partes. Cristales rotos. La mesa de conferencias, partida por la mitad. Y sangre. Mucha, muchísima sangre.

Hay tres guardias caídos—dos Volkov, un Ashford. Los sanitarios ya están atendiéndoles. El resto grita, discute y se echa la culpa unos a otros. Los Ashford acusan a los Volkov. Los Volkov a los Ashford. Es un caos total.

Me quedo en medio, entumecida y ajena, observando como si todo le ocurriera a otra persona.

Porque no puedo dejar de pensar en el momento en que Dimitri se lanzó sobre mí.

El hombre que odia a mi familia. Que se casó conmigo por venganza. Que convierte mi vida en un infierno día tras día.

Ese hombre acaba de salvarme la vida sin dudarlo. Sin pensarlo. Como si fuera un acto reflejo.

Como si no pudiera soportar que me pasara nada.

—Vera.

Parpadeo, enfocándome en Dimitri. Está delante de mí, con sangre que sigue escapándosele del brazo, el gesto más duro que el granito.

—Nos vamos —dice—. Ahora.

Me quedo boquiabierta. —Pero—

—*Ahora*.

Me guía hacia la salida con la mano en la parte baja de mi espalda, pasando junto a mi padre, que sigue sin mirarme. Pasamos junto al tío Marcus, que discute a gritos con Konstantin acerca de las medidas de seguridad.

En la puerta, Dimitri se detiene. Se gira hacia ambas familias, su voz cortando el bullicio de golpe.

—Esto es lo que va a pasar —anuncia—. Vera y yo nos marchamos. Y hasta que descubramos quién acaba de intentar matarnos a todos, ella no se aparta de mi lado. Ni un segundo.

Su mano se mueve de mi espalda a mi brazo, sus dedos se cierran en torno a mi codo, posesivos.

—Es mi mujer —continúa, mirando directamente a mi padre—. Mi responsabilidad. Y protejo lo que es mío. Así que si alguien tiene algún problema con eso, puede venir a decírmelo personalmente.

La amenaza en su voz es imposible de ignorar.

Y entonces ya estamos fuera, metidos en el todoterreno. Los guardias nos rodean con las armas en alto. El conductor arranca antes de que la puerta termine de cerrarse.

Voy sentada atrás, aún temblando, tratando de procesar todo lo que acaba de pasar. Los disparos. El caos. Mi padre huyendo. Dimitri cubriéndome con su cuerpo.

—Me has salvado —susurro.

Él no me mira, se queda absorto mirando por la ventanilla, las aletas de la nariz dilatadas—. Alguien tiene que hacerlo. Está claro que tu propia familia no va a hacerlo.

—Podrías haber muerto —señalo.

Él resopla—. No ha sido así.

—¡Te han disparado! —protesto.

—Ha sido solo un roce. —Al fin se gira para mirarme, y no logro descifrar su mirada, es intensa y en conflicto y casi... vulnerable—. No estás a salvo. Ninguno de los dos lo estamos. Eso significa que no te apartas de mi lado. ¿Entiendes?

Asiento despacio. —¿Eso es protección o solo otra cárcel?

Su mano sigue sobre mi brazo. Mientras permanecemos sentados en la parte trasera del SUV, alejándonos de la masacre frustrada, sus dedos se aprietan un poco más. No lo suficiente como para hacer daño, pero sí para que note el calor de su palma a través de la manga.

—No lo sé —responde en voz baja, y por primera vez desde que le conozco, suena inseguro—. Sinceramente, no lo sé.

Su mano permanece en mi brazo un instante más. Luego la retira, vuelve la mirada hacia la ventanilla, y las murallas vuelven a alzarse.

Pero lo he sentido. Ese instante de duda. Esa breve fisura en su armadura.

El hombre que me odia me ha salvado la vida.

Y ninguno de los dos sabemos qué demonios significa eso.

8

DIMITRI

Las tres de la mañana me encuentran exactamente donde he estado las últimas siete horas—sentado en mi despacho, mirando las grabaciones de seguridad hasta que me arden los ojos.

He visto el ataque cuarenta y tres veces ya (sí, he contado). Fotograma a fotograma. Ángulo a ángulo. La sala de conferencias tenía ocho cámaras. Todas captaron el caos desde distintas perspectivas. Y ninguna me dice lo que necesito saber.

Pauso la grabación de nuevo. Rebobino. Miro cómo la ventana estalla hacia dentro por cuadragésima cuarta vez. El cristal se rompe a cámara lenta, cada fragmento reflejando la luz. Luego el primer fogonazo fuera. Y después, el caos.

Mis ojos recorren la pantalla, escudriñando cada detalle. La forma en que mis hombres se movieron, lanzándose hacia el mejor cobijo. Cómo reaccionaron los guardias Ashford (un poco más lentos, menos coordinados, pero aún profesionales). Los civiles, Konstantin, Vincent Ashford, los distintos asesores y segundos, todos intentando ponerse a salvo.

Y Vera. Congelada en su asiento durante tres eternos segundos antes de que la cogiera. Su rostro estaba vacío, petrificado por el

shock, el cuerpo rígido, como si su cerebro no procesara lo que ocurría con suficiente rapidez para reaccionar.

Me veo lanzándola al suelo y cubriendo su cuerpo con el mío. Incluso en las borrosas grabaciones, puedo ver la violencia del gesto. Cómo su cabeza se echa hacia atrás y cómo se desploma bajo mi peso. Fui brusco. Incluso brutal.

Pero la delicadeza no le habría salvado la vida.

Las balas atraviesan el espacio donde había estado su cabeza segundos antes. Si hubiera tardado un segundo más...

Corto de raíz ese pensamiento. Está viva. Eso es lo que importa.

Rebobino de nuevo. Esta vez me centro en las ventanas. El ángulo de los disparos. El patrón de destrucción.

Profesional. Esa es la palabra que me viene una y otra vez al pensamiento. Quien hizo esto no fue un oportunista cualquiera ni una familia rival disparando a ciegas. Esto fue planeado y coordinado.

Alguien supo exactamente cuándo se celebraría esa reunión. Sabía dónde estaría cada uno. Sabía nuestros protocolos de seguridad, qué guardias estarían en cada puesto, qué salidas estarían controladas y qué puntos ciegos tenía nuestra vigilancia.

Esto no fue un ataque externo.

Esto fue una traición.

El pensamiento se instala en mi estómago como una piedra. Alguien de dentro proporcionó esa información. Alguien en quien confío (o alguien en quien confían los Ashford) nos vendió.

Abro un documento en blanco y comienzo a hacer una lista.

El lado Volkov incluye a Konstantin, Roman, Mikhail, Sergei, Viktor, Boris (la mano derecha de Konstantin), y nuestro equipo de seguridad que consta de cinco hombres. El lado Ashford incluye a

Vincent, Marcus (su nombre aparece más oscuro, de lo fuerte que aprieto el bolígrafo—ojalá pudiera destriparle vivo), sus distintos asesores y personal de seguridad. Después apunto al personal: quienes organizaron el lugar, quienes prepararon la sala y aquellos que tenían acceso a los horarios.

La lista es más larga de lo que quisiera. Demasiada gente. Demasiadas posibles fugas. *Joder*.

Clavo la mirada en el nombre de Konstantin, en la parte superior. Mi tío. El hombre que me guió tras la muerte de mi padre y me enseñó todo lo que sé sobre cómo llevar esta organización. Siempre estuvo a mi lado en cada crisis, cada decisión, cada momento de duda.

No. Konstantin no. Es la única persona en quien puedo confiar sin dudas. Es familia y ha demostrado su lealtad mil veces.

Tacho su nombre. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo, Konstantin no forma parte. Pondría la mano en el fuego por ello.

Pero eso deja a todos los demás como posibles sospechosos. Y encabezando esa lista, subrayado dos veces, está Marcus Ashford.

El hombre que mató a Alexei. El hombre que tenía todos los motivos para querer que la paz fracasase. El hombre cuya expresión arrogante en aquella reunión sugería que sabía que algo iba a pasar.

No te fíes de nadie.

La frase resuena en mi cabeza como un mantra. Es la primera regla de este negocio, la lección que me grabaron a fuego de niño. Confiar es una debilidad. La confianza es lo que te mata.

Pensaba que ya había aprendido esa lección y que la entendía perfectamente.

Pero, por lo visto, aún tengo personas en las que confío. Todavía tengo puntos ciegos. Y uno de esos puntos ciegos estuvo a punto de costarle la vida a Vera ayer.

El pensamiento me hace querer golpear algo.

Vuelvo a poner la grabación y me veo cubriéndola con mi cuerpo. Todavía puedo sentir el eco de su temblor bajo mí, y escuchar mi propia voz ordenándole que no se levantase.

Estaba jodidamente aterrorizado.

No por mí. Ya me han disparado antes, y he estado en situaciones peores que una simple emboscada. El peligro va con el oficio y es parte de la vida que elegí.

Pero ver esas balas atravesando el aire donde ella estaba sentada, sabiendo que tenía segundos—menos que eso—para apartarla de allí...

Mi corazón se detuvo. De verdad. Por un momento breve y horrible, imaginé esas balas alcanzándola. Imaginé su sangre extendiéndose por el suelo de la sala de conferencias y tener que decirle a Vincent Ashford que no había sabido proteger a su hija.

Imaginé perderla.

Ese último pensamiento me deja petrificado.

¿Perderla? ¿Por qué demonios pienso en esos términos? No es mía para perderla. Es un medio para un fin. Una póliza de seguro, como suelo decir.

Pero me lancé sobre ella sin pensarlo y la cubrí con mi propio cuerpo. Me convertí en un maldito escudo humano, exponiendo mi espalda al fuego para mantenerla a salvo.

Eso no es proteger una póliza de seguro.

Eso es proteger a alguien que te importa.

La revelación me dan ganas de atravesar la pared con el puño. Justo esto es lo que estaba tratando de evitar. Por eso he mantenido la distancia, por eso he sido un imbécil en esas cenas y por eso la he estado alejando.

Porque si me permito preocuparme por ella—aunque sea un poco—todo esto se vuelve infinitamente más complicado.

Y lo de ayer demostró que ya estoy demasiado metido como para fingir lo contrario.

—Dios, estoy jodido —murmuro para mí mismo.

Me froto las manos por la cara, la fatiga tirando de mí. No he dormido en más de veinticuatro horas y no recuerdo la última vez que comí. ¿Quizá ayer por la mañana? La rozadura de bala en mi brazo palpita con cada latido, mal vendada y probablemente necesitando atención médica adecuada. El doctor Petrov me va a arrancar la cabeza.

Pero no puedo descansar. No hasta que averigüe quién ha hecho esto. No hasta saber que Vera está a salvo.

Vera está a salvo.

¿Cuándo empecé a considerar su seguridad como mi principal preocupación?

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Roman.

Todo despejado en la finca. Seguridad reforzada. Ninguna actividad sospechosa.

Respondo.

Mantened a todos en máxima alerta. No os fiéis de nadie.

Incluso mientras lo envío, me pregunto... ¿puedo fiarme siquiera de Roman? Lleva ocho años conmigo. Es leal, eficaz y nunca me ha dado motivo para dudar de él. Pero alguien cercano filtró esa información. Alguien en quien nunca habría sospechado.

No te fíes de nadie.

El sol empieza a asomar tras mi ventana, tiñendo el cielo de tonos rosas y dorados. Otro día. Otra montaña de problemas por resolver.

Otro paso más hacia el fondo de este lío que he creado.

Necesito información. Necesito averiguar quién sabía qué, quién tenía acceso, quién podría tener un motivo para sabotear la paz.

Y solo hay una persona que puede ayudarme a conseguir información del lado de los Ashford.

Saco el teléfono y llamo a la finca.

—Señora Kozlov —digo cuando descuelga—. Dile a mi esposa que necesito verla. Que la traiga un coche a mi despacho. Ahora.

Hay una pausa. La señora Kozlov se queda atónita. —¿Quiere que le diga por qué, señor Volkov? —pregunta.

—No. Solo dile que venga. —Cuelgo antes de que pueda hacer más preguntas.

Cuarenta minutos después, llaman a la puerta de mi despacho.

—Adelante —gruño, frotándome los ojos otra vez. Siento como si tuviera arena en ellos. Dios, qué cansado estoy.

La puerta se abre y Vera entra.

Lleva un vestido ligero de algodón. Es amarillo pálido, de manga corta y escote discreto. Es sencillo, probablemente escogido por la señora Kozlov, y le cae de tal modo que se nota que ha perdido peso. Ese color debería hacer que pareciera deslucida, pero en cambio capta la luz de la mañana que entra por mi ventana y le da un matiz más cálido a su piel. Más suave.

Hoy lleva el pelo suelto, cayendo en ondas suaves por sus hombros —ese tono castaño rojizo salpicado de reflejos cobrizos y dorados que le da el sol.

No lleva maquillaje, o al menos no mucho. Puedo ver las sombras bajo sus ojos, señal de una noche en vela que rivaliza con la mía. Pero sus ojos, en sí, están despejados y centrados. Esos iris marrón

cálido con motas ámbar que parecen captar cada rayo de luz en la habitación.

Cierra la puerta con cuidado a sus espaldas, moviéndose con control a pesar de la tensión evidente en sus hombros. Junta las manos delante de sí, los dedos entrelazados con fuerza, y se queda allí un instante, visiblemente insegura de si debe acercarse o quedarse junto a la puerta.

La observo con atención. Tiene aspecto cansado y demacrado, sobreviviendo claramente a base de adrenalina y miedo durante demasiado tiempo.

Y hermosa.

El pensamiento me golpea sin permiso. Está preciosa ahí de pie, con ese vestido sencillo y el pelo suelto, mirándome como si no supiera si voy a gritarle o simplemente a echarla. Hermosa de una manera que no tiene nada que ver con el arreglo o el esfuerzo, y todo que ver con la determinación en su mandíbula y la forma en que se mantiene entera solo por pura fuerza de voluntad.

Esto pone en peligro mi cuidadosamente mantenida distancia.

Sus ojos se cruzan con los míos y veo cautela y recelo en ellos. Se acerca a la silla frente a mi escritorio, pero se sienta en el borde, como si esperara que fuese a lanzarme sobre ella y golpearla.

Me duele más de lo que debería darme cuenta de eso.

¿De verdad eso es lo que piensa de mí? ¿Que podría hacerle daño físico? ¿Que soy capaz de…?

Pero entonces recuerdo las cenas. Las palabras hirientes. La forma en que, deliberadamente, le he hecho la vida imposible desde nuestro matrimonio.

Por supuesto que cree que podría lastimarla. Le he dado todos los motivos para tenerme miedo.

—Siéntate bien —me oigo decir—. Pareces lista para salir corriendo.

Ella parpadea, sorprendida, pero no se mueve. Permanece encaramada en ese borde, tensa y llena de energía nerviosa.

Suelto un suspiro cansado. —No voy a hacerte daño, Vera. Relájate.

—¿Querías verme? —Su voz es baja mientras se niega a obedecerme.

—Necesito hacerte unas preguntas sobre lo de ayer. —Me reclino en la silla, estudiándola, buscando cualquier señal de engaño, cualquier indicio de que oculta algo—. Sobre el ataque.

Su rostro se vuelve, si cabe, aún más pálido. —¿Sobre qué?

—¿Sabías que iba a ocurrir?

—¿Perdona? —La palabra le sale cortante—. ¡No! Por supuesto que no. ¿Cómo puedes siquiera…?

—Alguien lo sabía —la interrumpo—. Alguien filtró la información de esa reunión. Ubicación, hora, protocolos de seguridad. Todo. Y necesito saber si has sido tú.

La observo atentamente mientras lo digo. Sus ojos se abren y su respiración se entrecorta. El horror es genuino en su expresión antes de que enderece la espalda y saque pecho, indignada.

—¿Tú crees que yo…? —Se pone en pie de golpe y aprieta las manos en puños a los costados—. ¿Tú crees que formé parte de organizar un ataque que casi me mata?

—Eres una Ashford —digo sin alterar la voz, ignorando la lógica de su respuesta—. Tu familia tiene todos los motivos para querer que esta paz fracase. Quizá pensaron que eras una baja aceptable si eso significaba acabar con el liderazgo Volkov.

—Eso es... eso es una puta locura. —Ahora su voz está tensa de rabia, no de miedo—. Mi padre no… nadie… —se detiene, traga

saliva y respira hondo—. Casi muero ayer. Esas balas pasaron a centímetros de mi cabeza. Las sentí rozarme. Si no hubieras…

Se interrumpe, rodeándose con los brazos. La ira se desvanece, dejando solo cansancio y dolor. —Me salvaste la vida. ¿Y ahora me acusas de intentar orquestar mi propio asesinato?

La observo durante un largo instante. El terror en sus ojos es real. El temblor de sus manos es real. La forma en la que se mantiene entera por pura fuerza de voluntad... eso también es real.

No está mintiendo.

—Siéntate —digo en voz baja.

Ella frunce el ceño. —No quiero…

—Por favor.

El "por favor" nos sorprende a los dos. Ella me mira fijamente un instante y luego, poco a poco, se deja caer de nuevo en la silla. Sigue estando tensa, al borde mismo, pero al menos se ha sentado.

—No creo que hayas estado involucrada —admito. Las palabras me resultan extrañas en la boca. Puede que sea lo primero que le digo sin hostilidad desde la boda—. Tienes razón. Tú también eras un objetivo. Pero tenía que preguntarlo.

Asiente despacio, sin apartar los ojos de mí, como si intentara averiguar si esto es una trampa.

Chica lista.

—Alguien de dentro filtró esa información —prosigo—. Alguien de mi lado o del tuyo. Y tengo que averiguar quién antes de que lo intenten de nuevo.

Ella palidece.—¿Intentar *de nuevo*? —Sus ojos recorren nerviosos la estancia—. ¿Crees que van a—?

—Sí —no le endulzo la situación—. Quien haya orquestado esto no se va a detener solo porque el primer intento haya fallado. Reunirán fuerzas. Planearán mejor. Y la próxima vez, puede que no tengamos tanta suerte.

Permanece en silencio unos segundos, mordiéndose el labio inferior. Hago un esfuerzo por no fijarme en ese gesto.—¿Qué necesitas de mí?

La pregunta me sorprende.—¿Cómo?

—Dices que tienes que averiguar quién ha sido. ¿Qué necesitas de mí para ayudarte?

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos sobre el escritorio.—Información. Sobre tu familia. Tu padre, tu tío, cualquiera de su círculo más cercano. ¿Has notado algo raro? ¿Alguna reunión que te pareciera extraña? ¿Conversaciones que se cortaron cuando entrabas en la habitación? ¿Algo que te resultara fuera de lugar?

Ella lo piensa, frunciendo el ceño en concentración. Es la primera vez que la veo realmente centrada en algo que no sea su propia supervivencia.

—Mi tío Marcus —dice despacio—. Ha estado... no sé, ¿soberbio? Desde la boda. Como si estuviera satisfecho con el resultado. Y en la reunión de ayer, antes del tiroteo, parecía casi... ¿complacido? Como si estuviera esperando algo.

Mis manos se cierran en puños sobre la mesa. Marcus Ashford. Por supuesto que estaría metido en esto.

—¿Qué más? —insisto.

—No lo sé —niega con la cabeza, encogiéndose de hombros—. No es que me hayan dejado participar en los asuntos de la familia desde… —Hace un gesto vago entre los dos—. Desde esto. Ya no confían en mí. Ahora soy una Volkov, ¿recuerdas?

La amargura de su voz es inconfundible y justificada.

—¿Y antes de la boda? —sigo apretando—. ¿En los días previos? ¿Tu padre tuvo alguna reunión inusual? ¿Recibió llamadas que te parecieran importantes?

Ella lo piensa.—Hubo muchas llamadas —reconoce, tamborileando un dedo delgado contra el muslo. Sigo el movimiento—. Muchas reuniones a puerta cerrada. Pero eso no es extraño en temas familiares, ¿no? Seguramente la mayoría eran para negociar los términos con tu tío.

Me sobresalto.—¿Con Konstantin?

Asiente.—Sí. Él y mi padre hablaron varias veces. Cerraron todos los detalles del acuerdo. —Hace una pausa—. Una vez escuché a mi padre decir que tu tío estaba muy... empeñado en que todo se resolviera cuanto antes. Como si quisiera cerrarlo antes de que alguien cambiara de opinión.

Asiento. Eso encaja con Konstantin. Cuando decide una estrategia, se entrega por completo. Es una de las cosas que le convierten en un asesor tan eficaz.

—¿Algo más? —pregunto.

Ella niega.—No que recuerde. Pero si me viene algo a la cabeza, te lo diré.

Permanecemos en silencio durante un rato. Es la conversación más civilizada que hemos tenido jamás. Es la primera vez que colaboramos en vez de enfrentarnos.

Es una sensación extraña. En cierto modo, no parece correcto. Pero también... ¿lo es?

—Aún necesito más información —digo por fin—. Sobre tu familia. Sus costumbres, sus relaciones, cómo actúan. Cosas que no puedo averiguar con vigilancia o informes de inteligencia.

Ella me mira con desconfianza, entornando los ojos castaños.—¿Qué estás pidiendo?

—Te estoy pidiendo que me ayudes a entenderles —me inclino un poco más, observando cómo un mechón de su cabello cobrizo se desliza por su hombro—. Te has criado en ese mundo. Sabes cómo piensa tu padre, cómo actúa tu tío, cuáles son sus señales cuando mienten o ocultan algo. Esa información no puedo obtenerla de ninguna otra parte.

Sus ojos se agrandan y su boca se queda abierta.—¿Quieres que traicione a mi familia? —pregunta, cortante—. ¿Cuando sabes tan bien como yo que la lealtad es la moneda más valiosa en este mundo?

—Quiero que me ayudes a mantenernos vivos a los dos —corrijo—. Mira, sé que no te he dado ningún motivo para confiar en mí. Sé que te he hecho la vida imposible desde que llegaste, pero ahora mismo, estamos en esto juntos, nos guste o no.

Guarda silencio durante un buen rato, con los dedos aún fuertemente entrelazados.—¿Qué clase de información?

—Cualquier cosa que me ayude a entender quién querría que la paz fracasara. Tu tío Marcus... dime más sobre él. *De verdad*, no lo que pone en su ficha. ¿Qué tipo de hombre es? ¿Qué le motiva? ¿Sería capaz de sabotear una reunión poniendo en riesgo a su propia familia?

Ella lo medita detenidamente antes de suspirar.—Marcus es... ambicioso. Siempre lo ha sido. Es el hermano pequeño de mi padre y creo que siempre ha resentido estar en segundo lugar. —Una sonrisa amarga cruza por sus labios llenos—. Cuando mi padre decidió apostar por la paz con vuestra familia, Marcus se opuso desde el principio. Decía que nos hacía parecer débiles.

Sí, esto es lo que busco.—Así que tendría un motivo para sabotearlo —digo, anotándolo.

—Quizá —musita, pensativa, mordiéndose el labio—. Pero, ¿matar a su propio hermano? ¿Poner en peligro la vida de Vincent? No sé si

llegaría tan lejos.

Qué ingenua.—La gente hace cosas sorprendentes por poder —le recuerdo.

—Lo sé —su voz es suave—. Soy la prueba viviente de ello, ¿no?

Reprimo una mueca. Tiene razón. Vera está aquí porque nuestras familias decidieron que era un sacrificio aceptable para conseguir sus objetivos.

—¿Y tu padre? —pregunto, queriendo apartarme de esa incómoda dirección—. Su relación con Marcus. ¿Ha habido tensión? ¿Alguna señal de conflicto?

Ella lo piensa, y puedo ver cómo recorre mentalmente recuerdos, analizándolos con otra mirada.—A veces discuten. Sobre estrategia, sobre lo agresivos que deben ser con la expansión de territorio. Marcus siempre quiere arriesgar más y llegar más lejos. Mi padre es más cauto. —Hace una pausa—. Pero son hermanos. Siempre han mostrado unidad ante los demás.

—Hasta ahora, quizá.

—Quizá —reconoce, aunque no parece convencida.

—Si tu padre se pone en contacto contigo, necesito saberlo —prosigo—. No para usarlo contra él, sino porque necesito entender qué planean.

Ella suelta una carcajada amarga.—Él no me va a llamar. Primero, porque me has prohibido tener cualquier contacto con el exterior. —Me lanza una mirada penetrante.

Ah, sí, es verdad que hice eso.

—Segundo —continúa ella—, lo dejó claro ayer, cuando salió corriendo sin comprobar si yo seguía viva. Ya no soy su problema. Ahora soy *tuya*.

La forma en que pronuncia «tuya» duele. Es como si lo hubiera asumido y se resignara a ser una propiedad que ha cambiado de manos.

—¿Y antes de la boda? —pregunto—. En esos diez días entre que lo supiste y nos casamos. ¿Notaste algo raro? ¿Alguna reunión, alguna conversación que te pareciera extraña?

Cruza las piernas por los tobillos, pensativa. —Como te dije antes, hubo muchas reuniones a puerta cerrada —acaba diciendo, como si estuviera perdida en sus pensamientos—. Mi padre y Marcus, mi padre y tu tío. Muchas llamadas. Pero yo no estuve en nada de eso. De nuevo, me mantenían al margen de la planificación porque, al parecer, era mejor si no conocía los detalles.

—¿Alguna vez les oíste discutir? ¿Sobre los términos, sobre el acuerdo? —pregunto, esperando que hiciera de espía. Alexei solía ser el rey de eso.

—Una vez —baja la mirada hacia sus manos—. La noche antes de la boda. Escuché a mi padre y a Marcus peleando por algo. Marcus dijo… —Se detiene, como si no estuviera segura de si debería continuar.

—¿Qué dijo? —pregunto con urgencia, el corazón latiendo con fuerza.

Parece dolida. —Dijo 'esto es un error' y algo sobre que 'nunca se mantendría'. Mi padre le mandó callar, que estaba decidido. Y entonces Marcus dijo… —Traga saliva—. Dijo: 'No vengas llorando a mí cuando los Volkov consigan exactamente lo que se merecen'.

Veo rojo. —¿Lo que se merecen? —pregunto con dureza, incapaz de contenerme.

Vera me mira con cautela. —Eso es lo que dijo. En ese momento no supe qué significaba. Pensé que quizá solo estaba amargado por la paz. —Me mira a los ojos—. Pero ahora…

—Ahora parece que sí sabía que algo se estaba tramando. —Me reclino hacia atrás, dándole vueltas a todo—. ¿Qué más? ¿Recuerdas algo más de esa conversación?

—Mi padre mencionó algo de 'guardar las apariencias' y de 'verlo hasta el final'. Entonces debieron oírme fuera de la puerta porque dejaron de hablar. —Niega con la cabeza—. Lo siento. No tengo más que eso. Nunca me incluyeron en los asuntos familiares. Yo solo estaba… ahí. La hija. La moneda de cambio.

Maldición. Aunque no es mucho, me ha dado información valiosa, y se lo agradezco.

—Si hago esto —dice despacio—, si te ayudo… ¿qué pasa conmigo? ¿Con mi familia? Cuando descubras quién es el responsable.

Es una pregunta justa. De hecho, es inteligente. Y la respeto por hacerla.

—Eso depende de quién sea —respondo con sinceridad—. Si es uno de los míos, lo arreglaré internamente. Si es uno de los tuyos… eso ya es más complicado. Pero te prometo esto— —me inclino hacia ella, atrapando su mirada—: No usaré esto como excusa para ir a por tu familia. No voy a utilizar la información que me des para hacer daño a gente inocente. Esto ya no va de venganza. Esto va de supervivencia.

Vera niega suavemente con la cabeza. —Esto siempre ha ido de venganza —dice en voz baja—. Por eso te casaste conmigo, ¿lo recuerdas?

Cierro los ojos. Otra vez, tiene razón. Todo empezó como una venganza, pero en algún punto entre verla probar todas esas puertas cerradas y lanzarme sobre su cuerpo ayer, algo cambió.

Solo que no estoy seguro de qué.

—Las cosas cambian —digo finalmente, abriendo los ojos—. Las personas cambian. Las situaciones cambian. Lo que esto fue no

importa tanto como lo que es ahora.

Alza una ceja. —¿Y qué es ahora?

—Complicado. —Me permito una sonrisa torcida—. Muy, *muy* complicado.

Ella está a punto de devolverme la sonrisa. Es minúscula, apenas un destello, pero lo veo. La comisura de su boca se arquea ligeramente un segundo antes de que lo reprima.

Es la primera vez que la veo sonreír en mi presencia. La primera grieta en el muro de miedo y hostilidad que hay entre nosotros.

Y me provoca algo, pero no quiero analizarlo demasiado.

—¿Vas a ayudarme? —pregunto.

Permanece en silencio durante un largo momento. —¿Hay algo más que quieras que haga?

Un enorme alivio me recorre. —Solo sigue pensando. En cualquier cosa que hayas visto u oído antes de la boda. Cualquier detalle que en su momento te pareciera insignificante pero que ahora podría tener importancia. Si recuerdas algo más—cualquier conversación, alguna actitud extraña, cualquier cosa que te resultara rara—dímelo.

Asiente despacio antes de mirar de nuevo sus manos. —Vale.

—¿Y Vera? —Espero a que me mire—. No dejaré que nadie te haga daño. Ayer quedó claro que alguien está dispuesto a matar para sabotear esta paz. Pero ahora estás bajo mi protección y eso… eso significa algo. Te mantendré a salvo, incluso si… —Me detengo.

Se endereza un poco. —¿Incluso si qué?

Incluso si me cuesta todo. Incluso si supone enfrentarme a mi propia familia. Incluso si eso significa admitir que, en algún punto, has dejado de ser solo una rehén y te has convertido en alguien a quien no puedo permitirme perder.

Pero no le digo nada de eso. En cambio, digo: —Incluso si eso implica cabrear a nuestras dos familias para conseguirlo.

Me observa durante un buen rato, con esos ojos salpicados de ámbar que ven demasiado. —¿Por qué?

Parpadeo. —¿Por qué qué?

Vera suelta una risa seca.—¿Por qué querrías protegerme? Me odias. Odias a mi familia. Se supone que todo esto es mi castigo. Así que, ¿por qué… —Hace un gesto vago—. Por qué te lanzaste sobre mí ayer? ¿Por qué ahora prometes mantenerme a salvo?

Es una buena pregunta y llevo preguntándomelo desde las tres de la mañana.

—Porque eres mi esposa —digo por fin—. Y pese a cómo empezó esto y a por qué estamos aquí… eso significa algo. No permito que hagan daño a lo que es mío.

No es toda la verdad, pero es todo lo que puedo darle ahora mismo.

Asiente despacio, pero veo que no termina de creerme. No puedo culparla por ello.

—¿Eso es todo? —pregunta en voz baja.

Debería decir que sí y despedirla para volver al trabajo. Necesito mantener la distancia que me ha mantenido cuerdo. Pero en su lugar, me oigo decir: —¿Cómo te encuentras? Después de ayer.

Por la forma en que alza las cejas y ladea la cabeza, está tan sorprendida como yo por mi pregunta.

—Estoy... bien —dice, pero le sale automático. Es ese tipo de bien que la gente dice cuando en realidad no está nada bien.

—Vera. —Entorno los ojos mirándola.

Baja la mirada a las manos, y me fijo en cómo ha arrancado la piel alrededor de las uñas. Las cutículas parecen hinchadas y

ensangrentadas. —Estoy cansada. No he dormido. No dejo de verlo —la ventana explotando, las balas, toda esa sangre… —Respira despacio—. No paro de pensar en que mi padre ni siquiera comprobó cómo estaba. Ni me miró para ver si estaba bien. Simplemente corrió.

La amargura en su voz me incomoda, pero me quedo en silencio.

Suspira y gira la cabeza para que pueda verle el perfil. —Sabía que me había vendido. Sabía que para él no era más que una moneda de cambio. Pero pensé... —Aprieta la mandíbula antes de negarlo con la cabeza, y su rostro se le ensombrece—. Da igual lo que pensara. Ayer quedó claro lo que realmente soy para él. Nada.

Esto es lo que quería: que entendiera que a su familia no le importa, que está sola, que no tiene a nadie.

Pero verla herida, ver cómo se da cuenta de hasta dónde llega la traición de su padre, no se siente como una victoria. Se siente... se siente jodidamente triste.

—No eres nada —me oigo decir.

Se vuelve para mirarme. —¿Eh?

—No eres nada —repito. Dios, ¿qué coño estoy *diciendo*?—. Tu padre es un cobarde. Eso es problema suyo, no tuyo.

Nos quedamos mirando el uno al otro a través del escritorio. Algo cambia en el aire entre nosotros, un cambio indefinible al que no sé ponerle nombre. No es perdón. Dios, ni siquiera se le *acerca*. Pero quizá sea el comienzo de algo. ¿Comprensión? ¿Tregua?

¿Alianza?

—Gracias —dice en voz baja, apartándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Por lo de ayer. Por salvarme. No creo que te lo hubiera dicho antes.

Siento que me arden las orejas. Joder, esto es tan sumamente embarazoso. —No tienes que darme las gracias —respondo, brusco. No me gusta hacia dónde va esta conversación.

—Sí, sí tengo —insiste. Se pone en pie, alisando la falda de su vestido—. Probablemente sea lo único decente que has hecho por mí desde que nos casamos. Debería reconocerlo, ya que dudo que vuelva a pasar jamás.

Dios, sabe perfectamente cómo dejar a un hombre por los suelos. Sus palabras deberían enfadarme, pero en lugar de eso, me hacen sentir algo peligrosamente parecido a la vergüenza.

—Vera—

—Debería irme —me interrumpe—. Dejarte volver al trabajo. ¿O necesitas algo más?

Sí, debería marcharse y poner fin a esta conversación antes de que se vuelva aún más complicada de lo que ya es. Pero me sorprendo diciendo: —No más cenas hostiles.

Parpadea. —¿Perdón?

—Las cenas. Esas en las que yo... —me detengo, sin saber cómo acabar la frase. ¿En las que la maltrataba verbalmente? ¿En las que usaba cualquier arma a mi alcance para hacerla desgraciada?—. Se acabaron. No más.—

Me mira confusa, pero también un poco esperanzada. —¿Por qué?

—Porque no le sirven a nadie. —Porque verla estremecerse con mis palabras cada noche me hace sentir como un monstruo. Porque, en algún momento entre ayer y hoy, me he dado cuenta de que ya no quiero seguir siendo su verdugo.— Seguiremos cenando juntos —aclaro—. Pero de manera civilizada. Como dos personas que intentan resolver un problema juntas, no como enemigos.

Me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —No te entiendo.—

—Apúntate al club —murmuro.

Vera niega con la cabeza. —Primero eres cruel. Luego me salvas la vida. Después me acusas de intentar matarnos a los dos. Más tarde pides mi ayuda. Y ahora te estás comportando como... —busca la palabra—. ¿Casi amable? No sé a qué versión de ti me tengo que enfrentar.—

—Ya, bueno. —Me echo hacia atrás en la silla, de repente agotado—. Yo tampoco lo sé. Así que estamos en paz.

La comisura de sus labios se curva, casi como una sonrisa. —Esto es muy confuso.—

—Bienvenida a mi mundo —respondo, con sequedad.

Esta vez sí sonríe. Es pequeña, titubeante, como si no estuviera segura de si puede permitírselo. Pero es una sonrisa real y transforma su rostro, suavizando las líneas de preocupación y dando luz a sus ojos.

Preciosa. Tiene una sonrisa realmente preciosa.

—Debería irme —repite.

Parpadeo, intentando recomponer mis pensamientos errantes. —Roman te llevará de vuelta a la finca. Estaré en casa para la cena. A las siete.—

Asiente y se dirige hacia la puerta. Pero se detiene, con la mano en el pomo, y me mira de nuevo. —¿Dimitri?

La miro desde mi sitio. —¿Sí?

Duda, cambiando el peso de un pie al otro. —¿Estamos... bien? No bien-del-todo, obviamente. Pero ¿vamos a poder con esto? ¿Trabajar juntos? ¿Sin que me odies todo el tiempo?

Medito bien la pregunta, porque no es sencilla. Nada en esta situación es sencillo. ¿La odio? Creía que sí. Quería hacerlo. Pero mientras la veía sentada frente a mí hace un momento, notando la

determinación debajo del cansancio, escuchando el dolor cuando hablaba de su padre...

—No te odio —digo al fin. Y es cierto. No sé cuándo dejó de ser verdad, pero en algún punto, el odio se extinguió, dejando solo... esto. Sea lo que sea esto—. No sé qué somos el uno para el otro. Pero odio, ya no. Ya no más.

Ella asimila esto, con una expresión ilegible, pero luego asiente. —Vale. Te veo en la cena.—

Se marcha, y vuelvo a quedarme solo en mi despacho. Pero esta vez, la soledad se siente diferente. Ya no parece aislamiento, sino una pausa. Un instante para respirar antes de sumergirme otra vez en el caos.

Vuelvo a poner las grabaciones de seguridad. Me observo cubriéndola, protegiéndola y arriesgando mi propia vida sin dudarlo.

Eso no es proteger a un enemigo.

Eso no es tratar a una rehén.

Eso es proteger a alguien a quien tú...

No. No voy a ir por ahí. Aún no. Tal vez nunca.

Pero al verla marcharse del edificio en la pantalla de seguridad, caminando hacia el coche donde Roman la espera, me doy cuenta de que algo fundamental ha cambiado.

Ya no es solo una Ashford. Ya no es solo un seguro, una venganza o un medio para llegar a un fin.

Es Vera. Mi esposa. Mi responsabilidad. Y quizá—quizá—mi aliada para entender en qué nuevo infierno nos hemos metido.

No sé qué significa eso para nosotros. No tengo ni la más mínima idea de hacia dónde vamos a partir de ahora, o si estoy cometiendo el mayor error de mi vida al empezar a verla como algo más que la enemiga.

Pero al verla desaparecer dentro del coche, me doy cuenta de que voy a protegerla.

De quien intentó matarnos ayer.

De su propia familia, si hace falta.

De mí mismo y mis propios impulsos autodestructivos.

De cualquier cosa y de cualquiera que intente hacerle daño.

Porque, en algún lugar entre ayer y hoy, entre verla casi morir y contemplar su sonrisa por primera vez, se ha vuelto mía de una manera que nada tiene que ver con certificados de matrimonio ni tratados de paz.

Y yo protejo lo que es mío.

Aunque apenas esté empezando a comprender lo que eso significa.

9

VERA

Según Dante hay nueve círculos del infierno, pero yo añadiría un décimo. Y es el olor a huevos. En concreto, huevos benedict.

Llevo quince minutos sentada a la mesa del desayuno, intentando respirar por la boca y sin mirar el plato que tengo delante. Estoy haciendo lo imposible por no vomitar encima del mantel blanco. La salsa holandesa brilla con la luz de la mañana, rica y amarilla y completamente repugnante. El olor (que normalmente me resultaría delicioso) me llena la nariz y la boca. Quiero morirme.

No puedo más. No puedo sentarme aquí y fingir que todo va bien. No puedo—

—No estás comiendo.

La voz de Dimitri atraviesa mi pánico interior. Se sienta en el otro extremo de la mesa—no tan lejos como antes, pero aún manteniendo la distancia—y me observa con esos ojos grises, analíticos. Esto es nuevo, estos desayunos obligatorios. Parte de su protocolo de "mantén a Vera bajo vigilancia constante" desde el ataque de hace dos semanas.

Dos semanas. Han pasado exactamente dos semanas desde la boda, lo que significa que llevo ocho semanas de embarazo (más o menos, porque no he ido al médico). Ocho semanas ocultando este secreto y de náuseas matutinas que ya son malestar constante. Ocho semanas temiendo que alguien lo descubra.

Y, de algún modo, las náuseas han ido a *peor*. Mucho, muchísimo peor. Ya no son solo por la mañana; es a cualquier hora, todos los días. El olor a café me da arcadas. La carne me revuelve el estómago. Todo es demasiado intenso, demasiado fuerte, demasiado para mis sentidos hasta el punto de querer salirme de mi propia piel.

—No tengo hambre —consigo decir, con voz débil.

—Necesitas comer. —Corta sus propios huevos benedict y yo aprieto las manos en mi regazo para no vomitar.—Anoche apenas tocaste la cena.

La cena de anoche fue salmón y el olor me hizo correr al baño, donde estuve diez minutos con arcadas, pero no puedo decírselo.

—Estoy bien —miento, la misma mentira que llevo semanas repitiendo—. Es solo que esta mañana no me apetece comida de desayuno.

Deja el tenedor y siento cómo me clava la mirada. Observando. Analizando. Intentando descubrir qué escondo, porque sabe que escondo algo. Lleva sospechando que pasa algo desde aquella primera cena, pero no ha presionado. Todavía no.

Al menos, hasta ahora.

—Has perdido más peso —observa—. Mrs. Kozlov dice que apenas comes. Que devuelves la mitad de los platos prácticamente sin tocar.

Maldita sea esa mujer. Empieza a sacarme de quicio.

—He estado estresada —digo, evitando su mirada mientras sigo clavada a esa salsa horripilante y brillante—. Después del ataque, no he tenido mucho apetito.

Puedo oír cómo frunce el ceño.—Han pasado dos semanas.

—Sé perfectamente el tiempo que ha pasado —espeto.

Otra oleada de náusea me sacude, más fuerte que antes. El olor se intensifica, parece meterse físicamente por la garganta. La boca se me llena de saliva y un sudor frío me empapa la frente y la espalda.

Necesito irme. Ahora. Antes de que—

—Vera, mírame.

Me obligo a levantar la vista para encontrarme con la suya. Gran error. El movimiento hace que la habitación dé vueltas de forma nauseabunda. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión.

—¿Qué te pasa? —Su voz tiene un matiz de frustración y algo más. ¿Preocupación? No, eso no puede ser.—Y no digas que estás bien, porque está claro que no lo estás.

—Solo necesito... —Otra oleada, más fuerte. Todo gira.—Necesito que me disculpes.

Me aparto de la mesa, pero me levanto demasiado rápido. Demasiado rápido. El mundo se inclina de golpe hacia la izquierda y, de pronto, no sé dónde está arriba. El suelo parece precipitarse hacia mí, o quizá soy yo quien cae, no puedo diferenciarlo.

Oigo a Dimitri decir algo, su voz teñida de alarma, pero suena como si viniera de muy lejos. O como si yo estuviera bajo el agua y él gritara desde la superficie.

Y entonces, todo se vuelve negro.



Me despierto con unas manos suaves y una voz amable.

—Con calma. No intentes incorporarte demasiado deprisa.

Abro los ojos poco a poco. ¿Estoy en mi cama? Espera, ¿cuándo he llegado aquí? *¿Cómo* he llegado? Lo último que recuerdo es el comedor, el olor a huevos y el suelo acercándose a toda velocidad.

—Así está mejor. Bienvenida de nuevo, Mrs. Volkov.

La voz pertenece a un hombre mayor al que no había visto nunca. Tendrá unos sesenta años, complexión normal, ojos azules amables tras unas gafas de montura fina y el pelo blanco, fino, peinado hacia un lado. Tiene el rostro afable, de fiar, y surcado por la preocupación. Lleva una camisa sencilla y pantalón de vestir; nada ostentoso, pero limpio y profesional.

Un médico. Tiene que ser un médico.

—Soy el doctor Petrov —confirma, como si leyera mis pensamientos —. Llevo más de treinta años siendo el médico de la familia Volkov. El señor Volkov me ha llamado cuando te has desmayado. ¿Cómo te encuentras?

Intento incorporarme y él me ayuda, ajustando las almohadas detrás de mi espalda. Me retumba la cabeza. Tengo la boca con sabor a metal. Y las náuseas—Dios mío, las náuseas siguen ahí, removiéndose en mi estómago.

—Mareada —susurro—. Nauseabunda.

El doctor Petrov asiente.—No me sorprende. Tienes la tensión bastante baja.—Hace una anotación en un pequeño bloc.—Dime, ¿cuándo fue la última vez que comiste de verdad? Algo consistente.

—No... no lo recuerdo. ¿Hace unos días, quizá?

—¿Y cuánto tiempo llevas encontrándote mal?

—Desde hace tiempo. Un par de semanas.—Cada palabra es un campo de minas.

Entonces le veo.

Dimitri está de pie junto a la ventana, dándonos la espalda, mirando hacia el jardín. Está completamente rígido, sus hombros tensos, y las manos entrelazadas a la espalda con tanta fuerza que desde aquí veo los nudillos blancos. No ha dicho ni una palabra desde que me he despertado, ni siquiera se ha girado.

Pero siento su presencia como un peso en la habitación. Pesada. Opresiva. Esperando.

—Señora Volkov, necesito hacerle algunas preguntas de rutina.—La voz del doctor Petrov es suave. Si tiene algo bueno, es su impecable trato con los pacientes.—No tiene de qué preocuparse. Es el procedimiento habitual tras un desmayo. ¿De acuerdo?

Asiento, aunque sé—*lo sé*—adónde va a ir a parar esto. Solo hay una pregunta que importa, y la va a formular, y tendré que contestarla, y todo se va a venir abajo.

—¿Has notado algún otro síntoma? Dolores de cabeza, fatiga, sensibilidad a los olores?

—Sí —susurro, con el corazón desbocado—. Todos esos.

—¿Y tu apetito? Has mencionado las náuseas. ¿Son peores en algún momento del día?

—Es... es todo el tiempo ya. Mañana, tarde, noche. Todo huele mal. Todo me revuelve el estómago.

Él vuelve a anotar algo y le noto un cambio en la expresión. Hay Comprensión. Realización.

No. Dios, *no*.

—Señora Volkov, necesito hacerle una última pregunta.—Su voz sigue siendo suave, pero ahora tiene un tono especial.—¿Cuándo fue su última menstruación?

No puedo respirar ni hacer nada salvo mirarle con lo que debe de ser puro terror en la cara.

Porque Dimitri está ahí mismo. Va a oírlo. Va a *saberlo*.

—¿Señora Volkov? —insiste el doctor Petrov con suavidad.

—Yo... —mi voz se quiebra—. No—

Dimitri se aparta de la ventana.

Esos ojos grises se clavan en los míos y veo el instante exacto en que entiende lo que pregunta el médico y lo que significa. Su expresión no cambia, pero su mirada se vuelve más aguda, más intensa.

—Responde a la pregunta, Vera —ordena.

El doctor Petrov nos mira a ambos, percibiendo la tensión.—Señor Volkov, quizá sería mejor que hablara con su esposa a solas. Hay mujeres que están más cómodas hablando de ciertos temas—

—No me voy a ir.—dice Dimitri con frialdad. Se acerca a la cama, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no encogerme.—Responde a la pregunta.

Miro al doctor Petrov desesperada, suplicando en silencio que haga que Dimitri se vaya, que me dé siquiera un momento para pensar y averiguar qué decir. Pero el médico solo me ofrece un leve asentimiento lleno de simpatía.

Esto está pasando. Ahora mismo. No hay salida.

—Hace ocho semanas —susurro. Apenas se oye, es un hilo de voz. Casi deseo que no lo haya oído.

Pero sí lo ha oído y el silencio que sigue es ensordecedor.

La expresión del doctor Petrov cambia por completo. La preocupación amable se transforma en seriedad profesional.—Ocho semanas. ¿Estás segura?

Asiento, incapaz de hablar. Incapaz de mirar a Dimitri o de hacer nada más que quedarme aquí, esperando el desastre.

—Ya veo.—El doctor Petrov se incorpora y va hacia un maletín en el suelo que no había advertido.—Señor Volkov, señora Volkov, necesito hacer una breve exploración. Por los síntomas y el tiempo, quiero descartar—o confirmar—una posibilidad.

—¿Qué posibilidad? —la voz de Dimitri es inquietantemente calmada. Demasiado calmada. La calma que precede a la tormenta.

El doctor Petrov saca lo que parece una pequeña máquina con pantalla y un transductor conectado por un cable.—Un ecógrafo portátil. Solo será un momento.

No. No, no, no, no, no.

—Espera— —empiezo, pero el doctor Petrov ya está colocando la máquina al lado de la cama y enchufándola.

—Es solo por precaución, señora Volkov —dice en tono tranquilizador, como si pudiera ver mi pánico—. Nada de qué preocuparse. ¿Puede recostarse y levantarse un poco la camisa?

Me tiemblan tanto las manos que apenas consigo coger el dobladillo de la camiseta. Aquí está. Es el momento en que todo termina. Cuando esa ecografía se encienda, cuando encuentre lo que sé que va a encontrar, ya no habrá más refugio. Ni más fingir. Ni más secretos.

Solo verdad. Verdad terrible, devastadora. *La verdad*.

Me subo la camiseta con las manos temblorosas, dejando mi vientre al descubierto. El doctor Petrov aplica gel frío sobre mi piel y me estremezco ante la sensación.

—Puede que sea un poco molesto —dice amablemente, apoyando el transductor sobre mi abdomen—. Intenta relajarte.

Relájate. Claro. Estoy a punto de quedar expuesta de la peor manera posible y él quiere que *me relaje*.

No soy capaz de mirar la pantalla. No puedo ver cómo mueve el transductor, buscando, los ojos fijos en el monitor. No soporto pensar en el momento en que lo encuentre.

Pero tampoco puedo *no* mirar.

Así que observo cómo aparecen formas en la pantalla granulada en blanco y negro y la expresión de Petrov pasa de la incertidumbre a la certeza. Ajusta algo, se centra en una zona específica y entonces—

Un sonido llena la habitación.

Pum-pum-pum-pum-pum.

Rápido y fuerte, inconfundible. Un latido. Pequeño y perfecto.

El latido de mi bebé.

—Aquí está —dice suavemente el doctor Petrov, y su voz transmite calidez. Incluso asombro.—Serán unas ocho semanas de gestación, por el tamaño y el desarrollo. Latido fuerte—alrededor de 170 pulsaciones por minuto, completamente normal para esta etapa. Enhorabuena, señora Volkov. Está embarazada.

Las palabras parecen resonar en el silencio de la habitación. Embarazada. Embarazada. Embarazada.

Por fin me obligo a mirar a Dimitri.

Está paralizado. Totalmente quieto. Observa la pantalla de la ecografía con una expresión que no consigo descifrar. Su rostro se ha puesto pálido, la mandíbula tan apretada que se le marca el músculo. Sus ojos grises permanecen fijos en esa pequeña silueta titilante en la pantalla—el bebé, nuestro—no, mi—no, de Alexei—

Dios mío. Oh *Dios*.

—¿Señor Volkov? —se aventura el doctor Petrov—. ¿Está usted—?

—Fuera.

El médico parpadea.—¿Perdone?

—He dicho: fuera. —La voz de Dimitri apenas es un susurro, pero resulta mucho más aterradora que si hubiera gritado—. Ahora.

El doctor Petrov pone cara de espanto.—Señor Volkov, realmente debería hablar con su esposa sobre el embarazo, repasar el cuidado prenatal y asegurarme de que—

—He dicho *que salgas*. —Esta vez no hay duda de la amenaza en su voz—. Coge tu equipo y lárgate. *Ahora*.

El doctor Petrov me mira, claramente dividido entre su deber médico y su instinto de autopreservación. Consigo hacer un leve gesto con la cabeza. Tiene que irse antes de que sea él quien acabe atrapado en lo que está a punto de suceder.

—Volveré... volveré mañana para ver cómo estás —murmura, recogiendo deprisa su equipo—. Para hablar de los próximos pasos. Mientras tanto, intenta comer algo, mantente hidratada y descansa. —Se detiene en la puerta y lanza a Dimitri una última mirada cargada de preocupación—. Sé amable con ella. El estrés no es bueno para el bebé.

Luego se va, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Dejándome sola con Dimitri.

El silencio se alarga, doloroso y asfixiante. Puedo oír mi propio corazón, rápido y desbocado, rivalizando con el recuerdo de ese otro latido que aún resuena en mis oídos.

Dimitri no se ha movido. No ha apartado la vista del lugar donde estaba la ecografía. Sus manos están apretadas en puños a los costados, y le veo respirar—lento, medido, como si luchase por mantener el control.

Entonces habla, y su voz es tan fría que me pone la piel de gallina.

—Estás de ocho semanas.

No es una pregunta, pero asiento de todos modos. Tengo la garganta demasiado cerrada para responder.

—Eso significa que ya estabas embarazada cuando nos casamos. —Sigue con esa voz inquietantemente serena. Sin mirarme todavía—. Cuando yo... —Aprieta la mandíbula—. Cuando *consumamos* el matrimonio.

—Sí —susurro.

—Has estado embarazada todo este tiempo. Dos semanas de matrimonio, y cada uno de estos días has estado llevando dentro al hijo de otro.

Las palabras duelen y están hechas para herir, pero también son verdad, así que no me defiendo. Me quedo sentada, esperando la explosión que sé que va a llegar.

—¿Quién? —La pregunta es queda—. ¿Quién es el padre?

Esto es. El momento que he temido desde la boda, desde que supe que estaba embarazada, y cuando vi el ataúd de Alexei.

No puedo decírselo. Si se lo digo, todo—*todo*—se destruirá.

Pero tampoco puedo no decirlo. No después de que sepa que estoy embarazada.

—Vera. —Mi nombre en sus labios suena como una advertencia—. Te he hecho una pregunta. ¿Quién es el padre?

Aprieto las sábanas con tanta fuerza que temo romperlas. Niego con la cabeza.—No puedo—

—*Me lo vas* a decir. —Su voz se eleva ligeramente, la calma comienza a resquebrajarse—. Eres mi esposa. Estás llevando el hijo de otro. Tengo derecho a saber quién—

—No importa—

—¡SÍ QUE IMPORTA! —El grito me hace sobresaltarme y me echo atrás contra el cabecero. Da un paso más hacia la cama, y por primera vez desde que le conozco, temo de verdad que pueda hacerme daño—. Dime quién es el padre. Ahora mismo.

Estoy llorando. ¿Cuándo he empezado a llorar? Las lágrimas caen calientes y rápidas por mi rostro, y no puedo detenerlas. No puedo detener *nada* de esto.

—Por favor —sollozo—. Por favor, no me obligues—

—¿¡QUIÉN?!

La palabra estalla en sus labios, tan alta y violenta que grito de verdad. Ahora su rostro está deformado por la rabia, todo ese control minucioso hecho añicos. Respira con dificultad, el pecho agitado, las manos tan tensas que puedo ver los semicírculos de sus uñas clavándose en las palmas.

Nunca he sentido tanto miedo en mi vida.

—Alexei —susurro.

Dimitri se queda completamente inmóvil, totalmente paralizado. Todos los músculos de su cuerpo se tensan. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me hace querer desaparecer.

—¿Qué has dicho? —Su voz es peligrosamente suave y mi instinto de supervivencia me grita que huya.

—Es... —Mi voz se quiebra—. Es el bebé de Alexei.

Durante un largo instante, no ocurre nada. Simplemente se queda ahí, mirándome, procesando mis palabras.

Luego estalla.

—¿¡TE ACOSTABAS CON MI HERMANO!?

El rugido es tan fuerte, tan cargado de rabia, dolor y traición que grito de verdad. Se abalanza hacia delante y yo me pego contra el

cabecero, segura de que va a hacerme daño.

Pero se detiene a escasos centímetros, agarrando con fuerza la piecera de la cama hasta que la madera cruje.

—¡Respóndeme! —La saliva vuela de su boca y su cara está roja, torcida por la furia—. ¿Te FOLLABAS a mi hermano?

La crudeza de la palabra me hace estremecerme violentamente.—Sí —sollozo—. Sí, estaba con él, le quería, yo—

—¿Le QUERÍAS? —Ríe, salvaje y amargo—. Querías a mi hermano *muerto*. ¿Y nunca se te ocurrió mencionarlo? ¿Que te abrías de piernas para un Volkov mientras nuestras familias estaban en guerra?

—¡No sabía que HABRÍA una guerra! —Ahora también grito, entre lágrimas—. ¡No sabía que él—que ellos—

—¿Cuánto tiempo? —Suelta la piecera y empieza a pasear por la habitación como una fiera enjaulada—. ¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Ocho meses —susurro.

Se detiene en seco.—Ocho... ocho meses. OCHO MESES. ¿Estuviste con mi hermano durante *ocho meses* y nadie lo supo? ¿Ni tu familia, ni la mía, nadie?

—Lo mantuvimos en secreto. Tuvimos que hacerlo. Si alguien se enteraba—

—¿Si alguien se enteraba, QUÉ? —Se gira bruscamente hacia mí—. ¿Si alguien se enteraba de que una Ashford se follaba a un Volkov? ¿Que traicionabas a ambas familias? ¿Que tú—? —Se detiene, y su expresión cambia a algo aún peor que la rabia. Entiende. Horror—. Estabas con él cuando murió.

Asiento.—Le quería. Habría hecho cualquier cosa por él. Íbamos a— —Las palabras se ahogan en otro sollozo y un gruñido de rabia

escapa de sus labios.

—¿A qué? ¿A huir juntos? ¿Empezar una vida nueva? —Su risa es fea—. ¿Lo sabía? ¿Sabía lo del bebé? ¿Sabía que había dejado embarazada a una Ashford antes de morir?

—No —jadeo—. Lo supe tres días antes y nunca llegué a decírselo. Nunca... —No puedo terminar la frase por la fuerza de mis sollozos.

—Así que está muerto. Mi hermano está muerto, y murió sin saber que iba a ser padre. Y TÚ... —Me señala con una mano temblorosa —. *Tú* lo sabías. Lo has sabido todo este tiempo. Te plantaste en ese juzgado, te casaste conmigo, me dejaste tocarte, me dejaste... —Su rostro se retuerce de asco—. Me dejaste follarte mientras llevabas en el vientre al hijo de mi hermano.

Sus palabras son como cuchillos, cada una corta más profundo.

—¡No tuve opción! —le grito. ¿Tú crees que *quería* esto? ¿Que *quería* casarme contigo, estar en esta situación? ¡Mi familia me vendió a ti! ¡ME VENDIERON como si fuera una mercancía, y no podía decir que no porque si lo hacía, todos morirían! ¡Tú habrías iniciado una guerra y matado a todos los que amo!

—¿Así que simplemente no lo mencionaste? —vocifera, la cara roja de rabia—. ¿Pensaste qué? ¿Lo ibas a esconder? ¿Que nunca me daría cuenta cuando empezaras a notarse? ¿Cuando dieras a luz a un bebé que no era mío?

—¡No lo sé! ¡No sé en qué estaba pensando! —lloro tan fuerte que apenas puedo respirar—. Alexei estaba muerto, mi familia me entregó y yo estaba embarazada y sola y no sabía qué hacer.

—Deberías habérmelo dicho —dice entre dientes apretados—. El primer día. El primer momento. Deberías haberme contado la verdad.

Me río histéricamente, pero no hay humor en ello.—¿Hablas en serio ahora mismo? ¿Para que hicieras qué? ¿Matarme? ¿Matar al bebé?

¿Usarlo como arma contra mi familia? —Me seco la cara con manos temblorosas—. ¿Por qué iba a confiarte esto cuando desde el primer día dejaste claro que yo era tu enemiga y solo estaba aquí para ser castigada?

Veo en su rostro el momento exacto en que se da cuenta de que tengo razón. Tenía todos los motivos para no decírselo y él no me ha dado motivos para confiarle esto, ni nada en absoluto. Pero eso no le calma la rabia. Si acaso, la empeora.

—Me mintió —su voz se quiebra levemente—. Mi hermano. La persona en la que más confiaba en este mundo. Me miró a los ojos cada día durante ocho meses y me mintió sobre a dónde iba, qué hacía y con quién se veía. Estaba contigo. Con la enemiga.

—Yo no era su enemiga —digo, sintiendo cómo se me encoge el corazón al recordar a Alexei—. Solo éramos... nosotros. Dos personas que se enamoraron antes de saber lo que significaban sus apellidos.

—Y ahora está muerto, y tú estás aquí, embarazada de su hijo, y yo... —Se pasa ambas manos por el pelo, tirando de él como si quisiera arrancárselo—. Me casé contigo. Me casé contigo para castigar a tu familia, para vengarme, y todo ese tiempo llevabas en el vientre al hijo de mi hermano.

Empieza a reírse y se me erizan todos los vellos de la nuca. Es un sonido horrible, roto, antinatural.

—¿La broma es para mí, verdad? —Me mira, y sus ojos están desquiciados—. Todo este tiempo, te he estado torturando, convirtiendo tu vida en un infierno, y estabas embarazada del hijo de Alexei. Del último pedazo de él. Y ni siquiera lo sabía. Ha estado aquí todo este tiempo, y ni siquiera lo SABÍA.

—Dimitri... —Extiendo la mano antes de darme cuenta de lo que hago, pero él se aparta bruscamente como si mi contacto le quemara.

—No —la palabra es veneno—. No me toques. No me hables. No... —Retrocede hacia la puerta, respirando con dificultad—. No puedo. Ni siquiera puedo mirarte ahora mismo.

El corazón se me encoge.—¿Adónde vas? —pregunto, desesperada.

—No lo sé. A cualquier sitio menos aquí. —Agarra el pomo de la puerta y lo abre de un tirón—. A cualquier parte con tal de no estar cerca de ti ni de eso... —Ni siquiera puede decirlo. Ni siquiera puede reconocer al bebé—. Solo mantente lejos de mí.

Sale dando un portazo y el sonido es como un disparo.

Luego oigo más golpes en alguna parte de la casa. Cristales rompiéndose. Algo pesado chocando contra una pared. Un rugido de pura rabia que me hiela la sangre.

Está destrozando algo. Quizás todo. Quizás toda la casa.

Me encojo de lado, rodeo mi vientre con los brazos y lloro en la almohada hasta quedarme sin aliento.

Ya lo sabe. Por fin lo sabe.

Y es aún peor de lo que imaginaba.

Porque no se trata solo de que yo le haya mentido. No solo es estar embarazada del hijo de otro.

Se trata de Alexei. Su hermano.

Y ahora sabe que Alexei le ocultó este secreto enorme. Que su hermanito, en quien confiaba ciegamente, estaba enamorado de una Ashford. Se acostaba con la enemiga. Le mentía cada día durante ocho meses.

La traición que siente no es solo por mi parte. Es también por parte de Alexei.

Y Alexei no está aquí para explicarse, para disculparse, para arreglarlo. Está muerto, así que toda esa rabia, todo ese dolor, toda

esa traición no tienen otro destino que recaer sobre mí.

Presiono con más fuerza mi mano contra el vientre. El hijo de Alexei. *Nuestro* hijo.

El último pedazo de él.

Y Dimitri nos odia a los dos por ello.

Más golpes retumban por la casa. Más cerca ahora. Justo al otro lado de mi puerta.

Oigo su voz, gritando algo ininteligible. Más objetos rotos. El sonido de puños golpeando las paredes.

Tengo más miedo que nunca porque el hombre que está destruyéndolo todo al otro lado de la puerta no es el Dimitri frío y contenido al que he llegado a conocer. Aquel hombre era peligroso, pero predecible.

Este hombre es otra cosa completamente diferente. Algo primitivo, herido y furioso más allá de toda razón.

Este hombre podría hacer cualquier cosa.

Y yo estoy atrapada aquí, embarazada y desamparada, sin ningún sitio adonde huir.

Así que solo lloro. Lloro por Alexei, al que nunca volveré a ver. Lloro por este bebé, que crecerá en una casa llena de odio. Lloro por mí misma, por la situación imposible en la que me encuentro.

No sé qué pasará después.

No sé si Dimitri algún día me perdonará.

Ni siquiera sé si me dejará vivir.

Solo sé que el secreto que he estado guardando durante ocho semanas por fin ha salido a la luz.

Y todo está roto.

10

DIMITRI

El amanecer se cuela por la ventana de mi despacho, tiñéndolo todo de tonos sangre y oro.

Llevo horas sentado aquí. ¿Seis? ¿Siete? No lo sé y, sinceramente, tampoco me importa. El tiempo dejó de tener sentido en el momento en que oí aquel latido en la ecografía. Ese *bum-bum-bum* rápido y constante que lo cambió todo.

La botella de whisky descansa sobre mi escritorio, ya medio vacía. O medio llena, según cómo se mire. Yo la veo medio vacía porque así es como lo siento todo ahora mismo. Vacío. Como si alguien hubiera metido la mano en mi pecho y arrancado todo lo que de verdad importaba.

Vuelvo a servirme otro vaso, el cuarto. O el quinto. Ya he perdido la cuenta de eso también.

El líquido ámbar quema al bajar, pero no suficiente. Nada es suficiente para borrar lo que supe ayer. Lo que sé ahora. Lo que jamás podré dejar de saber.

Ocho semanas de embarazo.

Vuelvo a hacer las cuentas, aunque ya las haya hecho cincuenta veces y los números estén grabados a fuego en mi cabeza. Ocho semanas de embarazo significa que la concepción fue hace diez semanas. Dos meses y medio. A principios de junio.

Cuando Alexei aún vivía.

Cuando se escabullía para ir a "reuniones" y "negociaciones" y volvía a casa sonriendo como si todo estuviera bien. Cuando se plantaba en mi despacho pidiéndome más responsabilidades, suplicando formar parte del negocio familiar, mirándome a los ojos y mintiéndome.

Porque estaba con ella. Con *Vera*. Con una *Ashford*.

Nunca antes había sentido semejante traición.

Mi hermano pequeño. La última persona que queda de mi familia directa. A quien protegí, cuidé, aparté de lo peor de esta vida. Me miró a los ojos cada día durante ocho meses y jodidamente *mintió*.

Apuro el vaso y me sirvo otro.

Ocho meses. Ese es el tiempo que estuvieron juntos. Ocho meses de reuniones secretas, de secretos *en todo*. Ocho meses de ir a escondidas, jugando a Romeo y Julieta con una chica cuyo clan nos declaraba la guerra abiertamente.

Y jamás dijo ni una palabra.

Nunca me apartó para decirme —Dimitri, necesito hablar contigo de algo—. Jamás me dio la oportunidad de—bueno, ¿de qué? ¿Qué habría hecho yo si me lo hubiera contado?

Habría perdido la puta cabeza. Se lo habría prohibido. Quizá incluso lo habría encerrado en esta casa para mantenerlo alejado de ella.

Así que eligió mentir y mantenerlo en secreto. La escogió a ella antes que—

No. No es justo. No eligió. Simplemente... quería las dos cosas. Me quería a mí, quería a su familia, quería la vida aquí. Y también la quería a ella.

Y ahora está muerto, y nunca podré preguntarle por qué ni oír su versión de la historia. Jamás llegaré a entender cómo mi hermano—mi hermano pequeño y despreocupado—acabó enamorándose de una Ashford y ocultándolo durante ocho meses.

El dossier de inteligencia está sobre mi mesa. Llevo una hora mirándolo, viendo detalles nuevos. Leyendo entre esas líneas que antes pasé por alto.

Sujeto: Vera Ashford

Edad: 24

Conocidos: Relación cercana con su madre (Elena) y sus hermanas gemelas menores (Natasha y Lydia, 12 años). Círculo social reducido. Sin relaciones serias registradas.

Nota: La vigilancia indica que la sujeto mantiene relación con alguien. Sale a menudo por las noches de la finca Ashford, regresando tarde (entre las 23:00 y la 1:00). Acompañante sin identificar. Las citas se producen en locales neutrales, como restaurantes u hoteles. La sujeto es cauta y evita ser descubierta. Identidad de la pareja sentimental: desconocida.

Desconocido.

No pudieron averiguar con quién se veía. Mis investigadores—los mejores en el negocio—no lograron identificarlo.

Porque era Alexei. Mi hermano. Que conocía todos los trucos de vigilancia, todas las formas de desaparecer y todos los métodos para ocultarse. Por supuesto que no pudieron seguirle la pista. Aprendió de los mejores.

Aprendió de *mí*.

La idea me da ganas de estampar el puño contra algo, como si quisiera destrozar esta puta casa entera.

Yo le enseñé a desaparecer, a evitar que le siguieran. *Yo* le enseñé a moverse por la ciudad sin ser detectado. Son habilidades que le di para protegerle y, aun así, las usó para escaparse con una Ashford.

La ironía sería hasta graciosa si no me dieran ganas de vomitar.

Y Vera. Ella lo sabía. En el dossier queda claro que era consciente de lo que hacía. *Evita ser descubierta*. Ella también lo ocultaba. Trabajaba activamente para mantenerlo en secreto.

¿Cuándo se enteró de que él era un Volkov? ¿En qué momento lo supo y aún así decidió seguir acostándose con él? ¿Siempre lo supo? ¿Quiso quedarse embarazada a propósito?

La rabia vuelve a encenderse, ardiente y afilada. Ella lo sabía. Cuando me casé con ella, cuando estuve de pie en ese juzgado y le puse el anillo en el dedo, cuando la llevé a mi casa y—

Oh Dios.

La realización me golpea, y de repente me inclino hacia delante, con el estómago revuelto. Apenas llego a la papelera antes de vomitar whisky y bilis.

Me acosté con ella.

Me acosté con la *novia* de mi hermano.

En nuestra noche de bodas, cuando la llevé a la cama, cuando la toqué y la saboreé y la hice desmoronarse entre mis manos—ella ya estaba embarazada del hijo de Alexei.

Y aun así me la follé.

Vuelvo a arcadas, aunque ya no queda nada. Todo mi cuerpo tiembla de asco y repulsión hacia mí mismo.

He profanado a la novia de mi hermano. Su *novia embarazada*. La madre de su hijo.

¿Qué clase de monstruo me convierte eso?

Me limpio la boca con el dorso de la mano y me dejo caer de nuevo en la silla. La habitación gira ligeramente, pero no sé si es por el alcohol o por la revelación. Probablemente por ambas cosas.

Ella intentó decírmelo aquella noche. ¿No es así? Cuando tartamudeó que no esperaba consumar el matrimonio, tan asustada que yo pensé que simplemente temía a mi persona. Pero tal vez tenía miedo de esto. Del atropello de acostarse conmigo estando embarazada del hijo de Alexei.

Y yo desprecié su miedo. Le dije que lo haríamos oficial le gustara o no. Tomé lo que quise porque podía, porque era mía legalmente, porque estaba demasiado concentrado en la venganza para pensar en—

Para pensar en el hecho de que quizá tuviera un motivo para estar aterrorizada, más allá del miedo generalizado.

—Joder —mascullo, sirviéndome otro vaso pero derramando parte del líquido sobre el escritorio—. Joder, joder, joder.

Alexei me odiaría por esto. Si estuviera vivo, si supiera lo que he hecho (como acostarme con su chica, hacerla desgraciada, atraparla en un matrimonio mientras llevaba a su hijo dentro) jamás me lo perdonaría.

Ni yo mismo soy capaz de perdonarme.

Pero él no está vivo. Está muerto. Enterrado. Se ha ido. Y todo lo que me queda es este desastre que dejó atrás. Esta situación imposible y jodida en la que su novia es mi esposa y su hijo está creciendo dentro de ella y no tengo ni idea de qué coño hacer con todo esto.

El *bebé*.

Cierro los ojos, y aún puedo verlo. Esa figura diminuta en la ecografía. Ese latido tembloroso. Tan pequeño. Tan frágil. Tan innegablemente real.

El hijo de Alexei.

El hijo de mi hermano.

La última parte de él que queda en este mundo.

Aprieto los puños sobre el escritorio. La rabia sigue ahí, ardiendo bajo mi piel. La traición aún duele profundo. Pero bajo todo eso hay algo más. Algo que no quiero reconocer pero que no puedo ignorar.

Ese bebé lleva sangre Volkov.

La mitad de su ADN viene de mi hermano. Quizá los ojos de Alexei. Su sonrisa. Su risa. Partes de él que murieron en ese almacén podrían vivir de nuevo en este niño.

Es su legado. Su continuación. Lo único que dejó atrás.

Y está creciendo dentro de una mujer a la que llevo dos semanas provocando sufrimiento. Una mujer a la que he herido y aislado deliberadamente. Una mujer que ha vivido aterrorizada de que yo descubriera esto porque sabía que podría hacerle daño con ello y destruirla a ella y también al bebé si quisiera.

Tenía todas las razones para no decírmelo.

La confesión tiene un sabor amargo. He sido un monstruo con ella. Le he hecho la vida imposible y lo he llamado justicia, venganza, hacer pagar a los Ashford, etcétera. Pero ¿de verdad? En realidad solo estaba haciendo daño a una chica que no había hecho nada malo, salvo enamorarse de mi hermano.

Una chica que ahora está embarazada y sola y probablemente aterrada de que la mate.

¿Lo haría? *¿Podría* hacerlo?

Miro el vaso de whisky en mi mano y el destrozo de mi despacho—papeles esparcidos, una lámpara volcada, el marco de la foto de Alexei roto donde lo lancé contra la pared lleno de rabia.

No. No podría matarla. Ni siquiera puedo herirla, no de verdad. No después de ayer, cuando vi el auténtico terror en sus ojos, la oí sollozar tras la puerta después de irme, y supe que había roto algo en ella que quizá jamás se arregle.

Soy un monstruo, pero no *ese* tipo de monstruo.

¿Así que qué coño hago con esta información y con este puto sinsentido?

Alguien llama a la puerta de mi despacho.

—Vete —grito, con la voz áspera.

La puerta se abre igualmente y gruño frustrado. Solo otra persona ignoraría esa orden, y el otro está muerto.

—Tienes una pinta horrible —observa Konstantin, echando un vistazo a la escena. El whisky. El desastre. Yo, probablemente pareciendo tan destrozado como me siento.

—También me siento así —murmuro antes de entrecerrar los ojos hacia mi tío—. ¿Qué quieres?

—La señora Kozlov mencionó que hubo algo... de emoción ayer. Llamaron al Dr. Petrov.— Se acomoda en la silla frente a mi escritorio, mirándome con esos ojos escrutadores que no se le escapa nada.— ¿Qué ha pasado?

Vete, quiero decirle, *Esto es algo privado, al menos hasta que averigüe qué coño hacer con ello.* Pero estoy demasiado borracho y cansado y jodidamente destrozado como para seguir preocupándome.

—Está embarazada —digo sin rodeos.

Las cejas de Konstantin se alzan ligeramente.— Ya veo. Eso... no me lo esperaba y antes de lo que pensaba. Aunque supongo que explica por qué ha estado indispuesta. ¿De cuántas semanas?

—Ocho semanas.—

Hace el cálculo rápidamente, entornando los ojos. Siempre fue rápido con los números. Su expresión cambia al comprender.— Ocho semanas. Lo que significa…—

—Lo que significa que ya estaba embarazada cuando nos casamos. — Apuro mi copa y la dejo caer sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Konstantin suspira. —Bueno, eso no me lo esperaba. ¿Quién es el padre?

La pregunta de todas las preguntas. Probablemente debería abordar esto con más calma, pero de nuevo, estoy demasiado cansado para la diplomacia.

—Alexei.—

El silencio que sigue es absoluto. Konstantin se queda completamente inmóvil, mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—*¿Qué*?—

Me río con sequedad. —Lo has oído bien. El bebé es de *Alexei*.— Vuelvo a reír, pero suena roto, incluso para mis propios oídos. —Mi hermano muerto dejó embarazada a Vera Ashford. Y luego murió, y yo me casé con ella sin saberlo, así que ahora estoy aquí sentado intentando averiguar qué demonios hacer al respecto.—

Konstantin se recuesta en la silla, procesando la información. Su expresión es cuidadosamente neutra, pero veo el engranaje de sus pensamientos tras sus ojos. —¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Ocho meses. Por lo visto estuvieron viéndose a escondidas durante ocho meses, como una especie de Romeo y Julieta modernos.— ¿Sueno resentido? Lo estoy. —Él nunca me lo contó.—

—Alexei siempre fue... idealista,— dice Konstantin con cautela. —Creía en el amor, en las posibilidades. Quizá pensaba—

—¿Quizá pensaba *qué*? ¿Que todo saldría bien por arte de magia? ¿Que, de algún modo, un Ashford y un Volkov podrían vivir felices para siempre?— Niego con la cabeza. —Era ingenuo y tonto. Y ahora está muerto, y yo me quedo limpiando su desastre.—

Konstantin guarda silencio un momento. —¿Qué vas a hacer?

Es la pregunta que me llevo haciendo toda la noche y para la que no tengo una buena respuesta.

—No lo sé,— admito. —Podría...— Me detengo. ¿Podría qué? ¿Devolverla con su familia? ¿Deshacerme del bebé? ¿Fingir que nada de esto ha ocurrido?

—Podrías disolver el matrimonio,— sugiere Konstantin en voz baja. —Anularlo, o divorciarte. Devolvérsela a los Ashford y lavarte las manos del asunto. El tratado de paz ya está cogido con alfileres y esto te da un motivo legítimo para romperlo. Ella te engañó, se casó contigo bajo falsas pretensiones. Nadie te reprocharía—

—No.—

La palabra sale de mi boca antes incluso de que la haya pensado.

Konstantin arquea una ceja. —¿No?

—Nadie va a llevársela a ninguna parte.— Aprieto los puños sobre la mesa. —No va a volver con los Ashford. No va a irse a ningún sitio.—

La ceja de Konstantin se alza aún más. —Dimitri—

—Ese bebé lleva sangre Volkov,— le interrumpo. —La sangre de Alexei, lo que lo convierte en mío ahora. Mi responsabilidad. Mi...— Me detengo, la palabra se me atraganta. —Mi familia.—

La comprensión se dibuja en el rostro de Konstantin. —Ya veo.—

Suspiro. —¿De verdad? Porque yo no estoy tan seguro.— Me paso ambas manos por el pelo, apretándolo con fuerza. —Pero sé esto. No voy a dejar que los Ashford críen al hijo de Alexei. Alexei es un Volkov, así que el bebé es un Volkov, y la sangre de los Volkov se queda en la familia.—

—¿Y la chica?

—Es mi esposa,— respondo simplemente. —Eso no cambia solo porque estuviera embarazada antes de que nos casáramos. Si acaso, lo complica todo aún más. Pero sigue siendo mía.—

Konstantin me observa durante un largo instante. —Planeas reconocer al niño como tuyo.—

Asiento. —El bebé se criará como mío y bajo mi protección. El mundo creerá que es mi hijo, y así se quedará.—

—Eso es... una decisión importante.— Konstantin se pone en pie y avanza hacia la puerta. —¿Estás seguro de esto? Una vez que tomes este camino—

—Estoy seguro,— le corto, aunque en realidad no estoy tan seguro. Aún me estoy recuperando de la noticia, pero intento a la vez reconciliar la rabia y la traición con ese extraño instinto protector que ha surgido en mí. —El bebé es de Alexei. Eso lo hace sagrado. Intocable. Y me niego a permitir que nadie—*nadie*—nos lo quite o lo use en nuestra contra.—

Konstantin asiente despacio. —Entonces deberías ir a hablar con tu esposa. Mrs. Kozlov dice que no ha comido ni dormido. Solo ha estado llorando.—

El estómago se me revuelve. Vera probablemente está asustada y llorando por mi hermano y por la situación imposible en la que está atrapada.

Una situación en la que yo la he metido.

—Hablaré con ella,— digo en voz baja.

Cuando Konstantin se va, me quedo sentado unos minutos más, recomponiéndome. El alcohol ha difuminado los bordes de todo, ha suavizado los filos de mi rabia hasta volverla más dolor que furia.

Puedo trabajar con el dolor.

Me pongo en pie, y la habitación se inclina levemente. Vale, quizá he bebido más de lo que pensaba. Pero funciono. Más o menos. Lo suficiente para hacer lo que tengo que hacer.

Subo las escaleras hasta el segundo piso, mis pasos pesados sobre la moqueta. Camino por el pasillo hasta su puerta y me detengo fuera, escuchando. No se oye nada. Por un instante me pregunto si siquiera está ahí dentro, o si ha encontrado alguna manera de escapar. Pero ¿adónde iría? Su teléfono no funciona. Las puertas están cerradas. Los guardias tienen órdenes.

Está ahí dentro. *Tiene* que estarlo.

Abro la puerta sin llamar.

La habitación está en penumbra, las cortinas corridas contra el sol de la mañana. Y allí, en la cama enorme, está Vera.

Está hecha un ovillo de lado, de espaldas a la puerta y todavía lleva la ropa de ayer. Su pelo está enmarañado, esparcido por la almohada en ondas desordenadas. Veo cómo sus hombros tiemblan ligeramente; quizá siga llorando, o simplemente respira de forma irregular. Es difícil saberlo.

—Vera.—

Se pone rígida al oír mi voz, pero no se gira ni se mueve. Simplemente permanece allí, inmóvil.

—Necesito hablar contigo.—

—Por favor, no lo hagas.— Su voz está ronca de tanto llorar. —No puedo... no puedo con esto ahora mismo. Déjame en paz.—

—No he venido a hacerte daño.— Me acerco a la cama y ella se encoge. Ese movimiento me atraviesa el pecho con una punzada de dolor. —Solo quiero hablar.—

—Ayer lo dijiste todo. Dejaste bien claro lo que sientes.— Se hace un ovillo, abrazándose la tripa. Protegiendo al bebé. —Así que, por favor... solo vete.—

Niego con la cabeza. —No puedo.—

—¿Por qué no?—

—Porque tenemos que hablar de lo que pasa ahora.— Me siento en el borde de la cama, y ella se apresura a alejarse, apretándose contra el cabecero. Sus ojos están rojos e hinchados, la cara pálida y marcada de tanto llorar. Parece... bueno, parece *fatal*.

Esto lo he hecho yo. Mi rabia de ayer ha causado esto.

—¿Qué pasa ahora?— Se ríe, pero suena rota. —¿Qué pasa? ¿Que te divorcias de mí, o me matas, o me mandas de vuelta a mi familia con el bastardo de tu hermano? Enhorabuena, ya has terminado de destrozar mi vida por completo.—

—¿Eso es lo que crees que voy a hacer?—

—¿No lo es?— Me mira con esos ojos enrojecidos y solo veo resignación ante el castigo que esté a punto de imponerle. —Estás furioso y tienes derecho a estarlo. Así que... haz lo que vayas a hacer. Estoy demasiado cansada para seguir luchando.—

Respiro hondo. Esto es más difícil de lo que esperaba y las malditas palabras no quieren salir bien. Así que recuerdo lo que le dije a Konstantin y escojo eso.

—Ese bebé,— empiezo, y enseguida ella lleva la mano a su vientre, protectora y a la defensiva. —El bebé es de Alexei. Como él no está aquí, el bebé es mío.—

Frunce el ceño, confundida. —¿Perdona?—

—El hijo de mi hermano es *mi* responsabilidad. *Mi* familia. Lo que significa que no voy a mandarte a ningún sitio.— Mantengo su mirada, asegurándome de que lo entienda. —Voy a reconocer al bebé como mío y lo criaré como si fuera mi propio hijo.—

Abre la boca, la cierra, y la vuelve a abrir. —¿Tú... quieres *reconocer* al bebé?—

—Voy a reconoceros a los dos.— Las palabras suenan más ásperas de lo que pretendía. —Eres mi esposa, y eso no va a cambiar. Y ese bebé.— Hago un gesto vago hacia su vientre. —Ese bebé es lo único que queda de mi hermano. ¿Crees que voy a dejar que los Ashford se queden con la última parte de él? No. Ni hablar.—

Las lágrimas resbalan por la cara de Vera, todo su cuerpo tiembla. —No lo entiendo. Ayer estabas... Dijiste—

—Ayer estaba enfadado. Dolido. Traicionado.— No pienso pedir perdón por eso, ni por la rabia que todavía siento bajo la piel. —Pero he tenido tiempo para pensar y asimilar las cosas, y esto es lo único que tiene sentido.—

—¿*Qué* tiene sentido?— Su voz se quiebra. —Que me odies tiene sentido. Que estés furioso tiene sentido. ¿Pero esto? ¿Reconocer a un bebé que no es tuyo? ¿Fingir que es tu hijo cuando sabes que no lo es?—

—Es sangre Volkov,— digo con firmeza. —*Eso* lo hace mío. Y tú eres mi esposa. Eso te hace mía, y eso es lo único que importa.—

—¿Pero por qué?— Ahora solloza. —¿Por qué harías esto? Después de... todo. Después de lo que he hecho.—

—Porque eres mi esposa,— digo simplemente.

Vera me mira intentando averiguar si esto es real o alguna clase de cruel engaño. Y no la culpo. Después de lo de ayer, ¿cómo iba a fiarse de nada de lo que diga?

Pero esto no va de confianza. Va de lo que es correcto y necesario.

Ese bebé es de Alexei y si está bajo mi protección, ella también.

—Sigo enfadado,— le admito con sinceridad. —Contigo y con Alexei, con toda esta situación de mierda. No sé cuándo dejaré de estar enfadado. Puede que nunca. Pero eso no cambia lo que tiene que pasar.—

—Y...— Se detiene y se aclara la garganta. —¿Y qué tiene que pasar? — Su voz suena pequeña y sin esperanza.

—Tú te quedas. El bebé se queda. Buscaremos la forma de que esto funcione.— Me levanto, necesitando distancia antes de hacer alguna estupidez como intentar consolarla. —El Dr. Petrov volverá hoy para verte, y vas a seguir sus indicaciones. Vas a comer. Vas a descansar. Vas a cuidar de ese bebé.—

—¿Y nosotros?— susurra ella. —¿Qué pasa con nosotros?—

Nosotros. Como si hubiera un "nosotros" del que hablar. Como si fuésemos algo más que dos personas atrapadas en una situación imposible por culpa de las circunstancias, la sangre y las decisiones de personas que ya no están.

—No lo sé,— admito, odiando ver cómo se le cae la expresión. —No sé lo que somos. Pero eres mi esposa. Ese bebé será mi hijo ante el mundo. Y protejo lo que es mío.—

Aunque lo que sea mío antes fuera de mi hermano. Aunque cada vez que la mire me acuerde de su traición.

Protejo lo que es mío.

Y ahora, me guste o no, eso la incluye a ella y al bebé que lleva dentro.

—Descansa un poco,— le digo, yendo hacia la puerta. —La señora Kozlov te traerá algo de comer. Tienes que...— Me detengo, se me atragantan las palabras. —Tienes que cuidarte. Por el bebé.—

Por el bebé de Alexei.

Me voy antes de que pueda responder, cerrando la puerta tras de mí con firmeza.

Y si me apoyo en esa puerta cerrada un instante, intentando recuperar el aliento, intentando conciliar la rabia, el dolor y este extraño instinto protector que se ha apoderado de mí... bueno, eso no tiene por qué saberlo nadie.

Ahora ella es mía. El bebé es mío.

Y no pienso permitir que nadie me los quite.—

11

VERA

Si pensaba que mi vida era difícil antes, estaba tremendamente equivocada.

La decisión de Dimitri de reclamarme a mí y al bebé no ha mejorado las cosas. Si acaso, lo ha hecho todo infinitamente *peor*. Ya no soy solo su esposa no deseada, ahora soy su responsabilidad. Su objeto de control.

Y controlar es exactamente lo que hace.

Empieza la mañana después de su declaración, cuando me despierto y encuentro a la señora Kozlov de pie junto a mi cama con una bandeja de desayuno.

—Órdenes del señor Volkov —dice, dejando claro en su tono que no le entusiasma nada hacer de niñera—. Te lo comes todo. Si no lo haces, se lo digo.

Miro la comida—huevos revueltos, tostadas, fruta, zumo—y mi estómago se rebela de inmediato. Solo el olor de los huevos me provoca náuseas.

—No puedo —consigo decir—. No tengo hambre. El olor es horrible.

—Órdenes del señor Volkov —repite, depositando la bandeja sobre mi regazo con más fuerza de la necesaria—. Come.

Se queda ahí, con los brazos cruzados, esperando y vigilando, como una maldita carcelera asegurándose de que obedezco.

Consigo comer tres bocados de tostada antes de tener que salir corriendo al baño para vomitarlo todo.

Cuando salgo, débil y temblorosa, la señora Kozlov ya se ha ido. Pero al cabo de unos minutos, suena mi teléfono —el teléfono fijo de la casa al que se supone que no debo tener acceso—. Lo cojo, confundida.

—¿Hola?

—No has desayunado —dice Dimitri, acusador.

Me quedo boquiabierta. ¿Cómo lo ha sabido tan rápido? No he estado tanto tiempo en el baño.—Lo he intentado. No he podido retenerlo.

—Inténtalo más. El bebé necesita alimentarse.

—¡El bebé necesita que no vomite todo lo que como! —Mi voz se alza, la frustración me desborda—. ¡No puedo evitar las náuseas matutinas! Estoy intentándolo—

—Inténtalo más —repite él y cuelga.

Así es cada comida. Cada día.

Si salto la comida porque las náuseas son demasiado intensas, la señora Kozlov lo informa. Y en cuestión de minutos, Dimitri aparece con furia en la mirada, exigiendo saber por qué no he comido.

Si solo consigo comerme la mitad de una comida, él lo sabe. Siempre lo sabe, jodidamente *siempre*.

Si paso demasiado tiempo en el baño, alguien se lo dice.

Todo lo que hago se informa, se vigila y se controla.

No me está permitido salir de la finca ni utilizar los teléfonos. Cuando encuentro un teléfono del personal en la cocina e intento llamar a mi madre, la llamada se corta a mitad de marcar. Dos minutos después, Dimitri aparece y me arrebata el teléfono de la mano.

—¡Eh! —me abalanzo hacia el teléfono, pero él lo mantiene fuera de mi alcance, con una mirada asesina.

—Nada de contacto con tu familia —espeta—. No hasta que esté seguro de que no están detrás del ataque y sepa que vas a estar a salvo.

—¿A salvo? —me río con amargura—. Soy una prisionera en esta casa. Controlas todo lo que hago, lo que como y dónde voy. ¿Eso es protegerme? ¡Esto va de control, no de proteger!

—Llama a esto como quieras —me da la espalda, dándome por zanjada—. Las normas siguen en pie.

El personal también me trata de manera diferente ahora. Ya no es hostilidad abierta (lo cual es un alivio), pero ahora me consideran una carga no deseada. Algo que gestionar e informar.

Anya es la única que muestra algo de calidez, aunque incluso ella es cautelosa. Me trae té de jengibre sin que se lo pida, deja galletas junto a mi cama para cuando las náuseas se apoderan de mí por la noche. Pequeñas muestras de amabilidad que tiene que ocultar, porque mostrarme compasión podría meterla en líos.

—Gracias —le susurro una mañana cuando me acerca una tostada simple en lugar del pesado desayuno que ha mandado la señora Kozlov.

Ella solo asiente, echa una mirada nerviosa por encima del hombro y se marcha deprisa.

Todos le tienen miedo. Todos obedecen sin rechistar.

Y yo me ahogo bajo el peso de todo esto.



Las visitas diarias del doctor Petrov se convierten en su propia y particular forma de tortura.

Cada mañana, a las nueve en punto, llega con su maletín médico, su sonrisa amable y su interminable lista de preguntas. Y cada mañana, Dimitri está presente también.

Permanece junto a la ventana, con los brazos cruzados, atento a cada palabra y a cada una de mis respuestas. Sabe todos los detalles sobre mi cuerpo y el bebé que crece dentro de mí.

Es invasivo y humillante. No me tratan como a una persona, sino como a un recipiente.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Volkov? —pregunta el doctor Petrov mientras me toma la tensión.

—De maravilla —miento, porque Dimitri está justo ahí y no puedo admitir lo miserable que me siento sin que se convierta en otra cosa que intente controlar.

—¿Calambres? ¿Sangrado? —pregunta, emitiendo un sonido satisfecho al ver mi resultado. 120/80. Perfecto.

—No.

—¿Náuseas?

—Algunas. —La mayor subestimación del puto siglo.

—¿Consigues retener la comida?

Vacilo, y eso le basta a Dimitri.

—Ha vuelto a vomitar el desayuno —interviene él, con voz seca—. Y apenas probó la cena anoche.

El doctor Petrov me dedica una mirada comprensiva. —Las náuseas matutinas pueden ser bastante intensas en el primer trimestre. Es normal, aunque desagradable. Señora Volkov, ¿ha probado a comer comidas más pequeñas y frecuentes? ¿Alimentos suaves? ¿Té de jengibre?

—Sí —respondo en voz baja, pensando en las cosas que Anya me ha hecho llegar a escondidas. Ojalá pudiera decir que ayudan. —Nada sirve de mucho.

—Hmm —anota algo—. Si empeora, quizá tengamos que plantearnos medicación. Por ahora, haga lo posible por mantenerse hidratada. El bebé está recibiendo lo que necesita aunque usted se sienta incómoda.

El bebé. Siempre *el bebé*. Nunca yo. Nunca cómo *me* siento ni lo que *yo* necesito.

Solo el bebé.

Dimitri da un paso adelante, imponiéndose con su presencia. —¿Y el peso? Ha perdido más desde la semana pasada.

El doctor Petrov asiente. —Unos kilos, sí. Es frecuente cuando las náuseas son intensas, pero mientras se mantenga hidratada y el bebé se desarrolle bien, no es motivo de preocupación inmediata. — Saca el ecógrafo portátil.— ¿Comprobamos cómo está la pequeña criatura?

Quiero decir que no, aunque al mismo tiempo deseo desesperadamente ver al bebé, pero Dimitri ya está asintiendo y el doctor Petrov ya prepara la máquina. Es como si ni siquiera existiese en lo que respecta a mi propia salud.

Pero supongo que, cuando se trata del bebé, técnicamente ni existo.

Obediente, levanto la camiseta y el doctor Petrov aplica el gel frío. El transductor se apoya en mi piel, buscando, y entonces la imagen aparece en la pantalla.

El bebé. Es más grande que la última vez y más definido. Puedo distinguir la forma de la cabeza, extremidades diminutas y el latido que parpadea increíblemente rápido. Dejo escapar un suave suspiro. Ver al bebé nunca deja de emocionarme.

—Ahí lo tenemos —dice con calidez el doctor Petrov—. Ya llevamos unas nueve semanas. Todo está perfecto. Fuerte latido, buen crecimiento. Mire aquí. —Señala la pantalla—. Ya se empiezan a intuir los rasgos. En unas semanas veremos aún más detalle.

Me quedo mirando la pantalla y, a pesar de todo—a pesar del miedo, la rabia y el resentimiento—algo dentro de mí se ablanda. Ese es *mi* bebé. El bebé de Alexei. Creciendo, desarrollándose, completamente ajeno al caos que le rodea.

Dirijo una mirada a Dimitri, esperando su habitual expresión imperturbable.

Pero no está imperturbable. Está mirando la pantalla con algo en la mirada que nunca le había visto antes. ¿Asombro, quizá? ¿O anhelo? Tiene la mandíbula floja, la postura menos rígida. Por un momento, parece casi... vulnerable.

Como si estuviera contemplando lo más hermoso del mundo.

Entonces se da cuenta de que le observo, y su expresión se endurece. Levanta sus muros de golpe y se da la vuelta.

—Todo lo demás está bien —dice el doctor Petrov mientras me limpia el gel del vientre—. Siga intentando comer, manténgase hidratada y descanse cuando pueda. Volveré mañana.

Mañana. Y pasado. Y el maldito día siguiente también.

Me someterán a esto cada puto día hasta que llegue el bebé. Y Dimitri vigilará cada segundo.

Cuando el doctor Petrov se marcha, Dimitri se queda. Permanece de pie, sin mirarme del todo, y puedo sentir el peso de lo que no se atreve a decir.

—¿Qué? —pregunto al fin, demasiado irritada para ser cortés. Además, no se merece mi cortesía.

—Tienes que comer más.

¿Habla en serio? —Lo estoy intentando—

—Inténtalo más. —Empieza a marcharse, pero se detiene en la puerta.— El bebé necesita que estés sana.

—El bebé. Claro. Siempre el bebé. —No consigo disimular el sarcasmo.— ¿Y lo que *yo* necesito? ¿Y yo?

Se vuelve, y hay algo en su expresión que no sé descifrar. —¿Crees que no me importa…? —Se interrumpe, presionando los labios hasta que quedan blancos.— Solo come. Por favor.

Ese por favor me sorprende. Es la primera vez que lo pide en vez de ordenarlo.

Luego se va, y vuelvo a quedarme sola bajo el peso de sus expectativas. Me asfixian.



Los días se confunden en una rutina monótona que me vuelve loca. Come la comida, Vera. Sométete a exámenes diarios, Vera. Aguanta estar bajo mi yugo, Vera.

A veces, cuando está el doctor Petrov, fantaseo con meterle el estetoscopio a Dimitri por la garganta.

Pero hay instantes que me desconciertan.

Como ayer por la tarde. Me hallé en la biblioteca, demasiado mareada para moverme, temblando a pesar del cálido aire veraniego. Debí de quedarme dormida porque me desperté con una manta verde oscuro sobre los hombros. Toqué la tela, confusa. No

era de las decorativas del sillón, sino de otro lado. Era suave. Cálida. Olía levemente a cedro y humo.

Huele a… *Dimitri*.

Me incorporo, miro a mi alrededor, pero la habitación está vacía. La puerta está cerrada. No hay ni rastro de nadie.

¿Él… él me ha traído una manta?

La abrazo más fuerte y, a pesar de la rabia, el miedo y el rencor, me hace sentir... algo. Menos enfadada y menos irritada.

O la noche pasada. Me desperté a las cuatro de la mañana para ir al baño. Al terminar, vi sombras junto a mi puerta. Cuando asomé la cabeza, juraría que vi una figura al final del pasillo. Alta. De hombros anchos. De pie en la oscuridad, como un centinela.

¿Vigilándome *a mí*? ¿O velando por mí?

No tengo ni idea. Pero cuando miré otra vez, ya no estaba.

Estos momentos me inquietan más que el control, en cierto modo. Porque no sé cómo procesarlos ni lo que significan.

¿Me está protegiendo? ¿O solo protege lo que de verdad le importa —el bebé?



La cena de esta noche es el punto de ruptura.

Consigo comerme la mitad del plato de pollo a la plancha y verduras, que huelen bien pero saben fatal. El estómago se me revuelve con cada bocado, pero me obligo a tragar porque estoy harta de las discusiones.

Estoy realmente harta de todo esto.

Pero la mitad no es suficiente. Nunca lo es.

—No estás comiendo —observa Dimitri desde su extremo de la mesa, mirándome con el ceño fruncido.

Pongo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez. —He comido la mitad.

Su ceño se profundiza. —La mitad no es suficiente.

—La mitad es lo máximo que puedo comer sin vomitar —respondo de mala gana, dejando el tenedor y apartando el plato—. Siento que no sea suficiente para ti, pero estoy haciendo todo lo que puedo.

Un músculo le tiembla en la mandíbula. —El bebé—

—¡El bebé está bien! —grito, poniéndome de pie y arrojando la servilleta sobre la silla, dejando que dos semanas de frustración por fin estallen—. El Dr. Petrov lo dijo. El bebé está creciendo perfectamente. Está recibiendo todo lo que necesita aunque yo esté más enferma que un perro. Así que deja de actuar como si estuviera matando de hambre a tu preciado heredero Volkov adrede.

Las aletas de la nariz de Dimitri se dilatan y deja el tenedor sobre la mesa. —Eso no es lo que yo—

—¡Claro que sí! —Siento lágrimas calientes y furiosas bajando por mis mejillas y las aparto—. De eso va todo esto. No te importo yo. Jamás te he importado. Solo soy el incubadora del bebé de Alexei. Un medio para un fin. ¡Algo que hay que controlar!

—Eres mi esposa—

—¡Soy tu PRISIONERA! —La palabra retumba en el comedor y Dimitri se queda inmóvil. Respiro con dificultad—. Lo vigilas todo. Controlas lo que como. A quién hablo. ¡Ni siquiera puedo llamar a mi *madre* sin que aparezcas como un—un dictador controlador! ¡No soy una niña, Dimitri! ¡No soy una prisionera! Soy tu esposa y me estás asfixiando.

El silencio que sigue es ensordecedor. Dimitri me mira, con la expresión ilegible, la mandíbula tan tensa que juraría que le chirrían

los dientes.

—Siéntate —dice en voz baja.

¿Habla en serio ahora? —No —espeto.

—Vera—

—¡No! Me voy a mi habitación. Me voy a tumbar. Y esta noche no voy a comer ni un puto bocado más. ¡Así que puedes apuntártelo! — Salgo disparada hacia la puerta, medio esperando que me pare.

Pero no lo hace. Simplemente se queda sentado, mirándome marchar, y noto su mirada clavada en mi espalda todo el tiempo.

Llego a mi habitación antes de que las lágrimas realmente empiecen y la rabia dé paso al agotamiento, al miedo y a una abrumadora sensación de impotencia.

Odio esto. Odio *todo* esto.

Odio que me controlen. Odio que me vigilen. Odio sentir que no soy una persona sino un problema que resolver.

Lloro contra la almohada hasta que estoy demasiado agotada para seguir llorando y me siento vacía, exprimida, tan cansada que apenas puedo mantener los ojos abiertos. Debí de dormirme porque, cuando abro los ojos, tengo un reguero de baba seca en la comisura de la boca.

¿Cuánto tiempo he estado dormida? Me incorporo despacio, me limpio los labios y miro alrededor de la habitación.

Entonces lo veo.

Hay un plato en la mesilla, tapado con una campana metálica. Al lado, una nota. Curiosa, cojo la nota y la despliego. Allí, con una letra masculina, seca y firme,

Come. - D

Levanto la tapa y se me corta la respiración.

Es pasta. Bucatini con mantequilla y parmesano. No es nada especial y muchos torcerían el gesto.

Pero es mi comida reconfortante favorita. La mencioné hace semanas, en una de aquellas hostiles cenas al principio. Lo dije de pasada, ni siquiera pensé que él estuviera escuchando.

Pero lo recordó.

Cojo el tenedor con las manos temblorosas y pruebo un bocado. Es perfecto, hecho exactamente como me gusta. Nada de salsa de más. Solo mantequilla, queso y pasta.

Me lo como todo y, por primera vez en días, nada me sienta mal.

Cuando termino, dejo el plato y me tumbo en la cama, mirando esa nota.

Come. - D

No es amabilidad. No exactamente. No hay disculpa ni reconocimiento de la bronca que acabamos de tener. Pero es... bueno, es *algo*. Es una muestra de que me presta atención y que, a su manera retorcida y controladora, intenta cuidarme.

No sé qué hacer con eso. No sé cómo reconciliar al hombre que vigila cada uno de mis movimientos con el hombre que recuerda mi comida favorita y se asegura de que la tenga cuando no puedo comer nada más.



Esa noche, no consigo dormir.

Ya ha pasado la medianoche y llevo horas aquí tumbada, con la mente dando vueltas entre contradicciones, confusión y una rabia

que no se disipa. Al final, me rindo. Quizá leer algo me ayude a tranquilizarme.

Me deslizo fuera de la cama, me pongo una bata, cojo la manta verde oscura y voy hacia la biblioteca. La casa está a oscuras y en silencio. El personal ya hace tiempo que se ha retirado a sus habitaciones. Solo yo, las sombras y—

Luz que se escapa por la puerta de la biblioteca.

Vacilo, me quedo clavada. Solo hay una persona que estaría aquí a estas horas y no estoy segura de querer verle. Debería volver a mi cuarto, pero algo me empuja hacia adelante.

Me asomo al marco de la puerta y el corazón me da un vuelco.

Dimitri está sentado en uno de los sillones de cuero, con una botella de vodka sobre la mesa a su lado. No parece borracho, pero desde luego está bebiendo. Y fija la mirada en algo que tiene entre las manos.

Una fotografía.

Incluso desde aquí, puedo distinguir la imagen. Dos chicos. Uno mayor, de pelo oscuro, serio. Otro más joven, rubio dorado, riéndose.

Dimitri y Alexei.

Se me encoge el corazón. Parece tan perdido. Tan... roto. Como si mirara esa foto en busca de respuestas que no existen.

Debería dejarle este momento privado de duelo y marcharme.

En vez de eso, me oigo decir—¿Tampoco puedes dormir?

Él no se sobresalta ni parece sorprendido. Apuesto a que sabía que estaba aquí desde el principio. Simplemente sigue contemplando la fotografía.—¿Qué haces aquí abajo?

Me encojo de hombros, aunque aún no puede verme.—Podría preguntarte lo mismo —respondo.

—Esta es mi casa. Puedo estar donde quiera—. Pero no hay enfado en sus palabras. Solo agotamiento.

Eso lo entiendo mejor de lo que él imagina.

Entro en la habitación y me acomodo en la silla frente a él, manteniendo cierta distancia pero sin marcharme.—Estás pensando en él.

Él asiente.—Hablaba de ti —su voz es baja. Áspera—. Todo el tiempo. Solo que no me di cuenta.

Se me corta la respiración y siento como si me hubieran golpeado en el estómago.—¿Cómo dices?

—Volvía a casa de sus 'reuniones' y estaba…—Dimitri levanta la vista, buscando claramente las palabras adecuadas—. Distinto. Más ligero. Más feliz. Hacía esos comentarios sobre el destino, sobre cómo el amor podía con todo, sobre cómo el mundo no era tan blanco y negro como yo pensaba.—Dimitri se ríe, pero suena amargo.—Pensé que era un idealista, un ingenuo. No supe ver que hablaba de ti.

Las lágrimas me pican en los ojos y el corazón se me llena de emoción. Echo tanto de menos a Alexei que *duele*.—Te quería —susurro—. Muchísimo. Él también hablaba de ti constantemente.

Por fin, Dimitri me mira. La luz tenue de la lámpara proyecta sombras sobre su rostro, suavizando los ángulos duros que yo ya asocio con intimidación y control. Su oscuro cabello está despeinado, cayéndole ligeramente sobre la frente de una forma que le hace parecer más blando y menos ese imbécil controlador que conozco. La línea marcada de su mandíbula está sombreada por la barba, y hay una vulnerabilidad en el gesto de su boca que nunca antes había visto.

Pero lo que me detiene son sus ojos. Esos ojos grises que suelen ser fríos como el acero del invierno ahora están enrojecidos, no sé si por el insomnio o por lágrimas no derramadas. Pero también son... hermosos. Nunca me había permitido fijarme antes, nunca me permití ver más allá de la intimidación para reconocer que Dimitri Volkov es un hombre terriblemente atractivo.

Incluso con la pena marcada en cada línea de su rostro, hay algo cautivador en él. La manera en que la luz de la lámpara resalta los planos afilados de sus pómulos. El volumen de sus labios, que normalmente se mantienen firmes, ahora ligeramente entreabiertos. Los anchos hombros que llenan su camisa blanca incluso mientras se encorva un poco en el sillón, exhausto.

Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. *Incluso más que Alexei*, susurra una voz traicionera en mi cabeza, y la aparto de golpe.

—¿De verdad? —pregunta, y la voz se le quiebra ligeramente al pronunciar esas palabras.

Asiento.—Siempre —las palabras salen precipitadamente, necesitaba decirlo. Necesito que lo comprenda.—Me contaba historias sobre vuestra infancia. Cómo le acogiste bajo tu protección después de la muerte de vuestra madre. Cómo le protegías. E-él quería que te sintieras orgulloso de él.—La voz se me quiebra y me cuesta sacar las palabras con ese nudo en la garganta.—Te adoraba, Dimitri. Todo lo que hacía era para demostrar que merecía ser tu hermano.

—¿Entonces por qué no me lo dijo?—La pregunta es cruda. Llena de angustia.—¿Por qué te mantuvo en secreto? ¿Por qué mentir durante ocho meses?

No tengo una buena respuesta para él, pero tengo que intentarlo.

—Porque iba a decírtelo —miento con naturalidad. No sé por qué le estoy mintiendo. Alexei siempre ponía excusas para no hacer pública nuestra relación. Pero no puedo decírselo a Dimitri. Solo quiero

decirle cualquier cosa que alivie ese dolor en sus ojos.—Esperaba el momento adecuado. Quería encontrar la manera de hacerte entender que lo nuestro iba en serio. Que no era solo un capricho.

Dimitri se queda rígido. —¿Cuándo? —pregunta con voz áspera.

—Pronto. —Otra mentira.— Dijo que después de la próxima reunión familiar iba a hablar contigo y a explicártelo todo. Que iba a pedirte tu bendición. —Me lo estoy inventando sobre la marcha, pero necesito que se lo crea, que tenga algo que recordar de Alexei aparte de la traición. Repaso el dibujo del sillón con los dedos, intentando mantener mis pensamientos en orden.— Me quería, pero te quería más a ti. Jamás habría… no lo habría mantenido en secreto para siempre.

Observo su rostro procesar lo que acabo de decir, deseando con todas mis fuerzas que se crea esta ficción que estoy tramando.

—Estaba esperando el momento adecuado —repite Dimitri, como intentando asimilarlo.

—Sí. —Me inclino hacia delante, necesitando que acepte esto.— No quería hacerte daño. Solo quería encontrar la forma adecuada de que lo entendieras.

Durante un largo momento, se queda mirando esa fotografía. Entonces, tan bajito que casi no lo oigo, dice:— Ese bebé es lo único que me queda de él.

De repente, todas las piezas encajan. Todo el control, la atención asfixiante… no tienen nada que ver conmigo.

Tiene que ver con Alexei y con no perder a otra persona de cuya protección se siente responsable.

—No lo perderé también —continúa con voz ronca.— No puedo. ¿Lo entiendes? No puedo perder a otro… —Se detiene, tensa la mandíbula y toma aire con un escalofrío.— No lo haré.

De pronto, todo tiene un horrible sentido.

La vigilancia constante. Las visitas al médico. Las exigencias de que coma, descanse, me mantenga sana. Su rabia cuando desobedezco sus órdenes.

No intenta controlarme. Intenta proteger lo único que queda de su hermano.

Está aterrorizado.

Aterrorizado de perder al bebé. De fracasar en la protección de esta última parte de Alexei como piensa que fracasó al proteger al propio Alexei.

—No lo vas a perder —susurro.— Te lo prometo. Lo estoy cuidando. Hago todo lo que puedo.

—¿De verdad? —Su mirada se cruza con la mía y hay tanto dolor en esos ojos grises que me deja sin aliento.— Porque desde donde estoy sentado, cada vez estás más delgada. Apenas comes. Siempre estás agotada. Y no sé... —La voz se le quiebra un poco.— No sé cómo ayudarte.

La confesión se siente cruda y vulnerable, en marcado contraste con el Dimitri autoritario que creía conocer.

—No puedes ayudarme —digo suavemente.— No con las náuseas matutinas. Eso es... simplemente así funciona el embarazo. Con el tiempo mejora. Pero ahora es difícil.

—¿Entonces qué puedo *hacer*? —pregunta desesperado.— Dime qué tengo que hacer para que esto mejore. Para protegeros a ambos.

Dame espacio, quiero gritar. *Deja de vigilarme a todas horas. Confía en que intento sobrevivir mientras este bebé intenta matarme.*

Pero ahora lo veo claro. El miedo bajo el control. El terror tras las exigencias.

No está siendo cruel. Está siendo *desesperado*.

No excusa la asfixia, ni hace que la vigilancia constante sea aceptable. Pero lo explica. Más o menos.

Y esa comprensión lo complica todo infinitamente más.

—Podrías… —empiezo, y me detengo, jugando con la manta que cubre mis rodillas. Los ojos de Dimitri siguen mis movimientos y una expresión extraña cruza su rostro al fijarse en la manta. ¿Qué puedo pedirle que no despierte ese miedo?— Podrías confiar en mí. Solo un poco. No quiero dañar al bebé. Quiero que esté sano tanto como tú.

Busca algo en mi cara, ¿el qué? ¿Mentira? ¿Verdad? No tengo ni idea.

—Vale —dice al fin.— Lo intentaré.

No es mucho. En realidad no promete nada, pero sigue siendo algo. Un reconocimiento de que quizá ha sido demasiado controlador y quizá yo merezco una pizca, aunque sea pequeña, de confianza.

—Gracias —susurro.

Nos quedamos sentados en silencio un rato. Es cómodo, pero no hostil. Simplemente son dos personas sentadas en una biblioteca a medianoche, llorando al mismo hombre de formas distintas.

—Deberías dormir —dice Dimitri por fin.— El doctor Petrov viene a las nueve.

—Lo sé. —Pero no me muevo.— ¿Dimitri?

—¿Qué?

—La pasta. Esta noche. Eso fue… —Busco las palabras porque, ¿cómo decirle exactamente lo que siento?— Gracias.

Asiente una vez, sin mirarme.— Descansa.

Un paso adelante, dos hacia atrás. Me detengo en el umbral y lo miro. Vuelve a estar mirando la fotografía, con un rostro más descubierto de lo que nunca había visto.

Parece joven. Y perdido. Y tan dolorosamente solo. Me duele el corazón al verle. Debe de ser durísimo estar tan solo en el mundo.

—Habría sido un buen padre —digo en voz baja.— Si hubiera vivido. Habría querido a ese bebé con todo su corazón.

La mano de Dimitri se cierra con fuerza sobre la fotografía, pero no responde.

Le dejo allí con su dolor y sus recuerdos, y vuelvo a mi habitación.

Coloco la manta que me trajo sobre la cama. El plato de la pasta está sobre la mesilla.

Pequeños gestos que contradicen el control asfixiante.

No solo intenta controlarme. Está intentando proteger lo último que queda del hermano al que amaba.

No hace que la vigilancia sea aceptable. Desde luego, no hace que me sienta menos atrapada.

Pero hace que lo entienda.

Y ese entendimiento lo complica todo mucho más de lo que una emoción simple como el odio o el miedo podría hacerlo.

12

DIMITRI

El grito rompe el silencio de la casa a las dos de la madrugada y ya me estoy moviendo antes de ser siquiera consciente de lo que hago.

El grito es desgarrador, puro terror. Corta la oscuridad como un cuchillo.

Vera.

Subo las escaleras de tres en tres, con el corazón martilleándome en la garganta. Algo va mal. Alguien le ha hecho daño. Alguien ha pasado mi seguridad, ha superado a mis guardias y está en su habitación en este preciso momento—

Entro en su cuarto de golpe, sin llamar, con la adrenalina inundando mi cuerpo.

Pero la habitación está vacía, salvo por ella.

Está en la cama, enredada en las sábanas, agitándose sin control. Su cabeza se mueve violentamente de un lado a otro, sus manos arañan las mantas. Otro sollozo, desgarrado y roto, le sale de la garganta.

—No, no, no—Alexei, por favor—

Una pesadilla. Está teniendo una *pesadilla*.

El alivio es tan intenso que tengo que apoyarme en el marco de la puerta un instante. Está a salvo. Nadie le está haciendo daño. Solo es un sueño.

Pero verla agitarse, sollozar y suplicar a mi hermano muerto que no la deje... duele más que si de verdad alguien hubiese entrado.

Me acerco a la cama, sin saber muy bien qué hacer. No soy bueno reconfortando ni mostrando delicadeza. Esas cosas requieren una ternura que nunca he sabido manejar, pero no puedo quedarme aquí de pie viendo cómo sufre.

—Vera. —Me siento en el borde de la cama y alargo la mano para sacudirle el hombro con suavidad—. Despierta. Estás soñando.

No responde. Sigue agitando los brazos, con el rostro torcido por la angustia. Las sábanas le envuelven las piernas, atrapándola, y lucha contra ellas como si fueran enemigos.

—Por favor, no te vayas—no me dejes—hay tanta sangre—

Su voz se quiebra en la última palabra y siento cómo se me rompe algo por dentro.

Esta vez la cojo del hombro con más firmeza, tratando de sujetarla —. Vera, despierta. Estás a salvo. Solo es una pesadilla.

Mis manos se cierran alrededor de sus hombros y ella da un violento respingo, abriendo los ojos de par en par. Durante un instante solo me mira—fuera de sí, desorientada, el terror escrito en cada facción —. Luego, me reconoce y jadea como si se estuviera ahogando.

—¿Dimitri? —Su voz está ronca de tanto llorar.

—Estabas teniendo una pesadilla —digo, con brusquedad, odiando ver cuánto le duele.

Parpadea, y veo cómo la realidad regresa poco a poco, cómo se da cuenta de dónde está, de que está a salvo, y que todo aquello que

revivía no es real. Las lágrimas le recorren el rostro y tiembla tanto que casi lo noto a través de mis manos sobre sus hombros.

—Le he retorcido la muñeca mientras dormía —susurra, y frunzo el ceño. ¿Se está desquiciando? No entiendo lo que dice. Pero entonces veo sangre en las sábanas. Se ha arañado en mitad de su agitación, abriéndose la delicada piel de la muñeca. No es profundo, pero sangra.

—Déjame ver. —Le cojo la mano con delicadeza y examino la herida. Es superficial y solo necesita una limpieza y una tirita. Pero tiembla tanto que podría hacerse más daño—. Quédate quieta.

Voy al baño y cojo el botiquín que sé que está bajo el lavabo. Cuando regreso, ella sigue sentada exactamente donde la dejé, mirando a la nada. Atrapada aún en esa pesadilla de la que acaba de escapar.

Me siento de nuevo a su lado y limpio la herida con cuidado. Ni siquiera se inmuta cuando le escuece el desinfectante. Sigue ahí, temblando y llorando en silencio.

—Era por él —susurra al fin—. Por Alexei. Por estar en el almacén. Sigo viéndolo—la sangre, la forma en que me miró, cómo intentaba decirme algo pero no podía porque... —Su voz se quiebra por completo.

Todo mi instinto me dice que mantenga la distancia, que termine de vendarle la muñeca, le diga que está bien y me marche. Eso es lo que debería hacer.

Pero no puedo.

Quizá sea por cómo tiembla. Quizá por la mirada perdida que tiene. O quizá sea porque yo también tengo pesadillas con ese almacén—con encontrar el cuerpo de Alexei, con llegar demasiado tarde, con haberle fallado.

Quizá sea por todo eso.

La atraigo hacia mí y la abrazo.

Se pone rígida al instante—me teme incluso ahora, incluso en este momento—y eso duele más de lo que debería. Pero luego rompe a llorar contra mi pecho, su cuerpo entero sacudido por los sollozos, y se aferra a mí como si fuese lo único sólido en un mundo que se desmorona.

—Shh —murmuro, subiendo la mano hasta su pelo, que es tan suave. El gesto me resulta extraño y torpe. No se me da bien esto—. Estás a salvo. Solo ha sido una pesadilla.

—Él se estaba muriendo y yo no podía—no podía ayudarle—había tanta sangre—

—Lo sé. —Y lo sé de verdad. Dios, si lo sé. He tenido esa misma pesadilla un centenar de veces—. Pero ya terminó. Se ha ido. No puedes salvarle. —Trago saliva con dificultad—. Ninguno de los dos puede.

Las palabras deberían sonar duras, pero salen suaves. Son una forma de reconocer ese dolor compartido, la culpa y la impotencia ante la pérdida.

Nos quedamos así—ella llorando contra mi pecho, yo abrazándola, los dos luchando por respirar entre el dolor—hasta que, poco a poco, sus lágrimas van menguando, su respiración se va calmando y los temblores disminuyen.

—Lo siento —susurra contra mi camisa—. Siento haberte despertado.

—No. —Mis brazos se cierran aún más alrededor de ella, acariciando la piel desnuda de sus brazos—. No te disculpes por tener pesadillas por ver morir al hombre al que amabas.

Se separa ligeramente, alzando la mirada hacia mí. Su rostro está enrojecido de tanto llorar, sus ojos enmarcados por un cerco rojo e hinchados. Las lágrimas surcan sus mejillas, atrapando la luz de la

luna. Su cabello cae en ondas desordenadas sobre los hombros y lleva una sencilla bata de algodón, retorcida en su cuerpo por tanto moverse.

Parece destrozada. Como alguien que ha pasado por el infierno y apenas ha conseguido salir con vida.

Y está preciosa.

Hay algo desarmado y auténtico en ella que nunca antes había visto. Los muros que suele mantener —la cortesía calculada, la cautela, el miedo— todo ha desaparecido, dejando sólo... *ella*.

Tiene los labios entreabiertos, hinchados de tanto llorar. Sus cálidos ojos marrones, los que me persiguen en sueños, buscan mi rostro como si intentaran comprender qué está sucediendo y por qué estoy aquí. ¿Por qué sigo abrazándola en vez de soltarla e irme?

No puedo responder a esa pregunta, ni siquiera sé la respuesta.

Sólo sé que tenerla pegada a mí hace que algo que me esfuerzo mucho por no sentir luche por salir a la superficie.

—Debería irme —me oigo decir. Pero no me muevo y *no* la suelto—. Necesitas descansar.

—No. Por favor, no lo hagas. —Su mano se aferra a mi camisa, reteniéndome allí, y noto cómo el calor se extiende por mi cuerpo al sentir su tacto—. Por favor, no me dejes sola. Aún no. No puedo— —Su voz se rompe de nuevo—. Ahora mismo no puedo estar sola.

Sé lo que realmente quiere decir. *Tengo miedo de volver a dormirme porque temo que la pesadilla vuelva.*

Aun así debería marcharme. Necesito mantener las distancias. Está esperando un hijo de mi hermano, joder, Esta situación ya es bastante complicada sin añadir... sea lo que sea esto.

Pero su mano sigue aferrada a mi camisa y sigue pegada a mí, y me mira con una necesidad tan desesperada que marcharme resulta

imposible.

—Vale —susurro, apoyando la mano abierta en su espalda. La siento buscar aún más mi contacto y el corazón me da un vuelco—. Me quedo.

Su rostro se ilumina de alivio y se relaja un poco contra mí, apoyando la cabeza en mi pecho. Puedo sentir su corazón latiendo junto al mío. Va deprisa al principio, pero poco a poco se va calmando. El calor de su cuerpo traspasa la fina tela de la bata y puedo oler el jabón o el champú que utiliza. Es absolutamente embriagador.

Siempre he tenido el cuerpo como un horno (siempre desprendiendo calor) y ella parece notarlo, porque se acurruca aún más, buscando ese calor, su cuerpo encajando con el mío de una forma que se siente... *bien*.

Esto es peligroso. *Sé* que es peligroso, pero no consigo apartarme.

Nos quedamos así lo que parecen horas, aunque probablemente sean sólo minutos. Su respiración poco a poco se regulariza y la tensión se va de su cuerpo. Está agotada, lo noto en la manera en que empieza a aflojarse sobre mí.

—Quédate —susurra de nuevo, tan bajo que casi no lo oigo—. Por favor, Dimitri, no me dejes sola.

Joder. No puedo irme.

Lo que ocurre a continuación no está planeado.

Empieza cuando le aparto una lágrima de la mejilla. Sólo un gesto sencillo, pensado para consolar. Pero mi pulgar se queda en su piel, y se le corta la respiración. En lugar de apartarse, busca el contacto, y de repente el aire entre nosotros cambia.

La electricidad se palpa.

Mi pulgar recorre su pómulo, desciende por su mandíbula y —sin que yo decida hacerlo conscientemente— acaricia su labio inferior.

Abre los ojos de par en par, encontrándose con los míos. Los tiene abiertos, inseguros, pero no hay miedo y desde luego *no* se aparta.

Los dos nos quedamos así, inmóviles, durante un instante. Mi pulgar en su labio. Su aliento cálido sobre mi piel. Algo crece entre nosotros, algo que no entiendo pero que tampoco consigo detener.

Entonces ella se inclina hacia mí, o quizá sea yo, o tal vez los dos al mismo tiempo. Nuestros labios se encuentran en el espacio entre ambos, al principio vacilantes, preguntándose.

Pero en cuanto nos rozamos, algo prende fuego.

Esto no es como la noche de bodas, que fue una cuestión de marcar territorio. Esto es distinto. Nace de la pena y la soledad y esa necesidad desesperada de sentir algo que no sea dolor.

Necesito esto. La necesito *a ella*. Y siento en la forma en que me besa de vuelta —hambrienta, desesperada, aferrándose a mí— que ella también lo necesita.

Mi mano se desliza en su cabello, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Deja escapar un gemido ahogado contra mi boca —no es miedo, es deseo— y me desarma. Todo el autocontrol que he mantenido, toda la distancia que he intentado conservar, se desmorona como polvo.

—Dimitri —jadea sobre mis labios, y la forma en que pronuncia mi nombre, cargada de tal necesidad y deseo, me atraviesa de lleno y va directo al centro del deseo.

Esto debería parar. Debería apartarme antes de cruzar una línea de la que no podremos volver. Pero cuando intento levantar la cabeza o poner algo de espacio entre nosotros, ella emite un suave sonido de protesta y me atrae de nuevo hacia sí.

—No lo hagas —susurra—. Por favor, no pares. Necesito— —No logra acabar la frase, pero yo lo entiendo de sobra.

Necesita sentirse viva, experimentar algo distinto al dolor y el miedo. Necesita lo mismo que yo: contacto, calor, la prueba de que seguimos aquí, seguimos respirando y somos capaces de sentir.

—¿Estás segura? —pregunto con la voz áspera—. Vera, si hacemos esto—

Asiente—. Estoy segura. —Me atrae de nuevo hacia ella, y esta vez, cuando nuestros labios se encuentran, ya no hay titubeo alguno.

El beso se profundiza y se vuelve más urgente. Mis manos recorren su cuerpo—bajan por sus costados, aprendiendo las curvas que se esconden bajo la bata. Ella se arquea bajo mi caricia, jadeando, y siento cómo pierdo el poco control que me queda.

—Mírame —ordeno, separándome lo justo para encontrar sus ojos. Necesito verla, estar seguro de que está aquí, presente, eligiendo esto—. Necesito que me mires.

Lo hace. Esos ojos marrones con motas ámbar se clavan en los míos, oscuros de deseo y necesidad y algo más que no alcanzo a nombrar. No hay miedo. No hay vacilación. Sólo ganas.

—Eres mía —susurro, y las palabras suenan diferentes a la noche de nuestra boda. No es cuestión de poseer, es más bien... otra cosa—. Dilo.

—Soy tuya —susurra ella.

La beso de nuevo, con más intensidad esta vez, volcándolo todo en ese beso, todo lo que no soy capaz de decir con palabras. Toda la confusión, el deseo y esa necesidad aterradora que no ha hecho más que crecer desde la noche de nuestra boda.

El camisón le estorba. Lo deslizo por encima de su cabeza en un solo movimiento fluido, y ahora está desnuda bajo mí salvo por la ropa interior, y tengo que detenerme un instante solo para contemplarla.

Es todavía más hermosa de lo que recordaba. Más curvas de las que había notado antes. Su cuerpo está cambiando con el embarazo, sutiles transformaciones que la hacen parecer más suave, más femenina. Sus pechos se han llenado, sus caderas son más redondeadas. Hay un brillo en su piel que me deja sin aliento.

Pero lo que realmente me desarma es su rostro. Me está mirando como... como si de verdad *me deseara*. Y no tengo ni idea de cómo gestionar eso.

—Me estás mirando —susurra, y puedo notar la incertidumbre en su voz, cómo la inseguridad se cuela en ella.

—Porque eres preciosa. —Las palabras se me escapan antes de poder contenerlas—. Dios, Vera, eres tan hermosa que duele mirarte.

Sus ojos se agrandan, y veo el instante en que mis palabras la alcanzan antes de que un sonrojo rojo oscuro le tiña las mejillas. Y está aún más impresionante así.

Entonces me busca, tira de mi camiseta y yo la ayudo, despojándome de ella y arrojándola a un lado. Sus manos exploran mi pecho, curiosean, aprenden, y cada sitio que toca arde como fuego.

Vuelvo a apresar su boca con la mía. Sus labios son suaves, flexibles, y aunque saben un poco salados por sus lágrimas, sabe a lluvia que deja flores y promesas, a azúcar y té, y necesito *más*. Necesito tocar y saborear cada parte de ella, así que me abro paso juguetón a su boca y extiendo mis dedos por su piel tersa, apretándola contra mi pecho.

Mía.

Vera eleva los brazos entre los dos, sus manos vagas por mis hombros, suben por mi cuello, hasta mi pelo, y yo intento tragármelo todo para no gemir. Me tomo mi tiempo con ella. No porque intente ser cuidadoso o amable, sino porque quiero grabar

esto en mi memoria. Quiero descubrir qué la hace gemir, qué la arquea y qué provoca esos pequeños ruidos que salen de su garganta y me vuelven loco.

Me separo, ignorando su quejido lastimero, y la empujo hacia atrás con suavidad hasta que queda extendida en la cama, su pecho subiendo y bajando. Me mira inquisitiva desde abajo.

Exhalo despacio antes de susurrar mi próxima orden—. Quédate así.

Se le arquea una ceja y por un momento me pregunto si me va a obedecer, pero luego se relaja sobre el colchón, aunque sus ojos no se apartan de mí. Vuelvo a soltar el aire. Es mucho mejor así. Mucho mejor tenerla así para poder arrodillarme ante ella, como tenía que ser. Sus labios están hinchados y encendidos cuando bajo hasta quedar de rodillas.

Ábrete. Ábrete para mí.

Le separo los muslos con una caricia suave antes de enganchar los bordes de su ropa interior y bajársela despacio por sus piernas hasta los tobillos; luego la dejo caer al suelo junto al camisón. Beso el interior de cada rodilla, avanzando lentamente por sus muslos, acariciando y besando cada marca, cada peca, cada línea.

El aroma embriagador de ella me envuelve y, al rozar con los dedos su sexo y notar lo húmeda que está, el saber que lo desea tanto como yo me marea.

—Voy a hacerte sentir tan bien —le prometo antes de sumergir la cabeza entre sus muslos y besarla. En cuanto mis labios tocan su sexo, me pregunto por qué no he pasado toda mi vida aquí. Sabe tan bien, podría perderme entre sus muslos, lamiendo y succionando, respirándola. Le subo una pierna sobre mi hombro para abrirla más y darme mayor acceso. Quiero que olvide cualquier otra cosa y que se concentre solo en mí. Seguro que no puede recordar su pesadilla mientras juego con su clítoris con la boca, ¿verdad? No puede ocultar su rubor ni esos jadeos cargados de

deseo cuando la abro aún más y deslizo un dedo en su sexo húmedo.

—Dimitri —jadea, arqueando la espalda sobre el colchón—. Yo... *sí*.

Vera. Su nombre es una oración en mis labios. Es cálida y estrecha, y necesito centrarme, *centrarme* en hacer rodar su clítoris bajo mi lengua, en captar el más leve temblor de su respiración, en el ritmo y la curva de mis dedos cuando sumo otro más, pero estoy tan increíblemente duro en los pantalones, y su rubor le recorre el cuello hasta el pecho, y echa la cabeza hacia atrás, la boca entreabierta.

Debería hacerla llegar primero, pero no puedo. No puedo tenerla solo en mis dedos cuando la necesito en mi polla. Necesito sentirla correrse sobre mí otra vez. Necesito su boca. La necesito cerca, necesito su cuerpo entero junto a mí, necesito estar dentro de ella, *de verdad* dentro.

Me separo a la fuerza y no tardo nada en capturar su boca de nuevo, tirando de ella hacia arriba y de vuelta sobre las almohadas, besando sus gemidos de *por favor, por favor* mientras su melena oscura se derrama sobre las sábanas color crema en un contraste precioso.

Mi erección presiona con fuerza en los pantalones y no soy capaz de quitármelos lo bastante rápido, torpe y pesado mientras me coloco sobre ella, mis nudillos rozándola, pero *joder*, mi polla por fin se desliza, gruesa y pesada, contra ella.

—Dimitri, por favor... —Suplica, su cuerpo temblando bajo el mío—. Lo necesito—

—Dime qué necesitas —gruño contra su garganta mientras mordisqueo la piel sensible allí, deslizándome entre sus pliegues—. Dilo.

La respiración de Vera se entrecorta y aprieta sus manos en mis hombros.—A ti —ruega—. Te necesito. Por favor.

Es ese "por favor" lo que me desarma. La necesidad cruda en su voz. La manera en que me mira, como si yo fuera lo único que puede aliviarla.

Entro en ella, ahogando su jadeo, y esta vez no hay dolor para ella. Solo placer. Está preparada, su cuerpo me recibe, y la sensación de estar dentro otra vez —ese calor y esa estrechez perfectos— hace que me falle la razón.

—Joder —siseo casi completamente hundido en ella. Está tan estrecha, tan *jodidamente* estrecha, y se mueve para acomodarse a mí, para hacerme sitio. Qué buena chica...

Mi cerebro me grita que la folle con todas mis fuerzas. Pero me obligo a ir despacio, a tener cuidado. Está embarazada y debo ser delicado, aunque cada instinto me empuje a cogerla rápido y duro.

Le subo el muslo y se abre justo lo necesario, y así me deslizo hasta el fondo, dejándome escapar un gruñido caliente. Ella mueve las caderas contra mí, una pequeña oscilación cargada de desesperación. No he dejado de pensar en la noche de bodas, y aunque aquello fue bueno, *esto* supera cualquier cosa que hubiera imaginado.

Esto es inimaginable, su *deseo*, su *respuesta*, su pequeño y necesitado gemido de protesta mientras sus dedos buscan dónde aferrarse. Sus labios se separan en un jadeo silencioso y sus mejillas están sonrojadas y preciosas. Rosadas, justo como—

Miro hacia abajo, donde me hundo en su interior. —Eres mía —le digo mientras me retiro y entro en ella una vez más—. Este bebé es mío. Dilo.

Vera gime, aferrándose a mis hombros mientras mis caderas arremeten contra ella una y otra vez. —Soy tuya —susurra—. Los dos somos tuyos.

Las palabras rompen algo dentro de mí—algún último muro que había mantenido entre nosotros. Escondo la cabeza en su cuello, me

hundo sobre ella, murmurando hermosas obscenidades contra su garganta sobre *nadie* y *llenarte* y *mía* y *tomarte* y otras cosas que ni siquiera sé lo que estoy diciendo.

Esto no es solo sexo. No es solo un desahogo físico o consuelo tras una pesadilla. Es algo más que me aterra incluso mientras me ahogo en ello.

Es *conexión*. Y es innegable.

Puedo *sentir* la conexión cuando ella se corre alrededor de mí con un gemido fuerte, arañando mi espalda mientras sigo embistiéndola a través del clímax, sin perder el ritmo aunque retroceda un poco para contemplar sus mejillas sonrojadas y su pelo alborotado. Hermosa, hermosa Vera, bella en el orden y en el caos, preciosa en la concentración y en el deseo aturdido, y quiero recrearme en ello durante horas, pero la presión en mi polla es insoportable, y no puedo—no puedo—

—Joder, siento— —le acaricio el pecho, lleno y rebotando, y quiero enterrarme también en ellos—. Joder, Vera, estoy—no puedo—eres tan jodidamente estrecha, no puedo—

Caigo sobre ella, mis manos se aferran a su cintura, y algo dentro de mí se rompe. Olvido que está embarazada y que debería tratarla con delicadeza. Solo puedo pensar en la necesidad de *devorarla*. Mi movimiento se vuelve brutal y despiadado y ella se aferra a mí, surfeando otra ola de placer mientras mis labios se aferran a su mandíbula, a su cuello y, otra vez, con un golpe violento de mis caderas, gimo su nombre contra su hombro y muerdo la carne tierna mientras me derramo en su interior en un estallido ardiente.

Vera.

Sus ojos se cierran y su rostro, perfecto en todas sus líneas angulosas, irradia placer y descanso. Ella recorre con sus manos la longitud de mi espalda, y casi tiemblo con su caricia suave mientras

acaricio su cintura. Sigue siendo tan suave, tan tierna y maleable, y flexiono mis caderas contra ella.

Hay una pequeña marca en su cuello, justo donde la había mordido, y una punzada de culpa me recorre el pecho. He dejado que salga mi parte más salvaje y la he hecho daño. Beso su piel allí en señal de disculpa. La próxima vez lo haré mejor.

¿Cuándo he empezado a pensar que habría una *próxima vez*?

No me levanto aún, deleitándome en su forma bajo mi cuerpo. Sus manos acarician suavemente mi espalda mientras me recreo en la niebla posterior al sexo. Los dos respiramos entrecortadamente y sigo dentro de ella.

Debo irme y volver a mi habitación, fingir que esto no ha ocurrido. Eso es lo que me digo mientras empiezo a separarme.

Pero en cuanto me muevo, Vera emite un pequeño sonido de protesta y su mano se aferra a mi brazo.

Ya está medio dormida, agotada por la pesadilla y sus consecuencias, pero me acerca aún más en vez de apartarme, y no puedo resistirme. —Quédate —susurra.

Me derrumbo enseguida, como un castillo de naipes, y resoplo al salir de ella, pero vuelvo a acomodarme a su lado. Ella se acurruca de inmediato contra mí, su cabeza apoyada en mi pecho y su cuerpo encajando a lo largo del mío, un brazo rodeando mi cintura como si lo hubiera hecho mil veces antes, como si ese fuera exactamente su sitio.

Debería marcharme todavía, pero estoy tan jodidamente agotado. Son casi las cuatro de la mañana y no he dormido bien en semanas. El calor de su cuerpo contra el mío, el ritmo constante de su respiración, la suavidad de su pelo contra mi mandíbula… es mucho más reconfortante de lo que debería.

Sólo un minuto, me digo. *Me quedaré solo hasta que se quede profundamente dormida. Luego me marcharé.*

Pero pasan los minutos y no me muevo porque ella está recostada sobre mí con tanta confianza, tan entregada, y marcharme resulta imposible.

Puedo sentir su corazón latiendo contra mis costillas y la ligera curva de su vientre presionando mi costado. Es tan pequeña todavía, casi imperceptible. Pero es un recordatorio de lo que lleva dentro.

El hijo de mi hermano.

El pensamiento debería doler y llenarme de rabia o celos o esa amarga traición que llevo arrastrando desde que lo supe.

Pero tumbado aquí, con ella entre mis brazos, sintiendo cómo su respiración se vuelve regular, todo lo que siento es… protector. Posesivo, sí. Pero también algo más suave. Algo para lo que no tengo nombre.

Ahora es mía. Sea cual sea el complicado camino que nos ha traído hasta aquí, todas las mentiras, secretos y traiciones del pasado, nada cambia la verdad.

Es mía. El bebé es mío. Y voy a protegerlos a ambos, cueste lo que cueste.

Aunque me cueste la cordura. Aunque me cueste el control minucioso sobre el que he construido toda mi vida. Aunque signifique admitir que, en algún punto entre odiarla y reclamarla, he empezado a sentir algo que juré que jamás sentiría por una Ashford.

Algo peligrosamente parecido al cariño.

Su respiración se profundiza, convirtiéndose en el ritmo sereno y pacífico del sueño verdadero. Y saber que fui yo quien le ha dado eso—que *mi* presencia ayudó a ahuyentar a los demonios—me hace sentir cálido por dentro.

Debería irme. Sé que debería irme.

Pero, en cambio, la atraigo aún más hacia mí, poso la barbilla sobre su cabeza y dejo que los ojos se me cierren poco a poco.

Mañana me diré que todo esto fue por consolarla y asegurarme de que estaba bien tras la pesadilla. Volveré a construir barreras y la mantendré de nuevo a distancia.

Pero ahora mismo, en la oscuridad y el silencio con ella cálida y segura entre mis brazos, dejo de resistirme.

Solo por esta noche, me permito abrazarla.

13

VERA

Me despierto sola, lo cual no debería sorprenderme. Lo que *sí* me sorprende es que las sábanas a mi lado aún están calientes.

Mi mano se extiende antes de que pueda detenerme, presionando la almohada donde estaba la cabeza de Dimitri. La tela aún conserva el calor de su cuerpo, prueba de que no se marchó hace horas en plena noche. Se ha ido hace poco. Quizá hace unos minutos.

La certeza hace que el corazón me dé un vuelco.

Me giro de lado, escondiendo la cara en su almohada, y respiro hondo. Cedro, humo y algo indefiniblemente *él*. El aroma me llena los pulmones, acelera mi pulso y provoca que un calor placentero se acumule en mi vientre, a pesar de la deliciosa punzada entre mis muslos que me recuerda perfectamente lo que hicimos anoche.

Dios. Anoche.

El calor me sube al rostro mientras los recuerdos me asaltan. Sus manos sobre mi cuerpo. Su boca *por todas partes*. La manera en la que me miraba, como si fuera lo más hermoso que había visto en su vida, y hasta me lo dijo. Las palabras que susurró contra mi garganta hacen que se me encojan los dedos de los pies.

No fue solo sexo o follar. Fue otra cosa y defenderé eso a capa y espada. No se pareció en nada a nuestra noche de bodas. Pero entonces, la realidad irrumpe, fría y despiadada, y aparto la almohada como si me quemara.

¿Qué demonios estoy *haciendo*?

Me incorporo demasiado rápido, el estómago revuelto por unas náuseas que no tienen nada que ver con las propias del embarazo. Esto es distinto. Es repulsión hacia mí misma, hacia lo que me he convertido, hacia lo fácilmente que he traicionado a—

Alexei.

Su nombre cae en mi mente como una piedra, pesado y acusador. Alexei, a quien amé. Alexei, que murió hace menos de un mes. Alexei, cuyo bebé llevo dentro mientras yo estoy tumbada en la cama respirando el aroma de su hermano como si fuera una especie de—

Me cubro la cara con las manos, conteniendo las lágrimas.

¿Cómo he podido? ¿Cómo he podido traicionarle así? Es una cosa que me forzaran a este matrimonio y que me sometiera a Dimitri porque no tenía elección. Pero lo de anoche no fue por obligación. Fue por *deseo*. Por necesidad. Le retuve cuando intentó irse. Le supliqué que no me dejara sola.

Lo quería. Le *quería* a él.

Y eso me convierte en la peor clase de persona.

Mis manos bajan hasta mi vientre, donde juro que ya empiezo a ver cómo se hincha. —Por favor, no me odies —susurro al bebé. A Alexei.

Pero incluso mientras lo estoy diciendo, sigo notando las manos de Dimitri sobre mi piel y su voz ronca diciéndome que era preciosa, que el bebé y yo somos suyos. Me sentí tan segura envuelta en sus

brazos, y las pesadillas no podían alcanzarme mientras él estuviera allí.

Suelto un suspiro, tirando de mi pelo con frustración. No entiendo una mierda a Dimitri Volkov. Se casó conmigo por venganza y me ha hecho la vida imposible durante tres semanas. Ha sido cruel y frío y exactamente lo que esperaba de un hombre que culpaba a mi familia de la muerte de su hermano.

Pero luego me consoló anoche cuando tuve esa pesadilla. Me abrazó mientras lloraba y se quedó a pesar de que podría haberse marchado. Y luego hicimos el amor con una ternura que contradecía por completo todo lo horrible que me había hecho antes.

¿Cuál de las dos versiones es la real? ¿El monstruo o el hombre de anoche?

Necesito tener mucho más cuidado conmigo misma. Lo que pasó anoche no puede repetirse. No estoy sustituyendo a Alexei. *No* le voy a sustituir.

Me obligo a salir de la cama. Voy a dejar atrás lo de anoche y a reconstruir los muros que se vinieron abajo en la oscuridad. Puedo hacerlo.



Salvo que soy una jodida mentirosa y una auténtica hipócrita, porque en vez de vigilarme más de cerca, me descubro observándole *a él* de otra manera.

Empieza esa misma tarde, en la cena.

Hemos mantenido la nueva rutina de comer juntos de forma civilizada (nada de ataques verbales ni crueldad). Somos solo dos personas compartiendo una comida en un silencio incómodo, fingiendo que la tensión en el aire no existe.

Pero esta noche, no estoy simplemente soportando su presencia. Estoy *fijándome* en cosas.

En cómo escucha cuando Roman informa sobre algunos altercados. Le presta toda su atención a su jefe de seguridad, hace preguntas inteligentes y considera todos los ángulos. No hay desprecio ni arrogancia, como veía en el tío Marcus. Respeta al hombre, valora su opinión y le trata como a un igual, a pesar de que técnicamente Roman es su empleado.

—¿Y la familia de Igor? —pregunta Dimitri, tamborileando los dedos pensativo sobre la mesa—. ¿Nos hemos asegurado de que están protegidos?

—Ya está hecho, jefe —confirma Roman—. Su mujer y los niños están en la casa segura. Nadie sabe dónde están salvo usted y yo.

—Bien —asiente Dimitri, y hay un alivio genuino en su expresión—. Que siga así. No pienso permitir que otra familia sufra por culpa de… —Se interrumpe, la mandíbula tensa, pero sé lo que iba a decir. *Por mi culpa. Por mis decisiones.*

Carga con ese peso. La responsabilidad por todos los que están bajo su protección. Está escrito en cada línea de su rostro, en la tensión que nunca termina de soltar, en la forma en que sus ojos no dejan de buscar amenazas.

No se trata solo de poder. Es una cuestión de deber, y darme cuenta de ello me inquieta más de lo que debería.

Durante los días siguientes, no puedo evitar fijarme en pequeños detalles que hacen que la imagen de monstruo que me había formado en mi cabeza empiece a resquebrajarse.

Como aquella vez en la que uno de los guardias más jóvenes (apenas tendría veinte años y acababa de entrar en la organización) comenta que su madre está enferma. Estoy en el pasillo, fuera de la oficina de Dimitri (esperando a que salga para ir a otra de esas eternas cenas de negocios) cuando los oigo hablar.

—Perdone que le moleste, señor Volkov, pero ¿podría darme unos días libres? Mi madre, ella... los médicos dicen que necesita una operación, pero el seguro no cubre todo y tengo que ver cómo... —

—¿En qué hospital? —le interrumpe Dimitri, tajante.

El guardia balbucea el nombre, claramente aterrorizado ante la posibilidad de quedarse sin trabajo por pedirlo. Me inclino hacia delante, ansiosa por escuchar lo que Dimitri va a decir a continuación.

—Yo me encargo —dice Dimitri—. De la operación, de las facturas del hospital, de lo que haga falta. Tú céntrate en estar con tu madre. Coge una semana.

Se me cae la mandíbula y me sorprende tanto como al guardia, que empieza a tartamudear de inmediato.

—Señor Volkov, no puedo... ¡es demasiado!

—Sí puedes, y lo harás. —No hay hueco para la discusión en su tono —. Tu madre ha cuidado de ti toda la vida. Ahora déjame ocuparme yo. Eso es lo que hace la familia.

Familia. Llamó a su organización *familia*.

El guardia sale del despacho de Dimitri con los ojos llenos de lágrimas, cruzándose conmigo en el pasillo sin percatarse siquiera de que estoy allí.

Cuando Dimitri aparece, me ve de pie y sé por su expresión que sabe que lo he escuchado, pero no dice nada. Simplemente me ofrece su brazo—un gesto que se ha vuelto costumbre cuando caminamos juntos—y me conduce hacia el coche.

—Ha sido muy amable —digo en voz baja una vez que estamos acomodados en el asiento trasero.

Se encoge de hombros, mirando por la ventanilla.— Su madre necesita una operación. Yo puedo permitírmelo.

—Es más que eso. No tenías por qué hacerlo. —Le estudio el perfil a la luz que se apaga del atardecer—. Lo has hecho porque te importa.

—Cuido de los míos —responde con aspereza, sin mirarme aún, pero puedo notar que le incomoda, por el leve rubor en las puntas de las orejas—. Es mi trabajo.

Pero he oído cómo los ha llamado familia. He visto cómo decide ayudar sin ni siquiera pensar en el coste.

No es solo cuestión de deber u obligación. Hay algo más profundo detrás de todo esto.

Al día siguiente, mientras camino hacia las cocinas, escucho a la señora Kozlov hablar de su nieto.

—La operación salió bien, gracias a Dios —dice, y casi me tropiezo al oír el tono *emocionado* que pone. No sabía que la señora Kozlov pudiera sentir otra cosa que no fuese irritación—. Han dicho que se lo han quitado todo. Aun así va a necesitar tratamiento, pero el cirujano era el mejor del país. —Hace una pausa y añade más para sí misma—. El señor Volkov, él organizó *todo*. Ni siquiera me dejó agradecérselo como es debido. Dijo que no tenía importancia.

Me detengo en seco, giro sobre mis talones y me marcho apresuradamente antes de que la señora Kozlov advierta mi presencia. El corazón me late con fuerza. Ese es Dimitri. No el hombre frío y cruel que me encerró en esta casa, sino alguien que protege a los suyos con ferocidad y entrega, sin esperar agradecimientos ni reconocimiento.

Esa noche, durante la cena, le observo de otro modo y veo cosas que antes no quise o no pude notar, demasiado enfadada o asustada para hacerlo.

La forma en que sus hombres le miran no es solo con miedo o respeto, sino con auténtica lealtad, de esa que no se puede comprar ni obligar. Ahora lo entiendo; morirían por él, no porque les pague

bien (aunque estoy segura de que así es) sino porque ha demostrado una y otra vez que él también moriría por ellos.

Se da cuenta de que le observo y una ceja oscura se arquea.—¿Qué?

—Nada —respondo deprisa, bajando la vista al plato, sintiendo cómo se me encienden las mejillas al ser descubierta.

Pero no es nada. Es todo moviéndose, recolocándose, transformándose en algo que no sé cómo digerir.

Carga con el peso de cada decisión y de cada vida que está bajo su amparo. Cada riesgo que asume y cada enemigo que se gana por proteger a los suyos. Lo veo en la tensión permanente de sus hombros, en la manera en que revisa su móvil cada poco para seguir recibiendo noticias, en el modo en que parece agotado porque siempre está demasiado ocupado asegurándose de que los demás estén a salvo.

No es el monstruo que había imaginado. No es el tirano cruel que se casó conmigo por venganza.

Es un hombre que intenta liderar. Proteger. Honrar a su hermano muerto cuidando de todos los que le importan.

Darme cuenta de eso lo complica todo infinitamente más que el miedo o el odio jamás podrían hacerlo.

Pero con esa revelación llega la culpa. Tanta culpa que siento que me ahogo en ella.

Quería a Alexei. ¿Verdad? *Le* quería.

Era encantador y dulce y me hacía sentir especial, como si fuese la única persona del mundo cuando me miraba con sus ojos azul claro. Me hacía reír y me hacía sentir segura. Me prometió un futuro donde nuestras familias no tendrían importancia, donde el amor podría con todo.

Él era mi cuento de hadas. Mi vía de escape de la oscuridad del mundo en el que había nacido.

Excepto que lo que siento por Dimitri es diferente. No es la emoción contenida de los momentos robados ni de los encuentros secretos. No es el vértigo de un amor prohibido ni la comodidad de que alguien me diga que todo saldrá bien.

Lo que siento al mirar a Dimitri es tan complejo que me marea.

Alexei parecía un cuento de hadas. Hermoso, pero al final frágil, existiendo en esos espacios entre la realidad donde las consecuencias no podían alcanzarnos. Dimitri me sabe a verdad. Dura, implacable e imposible de ignorar.

Y eso me convierte en una auténtica mierda, ¿verdad?

Estar embarazada de un hermano mientras... sea lo que sea esto por el otro. Desplazar a Alexei de mi corazón cuando su tumba apenas se ha cerrado.

Paso una tarde en la biblioteca donde hablé de verdad por primera vez con Dimitri, y lloro con sollozos profundos, desgarradores, que me atraviesan como una tormenta. Lloro por Alexei, por el futuro que nunca tendremos. Lloro por este bebé que jamás conocerá a su padre. Y lloro por mí misma, por ser tan horrible persona que soy capaz de olvidar tan fácilmente al hombre al que amaba, porque eso es justo lo que siento ahora. Le estoy olvidando. Sustituyéndole. Cambiando su recuerdo por algo más oscuro y complejo con su hermano.

—Lo siento —susurro al fantasma de Alexei y a mi propia conciencia culpable—. Lo siento mucho. Te quise. Te juro que te quise.

Pero, incluso cuando lo digo, sé que suena hueco, como si intentara convencerme a mí misma tanto como a su recuerdo.

¿Le quise de verdad? ¿O amaba en realidad la idea de él—la evasión, el romance, el cuento de hadas?

Y si no le quise en realidad, ¿qué dice eso de mí?

Los pensamientos se arremolinan, oscuros y acusadores, hasta que estoy tan agotada que apenas puedo moverme.



Esa noche, apenas duermo.

Dimitri no viene a mi habitación, cosa que no esperaba, pero aún así me siento rechazada.

Dios, ¿qué *me pasa*? Solo fue una noche estúpida y ¿ahora estoy pendiente de oír sus pasos en el pasillo? ¿Y de verdad me decepciona no oírlos?

Me odio un poco más con cada hora que pasa.

¿Y si lo de anoche fue solo desahogo físico y nada más? Dos personas buscando consuelo tras una pesadilla, utilizando al otro para sentir algo que no sea dolor. ¿Y si estoy fabricando sentimientos que no existen solo porque estoy desesperada, sola, embarazada y me aferro a cualquiera que me muestre la mínima amabilidad?

¿Y si todo lo que creo ver en él no es más que imaginación mía? ¿Y si solo me está aguantando por el bebé, y soy tan patética que confundo la tolerancia con algo más?

Los pensamientos se persiguen unos a otros en círculos hasta que me dejan mareada.

Cuando amanece, estoy exhausta, confundida y tan enredada con mis propias emociones que ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

Solo sé que algo ha cambiado, y que ya no puedo seguir ignorándolo.

Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

~

A la mañana siguiente, Dimitri insiste en que le acompañe a una reunión con uno de sus socios legales.

—Solo son formalidades —explica mientras subo al asiento del copiloto de su todotodoterreno blindado—. Negociación de contratos para las rutas de envío. Probablemente te parezca un rollo, pero después del atentado, no pienso dejarte sola en la casa.

—No estaría sola —digo, acomodándome en el asiento de cuero—. Hay guardias por todas partes. La señora Kozlov. Anya. La mitad de tu organización pasa por esa casa.

—Vas a venir conmigo —repite, y con ese tono no hay manera de discutir.

Así que aquí estoy, mirando la ciudad a través de los cristales tintados mientras Dimitri conduce. Roman y dos guardias más van en un vehículo señuelo delante de nosotros y otro coche señuelo nos sigue. Está todo pensado para desviar la atención del coche real.

Me resulta familiar porque mi padre y el tío Marcus nunca viajaban a ningún lado sin un coche señuelo detrás.

Si no hubiese crecido en este mundo, esto me parecería asfixiante, pero después del intento de atentado en la reunión de paz, entiendo por qué hay dos coches señuelo. Alguien nos quiere muertos y, quien sea, no va a parar tras un solo intento.

—¿Qué estás escuchando? —pregunto, más que nada para romper el incómodo silencio que se ha instalado entre los dos.

Dimitri me lanza una mirada, luego mira al móvil conectado a los altavoces del coche. Suena una canción—algo con guitarras y una voz que me resulta vagamente familiar. Frunzo el ceño al prestar atención. ¿Es…?

—*¿Nickelback?* —No puedo evitar que se me escape la diversión en la voz—. ¿Dimitri Volkov escucha *Nickelback*?

Sus orejas se ponen algo rojas, lo cual es adorable—. ¿Qué tiene de malo Nickelback?

—Nada, si eres un universitario en 2005 —contengo la risa—. Simplemente no te veo como de esos que escuchan 'Photograph'.

—No es 'Photograph' —murmura a la defensiva, y juro que su rubor se intensifica—. Es 'How You Remind Me'.

—Ah, bueno, entonces claro que es totalmente distinto —me recuesto en el asiento, disfrutando demasiado de esto—. Mucho más sofisticado. *Muy* apropiado para un jefe criminal.

Se le contrae la mandíbula, pero veo cómo la comisura de su boca lucha por no levantarse—. No te oigo sugerir nada mejor.

—¿Mejor que Nickelback? Eso no es muy difícil —no me creo que le esté tomando el pelo, y la sensación es rara y maravillosa a la vez—. Por favor dime que al menos te saltas 'Rockstar'.

Sus ojos se cruzan con los míos y parece genuinamente desconcertado—. ¿Qué problema hay con 'Rockstar'?

—Ay, *Dios* mío —me echo a reír, el sonido nos sorprende a ambos. Es la primera vez que río en… ¿semanas? Sin duda desde antes de la muerte de Alexei. El sonido me resulta ajeno y fuera de lugar, pero también absolutamente necesario—. ¿Vas en serio? ¿Te gusta de verdad *'Rockstar'*?

—Es una buena canción —insiste, pero hay algo más ligero, casi juguetón en su voz—. No todo el mundo puede ser un esnob musical.

—No soy una esnob. Simplemente tengo gusto —me giro ligeramente en el asiento para mirarle mejor—. Ya solo falta que me digas que también tienes Creed en la lista.

—¿Qué tiene de malo *Creed*? Lo dice tan a la defensiva y con tanta sinceridad que no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

—¿Qué *tiene de malo* Creed? ¿Por dónde empiezo?— Ahora sonrío de verdad, y sus ojos se detienen en mi boca, se oscurecen un poco antes de volver a mis ojos. —Déjame adivinar: 'With Arms Wide Open' es tu canción de ducha.

Ahora sí que tiene las orejas *definitivamente* rojas. —No canto en la ducha.

Oigo lo que no dice. —Pero sí la tienes en tu lista de reproducción— respondo, conteniendo la risa mientras mis labios tiemblan.

El silencio que sigue es respuesta suficiente, y acabo soltando una risita. Suena infantil y debería darme vergüenza, pero estoy demasiado ocupada observando la reacción de Dimitri.

Porque está sonriendo. De verdad *sonríe*. Ha desaparecido su expresión dura y controlada de siempre y hay algo genuino y cálido que transforma por completo su rostro.

Tiene un hoyuelo justo ahí, en la mejilla izquierda. Aparece cuando sonríe así. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora? Suaviza todos sus rasgos duros y le hace parecer más joven, casi juvenil.

Y sus ojos—esos ojos grises que siempre he visto fríos, enfadados o cerrados—ahora están más claros. Más cálidos, como si las nubes de tormenta se apartaran dejando pasar la luz del sol. Hay pequeñas arrugas en las comisuras que sugieren que no sonríe a menudo, pero cuando lo hace, es de verdad y es precioso.

Mi corazón hace una tontería. Late con fuerza y da un vuelco traicionero que hace que el calor se extienda por mi cuerpo.

Está tan guapo así. No solo atractivo de esa manera abstracta en la que ya lo había reconocido antes, sino *conmovedor*. Es el tipo de atractivo que me corta la respiración y me hace querer alargar la

mano y recorrer ese hoyuelo con la yema de mis dedos. Me hace olvidar todas las razones por las que debería mantener las distancias.

—Me estás mirando— dice en voz baja, y ese tono áspero no es de enfado.

Le estoy mirando. No consigo dejar de hacerlo. —Has sonreído.—

—Sonrío.—

—No así.— Las palabras se me escapan antes de poder detenerme. —No de verdad.—

Algo cambia en su expresión. La sonrisa se atenúa un poco, pero sus ojos siguen cálidos, recorriendo mi cara mientras intenta averiguar en qué estoy pensando. Qué siento. —¿Te burlas de mi música y de repente sonrío "de verdad"?—

Me encojo de hombros con aire despreocupado, intentando que mi corazón acelerado se tranquilice. —Al parecer, tu gusto horrible para la música es tu punto débil.— ¿Estoy… estoy de verdad *flirteando* con Dimitri? Realmente estoy coqueteando con él, y no sé cómo parar, ni siquiera si quiero parar. —¿Quién diría que el gran Dimitri Volkov podría venirse abajo por unas bromas sobre Nickelback?

—¿Venirme abajo?— Su voz baja aún más, y ese sonido hace que me tiemble el estómago y el calor se concentre, ardiente, entre mis piernas. —Eso es mucho decir.—

¿Cuándo se ha puesto el coche tan caluroso? —Bueno, estás sonrojado.— ¿Será posible abrir la ventanilla disimuladamente para que me dé el aire?

—No estoy sonrojado.— Pero sus orejas siguen rojas, y cuando le levanto una ceja, aparta la mirada, lo que resulta, de algún modo, todavía más entrañable. Dimitri Volkov, desconcertado. ¿Quién lo habría imaginado?

—Claro que no.— No debería seguir chinchándole ni deleitarme en este calor que se ha creado entre nosotros. Pero no puedo evitarlo. —¿Debería mirar el resto de tu lista de reproducción? A ver qué otras vergüenzas—

—Ni hablar.— Le quita el móvil de un tirón antes de que pueda alcanzarlo, y nuestras manos se rozan, apenas un segundo, pero una descarga de electricidad me recorre el brazo al contacto.

Nuestros ojos se encuentran, y la complicidad desaparece. El aire entre nosotros se vuelve denso de repente, cargado de tensión y cosas no dichas.

¿Qué *estoy haciendo*? *Aléjate, Vera. Pon distancia. ¡Por Dios, este es tu marido y tu captor!*

Ignoro mis propios pensamientos. En su lugar, me oigo preguntar: —¿Qué más escondes ahí? ¿Imagine Dragons? ¿Las rarezas de Nickelback?

Sus labios vuelven a curvarse, y ese maldito hoyuelo aparece otra vez. —De verdad lo estás disfrutando.—

—Quizá un poco.— Mi corazón va desbocado ahora, y siento cómo el rubor se extiende por mis mejillas. —Me gusta verte como una persona, en vez de…—

—¿En vez de?— me anima cuando me quedo callada.

En vez del hombre que se casó conmigo por venganza. En vez de mi captor. En vez del hermano de mi novio muerto por el que se supone que no debería sentir nada.

—En vez de verte siempre en control.— termino en voz baja y algo torpe.

Me observa durante un largo momento, y veo cómo sopesa mis palabras. Luego mueve la mano tan solo un poco, y sus dedos rozan los míos que descansan en la consola central entre ambos. El corazón me late a mil y siento un palpitar entre las piernas que roza

lo doloroso. No me sostiene del todo la mano, pero tampoco la aparta.

—Me haces sentir fuera de control— admite, tan bajo que casi no lo oigo.

Contengo la respiración. —Yo—

—Te estás burlando de mi música— dice, pero no suena enfadado ni molesto. Si acaso, parece… ¿divertido? ¿afectuoso? Su pulgar dibuja un pequeño círculo en el dorso de mi mano y estoy a punto de desmayarme por su contacto. —Te metes con Creed.—

—Alguien tiene que hacerlo— consigo responder en un susurro, intentando ignorar las mariposas en mi estómago que no tienen nada que ver con las náuseas matutinas. Necesito concentrarme en cualquier cosa salvo el tacto de su piel sobre la mía. —Eres un señor del crimen que escucha—

De pronto Dimitri gira el volante bruscamente, todo su cuerpo se tensa y su mano suelta la mía. —¡Agáchate!

La palabra apenas llega antes de que el mundo estalle.

BOOM.

El sonido es dolorosamente físico, retumba en mi cráneo y en mi pecho como si los huesos fueran a romperse. El todoterreno da un bandazo violento a la izquierda, los neumáticos chillando contra el asfalto. Salgo despedida de lado, el cinturón me corta el pecho y el hombro tan fuerte que no puedo respirar.

Y entonces todo empieza a girar.

El mundo se inclina de manera nauseabunda—una vez, dos—y grito, pero no llego a oírme sobre el estruendo del metal retorciéndose y el cristal haciéndose añicos. El todoterreno está volcando, y por un segundo horrible quedamos en el aire antes de que la gravedad nos azote contra el suelo de nuevo.

El impacto me deja sin aire. Mi cabeza golpea contra algo duro y estallan estrellas ante mis ojos. El cinturón de seguridad se clava más profundamente, aplastando, y no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que gritar y gritar y gritar—

Chocamos contra otra cosa, el metal chirría y, de pronto, estamos boca abajo. Estoy colgada del cinturón de seguridad, mi pelo roza el techo que ahora es el suelo, y hay humo por todas partes. Humo denso, acre, que me quema los pulmones y me hace llorar los ojos.

—¡Vera! —La voz de Dimitri atraviesa el caos, áspera y aterrorizada —. ¡VERA!

Intento responder pero no puedo articular palabra. Noto algo húmedo en la cara—probablemente sangre—y me duele todo. El pecho donde el cinturón me ha aplastado. La cabeza donde ha golpeado. El estómago—

Dios mío, el bebé.

—Estoy bien —jadeo, aunque no sé si es verdad—. Soy yo—Dimitri—

Giro la cabeza y, a través del humo, le veo. Él también está colgado boca abajo, la sangre le recorre la cara desde una herida en la frente. Un brazo apoyado contra el techo para evitar caerse del todo. Sus ojos, salvajes, frenéticos, me buscan entre la neblina.

—No te muevas —ordena, la voz tensa—. No intentes… joder… — Está forcejeando con el cinturón de seguridad con la mano libre—. Aguanta, ¿vale? Ya voy—

Algo explota detrás de nosotros, el sonido amortiguado pero cercano. Demasiado cercano. A través de la luna trasera destrozada, veo llamas naranjas y rojas acercándose a nuestro vehículo.

Entonces me doy cuenta de que el coche señuelo que nos seguía, el que debía parecer el de Dimitri, no es más que un montón de chatarra ardiendo ahora. Destruido por completo. Si hubiéramos

tardado treinta segundos más, si Dimitri no hubiera girado cuando lo hizo—

Éramos nosotros.

—¡Fuera! ¡YA! —Alguien grita. Quizá Roman, aunque apenas puedo procesar nada entre el shock y el estruendo en mis oídos—. ¡Jefe, tenemos que sacarle YA!

Unas manos se meten por mi ventanilla rota y desabrochan mi cinturón. Caigo, el dolor me explota en el hombro al dar contra el techo, y esas manos me arrastran fuera. El cristal me corta los brazos, los costados, pero no puedo concentrarme en eso porque me están sacando entre humo, fuego y caos.

—Dimitri —sollozo, luchando contra quienquiera que me sujeta—. ¿Dónde está—

—¡La tengo! —Roman está ahí, con la cara pálida—. El jefe viene justo detrás. ¡Vamos, MOVEOS!

Corremos y tropezamos, casi arrastrándonos lejos de los restos. Miro atrás y veo a Dimitri siendo sacado del vehículo por dos guardias, ambos soportando su peso mientras se aleja tambaleando de las ruinas humeantes.

Entonces hay otra explosión, más pequeña esta vez, y todos nos tiramos al suelo. Alguien me cubre con su cuerpo. Es Roman, protegiéndome como lleva siendo entrenado para proteger a cualquiera del círculo de Dimitri.

Cuando el humo se disipa lo suficiente como para ver, y el zumbido de mis oídos por fin baja a algo soportable, miro lo que queda de nuestro todoterreno. Si no estuviera ya en el suelo, probablemente me habría desmayado.

El todoterreno está destrozado. La parte delantera aplastada, la trasera ardiendo, y todo el vehículo dado la vuelta en una zanja.

Y detrás, el coche señuelo es sólo una carcasa en llamas. Irreconocible. Si había gente dentro—

Dios santo. Había gente dentro. Guardias. Los hombres de Dimitri. Personas que trabajan para él, que confían en él, que deberían estar protegidas.

Gente que ahora está muerta porque alguien voló un coche creyendo que Dimitri iba dentro.

—El bebé —jadeo, llevándome las manos al vientre—. El bebé—

—Necesitas un hospital —dice Roman con urgencia, ya al teléfono—. ¡Jefe! Ella necesita atención médica—

—Estoy bien. —Pero *no* estoy bien. Ninguno lo estamos. Estamos vivos por pura suerte y por la decisión de Dimitri de girar en el último segundo.

Dimitri aparece a mi lado, se arrodilla a pesar de que la sangre sigue manando de su rostro. Sus manos enmarcan mi mandíbula, sus ojos me exploran frenéticamente buscando heridas.

—¿Dónde te duele? —pregunta desesperado—. Vera, dime dónde—

—El bebé —lloro, aferrada a su camisa—. Dimitri, el bebé—

—Vamos a hacer que te revisen ahora mismo —ya me está levantando en brazos, sin importarle sus propias heridas—. Agárrate a mí. Solo *agárrate*.

Las sirenas aúllan a lo lejos y más hombres de su círculo llegan, asegurando la zona, con las armas fuera y buscando amenazas. Pero yo solo puedo concentrarme en el rostro de Dimitri, en la sangre que no deja de brotar, y en cómo me sostiene contra él.

—¿Quién ha hecho esto? —susurro, rodeándole el cuello y escondiendo la cara en su pecho, aspirando su olor.

Todo su cuerpo se pone tenso y alzo la vista para ver cómo regresa Dimitri el Monstruo, sus ojos fríos, duros y letales—. Alguien que

conocía nuestra ruta y en qué coche iba a estar. —Cada palabra la escupe, afilada de rabia y algo aún más oscuro.

Traición. Habla de traición.

Alguien de su círculo íntimo nos entregó. Alguien en quien confía—o confiaba—nos vendió a quien quiere vernos muertos.

Y no van a detenerse. Se están volviendo más atrevidos, más desesperados. Primero fue la bomba en la reunión y ahora esto. La próxima vez, puede que no tengamos tanta suerte.

—Te tengo —murmura Dimitri contra mi pelo mientras las sirenas se acercan, sus labios rozando mi sien—. Os tengo a los dos. No voy a dejar que os pase nada. Lo juro.

Le creo.

Y eso, más que todo lo que ha pasado hoy, es lo que más miedo me da.

Porque, en algún punto entre odiarle, estar atrapada por él y verle transformarse de monstruo a hombre, he empezado a confiar en Dimitri Volkov.

Y en nuestro mundo, la confianza es lo más peligroso de todo.

14

DIMITRI

El lado izquierdo de mi cara palpita con cada latido, pero lo ignoro. Igual que ignoro cómo el vendaje tira de los puntos que el Dr. Petrov me ha puesto en la frente y los moratones que se han extendido por mi pómulo en tonos morados y negros. Lo ignoro todo salvo los mapas, las líneas de tiempo y los expedientes de personal esparcidos por mi escritorio como pruebas en la escena de un crimen.

Porque eso es lo que es esto. Un crimen. *Varios* crímenes. Y voy a descubrir quién es el responsable, aunque sea lo último que haga en mi vida.

La rabia hierve bajo mi piel, ardiente, feroz y a duras penas contenida. Lleva ahí desde el momento en que explotó la bomba, escuché a Vera gritar y vi la sangre en su rostro.

Alguien ha intentado matarnos. *Mi* esposa. *Mi*—

El bebé.

Aferro los puños sobre el escritorio y tengo que obligarme a respirar. Inspira. Espira. Inspira. Espira. Control. Necesito *control*.

Vera descansa arriba. El Dr. Petrov la ha examinado a fondo, le ha hecho todas las pruebas posibles y otra ecografía. Está bien. El bebé está bien. Los dos están, de forma milagrosa e increíble, bien. Pero ha sido puro azar. Puta suerte que giré en el último momento, que la bomba golpeó al coche señuelo en lugar del nuestro, y que salimos despedidos antes de que las llamas nos alcanzaran.

La próxima vez, puede que no tengamos tanta suerte.

Y habrá una próxima vez. Quien sea que está detrás de estos ataques no se detendrá hasta que estemos ambos bajo tierra con Alexei.

Saco mi lista y la repaso por enésima vez.

Ataque 1: Emboscada en la reunión de paz. Alguien conocía la ubicación exacta, la hora y los protocolos de seguridad. 0 muertos.

Ataque 2: Bomba en el coche. Alguien conocía nuestra ruta, los vehículos y el horario. 2 muertos.

Pero no son los únicos incidentes. He estado tan centrado en los ataques principales que no veía el patrón de los más pequeños.

20 de agosto: Brecha de seguridad en el almacén este. Alguien accedió a nuestros albaranes de envío, pero no se llevó nada. Se desestimó como ladrones oportunistas.

28 de agosto: Envío saboteado. Tres cajas de mercancía destruidas. Se echó la culpa a la organización rival.

10 de septiembre: Lugar de encuentro filtrado a la prensa. Hubo que cambiar de sitio en el último minuto. Se achacó a bocas flojas.

En cada uno de ellos se necesitaba información interna. Alguien de mi organización está pasando datos a un enemigo. Es alguien lo bastante cercano como para saber horarios, rutas, ubicaciones, lo que significa que es alguien en quien confío.

Confianza. Al final, de eso se trata todo. He dedicado toda mi vida a levantar esta organización sobre la lealtad, sobre la idea de que somos una familia, de que nos protegemos entre nosotros. Y alguien ha traicionado eso. Nos ha vendido.

Lo que no sé es quién.

Un golpe en la puerta interrumpe mi espiral. —Adelante.

Konstantin entra, con el semblante serio. Se mueve con la seguridad de quien ha sobrevivido cuarenta años en este negocio y lo ha visto todo y nada puede sorprenderle, pero veo la preocupación en sus ojos oscuros cuando recorren mi rostro, captando el estado en que me encuentro.

—Tienes peor cara que un muerto—observa, acomodándose en la silla frente a mi escritorio.

—Me siento igual.— Hago un gesto hacia los expedientes esparcidos delante de mí. —Tenemos que hablar.

Sigue mi mirada, repasando mapas, líneas de tiempo y ficheros de personal con la mirada experta de quien ha hecho este tipo de análisis mil veces.—Has estado ocupado.

—Alguien intenta matarnos, tío. Intento averiguar quién antes de que lo consiga.— Me inclino hacia delante, ignorando las protestas de mis costillas amoratadas.—Mira esto. Cada ataque, cada incidente del último mes. Todos exigen información interna.

Konstantin estudia la línea temporal que he preparado, con el rostro inescrutable.—Crees que tenemos un traidor.

—*Sé* que tenemos un traidor.— Señalo la lista.—La reunión de paz: alguien filtró esa ubicación. La bomba del coche: alguien conocía nuestra ruta exacta, nuestro horario *y* en qué coche iba a estar. No es casualidad. Está coordinado y es deliberado. Alguien de dentro está pasando información a un enemigo.

—O—dice Konstantin con cautela—los Ashford son más astutos de lo que creemos. Marcus siempre ha sido ambicioso. Tal vez haya decidido eliminarte a ti y a su hermano, quedarse con todo el poder—

—Marcus estaba en la reunión de paz cuando explotó la bomba—le interrumpo—. Habría muerto también. Y el ataque de ayer... Habría matado a Vera. ¿Por qué iba a matar a su propia sobrina?

Konstantin se encoge de hombros.—Quizá para él sea un daño colateral aceptable. Tal vez piense que eliminarte a ti compensa el sacrificio.

La ligereza con la que sugiere la muerte de Vera hace que me hierva la sangre.—No es daño colateral—espeté, dispuesto a castigar a *cualquiera* que se atreva a pensar eso.

—¿No lo es?—Mi tío alza una ceja.—Esa era la base del acuerdo, ¿no? Ella está aquí como rehén para mantener la paz. Si la paz se rompe de todos modos—

—Es mi esposa—le advierto, —y lleva al hijo de Alexei. Eso la hace familia. Nadie la toca. Nadie.

Konstantin me observa durante un largo instante, y veo que algo se le escapa en la expresión. ¿Sorpresa? ¿Preocupación? No logro descifrarlo.—Te has encariñado.

Me encojo de hombros, porque ni yo sé lo que siento.—Está bajo mi protección.

—Eso no es lo que he preguntado.—Se recuesta en la silla, juntando las yemas de los dedos bajo la barbilla.—He preguntado si te has encariñado. Porque, desde donde estoy, veo en ti señales de algo más que deber.

Levanto la vista bruscamente, pero no respondo.

—Dimitri. —Su voz se suaviza ligeramente—. Entiendo el impulso de protegerla. Está embarazada del hijo de tu hermano. Eso crea un

vínculo, un sentimiento de responsabilidad. Pero no confundas responsabilidad con—

—No estoy confundido en absoluto —escupo—. Y *no* voy a hablar de mi vida personal contigo. De lo que sí vamos a hablar es que alguien dentro de nuestra organización intenta matarnos, y tenemos que descubrir quién es antes de que lo consiga.

Konstantin suspira, dejando claro que decide dejarlo estar por ahora. —¿Qué propones?

Saco otro archivo, este más grueso, más gastado.—He estado revisando a todos los que tenían acceso a ambas informaciones. El lugar de la reunión y nuestra ruta de ayer. Hay diecisiete personas en esa lista.

—Diecisiete —murmura mientras toma la lista y la examina. Observo sus ojos recorrer la página, fijándose en cada nombre—. Todos son hombres de confianza. Personas que llevan años con nosotros.

Eso ahora mismo no significa nada para mí.—Uno de ellos es un traidor.

—O —dice de nuevo, recuperando ese tono cauteloso—, los Ashford tienen mejor inteligencia de la que pensábamos. Quizá hayan comprometido nuestras comunicaciones o—

—Ni hablar. —Mi paciencia se está agotando. ¿Por qué mi tío está siendo tan jodidamente obtuso?—Alguien cercano nos delató. Alguien que sabía exactamente dónde íbamos a estar y cuándo. Tengo que averiguar quién antes de que lo intenten de nuevo.

Konstantin deja la lista sobre la mesa, con el rostro preocupado.—Ten cuidado, Dimitri. La paranoia puede ser tan peligrosa como la complacencia. Si empiezas a sospechar de todos, destruirás esta organización desde dentro. Puede que eso sea justo lo que nuestro enemigo desea.

No se equivoca. Las cacerías de brujas destruyen imperios más rápido que cualquier ataque externo. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Ignorar el patrón? ¿Fingir que nadie intenta asesinarnos activamente?

—Tendré cuidado —digo, aunque los dos sabemos que es mentira. La precaución se fue por la ventana en el mismo instante en que explotó esa bomba—. Pero no me detendré hasta encontrar al responsable.

Mi tío mira su reloj y se incorpora.—Entonces te ayudaré en lo que pueda, lo sabes. Pero Dimitri... —Hace una pausa, cruzando la mirada conmigo—. No pierdas de vista lo que importa. Los que siguen vivos. El futuro. No dejes que la búsqueda de un traidor te consuma.

Cuando se va, me quedo sentado en el pesado silencio, mirando los archivos. Los vivos. El futuro.

Pero no puedo pensar en los vivos sin pensar en los muertos.

Saco otro archivo. Este lo he revisado cien veces y me atormenta en las primeras horas de la mañana, cuando el sueño no llega.

El expediente de Alexei.

Las fotos de la escena del crimen todavía me hacen estremecer. Mi hermano pequeño, tendido en aquel almacén, con dos balas en el pecho. La sangre formando un charco bajo él. Los ojos fijados en la nada. Muerto a los veintiocho porque fui un imbécil y le dejé ir a una reunión a la que no debía haber ido.

He memorizado cada detalle. El ángulo de su cuerpo. La posición de sus manos. El patrón de salpicaduras de sangre en el hormigón. Las vainas encontradas a casi dos metros.

Pero hay algo que me lleva rondando un tiempo y que no podía expresar del todo hasta ahora.

Saco el informe forense y reviso la sección sobre las heridas de bala. *Disparos a corta distancia, aproximadamente 1-1,5 metros según los patrones de quemaduras de pólvora.*

Pero cuando miro las fotos con ojo de tirador, las quemaduras de pólvora no concuerdan con ese rango. Son demasiado leves. Demasiado dispersas. Coinciden más bien con disparos a una distancia de tres a cinco metros.

Cojo el documento de videovigilancia con la marca temporal del polígono industrial. Se captó la llegada de los vehículos de los Ashford al almacén a las 21:40.

Pero la hora estimada de muerte de Alexei es a las 21:30.

Gruño frustrado. ¿Cómo pudieron tenderle una emboscada si aún *no estaban* allí?

La incongruencia me carcome. Ya me había percatado antes y lo dejé pasar como posible margen de error en la forensía. Pero ¿y si no lo es? ¿Y si—

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. ¿Konstantin *otra vez*? Pero cuando la puerta se abre, es Roman y se le ve severo.

—Jefe. Hemos terminado de revisar los restos de ayer. Tienes que ver esto.

Deja un trozo retorcido de metal sobre mi mesa: parte del detonador de la bomba. Material profesional. De uso militar. El tipo de cosa que no se consigue en la calle.

—Quien construyó esto sabía perfectamente lo que hacía —dice Roman—. Esto no es cosa de un aficionado con una vendetta. Aquí hay *entrenamiento*. Alguien tiene acceso a recursos serios.

Analizo el artefacto, la mente acelerada. Material militar significa contactos. Implica a alguien relacionado con gobiernos o instituciones internacionales.

Significa que esto es mucho más que una simple disputa familiar.

—Seguid tirando del hilo —ordeno—. Averiguad de dónde ha salido esto. ¿Quién puede conseguir estos componentes? Quiero cada proveedor rastreado, cada venta comprobada. Alguien fabricó esta bomba. Encontradlo.

Roman asiente y se marcha, llevándose la prueba consigo.

Vuelvo a estar solo con el archivo de Alexei y esas contradicciones que no encajan. No puedo evitar sentir que me falta algo crucial, algo evidente.

Los ataques contra Vera y contra mí. La ejecución profesional. La información interna necesaria.

Las incongruencias en la escena de la muerte de Alexei. La cronología imposible. La forensía que no concuerda.

Las negativas de mi tío a mis preocupaciones. Su insistencia en que veo patrones donde no los hay. Su sugerencia de que Vera es un daño colateral aceptable.

Hay un patrón aquí. *Lo noto*. Pero aún no *lo veo*.

Pero lo veré. Lo descubriré.

Tengo que hacerlo.

Porque la alternativa—que mi hermano muriese por razones que no comprendo, que alguien cercano nos haya traicionado, que los ataques sigan hasta que todos los que me importan estén muertos—eso es inaceptable.

Miro el reloj. Las nueve y media. Debería dormir, pero sé que no lo haré. No hasta tener respuestas.

En su lugar, me encuentro subiendo las escaleras hacia la segunda planta. Hacia la habitación de *ella*.

Necesito verla, asegurarme de que está bien de verdad. Necesito comprobar con mis propios ojos que el doctor Petrov no ha pasado nada por alto y que el bebé sigue bien a pesar de todo lo que hemos pasado.

Eso es lo que me repito mientras avanzo por el pasillo.

He estado pensando en ella constantemente desde la explosión. No solo con el terror de casi perderla, sino con algo más. Algo que empezó ayer en el coche, en esos minutos antes de que todo saltara por los aires.

Las bromas. Las risas. La forma en que me sonreía como si fuera una persona y no su carcelero. La manera en que mi (cuestionable) horrible gusto musical le hacía soltar una risita, hacía que sus ojos se iluminasen y que me mirase con algo que no era miedo.

La forma en que se inclinaba hacia mí cuando se burlaba de mí. La manera en que su mano casi rozaba la mía sobre la consola central entre los dos. Cómo mi pulgar trazaba círculos en su piel cuando al fin nuestros dedos se rozaron, y ella no se apartó.

No se *apartó*.

Eso no deja de resonar en mi cabeza. Me dejó tocarla. Ella *quería* que la tocase. No había miedo en sus ojos en ese instante, solo calidez, una chispa traviesa y… algo más.

Estuve a punto de hacer una estupidez. Iba a entrelazar mis dedos con los suyos y cogerle la mano de verdad.

Entonces explotó la bomba, y el momento se hizo añicos.

Pero no consigo dejar de pensar en ello ni de revivir aquellos pocos minutos en los que todo se sentía distinto. Cuando sentí que era mía, no porque la hubiese forzado, sino porque ella *lo eligió*.

Cada vez me cuesta más mantenerme alejado de ella. Es como una sirena, atrayéndome hacia arrecifes que veo perfectamente pero no consigo esquivar. Cada vez que estoy cerca de ella, cada vez que me

mira con esos cálidos ojos marrones, cada vez que sonríe, que ríe o que roza mi mano, siento que me voy resbalando.

Cayendo.

Llego a la puerta de su habitación y me detengo, con la mano sobre el pomo. Lo mejor sería volver por la mañana, cuando sea menos probable que haga algo de lo que ambos podamos arrepentirnos.

Pero entonces escucho movimiento dentro. Está despierta.

Abro la puerta en silencio.

Está tumbada en la cama, pero no duerme. Mira al techo, con una mano apoyada en el vientre. La luz de la luna que se cuela por la ventana se enreda en su cabello, volviéndolo casi rojizo y me deja la boca seca.

Gira la cabeza al verme entrar, y, incluso con la tenue luz, puedo percibir el cansancio en su rostro junto a los moretones que empiezan a formarse en su hombro donde el cinturón de seguridad la sujetó. Mis ojos se quedan un instante en el pequeño corte de su frente que el Dr. Petrov vendó.

Podría haber muerto ayer. El pensamiento me deja sin aliento.

Tu culpa, tu culpa, tu culpa, me susurra mi cerebro.

Lo ignoro.

—¿No puedes dormir? —pregunto en voz baja, adentrándome en la habitación.

—No —dice ella con voz ronca—. Cada vez que cierro los ojos, lo veo. La explosión. Las llamas. Escucho el crujido del metal retorciéndose. —Traga saliva con dificultad—. Tus hombres. Los del coche señuelo. ¿Ellos…?

—No sufrieron —miento. No tengo ni idea de si es cierto, pero no necesita esa imagen en su cabeza—. Fue instantáneo.

Asiente, aunque veo cómo las lágrimas le caen por las sienes—. ¿Tenían familia? ¿Los guardias?

—Sí. —Me siento en el borde de la cama, manteniendo la distancia aunque todo en mí quiera tocarla—. Me encargaré de sus familias. No les faltará de nada.

—Por supuesto que lo harás. —Lo dice con tanta certeza, que me hace sentir un nudo en la garganta y la aclaro antes de continuar.

—Deberías descansar —digo, aunque no piense irme—. El doctor Petrov dijo que necesitas…

—No quiero descansar, Dimitri. —Se gira para mirarme directamente, y hay algo en su mirada que me corta la respiración—. Cada vez que intento dormir, lo revivo. Siento cómo el coche da vueltas. Te oigo gritar mi nombre. —Su voz baja hasta casi un susurro—. No dejo de pensar en qué habría pasado si no hubieras girado. Si hubiéramos estado en ese otro coche. Si…

—No fue así. —No pretendo acercarme más, pero de repente mi mano se alza para limpiar esas lágrimas de su mejilla antes de poder evitarlo—. Estamos vivos. Seguimos aquí. Eso es lo que importa.

Se le corta la respiración al notar mi caricia, y debería apartarme, pero su piel es cálida y suave bajo mis dedos y no puedo soltarla.

—Alguien quiere vernos muertos. —Lo dice con tal naturalidad, como si hablara del tiempo—. No van a parar, ¿verdad?

—No. —No tiene sentido mentir en esto—. No se detendrán hasta que lo logren o nosotros los paremos.

Suspira—. ¿Y qué hacemos entonces?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. *Nosotros*. No tú. No qué vas a hacer para protegerme. *Nosotros*.

El corazón se me encoge con esa sola palabra.

—Los encontraremos —digo en voz baja—. Y acabaremos con esto.

Ella estudia mi rostro a la luz de la luna, sus ojos recorren los moretones, la venda, la evidencia de lo cerca que estuve de morir a su lado. Y, poco a poco, su mano se desliza hacia mí.

Una ofrenda. Una elección.

La cojo, entrelazando mis dedos con los suyos antes de poder pensarlo mejor. Su mano es pequeña y delicada en la mía, pero su agarre es firme. Seguro.

—Tengo miedo —susurra.

—Lo sé. —Mi pulgar vuelve a trazar lentos círculos sobre el dorso de su mano, como hice ayer. No debería hacerlo, pero no puedo obligarme a parar.

Nos quedamos en silencio un rato, existiendo en ese espacio donde las reglas parecen no importar y solo somos dos personas que casi mueren y tratan de entender cómo seguir vivas.

—Lo de ayer —dice suavemente—. En el coche. Eso fue…

No termina la frase, y se lo agradezco porque yo tampoco sabría cómo hacerlo. ¿Bonito? ¿Fácil? ¿Una locura? ¿Todo a la vez?

—Tu música sigue siendo terrible —dice al fin, y en sus labios asoma una leve sonrisa.

A pesar de todo —el miedo, el peso de lo que enfrentamos—, siento que se me escapa una sonrisa—. Anotado.

Resopla—. Hablo en serio. ¿Nickelback? ¿Creed? ¿Qué será lo próximo, Limp Bizkit?

Maldita sea, ¿por qué tiene que señalar todos mis favoritos ahora?— ¿Qué tienes en contra de Limp Bizkit?

Su sonrisa se ensancha un poco y me abriga el corazón—. Todo. Todo lo de Limp Bizkit está mal.

—Tienes opiniones muy contundentes sobre música —comento secamente, acariciando sus nudillos con el pulgar.

—Alguien tiene que salvarte de ti mismo. —Se mueve un poco y, de repente, estamos más cerca. No nos rozamos más allá de las manos entrelazadas, pero puedo sentir el calor que emana su cuerpo—. Eres un capo criminal. Deberías tener mejor gusto.

—Lo trabajaré —mi voz sale más grave de lo que pretendía, porque está tan cerca y huele tan bien que me está ahogando.

Sus ojos se encuentran con los míos, y cualquier atisbo de diversión se desvanece, dando paso a algo distinto. Algo más profundo. Más complicado.

—No dejo de pensar en...— Se detiene, se muerde el labio. —Da igual.

—¿Qué?— No debería insistir, pero necesito saber qué iba a decir. —Dímelo.

—En cómo sonreíste cuando te estaba picando.— Su mano libre sube, los dedos rozando mi mandíbula con tanta suavidad que dejan un rastro de fuego a su paso. —Nunca te he visto sonreír así. Solo he visto la sonrisa que usas para los negocios. Es como si se te hubiera olvidado ser...— Busca la palabra. —Reservado.

Debería apartarme de su toque, pero sus dedos siguen la línea de mi mandíbula, y me inclino hacia ellos como un hombre hambriento al que le ofrecen pan.

—Me haces olvidarme— confieso, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas y sus dedos se quedan quietos.

—¿Olvidar el qué?

Todo. Cada norma sobre la que he construido mi vida. Cada motivo por el que debería mantenerme alejado de ti. Cada promesa que me hice a mí mismo sobre mantener la distancia.

—Tener cuidado— digo en su lugar, casi suspirando cuando sus dedos reanudan su recorrido por mi rostro.

Su pulgar roza la comisura de mis labios, y ese contacto me atraviesa de deseo. —Quizá eso de tener cuidado esté sobrevalorado — murmura.

Trago saliva, centrado únicamente en su caricia. —Ser precavido mantiene a la gente con vida— replico.

—Ayer casi morimos— comenta Vera, sus ojos fijos en sus dedos sobre mi rostro. —Fuimos todo lo cuidadosos que pudimos, y aun así casi no fue suficiente.— Alza la vista hacia mí. —Así que quizá... quizá no sea tan importante como...

No termina la frase, pero lo veo en sus ojos, en la forma en que me mira como si fuera alguien distinto de lo que tanto me esfuerzo en ser.

—Vera.— Su nombre suena a advertencia. O a anhelo. Ya no sé ni lo que siento.

Su mano pasa de mi mandíbula a mi pelo, los dedos enredándose entre los mechones, y tengo que cerrar los ojos ante la intensidad de la sensación. Es demasiado. *Ella* es demasiado.

Cuando los abro de nuevo, está más cerca. Tan cerca que puedo sentir su aliento sobre mi piel y distinguir cada detalle de su rostro a la luz de la luna: el rubor de sus mejillas, el rápido latido en su cuello, la manera en que sus labios están entreabiertos.

Levanto la mano, acaricio su rostro, mi pulgar delineando su pómulo. Se apoya en mi caricia, sus ojos medio cerrados, y la confianza de ese gesto me desarma.

Me inclino hacia ella. Los dos lo hacemos. La distancia entre nosotros disminuye con cada respiración hasta que casi puedo saborearla—

Me aparto bruscamente, retiro la mano de su rostro como si me hubiera quemado. Esta es la chica de Alexei—¿qué *estoy* haciendo?

—Deberías descansar— digo, pero mi voz suena tan áspera y tensa que no resulta nada convincente. Mi corazón late con tanta fuerza que estoy seguro de que puede oírlo.

La decepción cruza su rostro antes de que consiga disimularla, y ese instante de vulnerabilidad me hace odiarme a mí mismo. —Claro— musita, ruborizándose. —Por supuesto.

Trago saliva ostensiblemente, odiando haberla avergonzado, pero si cruzo esa línea, no hay vuelta atrás. —Yo debería... probablemente debería irme.

Ella no dice nada y yo no me muevo. Seguimos tan cerca, el aire entre los dos cargado de todo lo que no decimos y de todo lo que casi acabamos de hacer.

—¿Dimitri?— Su voz suena pequeña e insegura.

—¿Sí?

—¿Te...— Se detiene y se pasa la lengua por los labios, y sigo cada movimiento de su lengua. —¿Te quedarás?

Hay una pausa mientras espera mi respuesta. Lo correcto sería decirle que no, que tengo que irme. Que no puedo estar tan cerca de ella y mantener en pie estos muros tan necesarios.

Pero la veo tan vulnerable, y deseo con todas mis fuerzas consolarla.

—Está bien— me oigo decir. —Me quedo.

Veo el alivio inundar su rostro, y se aparta a un lado, haciéndome hueco en la cama. Me tumbo a su lado, y de inmediato se acerca. Su cabeza encuentra ese hueco junto a mi hombro, como si estuviera hecho para ella, y su cuerpo se pega al mío.

Mi brazo la abraza casi sin pensar, atrayéndola contra mi pecho. Ella emite un pequeño suspiro de satisfacción, su mano extendiéndose

sobre mi corazón, y sé que puede sentir lo rápido que late.

—Gracias— murmura contra mi camiseta. —Por lo de ayer. Por esquivar cuando lo hiciste.

Mi brazo se aprieta a su alrededor, mi otra mano encuentra su cabello, los dedos enredándose en los mechones sedosos. —No dejaré que te pase nada.

Puedo sentir su mirada alzándose hacia mí en la oscuridad. —No puedes controlarlo todo.

—Ya verás.— Mis dedos recorren su cabello con caricias lentas y tranquilizadoras. —Puedo y lo haré.

Suelta un bufido ininteligible pero se acomoda junto a mí, su respiración se va calmando poco a poco. Pero aún noto la tensión en su cuerpo, la forma en que se mantiene algo rígida, como si tuviera miedo de relajarse del todo.

—Duerme— musito contra su pelo. —Estoy aquí.

Eso parece ser justo lo que necesitaba oír, porque entonces se derrite contra mí, toda la tensión abandonando su cuerpo. Su mano se aferra a mi camiseta, y siento el momento exacto en que su respiración se vuelve más profunda, acercándose al sueño.

Y me quedo allí tumbado en la oscuridad, con Vera entre mis brazos, mis dedos enredados en su pelo, aspirando el aroma a vainilla y flores, y entonces me doy cuenta de una cosa.

Casi nos besamos.

Unos segundos más, un centímetro más cerca, y habría cruzado esa línea. La habría besado, la habría saboreado, le habría mostrado con mi boca todo lo que no soy capaz de expresarle con palabras.

Y ella me lo habría permitido. Lo vi en sus ojos, lo sentí en la forma en que se inclinó hacia mí, en cómo apretó su mano en mi pelo como si quisiera acercarme todavía más.

La verdad está escrita en la forma en la que la sujeto ahora, en cómo mis dedos no dejan de perderse en su cabello. En cómo mi corazón sigue galopando bajo su palma y en cómo tenerla cerca se siente como redención y condena a la vez.

Me estoy ahogando en esto. En ella. Y no sé cómo detenerme.

Ni siquiera estoy seguro de querer hacerlo.

Así que simplemente la abrazo, memorizando el peso de su cuerpo contra el mío, el sonido de su respiración, la manera en la que encaja perfectamente en mi abrazo.

Y permanezco despierto mucho tiempo después de que ella se haya dormido, mirando al techo, intentando averiguar qué demonios estoy haciendo.

15

VERA

Algo va mal.

Ese es el primer pensamiento que tengo cuando me despierto a la mañana siguiente. La casa está silenciosa. *Demasiado* silenciosa. Los sonidos habituales del personal moviéndose por los pasillos, de la señora Kozlov dando órdenes en ruso, de pasos, voces y vida... todo ha desaparecido.

Porque Dimitri los ha mandado lejos.

—Alguien conocía nuestro itinerario —dijo cuando le encontré en su despacho—. Sabían en qué coche íbamos a ir y a qué hora saldríamos. ¿Ese nivel de detalle? Vino de dentro. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Demasiada gente tiene acceso a nuestro horario y podría haber filtrado esa información. Hasta que descubra quién es el traidor, nadie se acerca. Especialmente a ti.

Así que despidió a todos excepto los imprescindibles. A la señora Kozlov le permitió quedarse (llevaba treinta años con su familia y había criado tanto a Dimitri como a Alexei. Esa era una confianza que, al parecer, ni las bombas ni la traición podían tambalear). El doctor Petrov viene a revisar cada día, imprescindible por mi

embarazo. Y un equipo reducido de cinco de los hombres de Dimitri en quienes más confía.

¿El resto? Fuera. Despedidos con una indemnización generosa y explicaciones vagas sobre «razones de seguridad» y «medidas temporales».

La enorme fortaleza, que antes resultaba asfixiante con su ejército de empleados, ahora se siente casi claustrofóbica en su vacío. Solos, deambulando por habitaciones demasiado grandes, pasillos interminables, una casa construida para decenas reducida a dos.

Dimitri y yo. Solos, juntos en este encierro autoimpuesto.

Ahora solo estamos nosotros. Y esta cercanía forzada me está volviendo absolutamente *loca*.

No porque lo odie, y ese es el problema. *Debería* odiarlo. *Debería* resentirme por estar aún más aislada y atrapada. Debería estar trepando por las paredes, desesperada por el encierro, ahora que ni siquiera puedo salir al exterior (orden de Dimitri: demasiado expuesta, demasiado vulnerable, demasiado peligroso, bla bla bla).

Pero en lugar de eso, estoy fijándome en cosas en las que no debería fijarme.

Como que Dimitri tararea sin melodía por lo bajo cuando está concentrado. O que siempre me sirve el té justo como me gusta sin tener que preguntarme ya (dos de azúcar y un chorrito de leche).

O que, cuando nos cruzamos por el pasillo (lo cual ocurre constantemente ahora que la casa parece demasiado pequeña), ambos aminoramos el paso apenas un instante. Nuestras miradas se encuentran y se mantienen durante un segundo de más. A veces nuestros hombros se rozan (apenas nada) y el contacto hace que una oleada de calor recorra todo mi cuerpo. A veces él se pega a la pared para dejarme pasar, y tengo que deslizarme junto a él en ese espacio estrecho, tan cerca que puedo sentir su aliento, oler su

colonia y escuchar ese leve sobresalto en su respiración que se sincroniza con el mío.

Y durante esos segundos, el aire entre nosotros se carga tanto que apenas puedo respirar, cada terminación nerviosa gritando para que cierre ese último centímetro de distancia, para tocarle, para—

Pero nunca lo hacemos. Simplemente nos detenemos en ese silencio cargado, la consciencia chisporroteando entre nosotros como un relámpago a punto de caer, antes de que alguno de los dos murmure una excusa y siga adelante.

Y no puedo dejar de pensar en el casi-beso.

Dios, el casi-beso. Han pasado dos días desde aquella noche en mi dormitorio, cuando fue a verme tras el ataque, y ambos nos acercamos tanto que apenas quedaba espacio entre nosotros.

Hasta que él se echó atrás.

Una persona mejor le agradecería que lo hiciera. Una persona mejor se sentiría aliviada de que no cruzáramos esa línea, de que no complicásemos más las cosas de lo que ya están.

Pero yo no soy mejor persona. En lugar de eso, reproduzco esos segundos una y otra vez. Cómo me miraba. Cómo su pulgar recorría mi pómulo y su mano sujetaba mi rostro. El instante en que ambos nos inclinamos, cuando podía sentir su aliento en mis labios y deseaba, más que nada, cerrar ese último centímetro de distancia y—

Presiono las palmas contra mis ojos cerrados, intentando desterrar el recuerdo. Pero no se va. Está grabado en mi mente, repitiéndose cada vez que cierro los ojos.

¿Y lo peor? Ese casi-beso me parece más importante que las dos veces que hemos hecho el amor de verdad.

¿Estoy loca? He intentado averiguar por qué me pasa esto. El sexo fue intenso, arrollador, ese tipo de conexión física que debería haber

significado algo. Pero podía justificarlo. La primera vez fue la noche de bodas (obligación, establecer el matrimonio). La segunda fue después de mi pesadilla (consuelo, respuesta al trauma).

¿Pero el casi-beso? Eso fue distinto. No fue obligación ni trauma ni consuelo. Fue deseo. Deseo puro, innegable. Los *dos* nos inclinamos. Los *dos* lo elegimos. Los *dos* sabíamos perfectamente lo que estábamos haciendo y lo hicimos igualmente.

Y eso da mucho más miedo que el sexo podría dar jamás.

Porque desearle significa algo que no estoy preparada para afrontar. Significa reconocer sentimientos que no debería tener. Significa traicionar a Alexei de una forma que va más allá de lo físico, directa a un terreno emocional que no tengo derecho a explorar.

De verdad, soy una mierda de persona.

Ahora estoy en la cocina, mirando la cafetera como si guardase los secretos del universo, intentando no pensar en nada de esto. Es temprano (apenas son las seis de la mañana), pero no he podido dormir. Otra vez. Las pesadillas ya son constantes. A veces es la bomba en el coche. A veces es el funeral de Alexei. A veces son los dos, retorcidos juntos en una especie de pesadilla febril en la que veo cómo explota el coche de Dimitri mientras estoy de pie junto a la tumba de Alexei.

Estoy tan cansada que podría ponerme a llorar. Pero llorar sería rendirme, así que simplemente preparo café.

Las puertas de la cocina se abren de par en par, y no necesito girarme para saber quién es. Puedo sentirlo. El aire cambia cuando Dimitri entra en una habitación.

—Te has levantado pronto —observa, con la voz aún ronca de sueño.

—No he podido dormir. —Mantengo la vista en la cafetera, observando cómo gotea—. ¿Y tú?

—Igual. —Se pone a mi lado, apoyado en la encimera. No nos tocamos, pero estamos lo bastante cerca como para que sea consciente de cada centímetro de espacio entre nosotros—. ¿Pesadillas?

Me encojo de hombros—. Entre otras cosas.

No pregunta cuáles son esas otras cosas y se lo agradezco. Una parte de mí se pregunta si a él le pasa lo mismo—quedarse despierto por la noche, repasando momentos que debería olvidar, sintiendo cosas que deberían ser imposibles.

—Pensaba hacer huevos —dice al cabo de un momento—. Para desayunar. Por si tienes hambre.

Le miro, sorprendida—. ¿Tú cocinas?

Se le enrojecen un poco las orejas, lo que sigue siendo lo más adorable que he visto nunca—. Sé apañarme con los huevos. Probablemente.

—¿Probablemente? —No puedo evitar la sonrisa—. Eso no me da mucha confianza.

—He estado viviendo a base de comida para llevar y lo que hace la cocinera —admite—. Pero, ¿qué dificultad pueden tener unos huevos revueltos?

Últimas palabras famosas.

—Madre mía. —Intento no reírme mientras miro la sartén humeante —. ¿Cómo has conseguido quemar unos huevos *revueltos*? Literalmente es de lo más fácil que se puede hacer.

—¡No lo sé! —Dimitri agita con fastidio un paño de cocina en dirección al detector de humo, que pita indignado—. He seguido las instrucciones: calentar la sartén, añadir mantequilla, echar los huevos…

Me concentro en su primera instrucción—. ¿A qué temperatura?

Me mira como si fuera tonta—. Alta. Para que se hagan más rápido.

Entonces sí que me río, no lo puedo evitar. El detector de humo sigue pitando, la sartén está llena de huevos totalmente carbonizados y Dimitri Volkov—temido jefe criminal, el hombre ante el que tiemblan los hombres hechos y derechos—está en su cocina, totalmente desconcertado ante la comida del desayuno.

—Los huevos no se hacen a fuego fuerte —explico mientras abro las ventanas—. Hay que hacerlos a fuego lento y sin prisas. Si no, sale… —Señalo el desastre calcinado de la sartén—. *Eso*.

Tiene una expresión tan genuinamente confundida que me entran ganas de hacer una locura, como besarle—. ¿Cómo iba a saber yo eso?

Niego con la cabeza, alucinada, mientras me acerco a la cocina—. ¿Es que nunca has visto a nadie cocinar? ¿Nunca? —Le quito la sartén y tiro los huevos destrozados a la basura—. ¿Tu madre? ¿Mrs. Kozlov?

Su expresión se cierra de golpe—. Mi madre murió cuando tenía doce años. Y Mrs. Kozlov solía echarme de la cocina cuando intentaba ayudar.

Vaya. La naturalidad con la que menciona la muerte de su madre hace que se me encoja el corazón. Sabía que su madre no estaba (eso era evidente), pero verle decirlo como si fuese simplemente un hecho y no una herida que nunca ha cicatrizado, me dan ganas de acercarme a él.

No lo hago. Pero me muero de ganas.

—Bueno —digo entonces, sacando una sartén limpia e intentando ahuyentar los malos recuerdos—, por suerte para ti, *mi* madre sí me enseñó a cocinar. Y yo te voy a enseñar a ti, para que nunca más vuelvas a cometer este crimen contra los huevos.

Se le escapa una media sonrisa, aunque aún parece algo desmejorado—. ¿Crimen contra los huevos?

Asiento—. Sí. Muy grave. Probablemente los huevos te van a denunciar. —Le empujo suavemente con la cadera para que se aparte—. Ahora fíjate bien. Fuego bajo. *Siempre* fuego bajo para los huevos.

Le hago una demostración, cascando los huevos en un bol, batiéndolos con un tenedor, añadiendo un chorrito de leche. Él me observa con toda la atención, y soy muy consciente de su mirada fija en mí. En mis manos al moverme. En mi cara cuando explico la técnica. En cómo me muerdo el labio cuando estoy concentrada.

—¿Ves? —Vierto los huevos en la sartén—. Lento y con paciencia. Hay que moverlos, doblándolos suavemente. Así se hacen por igual y quedan cremosos.

—Enséñame —dice en voz baja, y antes de que sepa a qué se refiere, ya está detrás de mí, con el pecho casi pegado a mi espalda.

Se me corta la respiración. Está tan cerca. Puedo sentir el calor que desprende y noto su colonia—ese aroma a cedro y humo que me marea. Su mano se acerca y queda suspendida cerca de la mía, en la espátula.

—¿Así? —Su voz baja suena justo a mi oído, y tengo que contener un escalofrío.

—S-sí. Solo… —Trago saliva, apuradamente concentrada en los huevos y no en cómo su cuerpo está prácticamente pegado al mío—. Solo sigue doblándolos. Con cariño. No tengas prisa.

Su mano se posa sobre la mía en la espátula, guiando mis movimientos. Y, madre mía, no puedo *respirar*. Sus dedos son cálidos y fuertes, rodeando completamente mi mano. Su pecho se apoya en mi espalda cuando se inclina para ver mejor la sartén y puedo sentir cada una de sus respiraciones.

Esto es una tortura. Una dulce y devastadora *tortura*.

—¿Así? —Su voz es ronca, y me pregunto si a él le afecta esto tanto como a mí.

—Perfecto. —La palabra sale entrecortada, sin aliento—. Lo estás… lo estás haciendo perfecto.

Nos quedamos así más tiempo del necesario, su mano sobre la mía, su cuerpo cálido pegado a mi espalda, los dos fingiendo que esto va solo de cocinar huevos y no de cómo tiemblo, de cómo su respiración se ha acelerado, ni de cómo ninguno de los dos parece querer separarse.

Los huevos terminan de hacerse y podríamos dejar la demostración. Pero estoy paralizada, atrapada en este instante, y él tampoco hace ademán de moverse.

—Vera. —Mi nombre es apenas un susurro, y lo siento más que lo oigo.

—Deberíamos… —No sé cómo terminar esa frase. ¿Deberíamos qué? ¿Separarnos? ¿Reconocer lo que está pasando? ¿Fingir que no ocurre?

Su mano aprieta la mía, solo un segundo, solo lo justo para que sepa que él también lo siente, este tirón entre nosotros que se hace más fuerte cada vez que estamos cerca.

Entonces se aparta, soltando mi mano, y la pérdida de su calor me dan ganas de llorar.

—Los huevos tienen buena pinta —dice él, con una voz cuidadosamente neutra—. Gracias por enseñarme.

Asiento, sin atreverme a hablar. Todo mi cuerpo sigue vibrando por su cercanía y por todas esas cosas no dichas que flotan entre nosotros.

Comemos los huevos en silencio. Están perfectos. Pero apenas los saboreo.



Los tres días siguientes transcurren de forma parecida.

Proximidad forzada. Rozes accidentales. Momentos que se parecen demasiado a lo que debería ser un matrimonio.

Como cuando fregamos los platos juntos esa noche. Yo lavo, él seca, y caemos en un ritmo natural, como si lleváramos haciéndolo toda la vida. Intenta guardar una olla en el armario equivocado, y yo le rodeo para ponerla en su sitio. Nuestros cuerpos se rozan apenas un segundo—mi pecho pegado a su espalda—y los dos nos quedamos inmóviles.

—Perdona —susurro, pero no me alejo enseguida. Es tan sólido, tan cálido, y por un instante, me permito sentirlo.

Él emite un sonido bajo en la garganta que podría significar asentimiento, o quizás algo distinto. Luego se aparta, rompiendo el momento.

O cuando estoy leyendo en la biblioteca y él entra a trabajar. Se sienta en la silla frente a mí, desparramando papeles sobre la mesa baja, y existimos durante horas en un silencio cómodo. De vez en cuando nuestras miradas se cruzan y en esos instantes veo reflejado lo que yo siento—deseo, confusión y esa terrible conciencia del otro.

O cuando bajo una noche, ya tarde, a por agua y le encuentro en la cocina haciendo lo mismo. No hablamos. Nos movemos alrededor del otro en la penumbra, y cuando alargo la mano para coger un vaso justo al mismo tiempo que él, nuestros dedos se rozan. El contacto dispara una corriente por mi brazo, y el aire se me escapa en un jadeo audible.

No suelta mi mano enseguida. Sus dedos permanecen un instante demasiado tiempo junto a los míos, y a la luz tenue de la cocina veo tensarse su mandíbula.

Entonces se aparta, me da el vaso, y desaparece escaleras arriba sin decir nada.

Estos momentos me están matando. Cada uno va resquebrajando mis murallas cuidadosamente levantadas y me hace desear cosas que no tengo derecho a desear.

Y la culpa me está devorando por dentro.

Alexei.

¿Qué clase de persona olvida tan fácilmente al hombre que amó? ¿Qué clase de persona empieza a sentir algo por su *hermano*?

Soy como la protagonista de una maldita novela romántica barata.

Intento recordar a Alexei como era—encantador, dulce, haciéndome sentir especial. Intento acordarme de por qué le amaba, qué me atrajo de él, y qué convirtió esos ocho meses en algo que parecía real.

Pero cada vez más, cuando pienso en Alexei, ya no recuerdo los momentos buenos. Recuerdo las señales de alarma que ignoré. Esas pequeñas cosas que me molestaban y que pasé por alto porque me había dejado llevar por el romanticismo de todo aquello.

Como cuando cancelaba planes sin dar explicaciones. Me arreglaba para una de nuestras cenas secretas, esperaba en el hotel donde siempre nos veíamos, y él simplemente... no aparecía. Me mandaba un mensaje horas después con una excusa vaga de "asuntos familiares" prometiéndome que lo compensaría. Y como una idiota, le perdonaba, porque cuando por fin nos veíamos era tan encantador y parecía tan arrepentido.

O cuando desaparecía durante días sin avisar. Ni llamadas, ni mensajes, nada. Y de pronto volvía a aparecer, como si fuera lo más

normal del mundo, como si yo no me hubiera pasado esos días preocupada pensando que le había pasado algo.

O cuando desviaba la conversación cada vez que yo preguntaba por hacer pública nuestra relación. —Pronto —decía siempre—. Cuando llegue el momento. Cuando las cosas se calmen entre nuestras familias. Pero nunca se calmaban, y el momento nunca llegaba, y acabé preguntándome si quizá no quería que nadie supiera lo nuestro.

O cómo nuestras conversaciones giraban siempre en torno a él. Sus problemas con su familia. Sus frustraciones porque Dimitri no le tomaba en serio. Sus sueños para el futuro. Y cuando yo intentaba hablar de mi vida, de mis miedos, de mis propias frustraciones con mi familia—me escuchaba, pero sin hacerlo de verdad. Asentía y hacía sonidos comprensivos, pero inmediatamente volvía a dirigir la conversación hacia sí mismo.

O cómo hacía promesas grandiosas sobre nuestro futuro—"Nos escaparemos juntos, solo tú y yo, a algún lugar donde nuestras familias no puedan alcanzarnos"—pero nunca hacía planes concretos. Todo era algún día, con el tiempo, cuando las cosas cambiaran. Nunca ahora.

En aquel momento me parecía romántico. Que el secreto, los momentos robados, la naturaleza prohibida de lo nuestro lo hacían más especial. Más intenso. Como si fuéramos amantes destinados, igual que en mis estúpidas novelas románticas.

Pero ahora, con la distancia y la perspectiva que antes no tenía, empiezo a pensar que quizá amaba más la fantasía que al propio hombre.

Darme cuenta de eso me revuelve el estómago y me hace sentir una culpa terrible. Una culpa tan grande que apenas puedo soportarla.

Alexei está muerto y yo me dedico a sacarle defectos. Desprecio lo que tuvimos como si no hubiera significado nada.

¿Qué dice eso de mí?



En la cuarta noche, después de una cena tranquila de pasta y albóndigas que enseñé a Dimitri a preparar (solo quemó un poco las albóndigas), él sirve té para los dos y terminamos en la biblioteca.

De algún modo, mi espacio se ha convertido en nuestro espacio. Él trabaja en su investigación sobre los ataques, y yo leo o simplemente existo en su presencia, y eso se siente—

Se siente bien.

Esta noche, él no está trabajando. Solo está sentado en la silla frente a mí, el té en la mano, mirando el fuego con una expresión que no consigo descifrar.

El silencio se estira entre nosotros, no incómodo, sino cargado, como si hubiera cosas que decir pero ninguno supiera por dónde empezar.

—Háblame de él. —La voz de Dimitri rompe el silencio y alzo la vista, sobresaltada.— De ti y Alexei. Necesito... —Se detiene, apretando la mandíbula.— Necesito entender.

Todo en mí quiere negarse. Quiero mantener esa parte de mi vida privada y protegida, porque hablar de Alexei con Dimitri me parece la mayor traición posible a la memoria de Alexei y a todo lo que creí que compartíamos.

Pero quizá sea precisamente por eso por lo que debería hacerlo. Tal vez, si hablo de Alexei, pueda recordar por qué le quise. Puede que así dejen de confundirme estos sentimientos hacia Dimitri. Quizá me recuerde a quién se supone que debo estar llorando.

—Vale —digo, tragando con dificultad.— ¿Qué quieres saber?

—Todo. —Da un sorbo a su té, sin apartar los ojos de mi rostro.— Empieza por el principio.

Así que lo hago. Le cuento lo del bar donde nos conocimos. Era un local elegante en la ciudad al que fui con una amiga de la universidad. Alexei estaba allí con sus amigos, y mi amiga me dio un codazo, riéndose.—*No mires ahora, pero hay un rubio monísimo mirándote, Vee.*

Por supuesto que miré y nuestras miradas se cruzaron al otro lado de la sala de esa manera tan cliché y, cuando me sonrió, las piernas me flaquearon tanto que tuve que agarrarme a la barra para no caerme.

—Se acercó a hablar conmigo —digo, y aún recuerdo ese instante con total claridad.— Era tan encantador. Era tan fácil hablar con él. Acabamos conversando durante horas de todo y de nada; libros, películas, lugares a los que queríamos viajar. Me hacía reír. Me hacía sentir... —Me detengo, buscando la palabra adecuada.— Vista. Como si importara.

La expresión de Dimitri es imperturbable, pero veo cómo se le tensa la mano sobre la taza de té.

—¿Cuándo supiste que era un Volkov?

—En la segunda cita. —Me abrazo las rodillas, rodeándolas con los brazos.— Me resultaba familiar, ¿sabes? Pero no lograba ubicarlo. Me dijo su apellido y yo... casi me levanto y me voy ahí mismo del restaurante. —Me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja, recordando el miedo y la rabia que sentí cuando Alexei me dijo que era un Volkov.

—Pero no te fuiste —apunta Dimitri.— ¿Por qué?

Me encojo de hombros, impotente, abrazando otra vez las piernas.— No, no me fui. ¿Por qué no lo hice? —Me pierdo en mis recuerdos, evocando la mano cálida de Alexei aferrando mi brazo cuando me levanté para marcharme.— Juró que la guerra de nuestras familias no tenía por qué ser la nuestra. Que podíamos ser diferentes. Que el

amor podía con todo. —Me río con amargura, recordando cómo me lo creí a pies juntillas.— Dios, era tan ingenua. De verdad que *le creí*.

Los labios de Dimitri se aprietan.— ¿Qué pasó después?

Vacilo. ¿Cuánto quiere saber en realidad? Pero por la expresión de sus ojos, quiere saberlo *todo*. Así que se lo cuento.

Las citas a escondidas en hoteles y restaurantes a dos pueblos de distancia. Los teléfonos desechables que usábamos para ponernos en contacto. Las mentiras elaboradas que le contaba a mi familia sobre adónde iba y lo mucho que perfeccioné el arte de escabullirme. El miedo constante a que nos pillaran, mezclado con la emoción de estar haciendo algo prohibido.

—¿Le querías?

La pregunta me cierra la garganta. Habría respondido que sí sin dudarlo hace unas semanas, y la mera duda me habría dolido e indignado.

Pero ahora, sentada aquí a la luz del fuego, intentando invocar aquellos sentimientos y encontrándolos cada vez más lejanos... no sé qué responder.

—Creo que sí —susurro al fin, con el estómago revuelto.— Nunca había estado con alguien como Alexei. Me hacía sentir especial. Como si yo fuera la única persona importante en el mundo.

—¿Pero...? —insiste Dimitri cuando guardo silencio.

Me muerdo el labio tan fuerte que temo hacerme sangre. ¿Cómo le digo la siguiente parte al *hermano* de Alexei?— Pero no sé si él sentía lo mismo —contesto en voz baja.— A veces pienso... pienso que quizá yo amaba la idea de él. El romance prohibido.

Vuelvo a pensar en todas aquellas señales. Los planes cancelados. Sus desapariciones. Lo poco que quería mostrarse en público. Las conversaciones que siempre giraban en torno a él.

—A menudo me dejaba plantada —me oigo decir.— Muchas veces. Siempre a última hora, con excusas vagas y absurdas. Y yo le perdonaba, porque cuando estábamos juntos era tan... —Busco la palabra, pero caigo en las mismas de siempre.— Atento. Encantador. Me pedía perdón y prometía compensarme, y yo me derretía.

Ahora Dimitri me observa con intensidad, con el té olvidado.

—Y desaparecía durante días —continúo, dejando salir las palabras ahora que he empezado.— Sin contacto, sin explicación. Luego volvía como si no pasara nada, como si no tuviera motivos para preocuparme, dolerme o estar confundida.

—¿Se lo preguntaste?

Y tanto que sí. Discutimos varias veces por ello, algunas tan violentas que llegué a asustarme. Alexei había sido uno de los hombres más dulces que he conocido, pero su genio era legendario. — Sí. Siempre decía que era por cosas de la familia. Que los asuntos de los Volkov eran complicados y me protegía manteniéndome al margen.— Suelto una carcajada amarga.— En aquel momento me parecía noble. Protector. Ahora me pregunto si en realidad simplemente no quería que nadie supiera de mí.

El comentario deja a Dimitri horrorizado.— ¿Por qué piensas eso?

—Porque cada vez que le planteaba hacer pública nuestra relación— contárselo a nuestras familias, o al menos a sus amigos—él lo esquivaba. —Me abrazo aún más las piernas, recordando la frustración y la preocupación que sentía cada vez que decía que aún no era el momento.— Siempre era una excusa—que si no era el momento, que las cosas tenían que calmarse primero. Pero nunca era el momento. Las cosas nunca se calmaban. Y empecé a sentir que... que quizá yo era un secreto que quería mantener.

Ahora Dimitri apenas se mueve.— ¿Te hizo feliz? —pregunta en voz muy baja.

¿Me hizo feliz? Yo lo creía entonces. Pero, ¿era de verdad felicidad o sólo me dejaba arrastrar por la emoción de todo aquello?

—N-no lo sé —admito.— En el momento, sí. Cuando estábamos juntos, sí. Pero si lo miro ahora... —Me detengo, dudando sobre cuánto quiero revelar.— Si lo miro ahora, no sé si lo nuestro fue real o si solo era...

—Una fantasía —remata Dimitri en voz baja.

—Sí. —La palabra sabe a traición, pero también es la verdad. Miro a Dimitri.— Pero no sé si él sentía lo mismo —digo, retorciéndome los dedos.— A veces pienso... pienso que me enamoré tan fácilmente porque él decía siempre lo que yo quería oír. Pero el amor de verdad no va de grandes promesas ni de citas secretas ni de amores prohibidos. El amor real es...

Me detengo antes de terminar ese pensamiento. Antes de poder decir cómo es el verdadero amor para mí ahora. Cómo se siente. *Quién* se siente.

El silencio que sigue es denso.

—Siempre se le daba bien hacer que la gente se sintiera especial —dice por fin Dimitri mientras mira el fuego, y hay una amargura en su tono que no esperaba—. Sabía perfectamente cómo lograr que creyeras que significabas algo para él. Pero nunca dejaba que nadie le conociera de verdad.

Entonces me mira, y el dolor en sus ojos resulta abrumador.—Ni siquiera yo. *Especialmente* yo, al parecer. Creía que le conocía. Pensaba que me lo contaba todo, pero vivía toda una vida secreta y yo no tenía ni idea.

El dolor en su voz hace que me duela el pecho. Quiero consolarle y tender la mano a través del espacio que nos separa, coger la suya. Pero eso cruzaría una línea, porque, sentados aquí junto al fuego, hablando de Alexei, todo lo que puedo pensar es en Dimitri.

Qué diferente se siente esto comparado con aquellas tardes secretas con Alexei.

Alexei se sentía como un cuento de hadas—hermoso, pero, al final, frágil, existiendo en los espacios entre la realidad donde las consecuencias no podían alcanzarnos.

Dimitri se siente como la verdad. Dura, implacable e imposible de ignorar.

Y soy, de verdad, una maldita mierda por pensar así.

—Creo que... —empiezo, y me detengo, sin saber qué iba a decir.

¿Que pienso en Dimitri constantemente? ¿Que me aterra lo bien que me sienta estar con él? ¿Que en algún lugar entre odiarle y estar atrapada por él, he empezado a sentir cosas que no tengo derecho a sentir?

Pero antes de que pueda averiguar cómo terminar esa frase, Dimitri vuelve a levantar sus muros. Puedo verlo en cómo su expresión se vuelve impenetrable y cómo cada línea de su cuerpo se tensa.

—Es tarde —dice, con un tono de voz que de pronto es frío y distante—. Deberías descansar un poco. Por el bebé.

El rechazo duele más de lo que debería.—Dimitri... —protesto.

—Buenas noches, Vera. —Se levanta, dándose la vuelta hacia la puerta.

Y yo me quedo allí sentada, sintiéndome aliviada y devastada a partes iguales.

Aliviada porque casi digo algo de lo que no podría retractarme. Por poco revelo unos sentimientos que complicarían todo hasta un punto irreversible. Pero estoy devastada porque se marcha. Él también ha sentido el cambio (lo sé) y ha elegido la distancia en vez de... de lo que sea que pueda surgir entre nosotros.

Vuelvo sola a mi habitación. La casa se siente más vacía sin su presencia, más fría sin la posibilidad de que aparezca en mi puerta.

Me tumbo en la cama, mirando al techo, sintiéndome una traidora.

Alexei fue asesinado por mi propia familia hace no tanto, y yo acabo de sentarme en esa biblioteca y analizar nuestra relación. He encontrado todos los defectos y me he preguntado si de verdad le quería. He hablado de él con mirada crítica delante de su *hermano*.

¿Qué clase de imbécil hace algo así?

No contestes. Ya sé la respuesta.

Alexei no fue más que bueno conmigo. Cariñoso. Me hacía sentir especial, me hacía reír, y me hacía creer en la posibilidad de algo más. No merecía morir y desde luego no merece que yo cuestione sus sentimientos, ni que desprecie lo que tuvimos como si no hubiera significado nada.

¿Por qué no puedo parar? ¿Por qué sigo buscando los defectos, las señales de alarma, y las razones por las que no fue real? ¿Por qué estoy tan desesperada por convencerme de que lo nuestro no fue amor?

Porque si no fue amor, entonces lo que siento por Dimitri no es una traición, ¿verdad?

De eso va todo esto. Intento absolverme de mi culpa reescribiendo la historia, convenciéndome de que Alexei y yo realmente no estábamos enamorados, así que no pasa nada si empiezo a sentir algo por su hermano.

Pero eso no es justo para Alexei. Ni para lo que tuvimos, fuera lo que fuese.

Me cubro la cara con las manos, conteniendo las lágrimas.

Ya no sé cuál es la verdad. No sé si amé a Alexei o si amaba la idea de él. No sé si lo que siento por Dimitri es real o solo es proximidad,

trauma y desesperación por estar cerca de alguien.

Solo sé que no puedo dejar de pensar en las manos de Dimitri. En su voz. En la forma en que me ha mirado esta noche en la biblioteca, como si pudiera verme por dentro, como si entendiera todo lo que intento no decir.

Como si importara.

De la misma forma que Alexei solía hacerme sentir. Pero diferente.

Y me odio por compararlos, por sustituir a un hermano por otro en mi corazón como si fueran intercambiables.

No lo son. Alexei era sol y risas y un encanto espontáneo. Dimitri es tormentas, intensidad y honestidad brutal. No podrían ser más distintos.

Entonces, ¿por qué estar con Dimitri se siente más correcto que estar con Alexei?

La pregunta me atormenta mientras caigo en un sueño intranquilo.

Sobre las dos de la madrugada, oigo pasos en el pasillo, frente a mi puerta. Contengo la respiración, mi cuerpo entero se tensa. Los pasos se detienen justo fuera de mi habitación y puedo imaginarle de pie ahí, con la mano levantada para llamar, dudando.

Eligiendo.

El silencio se alarga hasta parecer eterno. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo a través de la puerta. Cada parte de mí le suplica que la abra, que entre, que—

¿Que qué? Ni siquiera lo sé. Solo sé que no quiero estar sola.

Pero los pasos se alejan poco a poco hasta que se pierden en el silencio, y me quedo mirando la puerta, sin saber si me siento aliviada o con el corazón roto.

Quizá ambas cosas. Quizá ninguna. Quizá estoy tan enredada entre culpa, dolor y deseo que ya no sé distinguir la diferencia.

Por fin me duermo sobre las tres, confundida y tan culpable que apenas lo soporto.

Y sueño con unos ojos grises en lugar de azules.

Con un hombre que me ve, que de verdad me ve, de una manera en la que no sé si Alexei lo hizo alguna vez.

Y cuando me despierto por la mañana, la culpa es todavía peor, porque en algún momento de la noche, una verdad se ha asentado en lo más profundo de mis huesos y ya no puedo ignorarla.

Me estoy enamorando de Dimitri Volkov.

Y nada de esto está bien.

16

DIMITRI

La estoy evitando.

Es patético. Maldita sea, *sé* que es patético, pero tres días después de aquella conversación en la biblioteca, estoy evitando a Vera como si me fuera la vida en ello.

Quizá así sea.

Porque las cosas se están complicando demasiado de maneras que no tienen nada que ver con bombas o balas y todo que ver con la forma en la que ella me mira. La forma en que yo la miro a ella. La forma en que estar cerca de ella me hace desear cosas que no tengo derecho a desear.

Así que me he volcado en la investigación con una obsesión que roza la locura.

Paso dieciocho, a veces veinte horas al día en mi despacho, rodeado de expedientes y fotografías y cronogramas, y nada encaja, joder. Fotos de la escena del crimen de la muerte de Alexei. Imágenes de las cámaras de la explosión durante la reunión por la paz. Informes forenses de la bomba del coche. Expedientes del personal de cada una de las personas que tuvieron acceso a nuestros horarios.

Busco patrones. Incongruencias. *Cualquier cosa* que me diga quién intenta matarnos.

Pero cada vez que encuentro un hilo, se deshace en mis manos.

Los forenses de la escena de Alexei siguen sin cuadrar. Las quemaduras por pólvora sugieren disparos hechos desde más lejos de lo que indica el informe del forense, pero cuando llamo al forense para preguntar por la discrepancia, insiste en que su informe es correcto. Tres de mis hombres de mayor confianza identificaron el cuerpo. *Yo* identifiqué el cuerpo. El análisis de ADN confirmó que era Alexei.

Entonces, ¿por qué algo sigue sintiéndose *mal*?

El ataque en la reunión de la paz. Alguien sabía exactamente dónde estaría colocado cada uno. Pero investigar quién tenía acceso a esa información me hace ir en círculos. Son demasiadas personas, lo que significa demasiadas posibles fugas.

Lo de la bomba del coche—lo mismo. Artefacto sofisticado, colocación perfecta, conocimiento exacto de nuestra ruta y horario. Pero los componentes son tan comunes que podrían haber venido de cualquier parte. El método de detonación es tan estándar que no me dice *nada* sobre quién la fabricó.

Alguien es realmente bueno cubriendo sus huellas. Y ese alguien es inteligente y cuidadoso, con recursos e información interna.

Alguien en quien probablemente confío. O en quien *confiaba*.

Gruño ante la idea de haber sido traicionado. Cuando encuentre a esa persona (porque *voy* a encontrarla), deseará no haber nacido nunca.

En vez de eso, me sirvo otra taza de café (la octava de hoy, o quizá la décima, ya he perdido la cuenta) y vuelvo a abrir los expedientes del personal. Diecisiete personas tenían acceso tanto al lugar de la

reunión como a nuestra ruta el día del atentado. Diecisiete personas que tengo que considerar posibles traidores.

Los nombres se me mezclan. Son hombres a los que llevo años conociendo, que han demostrado su lealtad una y otra vez. Han sangrado por esta familia y perdido amigos y hermanos al servicio de los Volkov.

Uno de ellos nos ha vendido.

O quizá no es uno de los míos. Quizá mi tío tenía razón y es un Ashford. Quizá todo este tratado de paz fue una trampa desde el principio para acercarse lo suficiente y destruirnos desde dentro.

Pero eso no explica por qué habrían apuntado a Vera. ¿Por qué bombardear un coche en el que estaba ella? ¿Por qué arriesgarse a matar a la hija mayor de Vincent Ashford?

A no ser que sea como dijo Konstantin y los Ashford hayan decidido que ella era un daño colateral aceptable para ellos. Quizá Marcus ha decidido que eliminarme a mí merece el sacrificio de su sobrina.

¿Pero sería Vincent Ashford tan cruel y despiadado como para ordenar la ejecución de su hija mayor?

La idea hace que la violencia hierva dentro de mí. *Nadie* la toca. *Nadie.* Me da igual en qué bando estén.

Me paso las manos por la cara, una oleada de cansancio tirando de mí. No he dormido en... ¿cuánto? ¿Cuarenta y ocho horas? ¿Más? El tiempo ha perdido sentido. Sólo existe la investigación, los archivos y la interminable maldita búsqueda de respuestas que no llegan nunca.

La puerta de mi despacho se abre sin llamar.

—Tienes que comer algo.

La señora Kozlov se queda en el umbral, con una bandeja en las manos. Su expresión es severa, reprobatoria, en ese modo que solo

ella domina. Inconscientemente, me enderezo. La señora Kozlov es de las pocas personas a las que realmente temo. Me cambió los pañales y me enseñó ruso cuando mi padre estaba demasiado ocupado. Es lo más parecido a una madre que me queda.

Eso significa que es de las pocas que pueden mirarme como si fuera un idiota y salirse con la suya.

—Estoy bien —murmuro, volviendo a los expedientes.

—*No* estás bien. —Deja la bandeja sobre mi mesa con más fuerza de la necesaria, haciendo vibrar las tazas de café. El olor de la sopa me llega y mi estómago ruge traicionero. Los ojos de la señora Kozlov relucen de triunfo. —Tres días. Nada de comida decente. Sin dormir. Esto es una tontería.

—Comeré luego —le digo, quitándole importancia.

—*Bozhe moy.* —Masculla algo más en ruso que no llego a entender, pero el desprecio en su tono es inconfundible. —Ya dijiste eso ayer. Y antes de ayer. Siempre "luego". Tu madre te habría dado una buena colleja por semejante estupidez.

Me estremezco ante la mención de mi madre. La señora Kozlov sabe perfectamente qué botones pulsar.

—La señora Volkov pregunta por ti —continúa, y en el modo en el que pronuncia el título hay un matiz cortante. Es bastante hostil, pero tampoco resulta cálido. —Todos los días pregunta si has comido. Si has dormido. Si estás... —Se interrumpe, apretando la boca en una fina línea de desaprobación.

Aprieto la mandíbula. —Vera debería centrarse en mantenerse sana. Por el bebé. Eso es lo único que importa ahora.

—*Da*, el bebé importa. —Sus ojos me atraviesan, astutos y perspicaces.— El bebé de Alexei. El hijo de tu hermano. ¿Por eso te estás matando a trabajar? ¿Por culpa?

La acusación duele y hago un esfuerzo enorme por no estremecerme y mantener el rostro impasible. —Estoy intentando averiguar quién intenta matarnos. Eso no es culpa, eso es—

—Huir.— Cruza los brazos y, de repente, tengo ocho años otra vez, siendo reprendido por meter barro en casa. —Te escondes en este despacho como un niño asustado. Evitas a tu esposa— —de nuevo, ese leve énfasis en la palabra, cargado de juicio—. —Te castigas porque no pudiste salvar a Alexei. ¿Pero esto?— Señala el caos que nos rodea. —Esto no ayuda a nadie.—

Frunzo el ceño. —No estoy *huyendo*—

—Eres un cobarde.— Lo dice de manera tajante, sin malicia, pero sus palabras me golpean como una bofetada. —Te he criado mejor que esto. Tu padre, *bozhe upokoy*, se avergonzaría.—

Noto cómo *me arde* la cara tras su comentario. De todas las cosas que puede decir para hundirme, se las sabe todas. —Señora Kozlov — —espeto, furioso, pero ella levanta la mano para hacerme callar.

—¡No! Digo la verdad, aunque tú no quieras oírla. Esa chica— —observo que no pronuncia el nombre de Vera—. —Ahora es tu esposa, para lo bueno y para lo malo. Lleva sangre Volkov en el vientre. Eso la convierte en familia, me guste o no.— A la confesión le cuesta salir, se le nota en la cara, como si hubiera chupado un limón. —Y la familia no abandona a la familia. Ni siquiera cuando es... *slozhno*. Complicado.—

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene en el umbral, sin mirarme.

—Su familia mató a Alexei. Eso no lo olvido. Eso *nunca* lo olvidaré.— Su voz se vuelve más dura. —Pero tú te casaste con ella. Tomaste una decisión. Así que o la tratas como una esposa, o la mandas lejos. Esa media tinta, ese evitar—eso es *debilidad*. Y los hombres Volkov no son débiles.—

Se va antes de que pueda responder, cerrando la puerta con firmeza, aunque sin llegar a dar un portazo.

El silencio que deja tras de sí es ensordecedor.

Me quedo allí, mirando la puerta cerrada, con sus palabras resonando en mi cabeza. *Cobarde. Tu padre se avergonzaría. Los hombres Volkov no son débiles.*

Mis manos se cierran en puños a ambos lados. La rabia me invade, ardiente y defensiva. Cómo se atreve. Cómo se atreve a llamarme cobarde cuando estoy dejándome la piel para proteger a todos. Cuando estoy buscando a quien quiere matarme a mí y a Vera.

Pero debajo de la rabia hay algo peor. Algo que no quiero reconocer.

Tiene razón.

La revelación pesa como plomo en mi estómago. *Estoy* huyendo. *Me* estoy escondiendo en este despacho, enterrándome en investigaciones, informes y callejones sin salida porque es más fácil que afrontar lo que sucede entre Vera y yo. Es más fácil que admitir que me estoy enamorando de la novia de mi hermano. Es más fácil que enfrentar la culpa que me devora cada vez que la miro y deseo...

Doy un puñetazo en la mesa, haciendo que las tazas de café tintineen y los papeles salgan volando. La sopa que ha traído la señora Kozlov se derrama peligrosamente cerca del borde del bol.

Mi padre *sí* se avergonzaría. Esas palabras me duelen más de lo que deberían. Tras la muerte de mi madre, mi padre se vino tan abajo que tuve que criar yo mismo a Alexei. Era débil en todos los aspectos que importan.

Y ahora la señora Kozlov—la mujer que mantuvo unida a esta familia cuando él no pudo—me dice que soy igual que él.

Caigo en la silla, frotándome la cara con ambas manos. Siento un cansancio tan intenso que a duras penas logro mantener la cabeza erguida. ¿Cuándo fue la última vez que dormí? ¿Que *de verdad*

dormí, y no simplemente cabeceé en el escritorio una hora antes de volver a despertar de golpe?

La sopa sigue ahí, aún humeando levemente. Mi estómago vuelve a gruñir, recordándome que en eso también tiene razón la señora Kozlov. Llevo días sin comer bien.

Pero comer significa parar. Significa aceptar que soy humano y que tengo límites. Por mucho que lo desee, no puedo trabajar hasta morir.

Significa pensar. Y pensar significa—

La señora Volkov pregunta por ti. Todos los días pregunta si has comido. Si has dormido.

Vera. Preguntando por mí. Preocupándose por mí. Cuidando de mí aunque tenga todos los motivos del mundo para no hacerlo.

Se me encoge el pecho con dolor.

Alargo la mano hacia la sopa, pero me detengo. Mi mano queda suspendida sobre el bol, temblando levemente por el agotamiento, la emoción, o ambas cosas.

No puedo hacerlo. No puedo afrontar lo que la señora Kozlov me exige que afronte. No puedo admitir que quizá evito a Vera no porque sea más seguro, sino porque me asusta lo que estoy sintiendo.

Así que aparto la sopa (sin tocar), y acerco otro informe hacia mí. Más nombres. Más callejones sin salida. Más preguntas sin respuesta.

Pero las palabras de la señora Kozlov no me dejan en paz. Vuelven y vuelven a mi cabeza como buitres, desmenuzando las mentiras que me he estado contando.

Cobarde. Huir. Debilidad.

Me obligo a centrar la vista en el informe, en la investigación, en cualquier cosa que no sea la dolorosa verdad que me acaba de poner delante.

Pero no funciona. De verdad que no. Porque ya lo ha dicho y no puedo dejar de oírlo.

Y en algún lugar de esta mansión enorme y vacía, Vera está despierta. Preocupándose por mí. Cuidando de mí a pesar de todo.

El pensamiento me dan ganas de golpear algo.

O de subir y—

No. Aplasto ese pensamiento con fuerza. Justo eso es lo que no puedo hacer. Lo que *no* voy a hacer.

Agarro otro informe y me obligo a centrarme y a ignorar la verdad que la señora Kozlov me acaba de restregar en la cara.

Pero la sopa sigue en mi escritorio, enfriándose. Un recordatorio silencioso de todo lo que evito.



Pero la señora Kozlov tiene razón en una cosa. Es imposible evitar a Vera en esta casa.

La finca es enorme, con treinta habitaciones, tres plantas y unos terrenos que se extienden por hectáreas. Con todo el personal, era fácil mantener las distancias. Ella estaba en un ala y yo en otra. Nuestras rutas se cruzaban de vez en cuando, pero solo por breves instantes y en situaciones controladas.

Ahora, con la mayor parte del servicio ausente, no paramos de toparnos por la casa de formas que hacen que la evitación sea obvia, incómoda y dolorosa.

Como ayer por la mañana. Fui a la cocina al amanecer a por café, convencido de que estaría solo. En vez de eso, la encontré *a ella* allí, preparando ya té, el pelo revuelto, recién levantada, y con uno de esos camisones de algodón suave que, de alguna manera, la hacen parecer aún más hermosa que cualquier vestido caro.

Ambos nos quedamos paralizados, mirándonos desde la distancia, como si nos hubieran pillado haciendo algo indebido.

—Perdón,— susurró ella, con cara de ciervo asustado. —Yo... puedo irme...

—No. Quédate. Solo— —hice un gesto vago hacia la cafetera, incapaz de articular frases coherentes porque la tenía tan cerca, y parecía tan delicada, y yo solo quería...—

Preparamos nuestras bebidas en silencio. Cuando alargué el brazo delante de ella para coger el azúcar, nuestros brazos se rozaron, y ese contacto hizo que una corriente recorriera todo mi cuerpo.

Ella soltó un leve suspiro y yo me quedé helado, con la mano aún extendida, de repente nuestros rostros estaban demasiado cerca.

Entonces cogí el azúcar, murmuré algo sobre el trabajo y salí huyendo como un auténtico cobarde.

O esta tarde. Iba hacia mi despacho cuando la vi venir por el pasillo en dirección contraria. Ambos aminoramos el paso, nuestras miradas se cruzaron y se mantuvieron demasiado tiempo.

El pasillo no es estrecho. Hay espacio de sobra para que pasen dos personas con comodidad.

Pero, de algún modo, los dos nos movimos hacia el mismo lado. Luego corregimos hacia el otro. Y después nos detuvimos por completo, quedándonos allí como dos idiotas, y el aire entre nosotros se volvió tan denso que apenas podía respirar.

—Perdona —dijo ella, apartándose a la derecha.

—No, yo... —yo también fui a la derecha, bloqueándola de nuevo.

Los dos nos detuvimos y reímos, una risa breve y tensa que no sirvió para aliviar la incomodidad.

Entonces me pegué a la pared para dejarla pasar y ella tuvo que deslizarse junto a mí en ese espacio, tan cerca que pude oler su champú.

Durante esos pocos segundos, olvidé cómo se respiraba. Olvidé todas las razones por las que debería mantenerme alejado de ella y no deseé nada más que cogerla y atraerla hacia mí y—

Se apresuró a pasar, con las mejillas sonrojadas, y desapareció tras la esquina antes de que pudiera hacer alguna estupidez.

Cada encuentro es así. Incómodo de narices y cargado de todo lo que no decimos.

Ella me mira, y yo tengo que apartar la mirada antes de hacer algo de lo que no pueda arrepentirme. Como sujetarla entre mis brazos y besarla como llevo tiempo deseando hacerlo desde aquella noche en su habitación, cuando casi—

Reprimo con fuerza ese pensamiento. *No* ayuda.

Me obligo a centrarme de nuevo en los archivos, en cualquier cosa que no sea el recuerdo de sus labios tan cerca de los míos, su mano en mi pelo, la forma en que me miraba como si quisiera—

Mi móvil vibra. Un mensaje de Roman.

Sigue sin haber pistas sobre los componentes de la bomba. El rastro del proveedor se ha enfriado.

Maldigo y le contesto.

Sigue buscando. Tiene que haber algo.

Pero empiezo a preguntarme si de verdad lo hay. Si quizá quien está haciendo esto es demasiado bueno, demasiado precavido,

demasiado protegido por la gente en la que confío.

Pensar eso me revuelve el estómago.



Son las dos de la madrugada y aún no he dormido. Vasos de café cubren mi escritorio (prueba de mi espiral obsesiva). Me arden los ojos y la cabeza me late con fuerza. Pero no puedo parar. No cuando hay alguien ahí fuera, planeando el siguiente ataque, esperando otra oportunidad para—

La puerta se abre.

Levanto la vista, esperando encontrarme con la señora Kozlov dispuesta a darme otra de sus charlas castigadoras, y ya estoy formando las palabras para pedirle (respetuosamente) que se marche, cuando se me cortan de golpe al ver quién es.

Es *Vera*.

Lleva un albornoz sobre el camisón, el pelo suelto sobre los hombros y los ojos cansados, con las mismas ojeras que siento yo. Pero en su expresión hay algo más. Determinación. Frustración. Preocupación.

—Deberías estar durmiendo —digo, agotado.

Frunce el ceño.—Y tú también. —No se va. En vez de eso, avanza más cerca dentro de mi despacho, sus ojos recorriendo el caos que he creado. Papeles por todas partes, fotos esparcidas por cada superficie. La evidencia de mi obsesión, expuesta.

—Vete a la cama, Vera —respondo, sin querer que vea el estado físico de mi mente.

—No. —Cruza los brazos.—No pienso irme hasta que tú lo hagas.

—Estoy bien.

—No estás *bien*. —Su voz se afila y me lanza una mirada de advertencia.—Te estás matando. Sé que llevas días sin dormir. No has comido, sí, lo sé. La señora Kozlov dice que ni siquiera tocas la comida que te trae. Esto no es *sano*, Dimitri.

—He dicho que estoy *bien*. —Vuelvo a mirar los archivos, en una clara invitación a que se retire.—Ahora vete a la cama. Necesitas descansar. Por el bebé.

Se ríe, brusca.—No uses al bebé como excusa para evitar esta conversación. Me estás evitando.

Aprieto la mandíbula, molesto porque se haya dado cuenta.—No te estoy evit—

—Sí, lo haces. —Se acerca a mi escritorio y veo cómo la rabia le está subiendo a los ojos.—Llevas tres días esquivándome. Desde aquella noche en la biblioteca, cuando hablamos de Alexei. Cuando las cosas se pusieron... —Se detiene, traga saliva, de repente insegura.—Complicadas.

Me mantengo en silencio. Admitir que las cosas se complicaron significaría reconocer por qué la evito y eso implica enfrentar sentimientos para los que no estoy preparado.

—Esto es literalmente una locura —continúa, señalando el caos a nuestro alrededor.—No puedes seguir así. Vas a acabar matándote con tanto trabajo.

—¿Por qué te importa? —pregunto con brusquedad, sin ganas de oír todas las formas en que la estoy cagando.

Sus ojos centellean.—¡Porque alguien tiene que hacerlo! Vas a desmoronarte, ¿y entonces qué será de nosotros? ¿Quién nos protegerá entonces?

Nosotros. Esa palabra tan cargada, otra vez.

Me río, pero sin pizca de humor.—No hay ningún "nosotros", Vera. Estás aquí por un tratado. Porque tu familia—

—No soy responsable de lo que hicieron —me interrumpe, su voz sube de tono, las mejillas se le tiñen de rosa por la ira.—Yo no apreté el gatillo. No puse esas bombas. Y estoy harta de que me castigues por ello. Me cansa que me trates como—como si fuera la enemiga cuando en realidad—

—¿Cuando en realidad *qué*? —Empujo la silla hacia atrás y me levanto.—¿Cuando eres mi esposa? ¿Mi responsabilidad? ¿Otra persona a la que tengo que proteger mientras alguien está ahí fuera intentando matarnos a los dos?

—¡Cuando estoy intentando ayudarte! —espeta ella, acercándose y acortando aún más la distancia entre nosotros.—Cuando me preocupo por ti. Cuando me importa— —Se detiene, como si las palabras se le quedaran atascadas en la garganta.

—¿Que te importa *qué*? —exijo, de repente a su lado sin darme cuenta.—Dilo. ¿Que te importa *qué*?

Su respiración se entrecorta. Estamos tan cerca que puedo ver los destellos dorados en sus ojos marrones y oler su champú, vainilla y flores. Tan cerca que si solo—

—Tú —susurra.—Me importas *tú*. Y sé que no debería. Sé que está mal, pero no puedo... no puedo verte destruirte así.

Todo mi cuerpo vibra tras su confesión. Lo correcto sería retirarse antes de que esto se convierta en algo de lo que ninguno podamos volver atrás.

Pero me mira con esos preciosos ojos marrones, acaba de admitir que le importo y estoy tan cansado de luchar contra esto y fingir que yo no siento lo mismo.

—No puedes seguir cerrándote en banda —dice ella, ahora en tono más bajo—. No voy a marcharme. Te guste o no, estamos en esto juntos. Así que puedes dejar que te ayude o seguir apartándome hasta que—

—Es más seguro —la corto de forma brusca—. Si mantengo la distancia entre nosotros. Es más seguro para los dos.

—¿Por qué? —Da otro paso hacia mí—. ¿Por qué es más seguro?

Porque si te dejo entrar, no voy a poder dejarte marchar. Porque cada vez que estoy cerca de ti, pierdo un poco más el control. Porque estoy cayendo por ti, y si admito eso, todo cambia.

Pero no puedo decir nada de eso, así que simplemente niego con la cabeza.—Simplemente lo es.

Frunce el ceño.—Eso no es una respuesta.

Me encojo de hombros.—Es la única respuesta que vas a obtener.

Entorna los ojos.—Eres imposible, ¿lo sabías? Terco e imposible y—

No sé quién se mueve primero. Quizás los dos lo hacemos. Tal vez la distancia entre nosotros ha ido reduciéndose todo este tiempo, como si la gravedad nos atrajera el uno al otro a pesar de todas las razones lógicas por las que deberíamos mantenernos alejados.

Pero de repente, ya no queda espacio. Su mano se aferra a mi camisa y la mía se hunde en su pelo, y nuestras bocas chocan con una desesperación que me deja sin aliento.

Esto no es como el casi-beso en su dormitorio. Esto no es tímido ni vacilante. Esto es necesidad y frustración y tres días de evitarse estallando en algo que no podemos controlar.

Gime contra mi boca y yo absorbo el sonido, besándola más duro, más profundo. Mi otra mano encuentra su cintura y la atraigo contra mí. Es suave, cálida y perfecta, y he estado hambriento de esto sin darme cuenta siquiera.

—Dimitri —susurra contra mis labios, y escuchar mi nombre en esa voz—jadeante, desesperada, cargada de deseo— me hace perder el control.

La levanto con facilidad y la siento sobre el borde de mi escritorio. Los objetos se desparraman, pero no me importa. Solo me importa ella, sentirla, la forma en la que enlaza sus piernas a mi cintura acercándome aún más.

Mis manos encuentran el lazo de su bata y lo deshacen. La tela se abre, desvelando el fino camisón que hay debajo. Puedo ver la silueta de su cuerpo, las curvas que se han hecho más plenas con el embarazo, y el deseo me golpea tan de lleno que casi tambaleo.

—Te deseo —gruño contra su garganta, besando por la columna de su cuello—. Si no me quieres, ahora es el momento de decirlo.

—Cállate —jadea, dejando caer la cabeza hacia atrás para darme mejor acceso—. Por favor, no pares.

Eso es todo lo que necesito oír.

Mi boca vuelve a buscar la suya, y el beso es más lento. Más profundo. Menos desesperado y más… más algo que no sé cómo nombrar. Algo que se siente peligrosamente cerca de la devoción.

Le quito la bata de los hombros y ella me ayuda, deslizándosela por completo. El camisón es lo siguiente, y cuando lo deslizo sobre su cabeza, dejándola solo con su ropa interior rosa, tengo que detenerme un momento solo para mirarla.

Es preciosa. Tan preciosa que me duele el pecho. Su piel brilla con la luz de la lámpara y su melena cae sobre los hombros. El pequeño abultamiento de su vientre es ahora visible, la evidencia del bebé creciendo en su interior, y solo un pensamiento se cruza en mi mente.

Mía. Es mía.

—No —susurra, y me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente.

—¿No qué?

—No me mires así —sus manos suben para cubrirse el vientre, avergonzada—. Sé que estoy… el bebé está—

La miro, sin entender lo que dice, hasta que lo comprendo.— Preciosa —la interrumpo, atrapando sus manos y apartándolas—. Eres jodidamente preciosa, Vera. ¿Tienes idea de…? —Me detengo, porque acabar esa frase sería revelar demasiado.

Pero ve algo en mis ojos que la deja sin aliento, y se estira para atraerme de nuevo hacia ella, pero me aparto. Su mirada se nubla de dolor, pero yo sigo besando su cuerpo hasta arrodillarme ante ella, levantando su pie para apoyarlo sobre mi hombro.

Los ojos de Vera están muy abiertos mientras deslizo la lengua pesadamente por el lateral de su pantorrilla, pero los cierra y se lleva las manos al pecho cuando llego al interior de su rodilla. Me detengo allí, lamiendo, mordisqueando y succionando suavemente la piel sensible, y ella se *retuerce*. No puedo evitar sonreír de lado por ello, y bajo para darle el mismo trato a la otra pierna.

Si algo soy, es meticuloso.

Sujeto ambas piernas y sus caderas se retuercen, sus pechos tiemblan y—

—Por favor.

Mi boca deja su rodilla justo cuando la súplica se asienta en mis oídos.

Sí. *Eso*. Me encanta cuando Vera suplica. Abre los ojos y me mira justo antes de que mi mano izquierda suba por el interior de sus muslos. Se arquea hacia mí mientras mis dedos se deslizan bajo el borde de su ropa interior, y mis propios ojos se abren al sentirla.

—Dios, estás tan mojada —digo sin pensarlo, y ella empuja su coño contra mi mano con un gemido.

Retiro la mano y le bajo la ropa interior, lanzándola impaciente por encima de mi hombro. Está desnuda y reluciente ante mí y casi se

me hace la boca agua al verla.

Oh, las cosas que planeo hacerle.

Me incorporo y me inclino sobre ella, deslizando la lengua por su clavícula mientras mis dedos vuelven a colarse entre sus piernas. Puedo sentir cómo su coño se contrae cuando introduzco un dedo, y ella gime, levantando las caderas para recibirlo aún más profundo.

Vera se mueve sobre mi dedo mientras yo bajo la cabeza hasta sus pechos y atrapo un pezón rosado con la boca, rodando la punta entre mis dientes. Vera vuelve a gemir y le doy un segundo dedo, bombeando despacio mientras ella se retuerce en el escritorio.

—Oh, Dios —gime.

Dejo ir su pezón, exhalando suavemente sobre el abultado botoncito antes de volcar toda mi atención al otro. Tiembla alrededor de mis dedos y aprieto la base de mi mano contra su clítoris, y sus ojos se ponen en blanco.

—Oh, Dios —repite, y la siento temblar. Muérdole intencionadamente el pecho, disfrutando de sus gemidos y jadeos.

—Por favor, por favor, por favor —balbucea mientras mueve las caderas contra mi mano, y sonrío de lado mientras succiono aún más fuerte de su pezón.

Deja escapar un gemido gutural al correrse, y continúo trabajando con mis dedos a través de la oleada de espasmos. Aunque ya hemos follado dos veces, es la primera vez que aprecio realmente lo jodidamente estrecha que es y mi polla palpita ansiosa. Mantengo la lengua sobre su pecho mientras veo el otro tremolar con los estremecimientos.

Sus gritos van apagándose poco a poco, y suelto su pezón de mi boca. Aprieto fuerte sobre su punto G para provocar una última contracción antes de retirar mis dedos, simplemente porque puedo. Vera suspira satisfecha, pero yo no pienso detenerme.

Desciendo por su cuerpo y cierro la boca sobre la parte superior de su cadera. Sus ojos se abren de golpe y me aferra por detrás de la cabeza. Sus caderas vuelven a alzarse, y estoy seguro de que se aprieta en torno a nada.

No me había dado cuenta de lo *sensibles* que eran sus caderas. Me guardo bien esa información.

Deslizo besos por su vientre, bajando hacia la hendidura de su muslo. Colocándome entre sus piernas, utilizo mis dedos para abrirla suavemente y casi me corro al ver la escena. Está reluciente tras su primer orgasmo y me reprimo las ganas de lanzarme con la lengua de inmediato. Recorro el borde de uno de sus labios con la punta de un dedo.

—Hueles tan bien —murmuro antes de retirar el dedo y trazar el mismo camino con la punta de mi lengua. Vera suspira ante el calor y la humedad. Dejo que mis labios se cierren sobre ella y chupo, acariciándola suavemente por dentro con la lengua. Su pecho vuelve a agitarse y no puedo evitar una risa baja. Ni siquiera hemos llegado a la mejor parte. Paso el dedo por el otro borde antes de seguirlo con la boca. Sus caderas se arquean hacia mi cara y está gimiendo casi con cada aliento.

El hecho de que lo esté disfrutando tanto me pone más duro que nunca. Mi lengua recorre el borde inferior de su intimidad y el dulzor de su excitación me llena la boca. Rodeo sus muslos con el brazo mientras me abro paso entre sus pliegues y ella grita antes de taparse la boca con la mano. La saboreo una y otra vez—cada vez hundiéndome más. Sus caderas se mueven al ritmo de cada una de mis caricias ahora. Se está follando mi cara.

Vera vuelve a gritar de pronto, y me doy cuenta de que es por la vibración de mis gemidos en ella. He estado frotando mis caderas contra el borde del escritorio y siento la mancha húmeda de mi preseminal en los calzoncillos.

Me importa una mierda.

Gimo de nuevo. Su espalda se arquea y llevo una mano de nuevo a sus labios, acariciándolos. Son tan suaves, dulces y perfectos, y voy alternando lengua, caricia, beso y succión en cada rincón de ella. Ella vuelve a suplicar, pero apenas logro oírla sobre mis propios murmullos entrecortados.

—Maravilla de coño, Vera—

—Ay, *joder*—

—Como el cielo—

—*Dios mío*—

—Nadie más va a saborearte nunca excepto yo—

—*Dimitri, por favor*—

Pero esa sí la escucho. Clara y fuerte. Enciende una hoguera en mis entrañas y me sacude la mente, recordándome que esto va de hacer que olvide todo salvo mi nombre.

—Dilo otra vez.

Gime en lo más alto de su garganta, pero me obedece.

—Por favor, Dimitri.

Al fin encierro su clítoris entre mis labios, y casi no puedo creer los sonidos que salen de ella. No se me ocurre palabra alguna que lo describa. Algo desesperado y por completo incrédulo.

Estoy moviendo la lengua plana contra ella al ritmo de sus caderas, y sé que está a punto de llegar. Pienso en meterle un dedo otra vez, pero no—quiero que vea que no lo necesita. Que, porque ha dejado que tome las riendas, voy a destrozarla solo con la boca.

Y cuando se corre, suena exactamente así. Tengo su clítoris entre mis labios y ella aprieta mis cabeza con sus muslos. Ambas manos se aferran a mi pelo y creo que va a arrancármelo del tirón mientras se folla mi cara. Y me da igual.

No aparto la boca de ella y cada latido repercute en su coño como un diapasón. Siento cada uno en la barbilla, incluso mientras su humedad la empapa. Todo su cuerpo vibra de placer y no paro hasta que deja caer las piernas de nuevo sobre la cama. Le doy un último beso en el clítoris, sonriendo al sentir cómo se retira de mi contacto y escuchar su pequeño gemido.

La observo atentamente mientras me pongo en pie (las piernas me tiemblan como gelatina) para quitarme la ropa. Vera sigue retorciéndose apenas mientras suspira y pasa las manos por su cuerpo. Su pelo—

Miro hacia abajo, alarmado. La parte delantera de mis calzoncillos está completamente empapada. Por un segundo absurdo temo haberme corrido ya, que el cuerpo perfecto de Vera me haya vencido sin avisar. Pero mi polla late hambrienta en mi mano al sacarla, y una gota de preseminal resplandece en la punta antes siquiera de apretarla.

Me quito la ropa interior de una patada, la recojo en mis brazos y la llevo hasta el sofá del otro lado del despacho. Al tumbarla sobre el mullido tejido, tomo una de sus manos y la deslizo sobre mí, dejando que sus dedos jugueteen primero en la punta, mezclando el fluido fresco con lo que ya resbala por debajo. Aprieto los dientes al sentir su piel deslizándose sobre la mía, y exhalo tembloroso al recordar cómo su apretado coño se cerraba sobre mis dedos. Sigo el movimiento de su mano mientras me la acaricia lenta, con el puño flojo, y sólo levanta la mirada cuando apoyo mi palma sobre su suave vientre.

—¿Estás lista? —pregunto en voz baja.

Asiente, mordiéndose el labio con expectación y yo gimo. Mi polla *late* impaciente.

Quiero mantener su mirada mientras la penetro, pero cuando siento que sus muslos se separan, abriéndose para mí, no puedo evitar acomodarme sobre los talones y mirar hacia abajo. No puedo

resistirme a acariciarla con los dedos por última vez a lo largo de la hendidura—los introduzco apenas, saboreando lo que me espera.

Le abro los labios y observo cómo la cabeza de mi polla se desliza dentro. Gime por el estiramiento y me retiro, anclando las manos tras sus muslos, bajo las rodillas, sujetándolos abajo. Vuelvo a entrar, igual de despacio, y la veo abrirse a mi paso.

—Dios, joder, así—

Mis dedos se clavan en sus piernas en respuesta. Muevo las caderas con embestidas cortas—obligándola a abrirse una y otra vez alrededor de mi glande. Noté con el dedo que su punto G está bajo, cerca de la entrada. Al darle sólo un poco más de longitud, sé que la base ensanchada de mi polla lo roza.

—Dios mío…eso es—está—ay, joder—

Tiene los ojos fuertemente cerrados y las manos presionando mi abdomen. Me mantiene en el sitio, sujetándome, mientras golpeo fuerte contra su pared interna una y otra vez.

—Ay, joder, Dimitri, no pares—

No necesita preocuparse. Sé exactamente lo que hago. La follo como nadie más se atrevería a hacerlo—con mi polla apenas dentro. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no enterrarme hasta el fondo en su apretado y húmedo coño perfecto, pero esto no va de mí. Es de *ella*.

Y eso es justo lo que veo en sus ojos cuando se abren de golpe. Cuando me observa, boquiabierta, mientras la llevo al límite con menos de la mitad de lo que podría darle. Sus piernas empujan contra mis manos y las suelto. Dejo que se mueva debajo de mí como necesite para cabalgar esas olas de placer. Ella pulsa a mi alrededor una y otra vez y el borde inferior de su hendidura presiona contra la base de mi polla en cada espasmo. Y *eso*. Eso no lo había previsto.

—Joder —escupo entre dientes.

Pensaba seguir provocándola un poco antes de darle todo, pero no puedo seguir así. Y la idea de salirme me resulta demasiado dolorosa siquiera de imaginar. Así que empujo dentro de ella, con los temblores aún recorriéndome y ella vuelve a gritar. Me hundo por completo y sus ojos buscan los míos al tiempo que sus caderas se unen a sus muslos.

Me pregunto si se me nota en la cara cuando la boca se me queda abierta. Me pregunto si sabe que siento que ella es… como *todo*.

Creo que puede sospecharlo cuando me tira de los brazos y hago que mi peso caiga sobre ella. Creo que se lo imagina cuando coloca ambas manos en mi mandíbula y me besa como si la vida le fuera en ello. Creo que es imposible que no lo sepa cuando empiezo a mover las caderas y gimo en su boca.

Sus manos encuentran mi espalda mientras empiezo a moverme, y me aferra con fuerza contra su pecho. Pero rompo el beso en cuanto empiezo a buscar. Hay un último lugar que necesito encontrar. Porque, aunque no sé con cuántos hombres ha estado (y no *quiero* saberlo), quiero ser el *último* con el que esté. Cuando encuentre ese punto, será su perdición.

Lo busco en el ceño de su frente. Lo escucho en el espacio entre sus suspiros. Lo siento en el arañazo de sus uñas sobre mi piel.

Y cuando lo encuentro, sé que se acabó. Empujo contra él, una y otra vez, y casi me echo a reír cuando ella se da cuenta justo después que yo.

—¡Joder, ahí, justo ahí!

—¿Te gusta? —pregunto, intentando disimular la sonrisa que se me escapa en los labios.

—Sí, joder, sí, sí.

—¿Cómo se siente? —No sé por qué pregunto eso. Sé que le gusta.

—Tan jodidamente bien. Tu polla…

¿Mi polla? ¿Qué pasa con ella? De repente, necesito saberlo desesperadamente.

—Dímelo, cuéntame cómo se siente —exijo.

Ella jadea. —Dios, es tan… grande.

Joder, sí. Ahora sí que *definitivamente* sonrío.

—Tan dentro, tan llena… —gime.

—Eso es —gruño—. *Atrápala*.

—Quiero sentirte…

—Eso es, siéntela.

—… correrte dentro de mí.

Creo que una pequeña explosión se produce en mi cerebro cuando recuerdo que yo también voy a correrme. Ésta es la última. Cuando note que se aprieta sobre mi polla esta vez, voy a llenarle su dulce coño tanto de mí que lo saboreará en la lengua—

—Joder —murmuro de nuevo, al borde de perder el control solo con ese pensamiento. Ella gime alto y me pregunto si puede sentir cómo palpito dentro de ella. Sacudo mentalmente la cabeza. Esto no va de mí.

Vuelvo la mirada hacia donde estamos unidos, donde estoy embistiendo dentro de ella. Sus pechos rebotan en cada sacudida y la empujo un poco más rápido.

—Soy la persona con la que vas a follar por última vez.

—Joder, es tan bueno. —Balbucea otra vez.

—Nadie más podrá compararse conmigo.

—Dios mío, voy a correrme otra vez.

—Nadie más.

—Oh, dios, Dimitri, por favor, no pares.

Como si pudiera parar. Tendría que morirme antes. Cierro los ojos y me dejo llevar por el apretón de sus paredes al deslizarme entre ellas. La suavidad que se estira. La presión perfecta.

—¡Oh, joder, me corro! —Su voz roza la histeria, a medio camino entre el llanto y la risa, pero a mí no me importa.

Me dejo ir en cuanto sus primeros espasmos revolotean a mi alrededor, y las pulsaciones de mi polla la llevan al abismo. El placer es cegador, atraviesa mi cuerpo como un relámpago—subiendo por mis muslos y bajando por la columna. Su coño es implacable, apretándome una y otra vez, y gruñidos largos y profundos se escapan de mis labios mientras la siento empaparse de mi corrida. Sus manos siguen clavadas en mi espalda cuando mis caderas se sacuden dentro de ella, y su pecho tiembla contra mí con sollozos de alivio.

Entierro la cara en su cuello cuando la sigo, todo mi cuerpo temblando por el alivio. Y, en ese momento de absoluta vulnerabilidad, se me escapa algo de los labios que no quería decir. Algo que no puedo retirar.

—Te necesito.

Las palabras se ahogan contra su piel, apenas audibles, pero la siento quedarse quieta debajo de mí y oigo cómo se le corta la respiración.

Nos quedamos así un buen rato, los dos respirando con dificultad, los dos intentando procesar lo que acaba de pasar. Lo que acabo de admitir.

—Probablemente no deberíamos haberlo hecho otra vez —dice ella por fin, pero su voz carece de convicción.

—No. —Me aparto lo justo para mirarla, le rodeo la cara con las manos, sintiendo el sudor correrme por la espalda—. Probablemente no.

Pero aunque lo digo, sé que lo haría de nuevo. Lo haría siempre que significara sentirme así—conectado, anclado, y menos solo de lo que me he sentido desde que Alexei murió.

—Dimitri… —empieza, pero la corto.

—No puedo perderte a ti también —confieso—. No puedo. Todas las personas que… que he dejado que me importen acaban muertas. Mi madre. Mi padre. Alexei. Y ahora alguien intenta matarte a ti, y no puedo—no puedo volver a pasar por eso. No puedo perderte.

Sus ojos se llenan de lágrimas y me arrastra hacia un beso que sabe a sal y a algo aún más dulce. Alivio, quizás. Comprensión.

—No lo harás —susurra sobre mis labios—. No vas a perderme.

Es una promesa que no puede hacer, y los dos lo sabemos. Pero en este momento, me dejo creerla.

Nos separamos despacio. La ayudo a levantar de la silla, sujetándola cuando sus piernas flaquean un poco. Nos vestimos en silencio, pero no es incómodo. De hecho, el aire está cargado de posibilidades, con ese cambio que acaba de surgir entre nosotros.

Cuando ya estamos vestidos de nuevo, simplemente nos quedamos allí, mirándonos a la luz de la lámpara. La oficina sigue siendo un desastre, pero nada parece tener la misma importancia que tenía hace una hora.

Nada parece tan importante como ella.

—Ven —dice ella en voz baja, tomándome de la mano.

Frunzo el ceño. —¿Adónde…?

—Arriba. —Tira suavemente—. A mi habitación. Tienes que dormir, y yo… —Se detiene, el sonrojo subiéndole a las mejillas—. Quiero que

estés en la cama conmigo.

Mi corazón, ya salvajemente acelerado desde el orgasmo, se salta un latido. Sé que si acepto, todo cambiará para siempre, e incluso una parte de mí me dice que diga que no. Que le diga que me quedo en mi despacho y que ella debería irse a dormir.

Pero su mano está cálida en la mía, y estoy tan cansado de luchar contra esto. Tan cansado de estar solo.

—Vale —asiento.

Me guía fuera del despacho, por el pasillo, escaleras arriba. No hablamos. Simplemente existimos en esta burbuja donde las reglas parecen no aplicarse, donde podemos cogernos de la mano, desearnos y no tener que dar explicaciones.

Cuando llegamos a su habitación, ella cierra la puerta detrás de nosotros. Espero que me lleve hasta la cama para recostarse junto a mí, como ha hecho otras veces.

En cambio, se gira para encararme. Y la oscuridad de su mirada me hace que el corazón se me dé la vuelta.

—¿Vera? —pregunto, pero ella me corta.

Se pone de puntillas y me besa.

Y soy incapaz de hacer otra cosa que devolverle el beso.

17

VERA

Un gruñido retumba en el pecho de Dimitri y luego sus manos están por todas partes—deslizándose por mi pelo, bajando por mi espalda, aferrando mis caderas. Me hace retroceder hasta que mis piernas chocan con la cama y caemos sobre ella juntos, enredándonos en una maraña de extremidades y caricias desesperadas.

Acabamos de hacerlo. Hace menos de una hora, tuvimos sexo sobre su escritorio y su sofá. Debería sentirme satisfecha y colmada.

En cambio, le deseo de nuevo. *Necesito* tenerle de nuevo con una intensidad que me sorprende.

Con Alexei, nunca fue así. El sexo era... agradable. Placentero. Me besaba con dulzura, me acariciaba con ternura, y se sentía bien, de una forma cómoda y sencilla. Nunca lo ansiaba ni sentía este desasosiego, esta necesidad palpitante que hace que todo mi cuerpo se vuelva hipersensible a cada punto donde la piel de Dimitri toca la mía.

No entiendo cómo puedo desear tanto a alguien cuando todo en esta situación es incorrecto. Debería estar llorando a Alexei, no cayendo en la cama con su hermano. Y, aun así, aunque la culpa se

instala pesada en mi estómago, el deseo serpentea candente y persistente por mis venas.

Pero entonces Dimitri me besa y olvido cómo pensar. Sus manos arrugan mi camisón y olvido por qué esto es una mala idea. Se separa para mirarme, los ojos oscuros y encendidos, y olvido todo excepto lo mucho que necesito sentirle cerca.

—Necesito... —empiezo, pero no sé cómo acabar la frase. ¿Necesito qué? ¿A él? ¿Su consuelo? ¿Perderme en la sensación para no tener que pensar en la culpa, el duelo y la confusión?

Todo eso. Lo *necesito todo*.

—Lo sé —responde con voz ronca—. Lo sé.

Su boca vuelve a buscar la mía y su mano sujeta la parte posterior de mi cabeza, deslizándose entre mis ondas, y su lengua provoca a la mía mientras entra en mi boca. El beso está lleno de aristas y de un deseo punzante, y mi corazón late a un ritmo frenético mientras le atraigo hacia mí.

Le deseo. Le deseo más que a nadie, ni siquiera a Alexei. Dimitri hace que mi alma cante y mi cuerpo arda.

Dimitri deja caer una mano sobre mi pierna, dibujando círculos en el interior de mi muslo con el pulgar, y un gemido grave se escapa de mis labios contra los suyos. Su cuerpo firme y duro se presiona contra el mío, sus besos son lánguidos pero insistentes.

No sé si alguna vez he querido algo más que esto.

Separándose un poco, Dimitri me mira fijamente durante un instante, las pupilas dilatadas. Me atrapa el labio inferior entre los dientes, succionando la carne entre los suyos, y el destello travieso que brilla en sus ojos me revuelve el estómago de puro nervio.

Su mano recorre mi muslo, acercándose de nuevo al centro, y exhalo con fuerza mientras acerco mi cuerpo aún más al suyo.

Tiro del bajo de su camiseta y él se aparta lo justo para ayudarme.

—¿Otra vez, Vera? —me susurra contra la garganta antes de capturar mis labios en un beso abrasador—. ¿Estás segura?

—Quiero —susurro contra su boca mientras él tira su camiseta al suelo—, si tú también quieres.

Sus ojos centellean.—No he deseado nada tanto en mi vida.

Y entonces vuelve a besarme de verdad, todo su cuerpo firme contra el mío, y enredo una pierna alrededor de su cadera, invitándole a entrar en mí por completo. Su lengua busca la mía, jugando y provocando antes de profundizar el beso de nuevo. Y cuando tira de mi camiseta, no puedo quitármela lo bastante rápido.

Recorriendo mi mandíbula y mi cuello a base de besos, Dimitri me desliza bajo él sobre la cama. Un gemido bajo escapa de mis labios al arquearme hacia él, disfrutando del contacto de su boca y sus manos sobre mí.

El calor se concentra en mi centro, formándose un nudo de deseo, y mi respiración se acelera cuando baja más, besando la curva del escote entre mis pechos. Me muerdo el labio inferior mientras recorre la forma de mis pechos, y el calor me inunda las venas cuando su lengua acaricia mi pezón antes de rozarlo con los dientes.

Cierro los ojos, el deseo me abrasa por dentro y creo que podría derretirme bajo sus caricias. Enredo los dedos en su pelo y guío su cabeza mientras se ocupa del otro lado.

Es demasiado íntimo. Demasiado intenso. Esto no es solo sexo; es algo completamente distinto, algo que me oprime el pecho y me humedece los ojos con emociones que no sé nombrar.

Cada caricia me atraviesa de lleno, como si hubiera perdido la noción de todo lo que no sea *él* y *esto*. Ya no hay espacio entre los dos, sus líneas duras pegadas a mi cuerpo, y siento su erección presionando contra mi centro mientras se mueve contra mí. Gimiendo en su boca,

busco su cinturón, acariciando su longitud dura a través de la tela de sus pantalones.

—Joder, Vera —murmura contra mi piel, sus manos tensándose sobre mí mientras le acaricio.

El deseo se retuerce en pura necesidad, y no tengo suficiente. Bajando sus pantalones y la ropa interior de un tirón desde sus caderas, le tomo por completo en mi mano, acariciando su piel dura y sedosa.

Cuando apoya un brazo junto a mi cabeza sobre el colchón, sus respiraciones agitadas contra mi mejilla, me siento poderosa ante su reacción. Es como si se hubiera disuelto en una versión de sí mismo incapaz de contenerse.

—Quiero volver a tocarte, joder —gruñe en mi oído mientras me ayuda a quitarme el camisón—. Quiero destrozarte una y otra vez.

—¿Sí? —suspiro, girando la cara cuando sus labios rozan mi mandíbula.

—Mmmhmm —musita, arañando mi piel con los dientes. Me tiemblan las piernas cuando sus dedos rozan la entrepierna empapada de mi braguita, todavía húmeda de antes—. *Joder*.

Presionándome contra su mano, mi agarre en su polla vacila cuando baja mi ropa interior y la desliza fuera de mis piernas, frotando mi clítoris con un dedo. Un quejido suave se escapa de mi garganta y escondo la cara en su pecho, recorriendo con el pulgar la punta de su erección, moviéndolo un poco más deprisa.

—Joder, Vera —gime él—. ¿Cómo es posible desear a alguien así...*joder*—.

—Lo sé —respondo en un susurro, repitiendo lo que él ha dicho antes, la palabra me sale temblorosa mientras él dibuja círculos perezosos y suaves en mi clítoris. Le quiero dentro de mí otra vez—*necesito* que vuelva a estar dentro de mí—.

Agarro su polla con más fuerza cuando él introduce un dedo, luego dos, en mi interior; me da igual cuándo me folle, mientras lo haga. Cuando desliza los dedos dentro de mí, vuelve a gemir.

—Tan apretada —jadea contra mi oído, atrapando mi lóbulo entre sus dientes—. Tan *jodidamente* mojada—.

Cuando curva los dedos en mi interior, rozando mi pared interna, un grito se escapa de mi garganta.—Te necesito —gimoteo, siendo todo mi cuerpo puro deseo. Ya puedo sentir cómo empieza a temblar, a tensarse, con el ascenso del orgasmo.

Su boca encuentra la mía, rápida y ansiosa, y cuando habla su voz suena ronca.—Dame uno primero—.

Me embiste con los dedos más intensamente, más hondo, su pulgar encontrando mi clítoris y sacando placer de lo más profundo de mí. Me da vueltas la cabeza, la visión se me oscurece por los bordes mientras el corazón no deja de galopar.

—Dimitri —susurro, atrayéndolo aún más cerca de mí—. Voy a...—

Siento su sonrisa contra mi piel cuando llego al orgasmo con un grito, el clímax me arrastra en una ola tras otra, tempestuosa. El placer me recorre y por largos, interminables instantes, es lo único que existe.

Él ronronea contra mi mejilla.—Buena chica —y juro por Dios que podría correrme otra vez.

Nuestros ojos se encuentran mientras me dejo llevar por la bajada y no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios. Dimitri me responde con una sonrisa igual de sexy, tan seductora que me hace humedecerme de nuevo. El deseo late, insistente, entre mis piernas.

Le busco con la mano antes de empujarle suavemente hacia atrás. Él se deja, y rodamos sobre el colchón, de modo que quedo sentada a horcajadas sobre su cintura. Recorro con la mano su polla dura, deleitándome con el deseo líquido que oscurece sus ojos.

Mordiéndome el labio inferior, me coloco sobre él y, en un movimiento fluido, lo tomo dentro de mí.

—Joder —susurra Dimitri mientras ambos nos adaptamos a la sensación. Aunque esta es la cuarta vez que tenemos sexo (sí, las estoy contando), sigo sintiendo ese delicioso y punzante ardor de lo grande que es y de lo maravillosamente que me llena. Me escapa un suspiro profundo cuando me muevo encima de él.

Me muevo sobre él con movimientos circulares, le sonrío y le beso antes de volver a subir y dejar que me penetre de nuevo.

Y es tan fácil dejarse llevar, entregarme al ritmo, al rugido del pulso. Encajamos como si hubieran hecho uno para el otro, y ese pensamiento remueve algo profundo dentro de mí.

Dimitri me atrae a él, labios y lengua enredándose con pereza mientras le recibo una y otra vez. Se traga mis gritos, mis gemidos, sus manos recorren mi piel desnuda y tiran de mi pelo. El placer me inunda al acelerar el ritmo, cada parte de mí tensa mientras él me empuja una vez más al abismo.

—Dimitri —susurro, mirándole a los ojos—. *Dimitri.*—

Sus cejas se fruncen, pero entonces me rodea la cintura y nos gira, cubriéndome con su cuerpo, una sonrisa traviesa asomando en sus labios. Empuja dentro de mí de golpe y dejo escapar un gemido por la intensidad repentina.

Vuelve a embestir, moviendo las caderas contra mí mientras yo enrosco mis piernas en torno a su cintura, invitándole a hundirse aún más profundo. Con el pulso desbocado, me arqueo sobre la cama y araño su espalda con las uñas, gimiendo su nombre.

El calor entre nosotros lo es todo, y me abandono a él mientras él hace que el placer me invada en olas abrumadoras. El clímax me ronda la mente, jugando al filo de mis nervios, y todo mi cuerpo se tensa con el calor centelleante.

Dimitri me penetra otra vez, paseando los dientes por mi mandíbula, y murmura en voz baja, casi con devoción:—Vera —mientras su pulgar encuentra mi clítoris.

Me deshago bajo él y recoge mi grito con su boca. Cuando él también se desborda segundos después, esconde la cara en mi cuello y me sujeta tan fuerte que apenas me deja respirar.

Cuando por fin empiezo a bajar con la respiración agitada y el corazón acelerado, le contemplo mientras levanta la cabeza y me pierdo en la profundidad de sus ojos oscuros.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro, iluminando sus ojos, y me atrae a un beso largo y perezoso. Todo mi cuerpo despierta en respuesta, el corazón marcando un ritmo diferente cuando él se retira y se acomoda a mi lado. Me atrae contra su pecho, un brazo rodeando mi cintura y la otra mano acariciando mi pelo con una ternura sorprendente.

—Duerme —murmura contra mi sien—. Estás agotada—.

Y lo estoy. El desgaste emocional de los últimos días me cae encima de golpe. Los párpados se me hacen pesados. Mi cuerpo se funde en su calor.

—No me dejes —murmuro, sintiéndome tan cálida, suave y a salvo.

—No lo haré —promete, pasando los dedos por mi pelo.

Justo antes de dormir, siento cómo besa la parte superior de mi cabeza y me aprieta entre sus brazos como si temiera que fuera a desaparecer.

Lo último que pienso antes de quedarme dormida es que esto se siente bien, de una forma que nada con Alexei se sintió jamás.



Me despierto con humedad entre las piernas y la confusión nublando mi mente.

Durante un momento terrible, creo que me he hecho pis encima. El rubor me sube a la cara aunque esté sola (el lado de la cama de Dimitri está vacío y las sábanas frías. Debió de volver a su cuarto en algún momento).

Pero entonces me muevo y siento cómo la humedad se extiende. Demasiada para ser... *eso*. Y algo va mal. Algo no encaja. Hay una pesadez en la parte baja de mi pelvis que antes no estaba.

Un escalofrío me recorre la espalda y aparto las sábanas de golpe. El corazón se me para.

Rojo. Rojo oscuro, casi negro en la débil luz de una mañana tardía de otoño. Está manchado por todo mi camisón y tiñe las sábanas blancas bajo mí. Hay tanta sangre que parece la escena de un crimen.

Por un instante, me molesto. He empezado la regla. Maldita sea.

Pero entonces me doy cuenta. No puedo haber empezado la regla porque estoy embarazada...—

No.

No, no, no, no, *no*.

Las manos vuelan a mi vientre. Estoy sangrando. Estoy sangrando y estoy embarazada y esto no puede estar pasando. No puede...—

—¡Dimitri! —Mi voz sale ahogada. Desesperada.

Silencio.

Toco la sangre con los dedos temblorosos, como si mis ojos pudieran estar engañándome. Como si quizá no fuese real, como si aún siguiera dormida y esto no fuera más que una pesadilla.

Pero mis dedos vuelven pegajosos, rojos y muy, *muy* reales.

—¡DIMITRI!

Tengo que llegar hasta él. Necesito encontrar ayuda. El bebé—

Coloco las piernas al borde de la cama e intento ponerme en pie. En cuanto mis pies tocan el suelo, un calambre agudo y feroz atraviesa mi abdomen inferior como una cuchillada. Duele tanto que me corta la respiración y me doblo con un quejido.

Dios mío. Dios mío, lo estoy perdiendo.

El bebé. *El bebé de Alexei*. La última parte de él que queda en este mundo.

Otro calambre me atraviesa y jadeo, agarrándome el vientre como si pudiera retenerlo todo a base de pura fuerza de voluntad. Las lágrimas empañan mi visión mientras me tambaleo hacia la puerta, poniéndome el camisón olvidado con manos temblorosas. La sangre resbala por mis muslos y cae sobre la alfombra, dejando un rastro tras de mí. Me avergonzaré después, si es que hay un después, si todo no está a punto de venirse abajo—

Esto es un castigo.

La idea me golpea de lleno.

Le traicionaste. Te acostaste con su hermano. Te enamoraste de Dimitri. Y ahora lo estás pagando.

—No —susurro—. No, por favor—

Mi voz se quiebra en un sollozo. Me aferro al marco de la puerta para no caer, mis piernas amenazando con ceder. Cada paso envía nuevas oleadas de dolor a mi abdomen y hace que más sangre siga bajando por mis muslos.

Voy a perder a este bebé. A esa vida inocente que no ha hecho nada mal salvo ser concebida por dos personas que creyeron tener un futuro juntos.

Esto es culpa mía. Por acostarme con Dimitri. Por desearle. Por traicionar la memoria de Alexei mientras llevo a su hijo dentro.

Abro la puerta de un tirón y grito.

—¡DIMITRI!

Unos pasos retumban por la escalera. Un guardia aparece al final del pasillo (no sé cómo se llama, es uno de los cinco que se quedaron después de que Dimitri despidiera a la mayoría de la seguridad). Al verme, se le va todo el color del rostro.

—Señora Volkov—

—Busca a Dimitri —le suplico entre jadeos—. Por favor. El bebé—

Ya está hablando por radio rápidamente en ruso, palabras que no entiendo, pero la urgencia se percibe claramente.

Después, más pasos, esta vez más apresurados, y de pronto ahí está Dimitri.

Lleva las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos fuertes cubiertos sutilmente de vello oscuro. Su pelo está despeinado y se nota que no se ha afeitado porque la barba ensombrece su mandíbula angulosa.

Se queda petrificado al verme.

El color desaparece de su cara—ese tono oliva volviéndose pálido, haciendo que sus ojos destaquen aún más. Sus labios carnosos se entreabren en una exclamación muda y, por un instante, sólo mira—la sangre empapando mi camisón, goteando en la alfombra, cómo estoy doblada agarrándome el vientre, las lágrimas rodando por mi rostro.

El terror le transforma las facciones. Frunce el ceño, esos pómulos afilados parecen aún más marcados cuando aprieta la mandíbula. Cada línea de su figura alta y poderosa se tensa de miedo.

—Vera —mi nombre es apenas un susurro.

Y entonces se mueve, acortando la distancia entre nosotros en cuatro zancadas. Me alza en brazos como si no pesara nada, acunándome contra su pecho mientras me lleva de vuelta a la cama.

—Que venga el Dr. Petrov YA —ladra al guardia—. Me da igual lo que esté haciendo o si está en cirugía. Quiero que esté aquí en los próximos quince minutos o prenderé fuego a su maldita consulta.

El guardia desaparece. Dimitri me acomoda en la cama con una dulzura que contradice la violencia de su voz. Le tiemblan las manos al quitarme el camisón empapado de sangre, y coge una toalla del baño para presionarla entre mis piernas.

—Tranquila —dice, y su voz es firme aunque las manos no. Pero puedo ver el terror en sus ojos—. Todo va a salir bien.

Miente. Sé que miente. Esto no está bien. *Nada* de esto está bien.

—El bebé— —sollozo, sintiendo cómo se me rompe el corazón. Quiero a este bebé con una intensidad que me sorprende, porque ¿cómo se puede querer tanto a alguien a quien ni siquiera has conocido?—. Dimitri, estoy perdiendo—

—Eso no lo sabes. —Me sostiene la cara, obligándome a mirarle a los ojos—. No lo sabes, Vera. Esperaremos al Dr. Petrov, él te va a revisar y todo va a salir *bien*.

Pero otro calambre me atraviesa y grito, todo mi cuerpo se sacude. Dimitri emite un sonido bajo, ronco, que parece pura desesperación y me estrecha con fuerza contra su pecho.

—Te tengo —murmura contra mi cabello—. Aquí estoy. Sólo respira.

Pero no puedo respirar. No puedo hacer otra cosa salvo sollozar, sangrar y rezar a un Dios en el que ni siquiera sé si creo, para que no haya matado al bebé de Alexei por mi propia debilidad y egoísmo.

El tiempo pierde sentido. Pueden ser minutos u horas los que pasamos así, Dimitri abrazándome mientras yo me desmorono en

sus brazos. No deja de susurrar palabras de consuelo en las que no creo y de besarme la sien como si eso pudiera arreglar algo.

No lo hará. Nada lo hará.

Porque si pierdo a este bebé, será por mi culpa. Es mi castigo por enamorarme del hermano equivocado.

La puerta se abre violentamente y el Dr. Petrov irrumpe, maletín en mano. Todavía lleva el pijama bajo la bata. El pelo alborotado y la cara marcada por el sueño.

—¿Qué ha pasado? —exige, ya sacando su instrumental.

—Sangrado —responde Dimitri con voz tensa—. Calambres fuertes. Lleva doce semanas—

—Ya sé de cuánto está. —Dr. Petrov se prepara rápidamente—. Señora Volkov, necesito que se recueste. Señor Volkov, aparte de aquí.

—No. —Los brazos de Dimitri se cierran aún más en torno a mí.

—Dimitri—

—No pienso dejarla —responde Dimitri con frialdad.

Dr. Petrov parece dispuesto a discutir, pero una mirada al rostro de Dimitri basta para que asienta con sequedad—. Bien. Pero no se meta en medio.

Si la situación no fuera tan grave, me habría reído al ver cómo el amable doctor consigue dominar con facilidad a Dimitri.

El Dr. Petrov me ayuda a recostarme sobre las almohadas. La toalla entre mis piernas está empapada, más roja que blanca y el vientre vuelve a retorcerse de dolor. Gimoteo, buscando a tientas la mano de Dimitri.

Él la coge y aprieta tan fuerte que casi duele.

—Necesito hacerte una exploración —dice el doctor Petrov con suavidad—. Y después una ecografía. —Se cruza con mi mirada—. Va a ser incómodo, pero necesito ver qué está sucediendo.

Asiento con la cabeza, pero no puedo dejar de llorar. No puedo dejar de pensar *por favor, por favor, por favor* una y otra vez, como si fuera una plegaria.

La exploración es una tortura. Cada contacto provoca nuevos pinchazos en mi abdomen. Manan más gotas de sangre y escucho a Dimitri contener el aliento a mi lado.

—Sangrado abundante —murmura el doctor Petrov, más para sí mismo que para nosotros—. Calambres intensos. Veamos qué muestra la ecografía.

Echa gel frío sobre mi abdomen y presiona el transductor contra mi piel. La habitación se llena de estática; un ruido blanco que hace que el corazón me lata tan fuerte que lo siento en la garganta.

Por favor. Que el bebé esté bien. Haré lo que sea. No volveré a acercarme a Dimitri. Me encerraré en mi habitación y me mantendré lejos de él. Seré fiel a la memoria de Alexei como debí haber sido siempre. Solo por favor—

Un sonido rompe la estática.

Bom-bom. Bom-bom. Bom-bom.

Rápido, constante y precioso.

Un latido.

—Ahí está —dice el doctor Petrov, y su voz deja oír un alivio claro y palpable—. Qué maravilloso es escuchar este sonido. El latido es perfecto.

Emito un sonido mitad sollozo, mitad risa. La mano de Dimitri aprieta la mía tan fuerte que siento cómo me crujen los huesos.

—¿El bebé está bien? —pregunta él, ronco.

—El bebé está perfectamente. —El doctor Petrov mueve el transductor, y de repente aparece una imagen en la pantalla. Borrosa y gris, pero inconfundiblemente con forma humana. Brazos y piernas diminutos. Una cabeza grande—. ¿Ves? Todas las medidas son normales para las doce semanas. Se mueve activamente.

Como si quisiera demostrarlo, el bebé se agita en la pantalla. Es solo un pequeño aleteo, pero sin duda se mueve.

—¿Entonces por qué…? —Mi voz se quiebra mientras sorbo por la nariz, el terror convirtiéndose en confusión—. ¿Por qué hay tanta sangre?

—Por esto. —El doctor Petrov señala una zona oscura en la pantalla, separada del bebé—. Esto es un hematoma subcoriónico. Es una acumulación de sangre entre la pared uterina y la placenta. Es bastante común durante el primer trimestre, de hecho afecta aproximadamente al 25% de los embarazos.

—¿Es peligroso? —pregunta Dimitri, aún pálido.

—Puede serlo, pero en este caso es relativamente pequeño. La mayoría de los hematomas se reabsorben solos antes del segundo trimestre. —El doctor Petrov retira el transductor y me entrega una toalla para limpiarme el gel—. El sangrado impresiona, pero el bebé está completamente a salvo. El hematoma está en una zona distinta a la del implante del bebé.

El alivio es tan aplastante que me siento mareada. El bebé está *bien*. El bebé de Alexei está bien. No he—

—¿Qué tiene que hacer? —pregunta Dimitri con urgencia.

—Reposo absoluto la próxima semana. Nada de esfuerzos—y eso incluye el sexo. —El doctor Petrov nos mira a ambos con intención, y el rubor me sube a las mejillas a pesar de todo. ¿Cómo lo ha…?— El sangrado debería disminuir en los próximos días. Es normal que haya algo de molestia mientras el hematoma se reabsorbe, pero si el sangrado aumenta, es decir, si empapas más de una compresa por

hora, o si los calambres se vuelven insoportables, llámame en seguida.

Empieza a recoger el equipo, pero se detiene. Saca una pequeña foto de la máquina de ecografías y se la entrega a Dimitri.

—Tu bebé —dice simplemente.

Dimitri la coge con manos temblorosas y contempla la imagen como si guardara todos los secretos del universo.

El doctor Petrov se marcha dejándome órdenes de reposo, instrucciones para la señora Kozlov sobre lo que puedo y no puedo hacer, y la promesa de volver mañana. La puerta se cierra tras él y de repente volvemos a estar solos.

La adrenalina me abandona de golpe, dejándome vacía y agotada. Pero no puedo apartar la mirada de Dimitri, de la forma en que observa esa foto de la ecografía, con algo muy parecido al asombro en su rostro.

—El bebé está bien —susurro.

—Sí. —Su voz suena áspera—. Sí, el bebé está bien.

Se deja caer pesadamente en la silla junto a la cama, aún sujetando la foto. Le veo recorrer con el dedo la pequeña silueta, con una delicadeza que me duele en el pecho.

—¿Cuándo ha pasado esto? —pregunta en voz baja.

Inclino la cabeza, confundida. —¿El qué?

Por fin me mira, y la vulnerabilidad en sus ojos me sorprende—. ¿Cuándo se ha vuelto tan importante este bebé para mí? —Traga saliva, atormentado—. ¿Cuándo te has convertido tú—?

Se interrumpe bruscamente y aparta los ojos. Aprieta la mandíbula, como si estuviera obligándose a tragar las palabras.

Sé lo que iba a decir. Y sé por qué se calla.

Porque decirlo en voz alta lo haría real. Lo convertiría en algo que no podríamos deshacer o fingir que no está pasando.

Así que decido tener piedad. De él. Y de mí.

—Puedes volver al trabajo si quieres —digo en voz baja—. Estaré bien.

—No lo creo. —Deja cuidadosamente la foto de la ecografía en la mesilla de noche—. Me quedo.

Me sobresalto. No esperaba eso. —Dimitri, no tienes por qué hacerlo.

—Me quedo, Vera. Hoy, mañana y el tiempo que el doctor Petrov diga que necesitas reposar. —Su tono no admite discusión—. No voy a dejarte sola.

Una parte de mí quiere protestar y recordarle que tiene trabajo, una investigación pendiente. Que con la señora Kozlov bastará para vigilarme.

Pero la otra parte—la que sigue aterrada tras lo de esta mañana, la que aún tiembla al pensar lo cerca que hemos estado de perder a este bebé—solo asiente.

—Vale.

Asiente. —Vuelvo enseguida —me dice. A los pocos minutos, regresa con su portátil y se instala en la silla junto a mi cama. Empieza a trabajar con esa concentración intensa que ya reconozco como su modo habitual.

Pero cada pocos minutos sus ojos se deslizan hacia mí, como si comprobara que sigo viva. Que sigo bien.

Cuando por fin el sueño me vence, lo último que veo es a Dimitri envuelto en el resplandor azul de la pantalla de su portátil. Sigue ahí. Sigue velando por mí.

Protegiendo lo que es suyo.

Ya no me quedan fuerzas para preguntarme cuándo he pasado a formar parte de esa categoría. Cuándo el bebé se volvió nuestro en vez de solo de Alexei.

Cuándo cambió todo.

Simplemente cierro los ojos y dejo que el sueño me lleve, sabiendo que, cuando despierte, él seguirá ahí.

Y, de alguna manera, eso basta.

18

DIMITRI

Han pasado dos días desde el sangrado. Cuarenta y ocho horas desde que pensé que podría perderlas a las dos.

Se supone que debería estar revisando los protocolos de seguridad—el archivo está abierto en mi ordenador, el cursor parpadeando con impaciencia—pero en lugar de eso estoy observando a Vera dormir.

Está de lado, de cara a mí, una mano debajo de la mejilla. Su melena cobriza se derrama en ondas sobre la funda blanca de la almohada, atrapando la luz de la tarde que entra por la ventana. Sus largas pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, y sus labios están apenas entreabiertos con cada respiración lenta.

Es preciosa.

No es un pensamiento nuevo. Siempre he sabido que era atractiva, incluso cuando la odiaba, pero esto es distinto. Esto es mirar cómo arruga un poco la nariz cuando sueña, cómo le tiemblan los dedos contra la almohada, y el suave subir y bajar de su pecho que me dice que está aquí, viva y *a salvo*.

Esto es memorizar cada detalle como si temiese olvidarme de alguno, como si pudiera desvanecerse si aparto la mirada.

Mis ojos descienden hasta donde su otra mano descansa sobre el vientre. Apenas se nota la vida de doce semanas que crece en su interior. Si no conocieras su cuerpo como yo, nunca notarías que está embarazada. Pero *yo* sé que está ahí. He visto la imagen granulada de la ecografía que ahora guardo en mi cartera, y he escuchado ese latido tan rápido que parece imposible.

¡Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum.

El recuerdo me oprime el pecho. Esos momentos antes de que el doctor Petrov encontrara el latido—cuando Vera sollozaba entre mis brazos, había tanta sangre, y pensé—

Obligo a apartar el recuerdo. Ella está *bien*. El bebé está *bien*. El doctor Petrov lo dijo.

Pero no he podido salir de esta habitación más de unos minutos seguidos desde entonces. La señora Kozlov trae las comidas. Trabajo desde la silla junto a la cama de Vera. Por la noche, me tumbo a su lado y apenas duermo porque necesito saber que sigue respirando, que está bien.

Es excesivo. Obsesivo, en realidad. Pero no puedo evitarlo.

La idea de perderla—de perderlas *a ambas*—ha cambiado algo fundamental en mi interior hasta que ya no puedo fingir más.

Estoy enamorado de ella.

De Vera Ashford. La mujer con la que me casé por venganza. La mujer cuya familia mató a mi hermano. La mujer que está embarazada de su hijo.

La revelación debería horrorizarme, y lo hace. Pero también es tan obvia que no entiendo cómo no me di cuenta antes.

¿Cuándo ocurrió? Intento remontarme y encontrar el instante exacto. ¿Fue en la cena, cuando me devolvió mis propias palabras sin amedrentarse? ¿O cuando me miró en la biblioteca sin miedo,

con comprensión? ¿O la noche que hicimos el amor en mi despacho y me dijo que le importaba, a pesar de todo?

¿O tal vez fue hace dos días, cuando la vi encogida, sangrando, y sentí que el mundo se desmoronaba bajo mis pies? Cuando me di cuenta de que lo reduciría todo a cenizas—cada alianza, cada plan cuidadosamente trazado, la maldita ciudad entera—si eso significaba mantenerla a salvo?

Quizá fueron todos esos momentos. Quizá ninguno. Quizá llevo cayendo desde el instante en que la vi recorrer el pasillo con su vestido blanco, muerta de miedo pero enfrentando su destino.

Vera se mueve dormida, su mano recorriendo inconscientemente la leve curva de su vientre. Protegiendo. Incluso dormida, está protegiendo al bebé.

Mi bebé.

Ese pensamiento me hiela. No el bebé de Alexei. *El mío*.

El sudor me recorre la espalda. ¿Cuándo ocurrió ese cambio? ¿Cuándo empecé a pensar en este niño como mío y no como el de mi hermano? ¿Es porque soy yo quien ha estado aquí en cada cita del médico y en cada momento de náuseas matutinas? ¿Porque fui yo quien la abrazó mientras sollozaba y sangraba y pensaba que lo estaba perdiendo?

¿Es esto lo que siente un padre? Esa necesidad feroz, arrolladora, de protegerlos a los dos. ¿O es solo lo que debería sentir un tío?

La diferencia importa. *Debería* importar.

Porque si empiezo a verme como el padre de este bebé, entonces estoy quitándole algo que debería haber sido de Alexei. La oportunidad de vivir el embarazo de Vera, de sostener a su hijo, de formar una familia.

Lleva muerto dos meses y medio. Dos meses y medio, y ya le he quitado a su chica y he reclamado a su hijo como mío.

Joder. Soy un hermano horrible.

Alexei no la merecía, eso ahora lo sé después de que Vera me contara cómo era su relación. La mantuvo en secreto, como si fuera algo de lo que avergonzarse. Tenía a esta mujer increíble que lo amaba y la trataba como una ocurrencia tardía. ¿Cómo pudo hacerle eso?

Pero aun así seguía siendo *suya*. Y este bebé—

Miro la ecografía que está en la mesilla. Esa figura diminuta, apenas reconocible como humana pero viva sin lugar a dudas. Mi sobrina o sobrino. El hijo de mi hermano.

Mi hijo.

Dejo caer la barbilla sobre el pecho. Dios, estoy tan jodido.

Ya no puedo separar las dos cosas, ni trazar una línea clara entre el deber y el deseo, entre proteger lo que es mío y tomar lo que fue de Alexei. Todo está tan entrelazado que ya no sé dónde termina un sentimiento y empieza el siguiente.

Solo sé que la quiero. La quiero de una forma que lo consume todo y, además, es absolutamente inapropiado, teniendo en cuenta que está de luto por mi hermano muerto mientras espera un hijo suyo.

Y sé que no puedo decírselo.

Decir —Te quiero— me parece la mayor de las vulnerabilidades, y Dimitri Volkov no *conoce* la vulnerabilidad. Más aún, me resulta *incorrecto*, como si la obligara a elegir entre su dolor por Alexei y los sentimientos que empiezan a surgir por mí. Es como si estuviese aprovechando su aislamiento y su dependencia.

Sería traicionar a mi hermano una vez más.

Así que permanezco en silencio.

Le preparo la comida, sin confiar en que nadie más se asegure de que coma, le pongo sus vitaminas prenatales cada mañana y la

observo hasta que se las traga. Estoy aquí cuando despierta de una pesadilla, cuando los calambres se agravan, o cuando necesita simplemente compañía.

Por la noche, la abrazo, hundo la cara en su cabello y respiro el aroma de su champú, y pienso en cómo sería la vida si todo fuera diferente. Si nos hubiéramos conocido antes, incluso antes de que ella y Alexei se encontraran. Y le susurro todo menos las palabras que realmente importan.

—Estás a salvo.—

—Te tengo.—

—No voy a irme a ningún sitio.—

Pero nunca —Te quiero.—

Todavía no. Quizá nunca.

Porque hay verdades demasiado peligrosas como para decirlas en voz alta y sentimientos demasiado enredados como para deshacerlos. Y algunas traiciones…

Un golpe en la puerta interrumpe mi espiral de pensamientos.

Miro a Vera, pero no se inmuta.

Llaman de nuevo, de forma más insistente.

Cierro el portátil con cuidado y salgo sigilosamente de la habitación, cerrando la puerta tras de mí. Si esto es lo suficientemente importante como para interrumpirnos, alguien va a tener un día muy complicado.

Konstantin está en lo alto de las escaleras, impecable como siempre. Traje gris, ni un solo pelo fuera de lugar. Al verme salir del dormitorio de Vera, levanta una ceja.

—Dimitri. Empezaba a pensar que te habías instalado allí de manera permanente.—

—Vera debe guardar reposo en cama —respondo con sequedad—. Alguien tiene que asegurarse de que siga las indicaciones.—

—¿Y ese alguien tienes que ser tú?— No suena exactamente crítico. Más bien... ¿complacido? Como si hubiese hecho algo digno de su aprobación. Es raro. —Tienes personal para eso. La señora Kozlov. Los guardias.—

Frunzo el ceño mirando a mi tío. —No voy a dejarla sola.—

Algo se le escapa en la expresión. ¿Satisfacción? —Ya veo.— Hace un gesto hacia las escaleras. —¿Hablamos abajo? ¿O vas a preocuparte de que desaparezca en los cinco minutos que te ausentes?—

Su sarcasmo me irrita, pero tiene razón. Vera duerme. El doctor Petrov la dio de alta ayer: la hemorragia ha parado y los calambres han remitido. Ya no hay peligro inmediato.

Y necesito salir de este pasillo porque, por alguna razón, no me gusta tener a mi tío cerca de Vera.

—Bien.—

Bajamos a mi despacho. No le ofrezco un asiento y él tampoco se sienta. En lugar de eso, se coloca junto a la ventana, las manos entrelazadas a la espalda, mirando hacia el jardín.

—¿La chica se recupera bien, supongo?— pregunta.

—Vera —corrijo con brusquedad, tensándome ante el desaire—. Se llama Vera. Y sí, está bien. El bebé también.—

—Bien.— Se da la vuelta para mirarme. Y ahí está de nuevo esa expresión. Complacido. Satisfecho. —Me alegra ver que te tomas en serio tus responsabilidades como marido.—

Sus palabras me incomodan. —Por supuesto que me las tomo en serio —respondo, molesto—. Es mi esposa. Lleva en su vientre el hijo de un Volkov.— Cruzo los brazos, a la defensiva sin saber exactamente por qué. —Su bienestar es asunto mío.—

Konstantin resopla. —Es algo más que simple preocupación, Dimitri —dice con suavidad—. Es evidente que la chica te importa de verdad.—

No lo niego, sobre todo después de haber estado dos días instalado en su dormitorio como un perro guardián, pero no pienso darle a mi tío el gusto. —¿Qué quieres decir?— pregunto, impaciente.

Mi tío se encoge de hombros. —Nada. Solo una observación.— Se aparta de la ventana, acercándose a donde estoy. —Cuando organizamos este matrimonio, te dije que uniría a las familias y que nacería la paz de la tragedia. Pero no esperaba...— Hace una pausa, estudiando mi rostro. —Que surgieran sentimientos genuinos tan deprisa.—

La manera en que lo dice me revuelve el estómago. ¿Por qué suena tan satisfecho?

—Si has desarrollado sentimientos verdaderos por Vera —continúa—, eso solo fortalece la alianza. Hace que tenga más posibilidades de durar. Al fin y al cabo, un matrimonio basado en el afecto real vale mucho más que uno basado únicamente en la obligación.—

Tiene razón, pero hay algo en su tono—en la forma en que me observa, como si yo fuera una pieza de ajedrez que ha movido justo donde quería—que me despierta las alarmas.

—¿Adónde quieres llegar, tío?

—A nada.— Abre las manos con gesto inocente. —Simplemente digo que estoy contento. Por los dos. La muerte de Alexei fue una desgracia, pero quizá de todo esto pueda salir algo bueno, después de todo.—

Ahí está otra vez. Esa forma tan casual de dejar a un lado a Alexei. Como si el asesinato de mi hermano hubiese sido solo un tropiezo en el camino hacia una alianza más sólida.

—Sigues haciéndolo —digo despacio.—

Parece confundido.— ¿Haciendo qué?—

—Hablar de Alexei como si no importara. Como si su muerte hubiera sido simplemente...— Busco las palabras. —Cómoda.—

La expresión de Konstantin no cambia. —Quería a Alexei como a un hijo, lo sabes. Pero ya no está, Dimitri. No podemos traerlo de vuelta. Todo lo que podemos hacer es honrar su memoria asegurándonos de que su muerte no fue en vano.—

Suena razonable. Lógico incluso. Pero llevo semanas revisando cada detalle de la muerte de Alexei y las contradicciones no dejan de rondarme la cabeza.

—Tío, la cronología no encaja —le digo, repitiendo algo que le he dicho incontables veces antes, y sé que le irrita por la manera en que frunce el ceño y aprieta los labios en una fina línea—. Los Ashford llegaron a las 9:40. El forense calculó la hora de la muerte a las 9:30. ¿Cómo pudieron tenderle una emboscada si aún no estaban allí?—

Konstantin suspira, frotándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice.— Ya hemos hablado de esto…—

—Las quemaduras de pólvora no coinciden con la distancia que informó el forense —continúo, hablando por encima de Konstantin—. Las trayectorias de las balas no cuadran. Alguien limpió esa escena antes de que llegáramos.

—Dimitri. —La voz de Konstantin se vuelve cortante—. Estás agotado. Llevas días matándote a trabajar intentando encontrar a un traidor que quizá ni siquiera existe, y ahora has pasado dos días sin apenas dormir porque te preocupa tu mujer. Estás viendo conexiones que no existen.

—¿Ah, sí? —le desafío, harto de que mi tío me ignore—. ¿O es que intentas evitar que vea lo que tengo delante de las narices?

Por un segundo —tan breve que casi se me escapa—, algo frío brilla en sus ojos. Y desaparece, sustituido por preocupación.

—Entiendo que estás bajo presión —dice con cuidado—. Pero hacer acusaciones precipitadas no traerá de vuelta a Alexei. Céntrate en Vera y el bebé. Céntrate en la alianza que hemos forjado y deja el pasado donde está.

Me está diciendo que lo deje estar. Que deje de investigar. Que acepte la versión oficial y siga adelante.

Cada instinto que tengo me grita que no debería hacerlo.

Pero antes de que pueda contestar, mi móvil vibra. Es un mensaje de la señora Kozlov.

La señora Volkov está despierta y pregunta por usted.

—Tengo que irme —digo de forma abrupta, poniéndome en pie y acercándome a la puerta para abrirla.

—Por supuesto. —Konstantin se encamina hacia la puerta, pero se detiene un instante—. Cuida de esa chica, Dimitri. Ahora es el futuro de esta familia. No pierdas de vista lo que importa.

Se marcha antes de que pueda responder y preguntarle por qué ha sonado más a advertencia que a consejo.

Me quedo allí de pie en el repentino silencio, con la mente dando vueltas.

¿Por qué Konstantin sigue rechazando mis preocupaciones sobre la muerte de Alexei? ¿Por qué parece tan satisfecho de que me esté enamorando de Vera? ¿Qué demonios significa eso de "céntrate en lo que importa"?

Me estoy perdiendo algo. Algo importante. Algo que he tenido delante de los ojos todo este tiempo.

Pero entonces mi móvil vuelve a vibrar —otro mensaje de la señora Kozlov, este más insistente— y me obligo a moverme. Sea lo que sea

que no veo, tendrá que esperar.

Vera me necesita.



Está sentada apoyada en las almohadas cuando entro, con mejor aspecto que en días. El color ha vuelto a sus mejillas y lleva el pelo recogido en un moño desordenado, con algún mechón suelto enmarcándole el rostro.

Guapísima. Es tan jodidamente guapa que duele mirarla.

—Hola —dice en voz baja—. La señora Kozlov ha dicho que tu tío estaba aquí. ¿Todo bien?

—Todo bien —miento, sin querer preocuparla—. Solo venía a ver cómo estabas.

No parece muy convencida, pero no insiste (gracias a Dios). En su lugar, da unas palmaditas en la cama junto a ella, invitándome a sentarme.

Cruzo la habitación y me siento al borde del colchón, tan cerca que nuestras piernas casi se tocan.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto suavemente.

—Mejor. Inquieta. —Hace una mueca—. El doctor Petrov ha dicho que mañana ya puedo levantarme si sigo bien. Empezar a moverme un poco.

Ya, eso va a ser que no. —Me alegro —consigo decir.

—¿Sí? —Inclina la cabeza, estudiándome con esos ojos salpicados de ámbar—. Pareces preocupado.

Estoy preocupado. Preocupado por las incongruencias en la muerte de Alexei. Preocupado por el traidor que aún no he encontrado.

Preocupado por las diecisiete personas de mi lista de sospechosos y por el hecho de que ninguna pista avance.

Pero, sobre todo, me preocupa estar enamorándome de una mujer a la que no tengo derecho a amar, y que, cuando ella lo descubra, me odie por ello.

—Estoy bien —digo.

Vera frunce los labios. —Mentiroso.

La palabra suena suave. Incluso un poco burlona, quizá. Alarga la mano y toma la mía, entrelazando nuestros dedos como si fuera lo más natural del mundo.

—Apenas has salido de esta habitación en dos días —dice—. Te estás dejando la piel. Háblame, Dimitri.

Te quiero.

Las palabras están ahí, presionando contra mis labios. Tres sílabas que cambiarían todo.

Pero no puedo decirlas. No quiero cargarla con eso cuando sigue queriendo a mi hermano y lleva a su hijo en el vientre.

Así que digo lo que puedo, que es verdad aunque no sea toda la verdad.

—Estoy aquí —le digo, apretando su mano—. No me voy a ir a ninguna parte.

Sus ojos buscan los míos, y me pregunto qué verá. Si será capaz de leer en mi cara todo lo que no puedo decirle.

—¿Lo prometes? —pregunta en voz baja.

Asiento, con el corazón en la garganta. —Lo prometo.

Se acerca un poco más, acomodándose a mi lado con la cabeza en mi hombro. Mi brazo la rodea instintivamente, sujetándola como

llevo haciendo cada noche desde hace dos días.

Dios, ojalá esto no tuviera que acabar nunca.

—Gracias —susurra—. Por quedarte. Por cuidarme. Por… —Se detiene, y casi puedo sentir cómo lucha por encontrar palabras—. Por preocuparte.

Te quiero. Las palabras resuenan en mi cabeza, desesperadas e imposibles.

—Siempre —respondo en su lugar.

Y la abrazo mientras la luz de la tarde se disuelve en el anochecer, pensando esas tres palabras una y otra vez.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Pero lo que le digo es: —Estoy aquí. No me voy a ir a ninguna parte.

Es lo más cerca que puedo estar de la verdad sin decirla en voz alta y arriesgar todo lo que hemos construido.

Sin traicionar a mi hermano una vez más.

Así que callo, abrazando a la mujer que amo, protegiendo lo que es mío y de mi hermano y, de algún modo, de los dos y de ninguno al mismo tiempo.

Y me pregunto cuándo el silencio se convirtió en lo mismo que mentir.

19

VERA

La libertad sabe a libros encuadernados en cuero y al sol de la tarde.

He vuelto a la biblioteca y estoy sentada en el alféizar de la ventana (es la primera vez que me dejan salir de mi habitación en cinco días) con un ejemplar desgastado de *El Jinete de Bronce* abierto sobre las piernas. La historia de Tatiana y Alexander siempre ha sido una de mis favoritas: épica, trágica y hermosa. Dos personas que no deberían estar juntas, separadas por la guerra, las circunstancias y decisiones imposibles.

La verdad, bastante apropiado.

Intento concentrarme en las palabras, en el primer vistazo de Tatiana a Alexander en el Jardín de Verano, pero mi mente vuelve una y otra vez al hombre que ahora mismo está encerrado en su despacho abajo. Al modo en que me abrazó anoche, su rostro hundido en mi pelo, el alivio de su peso envolviéndome.

Al hecho de que en algún momento de las dos últimas semanas, Dimitri Volkov se ha colado por completo en mi corazón.

No sé cuándo ha ocurrido, pero, joder, estoy en un lío. Porque me estoy enamorando de Dimitri. Bueno, en realidad ya lo estoy. Hablo

en pasado. Ya está hecho.

¿Y lo más sorprendente? Hace días que no pienso en Alexei.

Me estremezco al darme cuenta, mis dedos apretando los bordes del libro. Me he dejado absorber tanto por Dimitri—por nuestra creciente intimidad, por el susto del embarazo, por aprender a confiar en él—que Alexei se ha convertido casi en... ruido de fondo. Un recuerdo triste, en vez de una herida abierta.

Debería sentirme culpable por olvidar al hombre que creía amar, el padre de mi bebé. Pero *no* me siento culpable. Y eso me revuelve el estómago.

Mi móvil vibra en el cojín a mi lado, haciéndome dar un brinco. Lo tengo de vuelta desde hace una semana. Dimitri me lo devolvió cuando empezó el encierro, ya que de todas formas no estoy contactando con nadie. No es que haya nadie con quien hablar.

Cojo el móvil distraída, esperando que sea la señora Kozlov preguntando si quiero comer algo. Pero es un mensaje de texto de un número desconocido.

Frunzo el ceño y lo abro.

Las palabras en la pantalla me dejan helada.

Sigo vigilando. Siempre fuiste mía.

Me quedo mirando el mensaje, leyéndolo una y otra vez como si las palabras pudieran reorganizarse y volverse menos amenazantes. Pero no cambian.

Sigo vigilando.

Alguien me está vigilando. Ahora mismo. En algún lugar.

Mis ojos saltan hacia las ventanas de la biblioteca—cristal del suelo al techo con vistas al jardín. Cualquiera podría estar ahí fuera. Entre los árboles. Detrás del muro del jardín. Mirando hacia dentro.

Siempre fuiste mía.

¿Qué demonios significa eso? ¿Quién diría algo así? ¿El que puso la bomba? ¿La persona que intentó matarnos en el coche?

Me tiemblan las manos mientras agarro el móvil. De repente, la biblioteca me parece demasiado grande, demasiado expuesta. Todo ese cristal. Todos esos lugares desde donde alguien podría estar observando.

Necesito a Dimitri.

Ya estoy de pie sin darme cuenta y el libro cae olvidado al suelo. El corazón me late con fuerza mientras bajo corriendo hacia su despacho, apenas haciendo ruido sobre el mármol.

Ni siquiera me molesto en llamar. Entro de golpe, como si algo me persiguiera.

La cabeza de Dimitri se levanta bruscamente de la mesa, ya medio incorporado. —¿Vera? ¿Qué—?

Le entrego el móvil temblando, incapaz de articular palabra. Él lo coge y observo cómo su rostro se transforma al leer el mensaje. La preocupación se convierte en algo frío y letal, rabia apenas contenida.

—¿Cuándo has recibido esto? —Su voz es de una calma mortal.

Respiro hondo, intentando estabilizarme, a pesar de que tengo el cuerpo como si acabara de correr una maratón. —Ahora mismo. Tal vez hace dos minutos.

Él ya está en marcha, sacando su propio móvil del bolsillo y marcando. —Quédate aquí —ordena—. Cierra la puerta con llave detrás de mí.

Palidezco. —¿Cómo? No—

Pero ya está hablando por teléfono en un ruso acelerado al que no soy capaz de seguirle el ritmo. Cruza la estancia hasta la ventana y

corre las cortinas con más fuerza de la necesaria, luego hace lo mismo con las otras ventanas.

—Sí, *ahora* —espeta al teléfono—. Me da igual lo que esté haciendo. Ponlo en línea en los próximos sesenta segundos o estás despedido.

Cuelga y vuelve a marcar enseguida. Esta vez, en cuanto alguien responde, no pierde tiempo en formalidades.

—Necesito rastrear un número. Remitente desconocido. Mensaje recibido… —comprueba mi móvil—. Hace tres minutos. —Recita mi número, luego el número desconocido que aparece en el mensaje—. Quiero la ubicación, la información del operador, todo. Y lo quiero ya.

Escucha durante un momento, la mandíbula apretada. —Me da igual si es de un prepago. Rastrea igualmente. Siempre hay una huella digital.

Cuando cuelga, el silencio es ensordecedor. Se queda ahí, mirando mi móvil como si fuera a explotar, con los hombros tensos por la presión.

—¿Dimitri? —mi voz sale más baja de lo que pretendía.

Él se gira para mirarme, y la furia cruda en sus ojos me hace retroceder un paso. No porque le tenga miedo (no es así), sino porque nunca le he visto tan... *enfadado*.

—Esto no es algo aleatorio —dice con frialdad, apretando mi móvil en su mano—. Esto no es un número equivocado ni un chalado que ha conseguido tu información. Esto es—

—La persona que quiere vernos muertos —termino su frase porque ya lo sé. Lo supe desde el momento en que leí esas palabras.

Sigo vigilando. Siempre fuiste mía.

—¿Qué significa eso? —pregunto, sintiendo las gotas de sudor brotar en mi frente—. «Siempre fuiste mía», ¿qué quiere decir con eso?

—No lo sé —se pasa una mano por el pelo, desordenando esas ondas oscuras. Si fuera en otro momento, le diría cuánto me gusta que se haya dejado el pelo largo—. Pero voy a averiguarlo.

Suena su móvil y contesta antes de que acabe el primer tono—. Dime que tienes algo —ladra al auricular.

Sea lo que sea lo que dice la persona al otro lado, hace que su expresión se oscurezca aún más. Escucha durante un largo instante y luego dice—: Ya veo. ¿Y el propio teléfono?

Escucha más. Frunce el ceño.

—Vale. Seguid buscando. Comprobad todas las antenas de la zona. Quiero saber de dónde salió esa señal —cuelga y me mira con los ojos tormentosos—. Maldito teléfono desechable y ya está apagado. Sabían que lo rastrearíamos.

Por supuesto que lo sabían. Quienquiera que sea, es inteligente. Precavido. Siempre ha ido un paso por delante todo este tiempo.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunto, con la boca súbitamente seca.

Dimitri guarda silencio durante un largo momento, mirando mi móvil como si contuviera respuestas que no es capaz de ver. Luego lo deja sobre su escritorio y me mira.

—Llevamos dos semanas encerrados —dice—. Es suficiente.

Se me cae el alma a los pies—. ¿Qué estás diciendo?

—Digo que quien nos está buscando ya sabe que estamos aquí. Sabe dónde estamos, lo que hacemos. Ese mensaje lo demuestra — empieza a pasearse, dejando claro que está verbalizando un plan que se va formando en tiempo real—. Nunca les encontraremos si seguimos tras estos muros. Tenemos que hacer que salgan.

—Hacer que salgan —repito despacio—. ¿Quieres decir... tender una trampa?

Dimitri asiente—. Exacto.

—¿Te has *vuelto loco*? —las palabras se me escapan antes de que pueda contenerme—. Alguien acaba de enviarme un mensaje diciendo que me está vigilando. ¿Y tú quieres qué, salir ahí fuera? ¿Exponernos como objetivos?

—Ya somos objetivos, Vera. Escondernos no nos mantiene a salvo. Solo retrasa lo inevitable.

Se acerca y toma mis manos entre las suyas. Ese roce me ancla, aunque mi corazón late desbocado por el miedo.

—Iremos a un sitio público —continúa mientras le miro boquiabierta —. Muy vigilado, pero público. Algún lugar donde se atrevan a dar el paso. —Parece pensativo, como si una idea se le pasara por la cabeza—. ¿El centro comercial, quizá? Sí, servirá. Hay muchos civiles y salidas. Es el tipo de sitio donde uno se sentiría seguro para intentar algo.

Esto es una locura—. Esto es una locura —murmuro, incapaz de creer lo que estoy escuchando. Dimitri ha pasado tanto tiempo manteniéndome encerrada por mi 'seguridad', ¿y ahora quiere sacarnos al mundo como patos en el tiro al blanco?

—Probablemente —me aprieta las manos—. Pero estoy harto de esperar a que vengan a nosotros. Estoy cansado de vivir con miedo. ¿Y tú?

Yo también. Dios, estoy tan cansada de esto. Estoy harta de mirar por encima del hombro y preguntarme cuándo llegará el próximo ataque.

¿Pero ir al centro comercial? ¿Poniéndonos en peligro deliberadamente?

—¿Y si algo sale mal? —pregunto, odiando lo débil que suena mi voz.

Pero Dimitri niega con la cabeza—. No ocurrirá.

Levanto una ceja—. No puedes prometer eso.

—No —admite—. No puedo. Pero sí puedo prometerte que irán con nosotros seis de mis mejores hombres. Hombres en los que confío mi vida y la tuya. Mantendremos el perímetro y no saldremos de zonas públicas. Al primer indicio de problemas, abortamos.

Quiero decirle que no. Quiero decirle que esto es irresponsable, peligroso y una pésima idea.

Pero tiene razón. No podemos escondernos para siempre. Y quizá —quizá si logramos que salga esa persona, podamos por fin acabar con esto y estar a salvo.

Por fin tener una oportunidad de... lo que sea que esté surgiendo entre nosotros.

—Vale —me oigo decir—. De acuerdo, lo haremos.

El alivio cruza fugazmente su atractivo rostro, aunque lo disimula enseguida—. Mañana por la mañana. Necesito tiempo para coordinar la seguridad, planear la ruta y señalar las zonas seguras.

Espera, esto es demasiado pronto, pero ¿qué opción me queda?—. Mañana —repito aturdida, tragando saliva.

¿A qué acabo de acceder?



La mañana siguiente llega demasiado rápido.

Me planto delante del armario, mirando la ropa como si de alguna manera fuera a aconsejarme. ¿Qué se pone una para, posiblemente, ser atacada en un centro comercial?

Al final opto por unos vaqueros oscuros y un jersey azul marino. Me doy golpecitos en los labios con el dedo mientras evalúo el calzado. ¿Llevo tacones? Descarto la idea de inmediato. Sería poco práctico.

Entonces miro entre las bailarinas y las zapatillas. Elijo las zapatillas porque puede que tenga que correr. Solo pensarlo me revuelve el estómago.

Cuando bajo al piso de abajo, Dimitri me espera en el vestíbulo. Él va vestido igual de informal—vaqueros negros, henley gris y chaqueta de cuero—, pero nada en su postura tiene de relajado. Tenso. En guardia. Cada línea de su cuerpo grita violencia contenida, lista para desatarse.

Sus ojos recorren mi cuerpo cuando llego al final de las escaleras, y su expresión se suaviza. Me toma la mano y besa mis nudillos.

—Estás preciosa —murmura.

El calor sube a mis mejillas. Después de todo, todavía consigue sonrojarme con un simple cumplido.

—Gracias —consigo decir, con el corazón desbocado.

Seis hombres esperan fuera, todos vestidos para pasar desapercibidos, pero claramente son su equipo de seguridad. Reconozco a algunos de ellos de la noche del atentado con coche bomba. Los que se lanzaron sobre nosotros sin dudar un segundo.

Dimitri los presenta rápidamente: Sergei, Viktor, Mikhail, Dmitri, Pavel y Anton. Intento memorizar los nombres, pero mi cabeza está demasiado llena de miedo y adrenalina.

El trayecto hasta el centro comercial dura veinte minutos y paso todo el tiempo aferrada a la mano de Dimitri en la parte trasera de los todoterrenos. Es la primera vez que salgo de la finca en dos semanas, y todo me resulta extraño. Amenazante.

Sigo observando.

Las palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez. Quienquiera que enviara ese mensaje puede estar en cualquier sitio. Podrían estar siguiéndonos ahora mismo.

Podrían estar esperándonos en el centro comercial.

—Respira —murmura Dimitri, apretando mi mano—. Te tengo.

Obligo al aire a entrar en mis pulmones y luego a salir. Intento calmar la carrera de mi corazón.

No funciona demasiado.

El centro comercial es enorme. Lo han reformado recientemente para albergar tres plantas de reluciente cristal y mármol pulido, con grandes almacenes en cada extremo. La luz del sol atraviesa la inmensa claraboya sobre nuestras cabezas, creando patrones en el suelo blanco que se mueven al paso de las nubes. La segunda y la tercera planta rodean el atrio central, unidas por escaleras mecánicas y ascensores panorámicos que suben y bajan como si fueran latidos mecánicos.

Incluso a las once de la mañana de un martes está lleno de gente, lo cual no sorprende, ya que se acercan las fiestas. Familias empujan carritos de bebé junto a los escaparates. Adolescentes se agrupan frente a la tienda de Apple, con sudaderas y risas demasiado ruidosas. Parejas mayores caminan por el perímetro para hacer ejercicio y un grupo de mujeres con bolsas de compras sale de Nordstrom, ya planeando su próxima parada.

Demasiada gente. Demasiadas caras. Demasiadas posibles amenazas.

Respiro de forma superficial al cruzar la entrada principal. El golpe de aire acondicionado me pone la piel de gallina en los brazos. El ruido me golpea después: una pared de sonido que casi se siente física. Voces, música, pasos y el pitido electrónico de los juegos recreativos en algún sitio de la segunda planta.

El equipo de seguridad de Dimitri mantiene un perímetro sutil a nuestro alrededor. Dos hombres delante—Sergei y Viktor, ambos con un físico imponente bajo ropa informal. Dos detrás—Mikhail y Pavel,

vigilando sin cesar. Dos en los laterales—Dmitri y Anton, listos para interceptar cualquier amenaza desde los costados.

Lo suficientemente cerca para intervenir si hace falta. Lo bastante lejos para no llamar la atención.

Pero yo los noto. Y si yo los noto, ¿no los notará también quien envió ese mensaje?

Sigo observando.

Las palabras laten en mi cabeza como un corazón. Observando. *Observando*. Quizá incluso ahora, desde algún punto de esta multitud.

Caminamos por la galería principal, hacia el atrio central. Nos acercamos a Victoria's Secret, con sus luces rosas y sus escaparates de lencería. Pasamos junto a una joyería donde los diamantes destellan bajo las luces halógenas. Pasamos frente a un grupo de adolescentes que apenas se fija en nosotros, demasiado absortos en sus móviles.

Dimitri mantiene su mano en la parte baja de mi espalda. Su contacto es cálido a través de mi jersey, un punto constante que me recuerda que está aquí, que estoy a salvo y que estamos en esto juntos.

Pero no puedo evitar registrar cada cara con la que nos cruzamos. Ese hombre con traje (¿camina demasiado cerca?). Esa mujer con el café, ¿realmente está de compras o solo nos vigila? Esos adolescentes junto a la fuente, ¿son solo chavales o algo más siniestro?

Mi pulso retumba en mi garganta. El sudor me recorre la espalda a pesar del aire acondicionado.

—Respira —susurra Dimitri, demasiado bajo para que nadie más lo oiga. Su pulgar dibuja pequeños círculos en mi espalda—. Lo estás haciendo muy bien.

No lo estoy haciendo bien. Estoy muerta de miedo. Pero me obligo a seguir andando.

Pasamos junto a un Starbucks abarrotado de gente con ordenadores portátiles. Una tienda de juguetes donde suena música infantil a todo volumen. Un puesto de fundas para móviles donde un empleado aburrido desliza el dedo por su teléfono sin levantar la vista al pasar.

Nada fuera de lo común. Nada amenazante. Simplemente gente normal haciendo cosas normales en un martes cualquiera.

¿Entonces por qué cada uno de mis instintos me grita peligro?

Llegamos al atrio central, donde una fuente enorme domina el espacio. El agua cae en cascada por tres niveles, el sonido casi ahoga el bullicio de fondo. Los niños lanzan monedas y piden deseos. Un hombre mayor le pasa las monedas a su nieta, una a una.

La zona de restauración está en la segunda planta, y el olor baja—canela de Cinnabon, fritanga del chino, café, azúcar y comida grasienta que se mezclan en algo abrumador.

Se me revuelve el estómago. Las náuseas de la mañana casi han desaparecido, pero ahora mismo me siento mareada, aunque no sé si de miedo o por los olores.

—¿Estás bien? —pregunta Dimitri, con sus ojos grises fijos en mi cara.

Asiento, inspirando hondo—. Sí. Es solo que—

Un niño grita.

Me doy la vuelta de golpe, con el corazón en la garganta, ya imaginando disparos, explosiones o—

Pero solo es una niña pequeña que ha dejado caer su helado. El charco rosa y blanco se desparrama por el mármol y ella llora como

si se acabara el mundo, mientras su madre intenta consolarla.

Suelto el aire en un suspiro tembloroso. Falsa alarma. Solo una niña y un helado en el suelo.

Pero las manos me tiemblan. Dimitri se da cuenta (por supuesto que se da cuenta) y atrapa una de mis manos entre las suyas, apretándola con suavidad.

—Podemos irnos —dice en voz baja mientras su pulgar acaricia mis nudillos—. Ahora mismo. Solo dímelo.

Una parte de mí quiere hacerlo. Quiero salir corriendo hacia el coche, a la finca y a la seguridad de los muros, los guardias y las puertas cerradas con llave.

Pero sé, en el fondo, que tiene razón. No podemos escondernos para siempre.

—No —respondo, sorprendida por lo firme que suena mi voz—. Estoy bien. Sigamos.

Avanzamos más allá de la fuente, dirigiéndonos hacia el ala oeste. Aquí la multitud se dispersa un poco, ya que hay menos tiendas, lo que significa que hay más pasillos de servicio y aseos. Sergei y Viktor permanecen cerca, con la mirada siempre en movimiento.

Un hombre con uniforme de mantenimiento empuja un carro de limpieza junto a nosotros. Una mujer mayor examina gafas de sol en un quiosco. Dos chicas universitarias se hacen selfies junto a una maceta, riendo ante la pantalla.

Normal. Todo parece tan *normal*.

Quizá esto haya sido una mala idea. Está claro que quien envió ese mensaje no está aquí. Sigue en la finca, o en algún otro sitio, riéndose de cómo nos ha hecho saltar de miedo.

Quizá—

El pensamiento se corta de golpe cuando mis ojos se enganchan en una figura al otro lado del pasillo del centro comercial, a unos seis metros de distancia.

Está de pie delante de un escaparate, pero no mira la exposición. Me está mirando directamente a mí.

Alto. Delgado. Lleva vaqueros oscuros, una chaqueta gris y una gorra de béisbol calada hasta las cejas, la visera sombreando sus rasgos.

Pero puedo ver la línea marcada de su mandíbula. La forma en que se apoya sobre una pierna, las manos en los bolsillos. Despreocupado. Relajado.

Familiar.

Demasiado familiar.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

El hombre se mueve apenas, y un rayo de sol que entra por la claraboya se cuela bajo la visera de la gorra e ilumina su rostro por apenas un instante.

Pelo rubio. Apenas visible bajo la gorra, del color del trigo al sol de verano.

Ojos azules. Ese tono tan concreto que se me quedó grabado en la memoria, como el cielo sobre el mar en un día despejado.

No.

No, no *puede* ser.

Dejo de caminar. De hecho, me quedo paralizada a mitad de paso, como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa en mi vida.

Dimitri no se da cuenta de inmediato. Da otro paso antes de percatarse de que ya no estoy a su lado. Su mano se aparta de mi espalda. —¿Vera? ¿Qué pasa?

Pero no puedo contestar. No consigo moverme ni hacer nada salvo mirar al otro lado del pasillo y enfrentarme a lo imposible.

El hombre está ahora completamente quieto. No curiosea, no compra. Se limita a quedarse allí, con las manos en los bolsillos y el rostro orientado hacia mí.

Me observa.

La gorra de béisbol deja la mayor parte de su rostro en sombras, pero distingo lo suficiente. El perfil de su nariz. La curva de su boca. El porte de sus hombros.

Conozco ese cuerpo. Lo conozco como solo se conoce algo que has tocado, abrazado, que te ha abrazado.

Mis manos empiezan a temblar.

—¿Vera? —La voz de Dimitri tiene ahora un matiz distinto, la preocupación dejando paso a la alarma—. ¿Qué pasa? Estás blanca como la pared.

Solo miro al hombre.

El hombre vuelve a cambiar el peso de una pierna a otra y ladea la cabeza apenas un poco hacia la derecha—un gesto tan dolorosamente familiar que me duele el pecho.

Sonríe.

Es una sonrisa leve. Apenas perceptible. Solo la comisura de sus labios se curva bajo la sombra de la visera.

Pero *conozco* esa sonrisa. Sé perfectamente cómo se curvan sus labios y cómo se ven a la luz de las velas, bajo la luna, en el instante previo a que me bese. Recuerdo cómo hizo que mi corazón se disparara la primera vez que la vi, en un bar abarrotado, hace casi un año.

He soñado con ella durante casi tres meses, desde que—

Desde que murió.

La idea me golpea como un puñetazo en el pecho.

Alexei Volkov está muerto. Fui a su funeral.

Esto no puede ser Alexei. Es imposible.

Pero esos ojos. Esa sonrisa. Esa forma de estar ahí, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si esperase a que le reconociera.

Como si *quisiera* que le reconociera.

Respiro a bocanadas cortas y rápidas. El centro comercial a mi alrededor comienza a desdibujarse por los bordes. El ruido se atenúa hasta convertirse en un zumbido blanco.

El hombre (Alexei, es Alexei, pero no *puede* ser Alexei porque está muerto) mantiene mi mirada un latido más. Dos.

Entonces hace algo que me da ganas de gritar.

Levanta una mano del bolsillo y se lleva la punta de los dedos a la visera en un pequeño saludo. El gesto es juguetón. Íntimo. Exactamente igual que como solía saludarme cuando nos encontrábamos en secreto antes de que todo se viniera abajo.

Hola, guapa. ¿Me has echado de menos?

Casi puedo oír su voz en mi cabeza. Ese tono grave y cálido que solía hacerme sentir especial.

Después se gira con toda la calma del mundo y se pierde entre la multitud.

—¡Vera! —Las manos de Dimitri están ahora sobre mis hombros, sacudiéndome suavemente—. Vera, ¿qué pasa?

Abro la boca, pero no me sale ningún sonido. ¿Cómo explicarle lo que acabo de ver? ¿Cómo decirle que acabo de ver a su hermano muerto saludarme desde el otro lado del centro comercial?

¿Cómo pronunciar esas palabras si ni yo misma me las creo?

—Vera, tienes que respirar —Dimitri está tan cerca que veo sus ojos buscándome, pero me suena tan lejano, como si hablara bajo el agua—. Estás teniendo un ataque de pánico. ¿Qué has visto, Vera?

Me quedo mirando el lugar donde el hombre estaba de pie hace apenas unos instantes. ¿Cómo le cuento a Dimitri lo que he visto?

Acabo de ver a Alexei Volkov.

Y se supone que Alexei Volkov está muerto.

20

DIMITRI

Vera se queda petrificada en mitad del pasillo del centro comercial, el rostro desprovisto de todo color. No pálida, sino *blanca*. Como si toda gota de sangre hubiera huido de su piel. Sus ojos están muy abiertos y fijos en algo al otro lado de la multitud, sin ver, sin parpadear.

—¿Vera? —Le sujeto los hombros. Nada. No responde—. Vera, ¿qué te pasa?

Ni siquiera me mira. Sigue clavando la vista en algún punto lejano, con una expresión que me revuelve el estómago.

Esto no es miedo. Es algo peor, y parece un estado de shock rozando el horror.

—Vera, tienes que respirar. —La giro hacia mí, sacudiéndola suavemente. Su cuerpo se mueve, pero sus ojos no me siguen. Sigue mirando a través de mí, más allá, hacia algo que yo no puedo ver—. Estás teniendo un ataque de pánico. ¿Qué has visto, Vera?

Su respiración es entrecortada, jadeos rápidos y agudos, y el pecho sube y baja demasiado deprisa. Reconozco al instante lo que es: el comienzo de una hiperventilación.

Joder.

—Sergei. —No aparto los ojos de Vera—. Perímetro. Ahora. Viktor, cubre la retaguardia. Los demás, alerta.

Mis hombres se mueven al instante, desplegándose para crear una barrera más amplia a nuestro alrededor, pero Vera no reacciona. Parece no oírme en absoluto.

De repente, sus uñas se clavan en mi brazo a través de la chaqueta, y duele, incluso con el cuero de por medio. Sus dedos tiemblan; no, en realidad tiembla todo su *cuerpo*.

—Vera, tienes que respirar conmigo. —Me obligo a mantener la voz calmada, aunque el corazón me late con fuerza—. Por la nariz, suelta por la boca. Venga, solo—

—Mira. —La palabra apenas es un susurro estrangulado.

—¿Mirar qué? —le pregunto con urgencia.

—Allí. —Sigue aferrándose a mi brazo, aún mirando más allá de mí —. Justo ahí. Junto al escaparate de la boutique.

Sigo la dirección de su mirada, cruzando el pasillo del centro comercial. Gente de compras. Una mujer con bolsas. Dos adolescentes empujándose y riendo. Un anciano examinando relojes en un kiosco.

Nada fuera de lo normal. Nada amenazante.

Frunzo el ceño y la miro de nuevo, confundido. —Vera, ahí no hay nadie.

—Estaba justo ahí. —Su voz se quiebra—. Dimitri, te lo juro, estaba *justo ahí*.

El pánico en su tono me deja helado por dentro. Nunca la he oído hablar así, ni siquiera durante el atentado, el susto del embarazo o el tiroteo en el punto de encuentro.

Esto es distinto. Es terror puro mezclado con incredulidad.

—¿Quién estaba ahí? —pregunto con cautela—. ¿Qué has visto?

Por fin me mira. Sus ojos marrones, desorbitados, con las pupilas dilatadas por el miedo, el shock o ambas cosas. Cuando habla, la voz le tiembla tanto que casi no la entiendo.

—Dimitri, era… —Parece que le cuesta sacar la última palabra—. Era Alexei.

Las palabras no me entran al principio. Mi cerebro se niega a procesarlas de manera que tengan sentido. Parpadeo, desconcertado. —¿Qué has dicho?

—He visto a Alexei. —Ahora llora—. Te lo juro por Dios, era Alexei. Estaba *justo ahí*, mirándome, y entonces él… él sonrió y él—

—Vera. —La interrumpo con la mayor delicadeza que puedo, preguntándome seriamente si Vera está perdiendo el contacto con la realidad—. Alexei está muerto.

—¡Lo sé! —Ahora solloza, todo su cuerpo sacudido—. La gente que pasa a nuestro alrededor mira a Vera atónita, pero se aparta al sentir las miradas de mis hombres—. *Lo sé* que está muerto, lo sé, pero le *he visto*, Dimitri. Le he visto.

Mi primer impulso es la incredulidad. Alexei está muerto. Vi su cadáver. Lancé tierra sobre su ataúd cuando lo bajaron a la tumba. Lleva muerto dos meses y medio.

Es imposible.

Pero cuando miro a Vera —a la absoluta convicción en sus ojos, el terror mezclado con confusión— sé que ella cree lo que está diciendo. No miente. No se lo está inventando para llamar la atención o crear drama.

De verdad cree haber visto a mi hermano muerto.

La pregunta es, ¿lo ha visto?

—Descríbele —ordeno, con la intención de desmontar la descripción —. Yo también creí ver a Alexei por la calle tras su muerte, pero, obviamente, no era él. —La persona que has visto. Cuéntame todo.

—Alto. —Sigue aferrada a mi brazo, sus uñas dejando medias lunas en el cuero—. Delgado. Pelo rubio bajo una gorra de béisbol. Ojos azules, ese tono exacto de azul, ya sabes cuál. Llevaba vaqueros oscuros y una chaqueta gris y estaba… estaba ahí *mirándome*.

El corazón se me para.

Cada detalle encaja con Alexei. Altura, complexión, color de pelo. Incluso la forma en que describe su postura —casual, relajado, como si tuviera todo el tiempo del mundo—, eso también es Alexei.

Pero no puede ser. Debe de haber visto a su doble.

—La gorra —digo, intentando sacar más información de una Vera en estado de shock—. ¿De qué color?

—Oscura —responde al instante—. Azul marino o negra, no sabría decir. —Se limpia las lágrimas con las manos temblorosas—. La llevaba calada hasta la cara, pero aun así podía verle… podía ver su mandíbula y su boca, y cuando la luz le dio de lleno, vi sus ojos y—

—¿Hacia dónde se ha ido?

Ella señala hacia el ala oeste, donde el pasillo se bifurca hacia las salidas del aparcamiento. —Acaba de girar y se ha marchado. Es como si quisiera que le viera y luego—

—¡Sergei! —Ya estoy en movimiento, ya estoy sacando el móvil. —Ala oeste, hombre, uno ochenta y cinco, rubio, gorra de béisbol, chaqueta gris. Encuéntrale.

—Entendido. —Sergei y Viktor salen corriendo, hablando rápido por sus radios, abriéndose paso entre los compradores sorprendidos. Los demás guardias se cierran aún más a nuestro alrededor.

Abro la app de mi equipo de seguridad y accedo a la red de cámaras del centro comercial. Tardo unos segundos preciosos—segundos en los que quienquiera que haya visto Vera se aleja más—pero al final lo consigo. Múltiples cámaras llenan mi pantalla.

Las recorro rápidamente. Entrada del ala oeste. Aparcamiento. Pasillos de salida.

Maldita sea. Nada. Pero aún no tengo acceso a todas las grabaciones y no lo tendré hasta que volvamos a la finca. Lo que significa que es hora de irnos.

—Nos vamos. —Agarro la mano de Vera. —Ahora.

Ella me mira confusa. —Pero—

Ya no estoy para razones. —Ahora, Vera.

No le dejo tiempo para discutir. La arrastro hacia la salida más cercana mientras el resto de guardias forma un perímetro estrecho alrededor de nosotros. Mikhail y Pavel van delante y Anton cierra la marcha, andando de espaldas para vigilar.

El todoterreno nos espera donde lo dejamos y prácticamente empujo a Vera al asiento trasero y me deslizo a su lado, cerrando la puerta de un golpe antes de que ella esté siquiera dentro del todo.

—Conduce —le ordeno al conductor—. De vuelta a la finca. No pares por nada.

El motor ruge y estamos en marcha incluso antes de que me abroche el cinturón.



El trayecto de vuelta a casa es tenso y silencioso, salvo por el zumbido del motor y el ocasional chasquido de las radios de los guardias informando.

Vera está pegada a la puerta, abrazándose a sí misma mientras mira por la ventanilla sin ver realmente nada. Su rostro sigue pálido.

—No estoy loca. —Su voz es pequeña y a la defensiva.

—No he dicho que lo estés.

—Lo estás pensando. —Por fin me mira, y sus ojos están enrojecidos de tanto llorar—. Lo veo en tu cara. Piensas que me lo he imaginado.

¿Lo pienso? Mi mente repasa posibilidades, buscando explicaciones que no incluyan lo imposible.

El embarazo puede provocar todo tipo de síntomas. Hormonas. Estrés. Vera ha pasado por un trauma—el matrimonio forzado, el confinamiento, el susto del embarazo. Tal vez su mente esté creando patrones y ve cosas que no existen.

Pero Vera no es una histérica, ni es del tipo que se desmorona o ve cosas donde no las hay. Es una mujer práctica. Si dice que ha visto algo, entonces ha visto *algo*.

Simplemente no sé si lo que ha visto era real.

—Te creo que has visto a alguien —digo, con cuidado de no enfadarla—. Te creo que tenía el aspecto de Alexei. Pero Vera—

—Era *él*. —Ahora se vuelve completamente hacia mí, y su voz suena firme a pesar del miedo—. Sé cómo suena. Sé que es imposible, pero te digo, Dimitri, era Alexei. Reconocería esos ojos en cualquier parte. Esa sonrisa. Su manera de moverse. Era *él*.

Quiero discutirle y decirle que el dolor y el trauma pueden jugar malas pasadas a la mente. A veces vemos lo que queremos ver—o lo que tememos ver.

Pero al mirarla a la cara, con esa absoluta convicción, no soy capaz de descartarlo. No del todo.

—Vale —digo en voz baja.

Parpadea, sorprendida. —¿Vale?

—Vale. Has visto algo. A alguien. Y vamos a averiguar qué ha pasado. —Saco el móvil—. Voy a conseguir las grabaciones del centro comercial y las revisaremos juntos. Así lo sabremos con certeza.

Su expresión se llena de alivio, como si hubiera estado preparándose para que la llamara loca y la descartara por completo.

Alargo la mano y la tomo de la suya. Sus dedos están helados.

—Te creo —le digo con sinceridad, apretando su mano mientras veo que suelta un suspiro tembloroso. Y lo digo de verdad. Creo en *ella*. Solo que todavía no estoy seguro de si creo que lo que ha visto era real.

Pero voy a averiguarlo.



Las grabaciones llegan una hora después de llegar a casa.

Cada pantalla de mi despacho muestra diferentes ángulos de las cámaras del centro comercial. Vera está sentada a mi lado, con las manos alrededor de una taza de té que hace tiempo se quedó fría.

—Ahí. —Señala una de las pantallas—. Ahí estaba yo cuando le vi. La boutique está—

—Lo veo. —Ya estoy abriendo la cámara que debería tener el mejor ángulo de ese lugar. Marca temporal—11:23. Justo cuando Vera ha dicho que le vio.

Le doy a reproducir.

La grabación muestra el pasillo del centro comercial desde arriba. Los compradores van y vienen, y allí—

Está Vera. De pie, completamente quieta, mirando algo fuera de plano. Puedo verme a su lado, intentando llamar su atención.

Muevo la cámara para seguir su línea de visión.

Y el corazón se me detiene.

Porque allí, justo delante del escaparate de la boutique, exactamente donde ha dicho Vera, hay un hombre con gorra de béisbol y chaqueta gris.

Amplío la imagen.

La imagen se pixeliza un poco, pero los rasgos son lo bastante claros. Alto. Delgado. La complexión adecuada. Pelo rubio asomando bajo la gorra. Está apoyado sobre una pierna, las manos en los bolsillos.

Igual que solía hacer Alexei.

—Es él —susurra Vera a mi lado—. Ese es quien vi.

Sigo con la mirada a la figura mientras se mueve. Se gira con naturalidad y camina hacia el ala oeste. Y mientras avanza, me doy cuenta de algo que me hiela la sangre.

Sabe exactamente dónde están las cámaras.

Inclina el cuerpo para minimizar su exposición y agacha la cabeza en los momentos precisos. Toma rutas que lo mantienen en los puntos ciegos.

El patrón es demasiado deliberado para ser casualidad. Esta persona ha estudiado el sistema de seguridad del centro comercial y sabe moverse por él sin ser captado completamente.

Justo como Alexei habría sabido hacerlo.

Alexei, que conocía la seguridad de las operaciones de nuestra familia. Que aprendió la ubicación de las cámaras, los puntos ciegos y los patrones de vigilancia por mi culpa.

No.

Esto es imposible. Estoy viendo patrones porque los busco, porque Vera me ha metido esa idea en la cabeza. Sigo a la figura hasta el aparcamiento y la veo desaparecer en un ángulo muerto cerca de la salida este. Luego, ha desaparecido.

Me recuesto en la silla, la mente a mil por hora.

Tiene que haber explicaciones lógicas para esto, seguro. Alguien que se parece a Alexei. Una coincidencia de complexión, color de piel, el modo en que caen las sombras. La imaginación de Vera rellenando detalles que no estaban ahí.

Pero ese patrón de movimiento. Ese conocimiento sobre la ubicación de las cámaras.

Eso no es ninguna casualidad.

—¿Dimitri? —la voz de Vera tiembla—. Era él, ¿verdad? Era Alexei.

—No lo sé —respondo con sinceridad, el corazón desbocado—. Pero lo voy a averiguar.

Abro el expediente del caso sobre la muerte de Alexei. Extiendo los documentos sobre la mesa: informe de la autopsia, fotos de la escena del crimen, declaraciones de los testigos, análisis forense.

Y de repente, veo cosas que antes el dolor no me dejó ver.

Las quemaduras de pólvora en el cuerpo. El informe forense decía que eran compatibles con disparos a quemarropa, en estilo ejecución. Pero al mirar ahora las fotos, con otra perspectiva, no encajan. El patrón es extraño. La concentración, equivocada.

Reviso el informe balístico. Las balas eran munición Volkov, pero las trayectorias no coinciden con lo que indicó el forense. Los ángulos no se corresponden con alguien disparando sobre una víctima arrodillada.

Y luego está la cronología.

Los Ashford llegaron al almacén a las 21:40. Las cámaras de seguridad lo confirman. Pero el forense estimó la hora de la muerte a las 21:30, con un margen de unos diez minutos, pero aun así.

Es como un enigma que llevo rumiando durante meses—*¿cómo emboscas a alguien que ya lleva diez minutos muerto?*

La pregunta me ha rondado durante semanas, pero la deseché y asumí que era un fallo en la estimación del forense. Los médicos no son infalibles.

¿Y si no era un fallo?

¿Y si la hora de la muerte era correcta, y todo lo demás—toda la escena—fue un montaje?

A menos que...

A menos que el cuerpo no fuera el de Alexei.

La idea me golpea con tanta fuerza que me echo hacia atrás en la silla.

¿Y si alguien fingió la muerte de Alexei y usó un cuerpo que se le pareciese, plantó nuestra munición y lo hizo pasar por una emboscada de los Ashford? ¿Y si Alexei ha estado vivo todo este tiempo?

Pero *¿por qué*? ¿Por qué fingiría Alexei su propia muerte? ¿Por qué me permitiría llorarle, enterrarle y casar a Vera para vengarle?

¿Y quién le habría ayudado?

Ya estoy abriendo el ordenador y llamando a mi equipo técnico. —Necesito que recopileis todo lo del cuerpo en el forense. Registros dentales, ADN, huellas dactilares. Quiero que lo comparéis con los datos reales de Alexei.

—¿Señor? —el técnico suena confundido—. Ya lo hicimos. El cuerpo fue identificado como—

—*Sé* cómo fue identificado —espeto, sintiendo cómo me falla la paciencia—. Hacedlo otra vez. Buscad discrepancias. Cualquier irregularidad en la cadena de custodia. Lo que sea.

—Sí, señor.

Cuelgo y hago otra llamada al equipo de forenses financieros. —Necesito una auditoría completa de todas las cuentas offshore asociadas a Alexei Volkov. Comprobad cualquier movimiento en los últimos tres meses. Lo que sea. No me importa lo insignificante que parezca.

La persona no titubea ni un instante. —Enseguida, señor.

Cuelgo y me doy cuenta de que las manos me tiemblan, por la adrenalina, el miedo o la rabia, ni yo mismo lo sé.

Vera me observa con los ojos muy abiertos. —¿En qué estás pensando?

Me paso la mano por la cara. —Estoy pensando que quizá no estabas alucinando —le digo.



Los informes empiezan a llegar tres horas más tarde.

He estado paseando de un lado a otro del despacho todo el tiempo, bebiendo café y revisando grabaciones, intentando encajar un puzle cuya existencia desconocía hasta hoy.

Vera se quedó dormida en el sofá hace una hora, agotada por toda la carga emocional. La tapé con una manta y seguí trabajando.

El primer correo que recibo me vuelve a helar la sangre.

Los registros dentales del fallecido no coinciden con los de Alexei Volkov. Existen discrepancias en el patrón de empastes y tratamientos de conducto. Se recomienda una comparación de ADN.

Me quedo mirando la pantalla.

El cuerpo que enterramos no era el de Alexei.

Mi hermano está *vivo*.

La revelación me inunda en oleadas. Primero, un alivio tan enorme que me oprime el pecho. Alexei no está muerto. Está *vivo*. En algún lugar, mi hermano pequeño respira, camina y—

Entonces el alivio se transforma en algo completamente distinto.

Porque si Alexei está vivo, entonces fingió su propia muerte. Me dejó llorarle, enterrar a un desconocido y casarme con Vera para vengarle. Me dejó buscar a sus asesinos mientras él estaba vivo todo el *maldito* tiempo.

¿Por qué?

Y más importante aún—*¿cómo*?

No finges tu propia muerte solo. Necesitas ayuda. Recursos. Alguien con acceso a la oficina del forense, a la morgue y a la escena del crimen. Alguien capaz de asegurarse de que se identifique el cuerpo correcto, de que se rellenen los informes adecuados y de que la historia que se cuenta no levante sospechas.

Alguien con autoridad. Con poder. Con la confianza de la familia.

Me reclino en la silla, la mente corriendo entre las posibilidades.

¿Quién fue el primero en llegar tras la "muerte" de Alexei? ¿Quién identificó el cuerpo? ¿Quién se encargó de los preparativos del funeral, habló con el forense y aseguró que todo transcurriera sin problemas?

Konstantin.

El pensamiento me revuelve el estómago.

Konstantin, que lleva semanas restando importancia a mis dudas sobre las incoherencias en la muerte de Alexei. Que me decía —concéntrate en los vivos— cada vez que mencionaba problemas con la cronología o forenses que no cuadraban. Que parecía casi *molesto* de que siguiera investigando.

Konstantin, que ha estado tan satisfecho de que me acercase a Vera. Tan complacido con el bebé. Con la alianza.

Konstantin, que tenía el acceso y la autoridad para llevar a cabo algo así.

No.

No, estoy siendo paranoico. Konstantin quería a Alexei. No haría—

Excepto que sí lo haría, ¿no? Si el precio es el adecuado. Si significa poder.

Me lanzo a por el maldito móvil.

—Necesito un desglose de todas las llamadas realizadas desde los teléfonos de Konstantin Volkov en los últimos seis meses —le digo al departamento de registros de llamadas—. Personales y de negocios. Todos los números.

Se hace una pausa. —Señor, el señor Konstantin es de la familia. ¿Está seguro—?

Frunzo el ceño mirando el teléfono. —¿Acaso parezco indeciso? —casi gruño por el auricular.

El hombre traga *audiblemente*. —N–No, señor —balbucea—. Se lo tendré en menos de una hora.

Cuelgo, con el corazón desbocado.

El segundo correo electrónico llega diez minutos después.

Actividad financiera detectada en la cuenta offshore n.º 4782. El patrón coincide con los hábitos habituales de gasto de Alexei Volkov.

Fechas de la actividad: en curso durante las últimas nueve semanas. Ubicaciones: Praga, Viena, Berlín.

Alexei ha estado gastando dinero. Durante las últimas nueve semanas.

Lo que significa que Alexei ha estado vivo durante las últimas *nueve* semanas.

El tercer correo llega justo cuando estoy procesando el segundo.

Registros de llamadas de Konstantin Volkov adjuntos. Hallazgos notables: 247 llamadas a un móvil desechable (número terminado en 8834) en los últimos tres meses. Duración de las llamadas entre 2 y 45 minutos. Se recomienda rastrear el móvil desechable.

Konstantin ha estado llamando constantemente a alguien. A un móvil desechable que no puede rastrearse fácilmente.

—Rastreadlo igualmente —musito, ya tecleando la respuesta.

El equipo técnico trabaja rápido y en menos de veinte minutos tengo datos de localización parciales del móvil desechable, incluidos los lugares donde ha dado señal en torres de telefonía durante casi los últimos tres meses.

Reviso grabaciones de seguridad de distintos puntos de la ciudad y cruzo fechas y horarios.

Y ahí está.

Alexei. Caminando por la Plaza de la Ciudad Vieja de Praga. Captado por una cámara de la calle en Viena. Saliendo de una cafetería en Berlín.

Vivo.

Mi hermano está *vivo*.

Esto debería parecer un milagro, como si me quitara un peso de encima tras casi tres meses de duelo.

En cambio, se siente como una traición.

Porque si Alexei está vivo, entonces todo lo que ha ocurrido ha sido orquestado. Manipulado.

Y Konstantin *lo sabía*.

Vuelvo a mirar los registros de llamadas y analizo el patrón. Se intensifican en fechas clave. Justo antes de la reunión por la paz donde fuimos emboscados. Justo antes del coche bomba. Justo después de casarme con Vera.

Y entonces recuerdo las visitas recientes de Konstantin. Sus comentarios sobre el bebé. Su satisfacción al ver cómo me iba acercando a Vera.

—Si has desarrollado sentimientos sinceros por Vera, solo sirve para fortalecer la alianza.

—Céntrate en los vivos, sobrino. Céntrate en Vera y en el bebé.

—Ella es el futuro de esta familia ahora.

Las piezas encajan con una claridad aterradora.

Konstantin quiere poder. Control. Siempre lo ha querido, pero como tío de Alexei y *mi* tío, nunca podría tomarlo directamente. La familia jamás lo aceptaría por encima de Alexei o de mí.

Pero ¿y si pudiera controlar a la próxima generación? ¿Y si pudiera posicionarse como el hombre en la sombra, el poder detrás del trono?

Un bebé. El bebé de Vera. El hijo de Alexei, nacido en una alianza matrimonial que une a los Volkov y los Ashford.

Conmigo casado con Vera, criando al hijo de Alexei, y atado a ella por la vía legal y emocional. Y Konstantin colocado como consejero de confianza. El regente. El verdadero titiritero.

¿Y si yo me volvía un estorbo? ¿Si empezaba a hacer demasiadas preguntas o a enfrentarme a su influencia?

Bueno, los accidentes ocurren. Explosiones. Emboscadas. Pérdidas trágicas.

Y entonces Konstantin sería lo único que separa el caos de la estabilidad. La única persona en quien confían ambas familias. El único que puede guiar a Vera y a su hijo en medio del duelo.

El titiritero perfecto.

Yo soy el obstáculo. *Siempre* he sido el obstáculo.

Y Alexei—

Mi hermano y mi tío han estado trabajando juntos. Para matarme y adueñarse de todo lo que he construido.

Quieren utilizar a Vera y a su bebé como piezas en el juego que estén tramando.

Por encima de mi cadáver.

21

VERA

Dimitri lleva seis horas encerrado en su despacho.

Al principio intenté estar con él, sentándome en el sofá mientras trabajaba con su equipo, haciendo llamadas, sacando archivos y murmurando en ruso. Pero alrededor de la tercera hora, me miró con los ojos llenos de agotamiento y me pidió que fuera a descansar. Que vendría a buscarme cuando supiera algo más.

Así que he estado sola en la biblioteca, intentando leer *El jinete de bronce* otra vez, pero en realidad, solo me he quedado mirando la misma página. Repasando ese momento en el centro comercial una y otra vez. El hombre con la gorra. Esos ojos azules. Aquella sonrisa.

La sonrisa de Alexei.

Pero Alexei está muerto. Aunque los registros dentales no coinciden y Dimitri está sacando a la luz pruebas que sugieren lo contrario. Y, claro, yo *le he visto*.

Me tiemblan las manos al pasar otra página que realmente no he leído.

La casa está demasiado silenciosa. La mayoría del personal que fue despedido tras la explosión del coche ha regresado, pero ahora están dormidos. Incluso los guardias están apostados fuera, vigilando el perímetro. Dentro, solo quedo yo y el sonido de mi propia respiración.

Suelto un suspiro mientras dejo el libro a un lado, ni siquiera finjo intentar leer más y me froto los ojos cansados. Supongo que debería irme a la cama, aunque sé que no podré dormir. Miro el reloj y veo que casi es medianoche antes de levantarme despacio y dirigirme hacia la puerta. Si es algo importante, Dimitri sabe dónde encontrarme.

Es entonces cuando lo oigo.

Un sonido fuera de lugar. El suave roce de madera contra madera—tan leve que casi se me escapa. Inclino la cabeza, escuchando más atentamente. ¿Es una puerta abriéndose? ¿Quién está aquí arriba? Afilo más el oído, forzando la atención cuando de repente lo comprendo.

Eso no es una puerta. Eso es... eso es una *ventana*.

Se me erizan todos los vellos de la nuca.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta. En teoría, debería ir a buscar a seguridad para que investiguen el ruido. Eso sería lo sensato.

En vez de eso, camino hacia el sonido, bajando por el pasillo y dirigiéndome hacia las habitaciones de invitados del ala este.

La puerta al final del pasillo está entreabierta. La luz de la luna se cuela, plateada y fría. Empujo la puerta con los dedos temblorosos, y…

Un hombre está de pie bajo la luz de la luna, claramente acaba de trepar por la ventana. Es alto y delgado, viste de oscuro y su pelo

rubio atrapa la luz, haciendo que parezca casi blanco. Sus ojos azules se clavan en los míos.

Alexei.

Por un momento, solo lo miro, mi mente negándose a procesar lo que ven mis ojos. Esto no es *real*. Esto *no* puede ser real. Evidentemente estoy imaginando cosas y debería empezar a acostarme antes—

—Hola, Vera. —Su voz es la misma. Suave. Familiar. Pero ahora me pone la piel de gallina de una forma que nunca lo había hecho antes.— Me preguntaba cuándo me oirías.

Abro la boca pero no sale ningún sonido. Mis pulmones no funcionan y no consigo tomar aire.

Está *muerto*. Se supone que debería estar *muerto*.

—Estás muerto —murmuro al fin, sonando bastante estúpida.— Fui a tu funeral. Te enterraron.

—Está claro que no. —Se aparta de la ventana, moviéndose con esa soltura que antes me resultaba tan atractiva. Ahora solo parece depredadora.— Pero agradezco el gesto. —Se sacude el polvo y vuelve a mirarme.— ¿Lloraste por mí, Vera? ¿Lamentaste al pobre chico que te quería?

La sonrisa en su rostro antes solía ser encantadora y hacía que el corazón me diera un vuelco. Ahora parece cruel y fría, como si algo llevara la cara de Alexei pero estuviera vacío por dentro.

—¿Cómo has...— No consigo terminar la frase porque sigo sin entender nada de esto.— ¿Cómo has entrado aquí?

—Por favor. —Bufa mientras mira a su alrededor como si todo esto le perteneciera.— Ahora la casa está blindada, eso se lo concedo a Dimitri, pero yo crecí aquí, cariño. Conozco cada cambio de guardia, cada ángulo muerto y cada debilidad en la perfecta seguridad de mi hermano.

La forma en que dice ‘mi hermano’ me pone la piel de gallina. No hay afecto ni calidez. Solo amargura.

Este no es el Alexei que conocía. Aquel chico era dulce, encantador, me hacía sentir especial. Este es alguien completamente distinto.

¿Pero acaso el Alexei que conocía era el verdadero Alexei? ¿O durante todo ese tiempo me estuvo ocultando quién era realmente?

—¿Por qué? —pregunto desesperada, incapaz de asimilar la traición y el engaño de Alexei.— ¿Por qué fingir tu muerte? ¿Por qué dejar que Dimitri crea—?

—¿Dejar que Dimitri crea qué? ¿Que me asesinaron? ¿Que tenía que vengarme? —Alexei se ríe, y el sonido me deja helada.— Ese era el objetivo, Vera. Inculpar a los Ashford. Empezar una guerra. Forzar a las familias a un acuerdo de paz sellado con una boda. —Sus ojos descienden a mi vientre.— Y asegurar que la siguiente generación nos pertenezca.

Mi mano se mueve instintivamente hacia mi tripa y el gesto hace que su sonrisa se ensanche. Es tan grotesca que casi me echo atrás.

—Ahí está —dice en voz baja.— Instinto maternal. Es impresionante, ¿verdad? Llevas meses en movimiento. Cumpliendo tu papel a la perfección. La novia desolada. La prometida reticente. La madre entregada. —Sus ojos se cruzan de nuevo con los míos, y en su mirada hay algo que me dan ganas de salir corriendo.— Y tú. —Vuelve a mirar mi vientre.— El bebé. Los dos sois el centro de todo.

Me mareo, con una náusea que no tiene nada que ver con el embarazo. —¿De qué demonios hablas?

Alexei pone los ojos en blanco. —Oh, venga ya, Vera. Eres más lista que esto.— Da un paso hacia mí. Yo retrocedo. —¿De verdad pensabas que fue una coincidencia? ¿Que tú y yo nos encontrásemos en ese bar? ¿Ocho meses saliendo en secreto?—

—Tú…— Las palabras se me atascan en la garganta mientras siento cómo el corazón se me *parte* en mil pedazos. —¿Tú planeaste esto? ¿Todo esto?— Hay un zumbido extraño en mis oídos, y es como si el mundo se hubiese quedado quieto.

—Cada mínimo detalle.— Está disfrutando de esto, de verdad *disfruta* viéndome desmoronarme. —'Muero' a manos de los Ashford. Estalla la guerra. Konstantin interviene como el sensato, sugiere una alianza matrimonial para terminar con el derramamiento de sangre. Él planta la idea en la cabeza de Vincent Ashford—tu padre fue increíblemente fácil de manipular, por cierto. Desesperado por salvarse el pellejo.— Niega con la cabeza, burlón. —Te entregó sin ni siquiera plantar cara.—

La crueldad casual de su voz me hace estremecer.

—Dimitri se casaría contigo —continúa, como si contarme todo esto fuera tan trivial como hablar del tiempo—, criaría a mi hijo y crearía el puente perfecto entre las familias. Lo único complicado fue asegurarme de que te quedaras embarazada primero. Tuve que calcularlo todo muy bien.—

Siento cómo el suelo desaparece bajo mis pies al oír sus palabras.

Mi embarazo fue *planeado*. Orquestado. No fue ni un accidente ni mala suerte, sino una deliberada…

Y entonces recuerdo cómo Alexei siempre insistía en encargarse él del método anticonceptivo. Le había dicho que yo tomaría la píldora, pero él insistía en que no era necesario. Que siempre llevaba preservativos. Sonreía y decía que quería asumir él la responsabilidad del control de natalidad, que no era justo que siempre recayera sobre las mujeres.

Confié en él. Dejé que lo gestionara porque parecía tan atento y considerado. Y yo estaba encantada. ¿Qué hombre prefería realmente usar *preservativo* en vez de ir a pelo?

Sabía perfectamente qué decirme para poder controlarlo todo. Pero siempre llevaba un preservativo. ¿Cómo he podido quedarme…?

Entonces me doy cuenta. Los estuvo saboteando, pinchándolos o…

Oh, Dios mío.

Voy a vomitar de verdad.

Llevo una mano a la boca mientras las náuseas me sacuden. No es el típico malestar matutino. Es la asquerosa certeza de que hasta mi embarazo—mi *bebé*—formaba parte de su plan. Que cada momento íntimo que compartimos no fue más que una mentira para atraparme.

Me siento sucia y violada de una manera que va mucho más allá de lo físico. No solo usó mi cuerpo. Manipuló cada decisión, cada elección, cada instante en el que confié en él.

Fui tan estúpida. Tan increíble, tan absurdamente estúpida.

—Tú…— No encuentro palabras para el calibre de esta traición. Es como si una garra cerrase el puño en torno a mi corazón, apretando con fuerza.

—Bueno, no todo salió exactamente como planeé —admite encogiéndose de hombros, como si no acabase de admitir una reproducción forzada—. El embarazo llegó antes de lo previsto. Pensé que tardaríamos algunos meses más. Pero estabas tan ansiosa, ¿verdad? Tan desesperada por sentirte cerca de mí.— Su sonrisa es cruel. —Así fue facilísimo.—

Voy a vomitar ahora mismo sobre esta moqueta carísima. Porque lo está diciendo—lo está admitiendo…

—Me dejaste embarazada a propósito —susurro, horrorizada—. Sabotеaste los preservativos. Tú… tú me violaste.—

Lo descarta con un gesto.—Un heredero Volkov con sangre Ashford. El puente perfecto entre las familias. La herramienta ideal para…—

—¡No soy una herramienta!— Las palabras me salen como un disparo, agudas y furiosas. —¡Mi bebé no es una herramienta!—

—¿Tu bebé?— Vuelve a reír. —Vera, cariño, ese bebé es *mío*. Siempre ha sido mío. Desde el mismo momento en que lo planeé. Y ahora que Dimitri, casualmente, se ha enamorado de ti—que ha caído en nuestra trampa, realmente—es solo cuestión de tiempo antes de que…—

—¿Antes de qué?— Pero ya lo sé. Lo veo en sus ojos, en ese gesto frío y calculador.

—Antes de que ocurran accidentes —responde sencillamente—. Ya ha tenido algún que otro susto, ¿no? La bomba en el coche. El ataque durante la reunión de paz. Sería *tan* trágico que el siguiente sí tuviera éxito.—

El horror me cae encima como una ola tras otra.—Vas a matarle.—

Alexei niega con la cabeza.—*Yo* no voy a hacer nada. Estoy muerto, ¿recuerdas?— Abre las manos, fingiendo inocencia. —Pero sí, tarde o temprano, Dimitri tendrá que desaparecer. Y entonces serás una viuda. Una viuda desconsolada con un bebé y sin nadie a quien recurrir salvo…—

—Salvo a ti —concluyo, aturdida.

—En realidad a Konstantin. El *querido* tío Konstantin, que me mantiene informado de todo. Ese susto durante el embarazo fue preocupante—me alegro de que se haya solucionado. Necesitamos al bebé sano.— La naturalidad con la que habla de mi hijo—de mí—como si fuéramos activos, cosas que utilizar, hace que la rabia empiece a hervir bajo el shock.—Él cuidará de ti. Te guiará. Te ayudará a criar a tu hijo. El heredero de ambas familias. Y yo quedaré libre para…— Se detiene, dándose cuenta de que está hablando de más. —Bueno. Eso no te incumbe.—

—Konstantin.— Pronuncio el nombre muy despacio, intentando asimilar todo.—Konstantin te lo contó. Lo del susto del embarazo. Lo

de… todo.—

—Sí.— Vuelve a regalarme esa sonrisa cruel.—La familia es lo más importante, ¿no crees?—

Miro fijamente a este desconocido con el rostro de Alexei. Y de repente, lo comprendo. Horrible, profundamente lo comprendo.

—Tu muerte fue fingida —digo despacio—. Tú y Konstantin la planeasteis juntos para culpar a los Ashford y empezar una guerra. Obligasteis a mi familia y a Dimitri a llegar a un acuerdo de paz y forzasteis a Dimitri a casarse conmigo para sellar la alianza.— Mi voz tiembla, pero sigo hablando.—Dimitri se casa conmigo, cría a tu hijo y después lo matas tú. Luego Konstantin controla todo a través de mí y del bebé.—

—Sabía que eras inteligente.— Suena casi orgulloso.—Por eso te elegí, ¿sabes? Guapa, lista y de la familia adecuada. Material de cría perfecto.—

Material de cría.

Es como si me arrojaran un cubo de agua fría y me quedo boquiabierta. Eso es lo único que fui para él. Ni novia. Ni alguien a quien amar. Solo un útero. Un medio para un fin.

Y yo caí. Caí en su encanto, en sus mentiras y en sus promesas de un futuro juntos. Le dejé entrar en mi cama, en mi cuerpo, y le permití engendrar dentro de mí una vida que él planeaba usar como una simple pieza de ajedrez.

La rabia que llevaba acumulándose por fin estalla.

—Hijo de puta.— Mi voz es mortalmente tranquila.—Manipulador, psicópata, *capullo* de mierda.—

Su sonrisa vacila levemente.—Ahora no, Vera…—

—No. —Le corto, y hay una firmeza en mi voz que no sabía que poseía—. No tienes derecho a llamarme "Vera". No puedes usar ese

tono suave y fingir que estamos teniendo una conversación normal. Me *usaste*. Lo planeaste todo—conocerme, salir conmigo, dejarme embarazada—todo para poder utilizar a mi bebé en tu asqueroso juego de poder.

—*Nuestro* bebé —me corrige, el fastidio claramente reflejado en su rostro.

—¡MI bebé! —grito—. ¡Mío! Renunciaste a cualquier derecho sobre este niño en el momento en que ideaste este plan. En el momento en que decidiste matar a Dimitri. En el momento en que—

Dimitri.

Dimitri, al que planean matar. Dimitri, del que me he enamorado.

Todos los sentimientos caóticos y complicados que he estado intentando negar emergen a flor de piel. La forma en que mi corazón se acelera cuando entra en una habitación. Cómo me siento segura en sus brazos. La manera en que me mira, como si realmente importara, como si fuera una persona de verdad, alguien a quien de verdad le importa.

Le quiero.

Y Alexei va a matarle.

—No vas a tocarle —digo entre dientes, el odio recorriéndome por dentro—. No vas a hacerle daño a Dimitri. No te lo voy a permitir.

Alexei suelta una carcajada seca—. ¿Y cómo piensas impedírmelo, Vera? Estás embarazada, eres vulnerable y dependes completamente de Dimitri para protegerte. Y recordemos que tu padre nunca te enseñó a pelear. Eres indefensa. ¿Qué vas a hacer, enfrentarte a mí?

Da un paso hacia mí. Esta vez no retrocedo.

—Voy a contárselo todo —le aseguro con firmeza—. Ahora mismo. Voy a gritar hasta que venga seguridad, y entonces le diré a Dimitri

exactamente lo que me has contado tú a mí. Sobre Konstantin. Sobre el plan. Todo.

—No, no lo vas a hacer —su voz se vuelve fría y dura—. Porque si lo haces, desapareceré. Y la próxima semana, el mes que viene, el año próximo—cuando Dimitri baje la guardia—volveré. Y no solo acabaré con él. Mataré a todos los que le importan. La señora Kozlov. Sus guardaespaldas. A todos. —Sus ojos vuelven a fijarse en mi vientre —. Y cogeré lo que es mío.

La amenaza es clara. Si hablo, los matará a todos, pero si no lo hago, Dimitri muere igualmente.

No hay una buena opción aquí.

Pero estoy harta de ser un peón en el juego de otro.

—Das por hecho que me importan más tus amenazas que hacer lo correcto —le digo a Alexei—. Das por hecho que voy a dejar que mates a Dimitri solo para salvarme yo. —Doy un paso hacia él—. Pero no me conoces en absoluto, Alexei. Nunca me conociste. No voy a dejar que le hagas daño y no voy a dejar que utilices a mi bebé. —Doy otro paso, observando, satisfecha, cómo él retrocede uno—. Y desde luego que no voy a dejar que salgas impune de esto.

Rápidamente, giro sobre mis talones y corro hacia la puerta. En cuanto la abra, pienso gritar tan fuerte que seguridad me oirá.

—Detente —ordena Alexei con voz cortante, como si pudiese mandarme—. Vienes conmigo.

Me quedo helada y luego me vuelvo lentamente para encararle. ¿De verdad cree que voy a ir con él? —No.

—Vera —da un paso más hacia mí—. Esto no es una sugerencia. Eres mía. Ese bebé es mío. Vas a venir conmigo y vamos a—

—¿Eres sordo o qué? —espeto, viéndole acercarse más a mí—. He dicho que NO. No soy tuya. Nunca lo fui. Ni siquiera me quisiste.

Espero a que lo niegue, a que intente convencerme de que, en parte, lo nuestro fue real.

No lo hace.

—El amor es cosa de necios —dice simplemente—. Pero tú y ese niño me pertenecéis, y vas a venirte conmigo ahora mismo, o—

—¿O qué? —le corto, y ahora tiemblo de rabia en vez de miedo—. ¿Vas a hacerme daño? ¿Hacerle daño al bebé? ¿Al bebé que *necesitas*? ¿Al precioso heredero por el que te has molestado tanto en crear?

Él frunce el ceño—. Ven aquí.

—Que te jodan —escupo, desplazando los pies hasta acercarme más a la puerta—. Nunca fui tuya —repito, mi voz firme a pesar del terror que me atraviesa—. Y jamás lo seré.

Él se mueve rápido—más de lo que esperaba. Su mano se aferra a mi brazo y me arrastra hacia la ventana.

—Entonces lo haremos por las malas.

Algo en mi interior se rompe.

No es miedo. Ni sumisión. Es ira pura, incandescente.

He terminado de dejarme manejar. Me niego a seguir siendo utilizada. Se acabó que me traten como una propiedad que hay que reclamar y controlar.

Me giro en su agarre y le hundo las uñas en la cara con todas mis fuerzas. Se aparta de un tirón, soltando una maldición, pero no me detengo. Me lanzo a por él como una fiera defendiendo a su cría.

Que, supongo, es lo que soy.

Mis uñas recorren su mejilla dos veces y siento cómo su piel se desgarra y la sangre caliente se acumula bajo mis uñas.

Grita de dolor, los ojos desorbitados—. ¡Puta loca de mierda! —espetó.

Apunto a sus ojos, pero me atrapa la muñeca. Uso la otra mano, arañando su cuello, su mandíbula, cualquier lugar al que pueda llegar. Puede que nunca me hayan enseñado a pelear con pistolas ni cuchillos, pero tengo pies y uñas, y pienso usarlos todos a mi favor.

Intenta cogerme las dos manos, pero no he terminado. No pienso salir de esta casa sin luchar. Le lanzo patadas a las espinillas, rodillas, a cualquier sitio que duela. Cuando se acerca demasiado, le hundo los dientes en el antebrazo con tanta fuerza que le hago rugir de dolor.

—¡DIMITRI! —grito con todas mis fuerzas—. ¡DIMITRI! ¡AYUDA!

De repente, se escuchan pasos y gritos en ruso.

Alexei también lo oye. Sus ojos saltan hacia la puerta, luego vuelven a mí. La sangre le corre por la mejilla y el cuello. Su brazo, donde le he mordido, ya empieza a amoratarse; la marca de mis dientes es evidente.

Siento una especie de satisfacción salvaje al ver que le he dejado huella. Quizás ahora se dé cuenta de que no soy ninguna flor delicada fácil de arrancar. Esta flor tiene *espinas* y no teme defenderse.

—Esto no se ha acabado —gruñe, empujándome lejos de él. Tropiezo, pero no caigo, aún lista para pelear—. Tú y ese bebé sois míos, Vera. ¿Y Dimitri? —Sonríe con crueldad pese a la sangre—. No vivirá lo suficiente para detenerme.

Los pasos se acercan. Voces en el pasillo. Solo unos segundos más.

Me agarra una vez más—ambas manos en mis hombros—y me empuja hacia atrás. Con fuerza.

Caigo, mi cadera golpea la cómoda y el dolor explota en mi costado. Grito de sorpresa.

Cuando levanto la vista, él ya está en la ventana. Un pie fuera, luego el otro.

Nuestras miradas se cruzan una última vez. Su rostro es un caos de arañazos, la sangre le cae a chorros, y su expresión es mitad furia y mitad algo aún más oscuro.

Y entonces desaparece.

22

DIMITRI

—¡DIMITRI!

Levanto la cabeza de golpe, inclinada sobre mi escritorio mientras revisaba registros telefónicos. Ese grito suena a…

Vera.

Nunca me he movido tan rápido en mi vida, salgo disparado de mi despacho y corro por el pasillo. Ya tengo la pistola en la mano, ¿pero cuándo la he sacado? El frío metal me resulta tan familiar y reconfortante en la palma.

—¡DIMITRI! ¡AYUDA!

Su voz proviene del ala este. Corro aún más, el corazón golpeando con tanta fuerza contra mis costillas que duele. Detrás de mí, oigo a mis guardias movilizarse, sus botas retumbando sobre el mármol y las radios crepitando en ruso acelerado.

Pero yo voy más rápido.

Llego al pasillo y me lanzo contra la puerta de la habitación de invitados con tal fuerza que hago astillas el marco.

La ventana está abierta y las cortinas ondean con la brisa nocturna, dejando entrar aire fresco. Y Vera—

Vera está en el suelo, junto a la cómoda, una mano apoyada en el mueble para sostenerse. Tiene la cara blanca, surcada de lágrimas. Ya se están formando marcas rojas en sus brazos, oscureciéndose en moratones.

Moratones con forma de dedos.

Alguien la ha agarrado. Alguien la ha sujetado tan fuerte que le ha dejado marcas.

La rabia abrasadora que me invade es incandescente. Me cuesta horrores no soltar un rugido.

Mikhail y Viktor irrumpen detrás de mí, armas desenfundadas. Van directos a la ventana a comprobar el perímetro, pero apenas reparo en ellos.

Solo veo a Vera. Temblando. Herida. Aterrorizada.

—Vera. —En dos zancadas estoy a su lado, enfundando el arma para poder tocarla. Poso las manos sobre su cara y sus brazos, comprobando las heridas pero con miedo de hacerle más daño—. ¿Estás bien? ¿El bebé?

—Estoy bien. —Su voz tiembla mientras se incorpora poco a poco y yo la ayudo suavemente, necesito sentirla—. Estoy bien, pero Dimitri… —Traga saliva, devastada—. Ha sido Alexei. Él estaba aquí.

El mundo parece venirse abajo. Alexei. Mi hermano ha estado *aquí*. En mi casa. Ha puesto las manos sobre mi *esposa*.

—Ha entrado por la ventana —continúa Vera, las palabras atropelladas—. Me lo ha contado todo. Sobre Konstantin, sobre el plan, sobre… —Su voz se quiebra—. Ha intentado que me fuera con él. Decía que yo era suya. Que el bebé era suyo. Que tú—

Se detiene, nuevas lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—¿Qué? —Fuerzo la pregunta entre dientes apretados—. ¿Qué ha dicho de mí?

—Ha dicho que no vivirás lo suficiente para detenerle. —Se seca la cara, y me fijo en que tiene las uñas llenas de sangre. Pero no es suya; no tiene ni un rasguño—. Ha dicho... ha dicho que no vivirás lo suficiente para detenerle.

La rabia que hierve en mis venas se intensifica y se transforma en algo frío, letal, centrado al máximo.

Mi hermano. Mi maldito hermano ha irrumpido en mi casa y ha puesto las manos sobre Vera—SOBRE mi esposa. Sobre la madre del bebé que he asumido como mío.

Quiero abrazar a Vera. Apretarla contra mi pecho y prometerle que todo irá bien. Consolarla, revisar cada centímetro de su cuerpo y asegurarme de que sabe que está a salvo.

Pero la rabia no me deja estar quieto ni ser tierno. Me recorre como una descarga eléctrica, exigiendo acción, exigiendo *sangre*.

—Llevadla a la habitación segura —ordeno a Mikhail sin apartar la mirada de Vera. Mi voz suena más dura de lo que pretendo—. Nadie entra ni sale salvo el doctor Petrov y yo. ¿Entendido?

Los ojos de Mikhail van de Vera a mí. —Señor—

—YA.

Mikhail se mueve en seguida, ayudando a Vera a ponerse en pie con mucho cuidado. Ella gime apenas cambia el peso, el dolor reflejado en su rostro.

Espera, ¿cuándo se ha hecho daño?

—Para. —La palabra suena como un latigazo y Mikhail se queda inmóvil—. ¿Por qué se queja? Vera, ¿qué te duele?

—No es nada —intenta decir, enderezándose, pero yo ya estoy acercándome otra vez.

—¿Qué. Te. Duele? —Repito, la voz ronca—. ¿Qué ha pasado, Vera?

Suspira, resignada. —La cadera. —Toca su costado con delicadeza—. Cuando Alexei me empujó, choqué contra la cómoda. Solo es un moratón, Dimitri. Estoy bien.

La ha empujado. La ha empujado con bastante fuerza para herirla.

Mi hermano ha puesto las manos sobre mi esposa.

La violencia que siento crece hasta que puedo saborearla. Metálica y afilada como la sangre en la boca.

—Dimitri. —Vera alarga la mano hacia mí, pero retrocedo.

Si la toco ahora, si la sujeto, no podré soltarla y hacer lo que tengo que hacer.

—Llévala en brazos —le ordeno a Mikhail, y mi voz no me suena a mí—. No dejes que apoye la cadera. Que la examine el doctor Petrov enseguida. Si hay cualquier lesión aparte del moratón, me avisas. ¿Entendido?

Asiente con firmeza. —Sí, señor.

Mikhail se acerca para levantarla, pero Vera se aparta de él, con gesto irritado. —Dimitri, estoy bien. Puedo caminar. No pienso dejar que me lleven en brazos como a un bebé.

—No vas a ir a ninguna parte con la cadera herida. —Fuerzo las palabras entre dientes apretados—. Por favor, Vera. Necesito saber que estás protegida. Necesito saber que estás a salvo antes de poder—

Antes de poder dar caza a mi hermano y a mi tío y destrozarlos con mis propias manos.

La expresión en el rostro de Vera me dice que comprende exactamente lo que no estoy diciendo. Me observa, con esos ojos marrones afilados y calculadores. Antes de que pueda preguntarle

nada, corre hacia mí, me agarra por la parte delantera de la camisa y me tira hacia ella hasta que sus labios se posan sobre los míos.

Sus manos enmarcan mi cara, y sus labios, suaves y desesperados, se aferran a los míos. Sabe a sal de lágrimas y a algo más dulce—algo que es solo suyo. El beso es feroz y tierno a la vez, cargado de todo lo que no somos capaces de decir en voz alta.

Te quiero.

No mueras.

Mis manos encuentran automáticamente su cintura, atrayéndola hacia mí a pesar de la rabia que sigue circulando por mis venas. Por un momento—solo este pequeño momento robado—me permito sentir la suavidad de su cuerpo, la forma en la que encaja contra mí como si estuviera hecha para esto, y el calor de su aliento sobre mis labios.

El terror absoluto de perderla.

Mis dedos se aferran a su jersey, sujetándola como si pudiera desaparecer si la suelto. Una mano se desliza hacia su pelo, enredándolo suavemente para inclinar su cabeza y profundizar el beso. Ella deja escapar un pequeño gemido de placer y se presiona más contra mí.

Vierto todo en este beso. Cada palabra que no puedo decir. Cada promesa que quiero hacer. Todo el amor, el miedo y la necesidad desesperada.

Cuando al fin nos separamos, ambos respiramos entrecortadamente. Sus ojos brillan, pero no parece asustada.

Parece feroz.

—Ten cuidado —susurra contra mis labios—. Por favor. Vuelve a mí.

—Siempre. —La palabra es un juramento.

Me acaricia la cara una vez más con suavidad, luego retrocede y regresa junto a Mikhail. —No lo creo —dice con firmeza cuando Mikhail se dispone a cogerla en brazos—. Puedo caminar sola.

Gimo, aún sintiendo sus labios sobre los míos. —Vera, lo prometiste.

Me fulmina con la mirada. —No he prometido nada. Si quieres que vaya a la sala segura, voy a *caminar* hasta allí, como una adulta de verdad. No voy a dejar que me trates como a una niña, Dimitri.

Mikhail me mira, impotente.

Suspiro y cedo, ignorando el destello triunfante en los ojos de Vera. —Está bien. Mikhail, puedes *acompañar* a Vera hasta la sala segura.

Ella me sonríe antes de volverse hacia Mikhail. —Abre camino.

Desaparece por el pasillo y, en cuanto se va, toda la ternura se desvanece de mí mientras vuelvo a centrarme en lo que tengo que hacer.

Viktor carraspea con torpeza. Cuando le miro, está fijo mirando la pared y al techo. A cualquier parte salvo a mí.

El pobre desgraciado parece que también preferiría tirarse por la ventana.

—¿Tienes algo que decir, Viktor? —pregunto con ligereza.

—No, señor. —Su voz es tensa, pero profesional—. Absolutamente nada, señor.

A pesar de la rabia y la violencia que me recorren, casi sonrío. Pero no es momento para el humor. No hay tiempo para nada salvo lo que viene ahora.

—Consígueme todo —le ordeno, y mi voz es ya completamente profesional—. Todas las pruebas que hemos reunido. Registros financieros, registros telefónicos, imágenes de las cámaras de seguridad y los informes forenses. Todo. Lo quiero en una tablet que pueda llevar encima. Tienes diez minutos.

Viktor saluda. —Sí, señor.

Ya se ha ido antes de que termine de hablar.

Me quedo de pie en la habitación vacía, mirando la ventana abierta. Ha estado aquí. En mi casa. Tocando lo que es mío.

La bestia que llevo dentro (esa parte que suelo mantener cuidadosamente controlada y contenida) tira de la correa. Aún no. No hasta que tenga todo lo que necesito.

Pero pronto.



Viktor me espera en mi despacho exactamente nueve minutos después con una tablet cargada con toda la información que hemos encontrado.

Repaso los datos mientras mi equipo me pone al tanto, y con cada prueba mi enfado sube tanto que me sorprende no sufrir un infarto.

Registros financieros que muestran a Konstantin haciendo pagos a cuentas en el extranjero—cuentas que se remontan directamente a sociedades pantalla que Alexei creó tres meses antes de su "muerte". Millones de dólares desviados a esas cuentas. Suficiente dinero para desaparecer y empezar de cero.

Registros telefónicos que muestran cientos de llamadas entre Konstantin y un teléfono desechable que aparece en todas las localizaciones en las que se ha visto a Alexei en las últimas seis semanas. Praga. Viena. Berlín. Y hace tres días—aquí. En la ciudad.

Imágenes de seguridad de la casa de Konstantin en las que aparece Alexei entrando hace solo tres días. Jodidamente *entró* por la puerta principal como si aquello fuera suyo y se sentó en el estudio con nuestro tío, tomando whisky y riendo.

Riéndose.

Mientras yo le lloraba y me casaba con Vera para vengarlo.

Las pruebas forenses son las más incriminatorias.

Konstantin supervisó personalmente la autopsia de Alexei. Él mismo dio el visto bueno a la identificación y suprimió cualquier pregunta sobre las inconsistencias del informe forense.

Mi tío. El hombre en quien confiaba por encima de todo me ha traicionado de la forma más elaborada y cruel posible.

—¿Señor? —La voz de Viktor irrumpe en medio de mis pensamientos turbulentos—. ¿Órdenes?

Alzo la vista hacia mi equipo reunido. Seis hombres que llevan años a mi lado y han demostrado su lealtad cientos de veces. Me miran ahora con expresiones de furia y expectación a partes iguales.

Quieren sangre. Yo también.

—Equipo táctico completo —ordeno—. Vamos a la finca de Konstantin.

—¿Cuántos hombres quieres? —pregunta Pavel.

—A todos. Cada guardia que tengamos. Esto termina esta noche.



Son las dos de la madrugada cuando llegamos a la finca de Konstantin.

La propiedad es inmensa, rodeada por un muro de tres metros que ciñe todo el terreno. La seguridad de Konstantin nos detiene en la entrada. Dos guardias, ambos armados, ambos nerviosos ante el convoy de SUVs negros que se detiene ante el portón.

—Señor Volkov. —El guardia mayor (Abram, creo que se llama) da un paso al frente—. Es tarde. ¿Sabe el señor Konstantin que usted—?

—Abrid la verja.

Mi voz suena plana y fría, el tono que empleo cuando estoy a punto de recurrir a la violencia.

Abram vacila, lanzando una mirada a su compañero—. Señor, necesito confirmar con—

Salgo del SUV. El movimiento es tranquilo y sin prisas, pero algo en mi expresión hace que ambos retrocedan un paso.

—Solo lo voy a decir una vez —les advierto con frialdad—. Abrid la puta verja y apartaos, o atravesaré el portón con el coche. Vosotros decidís.

Se miran el uno al otro, luego a mí, y después a los seis vehículos que me siguen, todos llenos de hombres armados.

El portón se abre.

Así me gusta.

Avanzamos por la larga entrada curvada. Más guardias aparecen a medida que nos acercamos a la casa principal—al menos una docena, todos armados, adoptando posiciones defensivas.

Bien. Que lo intenten.

Salgo del SUV incluso antes de que se detenga por completo, mis hombres se despliegan detrás de mí en formación ensayada. Sergei a mi derecha, Viktor a mi izquierda. El resto crea un perímetro.

El jefe de seguridad de Konstantin—un tal Boris, al que conozco desde hace diez años—da un paso al frente con las manos en alto.

—Señor Dimitri, ¿a qué viene esto?

—¿Dónde está? —exijo, sin ganas de cortesías.

Boris alza una ceja espesa—. El señor Konstantin está en su despacho. Pero no puede usted simplemente—

No espero a que termine. Paso junto a él hacia la puerta principal, pero dos guardias se interponen en mi camino.

No reduzco la velocidad.

El primer guardia intenta cogerme del brazo. Le atrapo la muñeca, giro y utilizo su propio impulso para lanzarle contra su compañero. Ambos caen enredados en el suelo.

—¿Alguien más? —pregunto al resto de guardias.

Nadie se mueve.

Eso pensaba.

La puerta principal está sin cerrar, y entro como si la casa fuera mía (y puede que lo sea, tras esta noche). Recorro el pasillo de mármol con sus obras de arte caras y muebles antiguos, paso por el salón, el comedor y la biblioteca.

Mi objetivo real es el despacho al fondo de la casa.

La puerta está cerrada, pero no con llave. Se escucha música clásica en el interior. ¿Mozart, tal vez?

La puerta se abre de un golpe, lo bastante fuerte como para estrellarse contra la pared, y Konstantin levanta la vista desde detrás de su escritorio, con un vaso de whisky a medio camino de los labios.

No parece sorprendido ni preocupado.

Parece—*complacido*.

—Sobrino —me saluda jovialmente, dejando el vaso sobre la mesa —. Es un poco tarde para una visita, ¿no crees?

Lanzo la tablet sobre su escritorio con tal fuerza que los papeles se esparcen, sin perder el tiempo en cortesías. No se las merece ni de lejos.

—Explica.

Coge la tablet y repasa las pruebas. Su expresión no se altera. No hay sorpresa, ni negación, ni siquiera preocupación. Sólo un interés leve, como si revisara una propuesta comercial.

Por fin, deja la tablet y se sirve más whisky.

—Nunca debías descubrirlo —dice como de charla, con naturalidad —. Se suponía que ibas a estar demasiado consumido por el dolor. Demasiado centrado en la venganza. Demasiado enamorado de tu nueva esposa como para percatarte del patrón.

Esa confesión tan despreocupada—la completa ausencia de remordimiento—hace que algo oscuro y violento despierte en mi interior.

—¿Por qué? —La palabra me sale ahogada—. ¿Por qué fingir su muerte? ¿Por qué iniciar una guerra? ¿Por qué todo esto?

Konstantin apura un largo trago de whisky, saboreándolo. Como si estuviéramos de tertulia y no a punto de que uno de los dos muera al terminar esta conversación.

—Porque siempre has sido el problema, Dimitri. —Lo dice de forma simple, implacable—. Demasiado fuerte. Demasiado listo. Demasiado querido por los hombres. Jamás podría ir contra ti directamente. Ellos nunca lo aceptarían. La familia se rompería. Seguiría el caos.

Se pone en pie, camina hacia la ventana con el vaso en la mano y observa el terreno como un rey contemplando su dominio.

—Pero si morías en la guerra... O te mataba un Ashford... O convenientemente te eliminaba Alexei al descubrir que seguía vivo... —se encoge de hombros—. Entonces podría tomar el control de ambas familias.

—A través de Alexei —digo sin emoción, sintiendo cómo aquella rabia familiar vuelve a crecer en mi interior.

—A través de Alexei y del bebé —me corrige Konstantin, girándose para mirarme, con un semblante imperturbable—. Alexei como el hermano afligido que busca venganza por tu muerte. El bebé como el legítimo heredero Volkov—todos creen que es tuyo a estas alturas, supongo. Vera como moneda de cambio frente a los Ashford. Yo como el tío sabio que guía al joven Alexei. Un control perfecto.

La naturalidad con la que habla de asesinarme—utilizando a Vera, manipulando a todos—hace que la bilis me suba a la garganta.

—¿Alexei aceptó esto? —Necesito entender hasta dónde llega la traición—. ¿Fingir su muerte? ¿Dejarme pensar que lo habían asesinado?

Konstantin se ríe. Realmente se *ríe*.

—¿Aceptó? Dimitri, fue idea suya. Estaba harto de ser el hermano pequeño. La decepción. El que nunca estaba a la altura. Quería poder —su sonrisa es cruel—. Yo le ofrecí el camino.

Sus palabras duelen más que cualquier cuchillo. Alexei quería esto. Lo *planeó*. No era sólo Konstantin manipulándole.

—Él no... —empiezo, pero no logro terminar lo que pienso porque la verdad me mira de frente. Alexei orquestó todo esto. La muerte falsa. La guerra. Usar a Vera. Todo.

—¿Dónde está? —gruño, llevando la mano a mi arma—. ¿Dónde está Alexei?

—Nunca le encontrarás —la voz de Konstantin roza la compasión—. Se le da bien ocultarse, siempre ha sido así. Y aunque lo hicieras, no serviría de nada.

Se pone en pie y veo cómo lleva la mano al cajón. El destello metálico me informa de que Konstantin ha sacado su pistola.

Pero no soy lo bastante rápido.

Konstantin, claramente, se anticipó a esto y lo tenía planeado. Su mano se mueve, saca el arma del cajón del escritorio y la apunta a mi pecho de un solo y fluido movimiento.

El frío cálculo en sus ojos me lo dice todo.

—Porque no saldrás de aquí con vida —dice en voz baja. Me muevo por instinto, lanzándome detrás de una silla en el mismo instante en que suena el disparo, haciendo astillas la madera donde estaba mi cabeza un segundo antes.

Lo que sigue es caos.

Devuelvo el fuego, buscando refugio detrás de una pesada estantería de roble. Las balas atraviesan libros encuadernados en cuero, lanzando papeles y astillas por el aire.

Y de repente, la habitación estalla en movimiento.

Puertas que desconocía se abren de golpe. Irrumpen hombres armados—no son los guardias del exterior, sino profesionales con chalecos antibalas. Hay al menos una docena de ellos, moviéndose con precisión militar.

Nos estaban esperando.

La seguridad de Konstantin estaba preparada para esto. Sabían que venía. Todo era una trampa.

Mi tío lo planeó con antelación. Y yo caí de lleno.

—¡EMBOSCADA! —ruge Anton desde algún lugar detrás de mí—. ¡Retirada! *¡Retirada!*

El tiroteo estalla desde varias direcciones. Mis hombres responden, pero estamos rodeados y en clara inferioridad. Esta batalla no la podemos ganar.

Tengo que salir de aquí y regresar con Vera.

Me abro paso hacia la salida, eliminando a dos guardias que intentan bloquearme el paso. Mi equipo proporciona fuego de cobertura mientras avanzamos, pero apenas conseguimos contenerlos frente a su superioridad numérica.

Una bala me alcanza en el hombro.

El impacto me gira sobre mí mismo y grito. El dolor explota en mi brazo, ardiente y cegador. Tropiezo, la visión se me nubla por los bordes.

Pero la adrenalina me mantiene en movimiento.

Otro guardia cae. Luego atravieso la puerta, sangrando, pero aún de pie.

Viktor aparece a mi lado.—¡VETE! —grita—. ¡Te cubro!

Luchamos para salir de la mansión. Cuerpos caen—a veces los suyos, a veces los nuestros. El estruendo es ensordecedor y el humo de los disparos lo vuelve todo borroso.

Detrás de nosotros, la voz de Konstantin resuena por toda la casa. Burlona y segura.

—¡No puedes protegerla! ¡Es nuestra! ¡El bebé es nuestro! ¡Ya has perdido!

Aprieto los dientes, tanto por el dolor en el hombro como por el miedo que me recorre.

Pero no paro de correr. No paro de luchar.

Salimos disparados por la puerta principal hacia la oscuridad que precede al amanecer. Mis hombres ya están en los todoterreno, motores encendidos, disparando para cubrirnos.

Me lanzo al asiento trasero. Viktor da un portazo y salimos a toda velocidad, los neumáticos chirriando al bajar por el camino de la finca.

Las balas rebotan en el blindaje. La luna trasera se agrieta, pero no llega a romperse.

Y entonces atravesamos la verja. Fuera. Escapando.

Pero todo lo que puedo oír es la voz de Konstantin resonando en mi cabeza.

El bebé es nuestro. Ya has perdido.

El viaje de regreso se me hace eterno.

Sangro abundantemente, la vista vuelve a emborronarse por los bordes. Presiono los dedos contra la herida de bala, intentando frenar la hemorragia, pero la sangre se escurre entre ellos.

Demasiada sangre.

—Más rápido —farfullo.

—Ya vamos a ciento cincuenta, señor —responde Dmitri tenso, pero el motor ruge aún más.

Solo pienso en volver junto a Vera. Necesito advertirla. Protegerla.

Konstantin ha mostrado sus cartas. Hará su jugada final pronto. Tiene que hacerlo. No puede permitirme reagruparme.

¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Horas? ¿Minutos?

No lo sé.

Pero sé una cosa con absoluta certeza. Moriré antes de permitir que Konstantin y Alexei se lleven a Vera y a mi bebé.

23

VERA

Si alguien me hubiera dicho hace tres meses que pasaría mi lunes por la noche encerrada en una sala del pánico de lujo mientras mi exnovio psicópata intentaba secuestrarme y mi marido, un jefe criminal, daba caza a su tío traidor, le habría recomendado buscar ayuda profesional.

Y, sin embargo, aquí estamos.

Llevo dos horas en la sala segura y estoy perdiendo la maldita cabeza.

Es una habitación reforzada en el sótano—básicamente un búnker decorado por alguien que pensaba que "sobrevivir a un asedio" y "Architectural Digest" no eran conceptos excluyentes. Hay provisiones, equipos de comunicación y un armero que Mikhail señaló con una mirada significativa cuando me trajo aquí por primera vez. —Por si acaso —dijo.

Espero que no haya un "por si acaso".

Supongo que la habitación es bastante cómoda. Hay un sofá y una pequeña cocina americana con una cafetera exprés porque, Dios no

lo quiera, los Volkov tengan que soportar un asedio sin cafeína de calidad. Incluso hay un baño con *suelo radiante*.

Nada dice "peligro inminente" como unas baldosas de lujo calentándote los pies.

Pero la comodidad da igual cuando estás esperando noticias sobre si el hombre al que amas está vivo o muerto.

Dimitri se fue hace dos horas y no he sabido nada desde entonces.

Mikhail vigila la puerta, con una expresión tan aburrida que parece que podría quedarse dormido de pie. Para ser justos, lleva así toda la noche, apoyado contra el acero reforzado, mirando el móvil de vez en cuando, seguramente pasando el rato en redes sociales mientras yo me vuelvo loca poco a poco. Es soldado, pero aparentemente le han relegado a ser mi canguro.

Mi propio móvil está sobre la mesa, burlándose de mí con su silencio. Ni llamadas. Ni mensajes. Ni un —cariño, sigo vivo, solo herido y persiguiendo a mi tío, vuelvo enseguida—.

No es que Dimitri fuera a decir —cariño—. Es más bien del tipo fuerte y silencioso que demuestra cariño con miradas intensas y asesinatos estratégicos.

Pero aceptaría cualquier cosa ahora mismo, cualquier señal de que está bien.

Está bien, me repito. *Tiene que estar bien.*

Los moratones con forma de dedos en mis brazos, donde Alexei me agarró, han adquirido un impresionante tono púrpura-negruzco. Les lanzo una mueca. Siempre he sido de las que se moratan con facilidad y siempre me ha molestado porque cualquier herida parece mucho más grave de lo que realmente es.

Toco un hematoma distraídamente y hago una mueca de dolor. Alexei me hizo esto. Me agarró tan fuerte que me ha dejado marca.

Me llamó *vientre de cría*, como si fuera ganado en una maldita feria del condado.

Mientras, Dimitri me besó como si me amase, como si no fuera solo un vientre conveniente para su sobrina o sobrino.

El contraste sería gracioso si algo de esta situación tuviera la más mínima gracia, pero no lo tiene en absoluto.

Dios, que vuelva, por favor.

La sola idea de perderle me oprime el pecho, lo cual es completamente absurdo porque hace tres meses estaba llorando por la "muerte" de Alexei. Y ahora—

No. Nunca estuve enamorada de Alexei. Estaba enamorada de una actuación cuidadosamente ensayada, el mayor engaño jamás interpretado, y yo era el blanco que nunca vio venir la jugada.

Lo que siento por Dimitri es distinto. Es la forma en que me mira, como si fuera una persona en vez de una pieza en el tablero. Aceptó a mi bebé sin vacilar y consigue que me sienta a salvo incluso cuando todo se desmorona a nuestro alrededor.

Necesito que esté bien.

Gritos estallan en la planta de arriba.

La expresión aburrida de Mikhail desaparece como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Se endereza, lleva la mano al arma, transformándose de vigilante adormilado en profesional letal en cuestión de segundos.

Más gritos y botas resonando. El sonido inconfundible de varios hombres moviéndose con esa determinación que suele anteceder a la violencia y la destrucción de la propiedad.

La radio segura crepita. —Brecha en la entrada norte. Múltiples hostiles. El jefe no responde.—

Me quedo paralizada.

No responde. Eso es jerga militar para "no tenemos ni puñetera idea de si sigue vivo".

Mikhail suelta una maldición en ruso que suena de lo más creativa e anatómicamente imposible.

—Quédate aquí —ordena—. Cierra la puerta. No la abras a nadie excepto al jefe o a mí.

—¿Qué está pasando? —pregunto, la boca cada vez más seca mientras me abrazo a mí misma, sintiendo de repente un frío intenso —. ¿Dónde está Dimitri?

—Cierra. La. Puerta. —Ya está junto a la puerta—. ¿Y, señora Volkov? —me sobresalto y fijo la mirada en sus intensos ojos verdes—. Pase lo que pase ahí arriba, no abras esta puerta. A nadie.

Y entonces se va, y me quedo sola con mis pensamientos en espiral y el eco lejano de un lunes por la noche que está pasando de malo a catastróficamente peor.

Cierro la puerta. El cerrojo cae con un clic demasiado silencioso para algo que se supone que debe mantenerme a salvo. Y después espero en mi búnker de lujo, que empieza a parecerme más un ataúd carísimo.

Treinta segundos después, empiezan los disparos y pego un salto como un gato recién mojado.

Al principio suena lejano—amortiguado por el hormigón, el acero y seguramente varias carísimas alfombras persas, pero el sonido es inconfundible. El *pop-pop-pop* rápido de las armas automáticas. Gritos. Un alarido que se corta de golpe y me revuelve el estómago.

Retrocedo alejándome de la puerta, la mano volando hacia mi vientre, como si eso pudiera de alguna forma proteger la diminuta vida que llevo dentro de las balas, la violencia y el desastre en que se ha convertido mi vida.

Los disparos se acercan. Se alejan. Se acercan de nuevo. Como una marea de violencia recorriendo mi hogar.

El hogar de Dimitri.

¿Dónde *está*?

Los sonidos húmedos de la violencia se filtran—cuerpos cayendo al suelo, cristales rompiéndose, cosas que no podré olvidar una vez las he escuchado. Y, entre todo, un pensamiento se repite sin cesar. ¿Dónde está Dimitri? ¿Está ahí fuera? ¿Está herido? ¿Está—

No. No voy a terminar ese pensamiento. No le voy a dar poder. Él prometió volver. Dimitri Volkov no rompe sus promesas.

O al menos eso espero. La verdad es que mi historial con hombres cumpliendo sus promesas deja bastante que desear.

La lucha continúa durante minutos que se sienten como horas. Y entonces—silencio. Un silencio completo, absoluto, aterrador. Me quedo congelada, apenas respiro, contando los latidos de mi corazón porque es el único sonido que queda.

Uno. Dos. Tres. Veinte. Cincuenta. Cien.

Sigo sin oír nada.

Entonces, el sonido de unos pasos.

Son lentos y medidos, bajando las escaleras con una confianza despreocupada que me pone la piel de gallina.

Se detienen frente a la puerta.

Tres golpecitos secos. Como si pidieran azúcar prestado en lugar de ser un psicópata que probablemente acaba de abrirse paso matando a mi equipo de seguridad.

—¿Vera?— La voz está amortiguada por el acero, pero el tono casual y amistoso es inconfundible. Es el mismo tono que usaba al preguntarme si prefería tailandés o italiano. —Soy yo. Abre.

Alexei.

Y, de repente, el miedo se transforma en una rabia tan pura que puedo saborearla.

—Vete a la mierda—le grito—. No pienso abrir esta puerta.

Hay una pausa. Luego se ríe y es la misma risa encantadora que antes me ponía nerviosa el estómago. Ahora solo me dan ganas de vomitar. Dios, ¿cómo pude encontrarlo atractivo alguna vez?

—Vera, sé razonable. Los hombres de Konstantin controlan la finca ahora. El equipo de seguridad de Dimitri está muerto o huyendo. No puedes quedarte ahí para siempre.

Muertos o huyendo. Las palabras me golpean como puñetazos en el estómago, pero no me permito asimilarlas.

—Y aunque pudieras—continúa, y casi puedo *notar* su sonrisa—, ¿qué pasa con el bebé? ¿Cuántas semanas tienes ya? ¿Trece? Necesitas un cuidado prenatal adecuado y buena alimentación. No estoy aquí para hacerte daño. He venido para *cuidar* de ti. De los dos.

Cuidar de mí.

La santa *desfachatez*.

—¿Ah, sí? ¿Así lo llamamos ahora?—me apoyo en la pared más cercana, igualando su tono despreocupado—. Porque desde donde estoy—o, mejor dicho, encerrada en una habitación de pánico—, esto pinta mucho a secuestro. —Me encojo de hombros—. Pero claro, cuando eres un sociópata, la semántica se vuelve difusa.

Silencio. Bien. Que lo asimile.

—Intentaste secuestrarme—sigo, dejando que las palabras fluyan—. Me agarraste tan fuerte que me dejaste moratones y me empujaste contra los *muebles*. ¿Esa es tu idea de cuidarme? Porque tengo que decir, Alexei, que tu trato deja muchísimo que desear.

—Eso fue lamentable.—Ahora su voz tiene un filo cortante.—Estaba frustrado. Tú estabas siendo difícil—

—¿*Difícil*?—me río—. ¿Te refieres a cuando me negué a irme tranquila mientras intentabas secuestrarme? Sí, qué falta de razonabilidad por mi parte. Debería haber sido más complaciente con el hombre que pasó ocho meses tocándome como un maldito violín.

—No seas vulgar, Vera—espeta Alexei—. No te pega.

Le pongo una cara, aunque Alexei no pueda verla. —¿Sabes lo que no me pega? Que me digan que soy un vientre perfecto. Quedarme embarazada porque saboteaste los preservativos—lo cual es violación, por cierto, por si se te había pasado ese detalle legal—, y que me utilices como un peón en tu triste fantasía de poder.

—Abre la puerta.—Ya no queda ni rastro de amabilidad en su voz.—Podemos hablar como adultos.

—Ya *estamos* hablando como adultos—le replico, disfrutando de este duelo verbal—. Solo que yo lo hago desde detrás de acero reforzado porque soy una adulta que aprende de sus errores. Y tú, Alexei, fuiste un error monumental.

El silencio posterior es tan denso que se siente a través de la puerta.

—Abre la puerta, Vera—gruñe.

—No.

Alexei gruñe.—Ábrela o haré que mis hombres la tiren abajo.

—Buena suerte con eso.—Me miro las uñas como si no estuviera muerta de miedo.—Esta puerta es de acero reforzado, diseñada para resistir explosivos de nivel militar. Así que a menos que tengas un tanque ahí fuera, vamos a estar aquí un buen rato. ¿Quieres que prepare café? La cafetera que hay aquí es mejor que cualquiera que haya visto jamás.

Puedo notar perfectamente cómo rechina los dientes.

—¿Dónde está Dimitri?—pregunto, incapaz de evitarlo. Necesito saber qué ha sido de él.

Alexei se ríe, un sonido frío y horrible.—Dimitri está muerto, Vera.

El mundo se tambalea y menos mal que me apoyo en la pared.

—Konstantin se encargó personalmente de él. Se acabó. Tu marido ya no está, y ahora me perteneces a mí. Como siempre debiste haber hecho.

Se me doblan las rodillas. Me agarro a una mesa cercana, jadeando.

No. No puede ser. Dimitri es demasiado fuerte, demasiado listo, demasiado—

Pero la radio dijo "El jefe no responde".

Dios mío. ¿Y si—

El ruido estático chisporrotea y entonces oigo una voz por la radio, débil pero audible a través de la puerta.

—Señor, tenemos un problema. Dimitri Volkov está vivo y se dirige aquí. Tiempo estimado: tres minutos.

Dejo de respirar.

Vivo.

Él *está* vivo.

El alivio me golpea con tanta fuerza que suelto un sollozo. Las piernas me fallan y me dejo caer al suelo, con una mano tapándome la boca y la otra extendida en el suelo.

Está *vivo*. *Viene*. Solo tengo que resistir un poco más.

—¿Qué?—La voz de Alexei se tensa.—Eso es imposible. Konstantin dijo—

—Konstantin ha fallado, señor. Dimitri está herido pero funcional y viene hacia aquí con refuerzos. Tenemos que salir ya.

La ristra de maldiciones que sigue haría sonrojar a un marinero. Luego oigo su voz otra vez a través de la puerta, sin máscaras ya.

—Cambio de planes, Vera. Te vienes conmigo. Ahora.

Niego con la cabeza.—Ni pensarlo.

—No seas estúpida—espeta Alexei—. Dimitri puede estar vivo pero está herido y es vulnerable. Si te quedas aquí, él caerá en una trampa. ¿Eso es lo que quieres?

Es manipulación. Manipulación pura y calculada.

Pero, joder, sigue dando en el clavo.

—¿Sabes lo que quiero, Alexei? —me impulso para ponerme en pie, la rabia dándome fuerzas—. Quiero volver atrás en el tiempo y no entrar jamás en ese bar. No darte nunca mi número. No malgastar ocho meses de mi vida en un niñato patético e inseguro jugando a disfrazarse a la sombra de su hermano mayor.

Silencio absoluto.

—¿Qué acabas de decirme?

Ah, así que vamos a jugar a esto.

—Me has oído —le grito—. Has pasado ocho meses fingiendo ser algo que no eres. El encantador. El divertido. El que no se pasaba la vida midiéndose con Dimitri para quedarse siempre corto. —Ahora ya no puedo parar—. De eso va todo esto, ¿verdad? No es por poder ni por control. Solo quieres demostrar que no eres la decepción de la familia. Notición: lo eres.

—Cierra la boca —gruñe Alexei.

Sonrío, sabiendo que mis palabras han acertado de lleno.—¿Por qué? —susurro con voz melodiosa—. ¿La verdad duele? Aquí va otra—te

conozco, Alexei. Salí contigo ocho meses. Sé que revisabas el móvil cada dos por tres, esperando que Dimitri te llamase o te reconociera. Tenías unas ganas locas de que te viese como su igual. —No pienso parar ahora—. Pero nunca lo hizo, ¿verdad? Porque no eres su igual. Eres el hermanito pequeño que fingió su propia muerte porque no podía soportar vivir a la sombra de otro.—

—¡He dicho que te calles! —grita.

Ni de coña me voy a callar ahora.—Ocho meses escuchándote hablar de él. Siempre comparándote. "Dimitri lo hace así, pero yo creo…" "Dimitri nunca lo entendería, pero tú sí…" Dios, incluso cuando intentabas enamorarme, no podías dejar de obsesionarte con él. —Niego con la cabeza, sin creer que esté viendo ahora lo patético que es Alexei.—¿Sabes lo que eso me dice? Que ni tú mismo crees que estés a su altura.

—¡Cállate de una puta vez, Vera, o tiro abajo esta puta puerta!

—¿Y la parte *realmente* patética? —Mi voz baja, casi conversacional. —He pasado más tiempo con Dimitri en estos tres últimos meses que contigo en ocho. ¿Y sabes lo que he descubierto? Que él *nunca* te menciona. No se compara contigo porque no tiene que demostrar nada. Él sí es lo que tú siempre has fingido ser. —Hago una pausa para que cale.—Él es auténtico y tú eres solo… —muevo la mano como si apartara a un insecto— una mala copia, una imitación barata. El Volkov de marca blanca.

—¡ENTONCES LO HAREMOS POR LAS MALAS! —Su rugido sacude la puerta.

Inmediatamente, se empiezan a oír ruidos de aparatos preparándose. Bien. Que se enfade. Que le duela.

Cada palabra la decía en serio. Pero, por desgracia para mí, tengo minutos antes de que entren, quizá menos, así que toca dejar de hablar.

Mis ojos recorren la habitación. Armero. Ordenador portátil. Salida del túnel—una vía de escape hacia el perímetro.

Podría huir para proteger al bebé.

Pero si huyo y Dimitri vuelve y ve que no estoy, pensará que Alexei me ha llevado. Iría tras nosotros, y Alexei ya ha dicho que está herido y vulnerable. Le matarían.

No puedo dejar que pase. No voy a huir.

No porque sea valiente, sino porque estoy enamorada de Dimitri Volkov, y antes muerta que dejar que mi exnovio psicópata lo mate.

Cruzo hasta el armero y marco el código. Suena un clic y se abre.

—Vale —murmuro, cogiendo una pistola que parece menos complicada que el resto—. Jamás pensé que necesitaría esta habilidad, pero aquí estoy. —La pistola pesa y me es totalmente ajena y frunzo el ceño, pensando en lo poco que mi padre nos preparó a las Ashford para nada.—Gracias por nada, papá —espeto al mirar dentro del armero—. De verdad que te agradezco esa educación sobreprotectora que no me ha preparado para *nada* de esto.

Al lado de las armas hay cargadores, y cojo uno, examinándolo.

—El cargador va debajo, ¿no? —lo contemplo, estrujándome el cerebro y recordando a mi exnovio de instituto, que prefería jugar a shooters antes que pasar tiempo conmigo (no es raro que sea mi ex).—Es como el *Call of Duty*, solo que en el *Call of Duty* reaparezco si la cago.

Entra con un clic. Bien, algo es algo.

—Ahora el… —cojo la corredera—. Esto, lo que sea. Hay que tirar de esto para cargar… Sí, vale, es mucho más difícil de lo que parece. ¿Por qué pesa todo tanto?

Necesito las dos manos y mucho esfuerzo, pero por fin salta adelante con un clic satisfactorio. Miro la pistola, paso los dedos por encima, intentando recordar si me dejo algo. Y me doy cuenta.

—¡El seguro! —casi chillo antes de mirar hacia la puerta, asegurándome de que nadie me ha oído—. ¿Dónde está el puto seguro? —Giro la pistola con desesperación, rastreando el metal.—¿Será esto? Esto parece un seguro. Voy a asumir que esto es el seguro y si me pego un tiro en el pie, me voy a cabrear mucho.

Levanto una palanquita cerca de la empuñadura y supongo que lo he quitado, aunque no voy a comprobarlo ahora mismo.

La puerta empieza a brillar. El metal al rojo vivo donde lo están cortando. Trago saliva. Mierda. Me estoy quedando sin tiempo *muy* rápido.

Arrastro la pesada mesa por la habitación—a base de maldecir, porque parece que los muebles de ricos pesan una tonelada—y la coloco de parapeto. Me agacho detrás, apoyo la pistola encima y apunto a la puerta con las manos temblando sin parar.

—¡Última oportunidad, Vera! —La voz de Alexei suena triunfante—. ¡Ven por las buenas o por las malas!

Inspiro y pienso en Dimitri y en cómo me mira, cómo me abraza. La promesa que me hizo.

—¿Eh, Alexei? —le llamo, con voz segura.—¿Recuerdas cuando decías que era demasiado buena? ¿Demasiado blanda? ¿Que tenía que ser más asertiva?

Silencio.

—Pues considera esto como si hiciera caso a tu consejo.

El corte se detiene y el círculo de metal incandescente cae hacia dentro con estruendo. Un brazo enfundado en guante táctico y chaleco antibalas se cuela dentro, tanteando la cerradura. Siento el corazón en la garganta.

La pistola pesa demasiado y a la vez demasiado poco, pero no la bajo.

Porque no voy a huir. Ni a rendirme. Y desde luego, no pienso dejarles ganar.

Se retira el cerrojo y la puerta se abre.

Y yo, Vera *Volkov*, levanto mi arma.

24

DIMITRI

El todoterreno atraviesa la finca, pero no frena. Me importa una mierda el chirrido de los neumáticos o cómo el coche derrapa cuando tomo la curva demasiado rápido. El hombro izquierdo me arde, la sangre empapando la chaqueta y la camisa, pero el dolor es secundario frente al terror que me impulsa hacia delante.

Llevo cinco minutos intentando contactar con Mikhail, pero no hay respuesta. La frecuencia de seguridad es un caos: disparos, gritos, y después silencio. Ese silencio horrible y ominoso que significa que hay muertos.

Mi gente.

Y Vera está ahí dentro. Sola. Atrapada en la habitación segura con Dios sabe cuántos hombres de Konstantin intentando entrar.

Llego demasiado tarde. Voy a llegar demasiado tarde. Ella va a—

No.

No puedo pensar así. Está viva. *Debe* estar viva.

En cuanto llegamos al acceso circular, abandono el todoterreno, cojo mi arma y me muevo, ignorando cómo me grita el hombro a cada

movimiento.

La puerta principal está abierta, colgando torcida en las bisagras, como si la hubieran echado abajo de una patada. Con el corazón en la garganta, entro con el arma en alto, moviéndome por mi propia casa como si fuera una zona de guerra.

Porque lo es. El vestíbulo parece un escenario de masacre. Cuerpos esparcidos por el suelo de mármol en charcos de sangre que se extienden. Algunos son de los míos. Para mi horror, reconozco la cara de Pavel: ojos fijos en la lámpara de cristal, un agujero de bala en la frente. Todavía sujeta su arma, ha muerto luchando como un héroe.

Otros son los hombres de Konstantin, con chalecos antibalas y equipo táctico. Al menos cuatro de ellos están abatidos, todos con múltiples impactos de bala. Mis hombres no cayeron en silencio, pelearon con honor.

El ala norte está hecha polvo. Las ventanas destrozadas, agujeros de bala cosiendo el papel de las paredes. Un Monet por el que pagué seis millones, destrozado a balazos de arma automática.

Nada de eso me importa. Mi único objetivo es llegar al sótano. A Vera.

Sigo el sonido de la maquinaria: el chillido agudo de un soplete, el metal chillando al ser cortado, bajando por la escalera al nivel del sótano.

Y allí, fuera de la puerta reforzada de la habitación segura, hay seis de los hombres de Konstantin.

Han... han cortado *a través*. La puerta ha sido vulnerada, un círculo irregular de acero fundido se enfría bajo la tenue luz de emergencia y unos hombres armados con equipo táctico se preparan para entrar.

Van a por *Vera*.

No dudo ni me anuncio. Empiezo a disparar.

El primero cae antes siquiera de saber que estoy allí, con un tiro limpio en la nuca. Se desploma, muerto antes de tocar el suelo.

El segundo se está girando cuando mi siguiente disparo le alcanza en la garganta y cae ahogándose, llevándose las manos a la herida.

Entonces se dispersan, respondiendo al fuego, y de repente es un combate a corta distancia en el estrecho pasillo del sótano. Las balas rebotan en las paredes de hormigón y una me roza el hombro ya herido. Me muerdo la lengua para no soltar un grito de dolor, pero la adrenalina es una maldita maravilla. Me mantiene en movimiento y centrado.

Otro cae al intentar flanquearme; le alcanzo en el pecho y su arma se le resbala de las manos.

Después, otro muere de un disparo en la cabeza. Puntería perfecta a pesar del dolor en mi hombro, si se me permite decirlo.

Pero vienen más. Les oigo en las escaleras: botas retumbando, radios crepitando. Estoy en inferioridad numérica y herido. Y lo peor es que me estoy quedando sin munición.

Y entonces lo oigo.

Disparos.

Desde dentro de la habitación segura.

Se me para el corazón.

Alguien ha entrado y está allí dentro con Vera.

No pienso, lucho a codazos para llegar hasta la puerta forzada con una furia que deja en ridículo la rabia que sentía antes. Dos hombres más caen bajo mis disparos. Ya ni apunto, sólo disparo contra cualquier cosa que se mueva entre esa puerta y yo.

Irrumpo por la abertura—

Y me quedo helado.

Porque Vera está de pie, tras una mesa volcada, con los ojos desorbitados y aterrada pero muy viva, disparando por la brecha hacia los hombres de Konstantin.

Su puntería es *horrenda*; está claro que jamás ha sostenido un arma en su vida y los disparos se van lejos, golpean las paredes, el techo. Uno rebota en el suelo de hormigón.

Pero la sorpresa—la pura osadía de que mi esposa devuelva el fuego —es suficiente para desconcertarles.

Y tiene un aspecto... Dios, tiene un aspecto *magnífico*.

El pelo oscuro arremolinándose tras ella, como si hubiera pasado por una tormenta. Pólvora manchando sus mejillas como pintura de guerra. Esos ojos castaños encendidos de furia y determinación feroz. Torpe en los gestos, pero no baja el arma.

Está preciosa. Absolutamente, devastadoramente preciosa.

Uno de los hombres de Konstantin cae tocándose la pierna, y no sé si ha sido intencionado o cuestión de suerte, pero aprovecho la distracción para abatir de un disparo limpio al compañero que tenía a su lado.

—¡VERA! —rujo—. ¡APÁRTATE!

Ella se gira de golpe, el arma aún levantada, y por un instante aterrador pienso que podría dispararme a mí. Entonces el reconocimiento cruza su rostro y su expresión muestra alivio y alegría a la vez.

—¡Dimitri! —grita.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —cae otro asaltante bajo mi fuego—. ¡Vas a herir a alguien!

—¡Pensaba que de eso se trataba! —me responde a gritos y vuelve a disparar. El tiro se desvía tanto que acaba destruyendo una lámpara, y caen trozos de cristal. Maldigo.

—¡No te dispares a ti misma! —Me muevo para cubrirla, colocándome entre ella y los hostiles que quedan—. ¡Ni a mí! Apunta a—¡Jesucristo, Vera, ¿dónde demonios has aprendido a disparar así?

—¡Ah, pues no he aprendido! —dispara dos veces más. Una bala se incrusta en el marco de la puerta, a un metro de cualquier objetivo real—. Es la primera vez que disparo un arma.—Solía ver a mi exnovio del instituto jugar al *Call of Duty*. ¡No pensé que fuera tan difícil!

A pesar de todo, estoy a punto de soltar una carcajada.

—*Call of Duty* —repito, mientras tumbo a otro hostil—. Por supuesto.

Me lanza una mirada fulminante antes de intentar apuntar de nuevo —. ¡Estoy haciendo lo que puedo!

Falla, y la bala impacta contra la pared.—¡Tu "mejor" va a hacer que nos maten a los dos!

—¡Pues no te veo a ti haciéndolo mucho mejor! —responde lanzando otro tiro descontrolado, pero para mi sorpresa, ese realmente alcanza a alguien. Un atacante grita y se agarra el brazo.

—¡Me han disparado! —Le indico mi hombro ensangrentado—. ¿Tú qué excusa tienes?

—¡Nunca he hecho esto antes! —grita ella.

No me jodas. Si salimos de aquí, personalmente voy a ocuparme de su entrenamiento con armas.—¡Ya me doy cuenta!

¿De verdad estamos gritándonos el uno al otro mientras nos disparan activamente? Es de locos. Es una temeridad. Es la cosa más hermosa que he vivido nunca.

Porque estamos juntos. Superados en número y armas, sí, pero juntos.

Disparo tres veces más, regodeándome en mi puntería, incluso con el hombro herido. Caen tres cuerpos más.

Vera dispara a lo loco a mi lado. Sus disparos son el puro caos, pero el efecto psicológico funciona. Los hombres de Konstantin no esperaban resistencia desde dentro y *mucho menos* esperaban que mi mujer devolviese el fuego.

—¡Apunta al centro del cuerpo! —le grito, intentando guiarla en medio de la locura.

Se aparta el pelo de la cara al disparar de nuevo, el agarre de la pistola algo flojo.—¡Lo intento! —resopla entre dientes.

—¡Esfuérzate más! —le ordeno, derribando a otro que ha irrumpido en la habitación segura.

—¡Ahora mismo no ayudas nada!

Otro disparo suyo acierta de verdad y alcanza a un hombre en el hombro. Él aúlla y gira por la fuerza del impacto. Yo acabo con él.

—¿Ves? —jadea triunfante, la cara manchada de sangre—. ¡Le he dado!

Disparo a otro hombre.—Le has dado en el hombro. ¡Estaba cargando contra nosotros!

—¡Cuenta igual, joder, Dimitri!

Sonrío como un loco. A pesar de todo, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—¡RETIRADA! —La voz de Alexei corta el caos. Le veo en las escaleras y el corazón me da un vuelco al ver a mi hermano, aunque sea un maldito traidor—. ¡No merece la pena! ¡Reagrupamos!

La rabia me recorre de arriba abajo. Está huyendo. El cabrón está huyendo.

Quiero perseguirlo, ponerle una bala entre ceja y ceja y terminar esto ahora mismo.

Pero Vera es mi prioridad.

Le veo desaparecer escaleras arriba con los hombres que le quedan y cuento hasta diez. Espero oír el sonido de los vehículos yéndose del recinto.

Entonces, mis hombres que han sobrevivido al asalto inicial irrumpen en la habitación. Sergei parece magullado pero en condiciones, y Viktor tiene un corte encima del ojo. Anton está bastante maltrecho y Dmitri tiene un ojo morado feísimo y el labio partido.

—Asegurad el perímetro —ordeno con voz ronca—. Nadie entra ni sale. Registrad cada habitación y traed a Dr. Petrov cuanto antes.

Se marchan de inmediato, y entonces me vuelvo hacia Vera.

Aún sostiene la pistola y respira agitadamente. Tiene la pólvora manchando las mejillas y sangre (no suya, descubro aliviado) salpicando el jersey y la nariz.

Me mira, con los ojos marrones abiertos y llenos de luz.

—Has vuelto —susurra.

—Te lo dije, que volvería —le digo.

Y entonces cruzo hasta ella y la abrazo con desesperación, ignorando el latido punzante de mi hombro. Deja caer la pistola y se aferra a mí, sus manos crispándose en mi chaqueta destrozada.

—Estás bien —susurro en su pelo—. Estás viva.

—Tú también —su voz se quiebra—. Pensé... Cuando Alexei dijo que estabas muerto, creí que—

—Lo sé. Lo sé. —Me aparto solo lo justo para mirarla y revisarle la cara en busca de heridas, limpiando con los pulgares la sangre y suciedad.—¿Te han hecho daño? ¿Estás—?

—Estoy bien —insiste, llevando las manos a cubrir las mías—. El bebé está bien. Los dos estamos bien.

El alivio me golpea tan fuerte que casi me fallan las piernas.

Y entonces la beso. Fuerte, desesperado y probablemente demasiado brusco, pero no puedo evitarlo. Necesito saborearla. Necesito confirmar que está realmente aquí, realmente viva.

Ella me devuelve el beso con la misma intensidad frenética, sus manos se deslizan por mi pelo y me acerca más, a pesar de la sangre pegada a ambos.

Cuando por fin nos separamos, ambos jadeamos, entre la desesperación del beso y la adrenalina residual.

—No podía dejar que me cogieran —me dice, buscando mis ojos—. No podía dejarte, así que… —ríe, ese alivio histérico de haber sobrevivido a lo imposible—. Así que aprendí a disparar —hace un gesto hacia el arma que ha caído—. Fatal, por cierto.

—Has estado increíble —le digo, acariciando su rostro con la mano buena—. No será perfecto, pero te has defendido de maravilla.

—Por poco te disparo a ti —dice con timidez.

—Ya, pero no lo has hecho —le doy un beso en la nariz y disfruto cómo su respiración se entrecorta—. Cuando acabe con mi tío y mi hermano, tu entrenamiento de armas empieza. No puedo permitirte blandir un arma de esa manera. ¿Qué dirían los demás?

Vuelve a reírse, pero luego ve la sangre. Sus ojos se abren y suelta un grito ahogado.

—Joder, estás *herido*. Dimitri, estás sangrando.

Le resto importancia con un gesto.—Estoy bien.

Pero el mundo empieza a inclinarse. La adrenalina se desvanece y la pérdida de sangre me alcanza. Me tambaleo y de repente ella me sostiene, abrazándome por la cintura.

—De "bien", nada —dice, tajante—. Anda, tenemos que llevarte a tu despacho.

Conseguimos llegar, prácticamente apoyándome en ella, intentando no desmayarme. El caos sigue reinando en la finca, pero al menos ya no se oyen disparos.

Sergei aparece a mi lado.—Jefe, el Dr. Petrov está en camino. Y… —su expresión se oscurece—. Hemos encontrado a Mikhail.

Se me encoge el estómago y hago que Vera se detenga.—¿Dónde? —pregunto con voz ronca.

Sergei parece dolido. —El pasillo de arriba. Parece que los mantuvo a raya todo lo que pudo. Se llevó por lo menos a cuatro antes de que…— Deja la frase en el aire.

Antes de que lo mataran.

El valiente y leal Mikhail. Llevaba ocho años conmigo y confiaba en él para proteger a Vera. Lo hizo, y luchó hasta su último aliento para mantenerlos alejados de ella.

—Asegúrate de que su familia esté atendida —digo, sintiendo cómo la emoción me invade—. Su madre y su hermana en San Petersburgo. Lo que necesiten. Y organiza el funeral. Con todos los honores.

Sergei inclina la cabeza con respeto. —Sí, señor.

Se va y yo me hundo en la silla de mi despacho, de pronto agotado más allá de lo imaginable.

Vera merodea cerca, con la mirada fija en mi hombro sangrante, pero puedo ver las lágrimas deslizarse por sus mejillas, claramente llorando a Mikhail.

El doctor Petrov llega en cuestión de minutos—el leal, inquebrantable doctor Petrov, que me ha visto en situaciones peores que esta. Echa un vistazo a la herida de bala y suspira.

—Sabes —comenta, mientras empieza a cortar mi chaqueta—, la mayoría de los hombres irían al hospital por esto.

Pongo los ojos en blanco. —La mayoría de los hombres no tienen a Konstantin Volkov intentando matarlos —replico.

El doctor Petrov emite un sonido de asentimiento. —No te lo discuto.

Limpia la herida con antiséptico que arde como el mismo infierno. No me inmuto; he pasado por cosas peores. En su lugar, observo a Vera que me mira, pálida pero entera.

—La bala ha atravesado limpiamente —anuncia el doctor Petrov—. No hay daño óseo. Has tenido muchísima suerte.

Pienso en el estado actual de mi vida, con mi tío y mi hermano traidores. —No me siento afortunado.

—Estás vivo. Eso ya es bastante suerte. —Empieza a suturar—. Esto va a doler.

Y duele, pero, de nuevo, he pasado por cosas peores.

Vera se acerca, su mano encuentra la mía. La aprieto, agradecido por el ancla.

—Antibióticos —dice el doctor Petrov al terminar, entregándome un frasco—. Analgésicos—

Le hago un gesto de desdén. —No necesito analgésicos.

—Por supuesto que no. —Ni siquiera suena sorprendido, más bien resignado—. Al menos, descansa. Has perdido mucha sangre.

No lo haré. —Lo haré —le aseguro—. Más tarde.

Sabe que miento, pero no discute. Recoge sus cosas y se va, no sin insistir en que le llame si empeoro.

Las horas siguientes se desdibujan en una niebla.

Las paso asegurando la finca con los pocos hombres que siguen vivos. Siete de mi equipo de seguridad han sobrevivido. Siete de *quince*. El balance es cruel.

Nos ocupamos de los cuerpos: embolsando, documentando y preparándolos para su retirada. Mis hombres tendrán funerales dignos. Los de Konstantin serán incinerados.

Reforzamos todas las entradas, cambiamos todos los códigos y triplicamos los turnos de guardia. Cuando terminamos, el amanecer asoma por las ventanas. Vera se quedó conmigo durante todo el proceso. Rechazó marcharse incluso cuando le ordené descansar.

Por fin, *por fin*, los demás se han ido.

Sólo estamos nosotros dos en mi despacho, la puerta cerrada. El mundo, momentáneamente, al margen.

Nos quedamos allí, mirándonos.

—Casi morimos —susurra Vera.

—Ya lo creo —asiento.

—Pero no lo hicimos —señala ella.

Asiento. —No. No lo hicimos.

Cruza la estancia hacia mí con paso lento, como si temiera que pudiera desvanecerme, y me toca el pecho, sintiendo mi corazón latir bajo su palma.

—Pensé que estabas muerto. Cuando Alexei dijo que Konstantin te había matado, pensé… —Su voz se quiebra—. Pensé que nunca volvería a verte. Y entonces me di cuenta de que nunca te había dicho—

Se detiene, luchando por encontrar las palabras.

Le rodeo el rostro con mi mano sana. —Dímelo ahora —gruño, la boca seca de anticipación—. Dímelo.

—Te quiero. —Las palabras brotan de ella como una confesión—. Sé que es complicado y probablemente esté mal por mi pasado con

Alexei, pero te quiero. Estoy *enamorada* de ti, Dimitri. Por completo. Desesperadamente. Yo—

La interrumpo con un beso.

Porque escucharla decir esas palabras—que me quiere—es como un golpe directo al estómago y al mismo tiempo una salvación.

Mi mano se desliza por su pelo, inclinando su cabeza hacia atrás mientras reclamo su boca. Sabe a menta y a hogar. Sus labios son suaves y urgentes contra los míos, se abren de inmediato para dejarme ir más profundo. Cuando nuestras lenguas se encuentran, deja escapar un pequeño gemido en el fondo de la garganta que me atraviesa por completo y va directo a mi entrepierna.

La atraigo más, ignorando el ardor de mi hombro hasta que ya no queda espacio entre nosotros, y extiendo los dedos por su espalda baja. Su cuerpo se amolda al mío, curvas suaves contra músculo duro y sus manos se aferran a mi camisa como si temiera que fuera a desaparecer si me suelta. La beso con más fuerza, con más profundidad, vertiendo todo lo que no puedo decir en ese beso desesperado.

Cuando por fin nos separamos, ambos jadeamos en busca de aire. Sus labios están hinchados y marcados por los besos, pero sus ojos brillan con lágrimas y asombro.

—No está mal —le digo con fuerza, con la frente pegada a la suya—. Nada de esto—de *nosotros*—está mal.

—Pero mi pasado con Alexei… —protesta ella.

Niego con la cabeza. —Alexei no importa. Nunca importó. Lo único que importa eres tú, yo, y ese bebé. —La estrecho de nuevo contra mí, necesitando su calor—. Te quiero, Vera. Llevo semanas queriéndote, pero fui demasiado imbécil y cobarde para decirlo.

—¿Tú tenías miedo? —Se echa a reír, sorprendida y divertida—. ¿Tú, que le plantas cara a toda la seguridad de Konstantin sin pestañear,

tenías miedo de decirme que me quieres?

Le doy un toque en la nariz. —Pues sí —admito—. Porque tú… lo que siento por ti… es más que nada. Más que la venganza, que los negocios, incluso que mi propia vida. Eres todo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. —Dímelo otra vez —susurra.

—Te quiero —le beso la frente—. Te quiero —su mejilla—. Te quiero —sus labios—. Te quiero, Vera Volkov. Mi esposa. Mía.

—Tuya —susurra contra mi boca—. Siempre tuya.

Y entonces nos besamos de nuevo, pero esta vez es diferente y desesperado de tantas formas nuevas, con el alivio de seguir vivos, de tenernos, de pronunciar al fin las palabras que llevábamos tanto tiempo guardando.

Mi boca baja por su mandíbula y su garganta, probando a sal y pólvora. Ella jadea cuando encuentro el pulso bajo su oído y sus dedos se enredan más fuerte en mi pelo.

Necesito sentirla.

Mi mano buena se enreda en su pelo, ladeándole la cabeza para poder besarla más profundo, más fuerte. Mi otra mano (a la mierda el hombro lesionado) se desliza bajo su jersey, buscando su piel cálida. Ella se arquea hacia mi caricia con un sonido que me hace desear hundirme en ella justo en ese instante

Sus dedos forcejean con mi cinturón, temblando de urgencia.

—Dimitri, tu hombro... —protesta, pero la hago callar.

—No me importa. —Ya estoy tirando de su ropa, quitándole el jersey por la cabeza y arrojándolo a un lado. Mis manos buscan el botón de sus vaqueros, torpes de necesidad—. Te necesito, Vera. Hoy casi te pierdo y no puedo...

—Shh. —Me pone un dedo sobre los labios—. No me vas a perder. —Ya ha abierto mi cinturón, bajando la cremallera—. Estoy aquí. No

pienso irme a ningún sitio.

Le ayudo a empujar mis pantalones hacia abajo y es torpe y nada elegante, pero me da igual. Ella se quita los vaqueros a patadas y yo la alzo, presionándola contra el escritorio. Los papeles vuelan y algo se estrella contra el suelo.

Nada de eso importa.

Su piel arde contra la mía y su respiración se entrecorta contra mi cuello antes de volver a atrapar sus labios con los míos. Nos besamos como si nos fuese la vida en ello, bruscos y torpes, dientes, lenguas y aliento compartido. Ella se arquea hacia mí mientras mi mano se desliza por su espalda hasta desabrocharle el sujetador hábilmente con una sola mano. Se lo quito, deslizando la palma por su cuello, bajando por su esternón y finalmente, hasta abarcarle el pecho. Ella se eleva hacia mi caricia como si fuese la subida de la marea, dejando escapar un gemido cuando pellizco su pezón.

—Te necesito, Dimitri —jadea, gimiendo al sentir mis labios atrapando su lóbulo de la oreja. Aprieto mi cuerpo contra el suyo, restregando mi erección contra ella, disfrutando de su blasfemia ronca.

—Me tendrás —susurro, jugueteando con el borde de su ropa interior empapada antes de bajársela de un tirón, dejándola desnuda y lista para mí. Vera mueve las caderas para ayudar a quitarse el trozo de tela.

Su respiración es ahora entrecortada y áspera, sus manos vuelan a mi cintura y me palpan a través de la ropa interior un instante antes de perder la paciencia y meter la mano bajo la goma para rodear mi polla con los dedos. Dejo escapar un gemido ahogado y meto la mano entre ambos para deslizar mis dedos por sus pliegues. Vera embiste con sus caderas contra mí, rodeando mi cintura con las piernas y enganchando los tobillos.

Muevo mi mano para bajar mi ropa interior, pero Vera ya está allí, empujándola lo suficiente para liberar mi polla, que salta afuera, palpitante y ansiosa por entrar en ella.

Me hundo en ella de un solo empujón y gemimos al unísono, nuestros cuerpos y voces fundiéndose. Nos movemos juntos con una intensidad desesperada.

Mi hombro herido ruge de dolor, pero me da igual. Sus uñas se clavan en mi espalda y agradezco ese dolor porque es prueba de que esto es real, de que seguimos vivos.

—Te quiero —repito una y otra vez, como si por decirlo bastara para mantenerla a salvo—. Te quiero, Vera. Mi esposa. Mía.

—Tuya —jadea, temblando—. Tuya. Siempre tuya.

El placer se enrosca en mi interior y voy más rápido, sintiendo como responde a cada embestida con un latigazo de sus caderas. Vera deja escapar un quejido largo y apretado, apretando sus muslos a mi alrededor mientras mis dedos se clavan en la carne blanda de su cadera.

—Te quiero —grita—. ¡Dios, Dimitri!

—Ven para mí —jadeo, mi polla golpeando su interior cálido y húmedo, cada palabra marcada por una embestida—. Jódete, correte para mí, Vera.

Su respiración es pesada, con pequeños gemidos al final de cada inspiración, hasta que echa la cabeza hacia atrás y lanza un largo y agudo jadeo mientras todo su cuerpo se tensa y cabalga su placer. Verla correrse me hace estallar dentro de ella y me deshago, sollozos profundos y rotos que acaban convirtiéndose en un ronco grito de su nombre.

Entierro la cara en su cuello mientras acabo de dejarme arrastrar por el orgasmo. Los dos estamos temblando, enredados, respirando el uno al otro.

—Te quiero —dice de nuevo, como si no pudiera dejar de decirlo ahora que ha empezado.

—Lo sé. —Le acaricio el pelo con los dedos temblorosos—. Lo sé. Y yo te quiero. A ti y a ese bebé... —Coloco la mano sobre su vientre —. Eres todo para mí.

Es lo más honesto y vulnerable que he dicho en mi vida, y no me arrepiento de ni una sola palabra.

Al final conseguimos arreglarnos mínimamente y limpiar las huellas de lo que acaba de pasar (aunque seguro que cualquiera con ojos sabrá perfectamente lo que hemos hecho).

Me da absolutamente igual.

—Ven —le digo, tomándola de la mano—. Necesitamos dormir.

Me sigue por la casa en silencio: pasando por encima de cristales rotos, junto a agujeros de bala y manchas de sangre que habrá que limpiar de manera profesional. La conduzco escaleras arriba hasta el ala familiar, a mi habitación.

Nunca ha estado aquí y la observo mientras mira todo: la cama enorme, la pared de ventanales que da al jardín, el lujo discreto tan alejado de la ostentación del resto de la finca.

—Es bonito —dice en voz baja, recorriendo la habitación con la vista.

—Ahora también es tuya —le ofrezco, sintiéndome sorprendentemente vulnerable. Nunca se suponía que viera esta habitación, siempre relegada a sus propios cuartos al otro lado de la finca. Pero, en fin, tampoco se suponía que yo fuera a enamorarme de ella.

—¿Ah, sí? —Se vuelve a mirarme, la sorpresa clara en su bello rostro —. ¿Ahora vamos a compartir habitación?

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia—. Si me aceptas.

Sonríe y me deja sin aliento—. Te acepto.

Caemos rendidos en la cama, completamente vestidos y demasiado exhaustos para hacer otra cosa. El hombro me palpita, pero Vera es cuidadosa con mi lesión mientras se acurruca a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho y una mano sobre mi corazón.

—¿Y ahora qué? —pregunta en voz baja.

—Ahora —respondo, acariciándole el pelo—, esto termina. Vamos a destruir a Konstantin y Alexei.

Ella se pone tensa—. ¿Cómo?

—Aún estoy trabajando en esa parte. —La atraigo más hacia mí, respirando su aroma y sintiendo, por fin, que me relajo—. Pero lo haremos.

Y por primera vez desde que empezó esta pesadilla, creo que realmente podemos lograrlo.

Porque ya no estoy solo. Tengo a Vera, fiera, valiente, fatal con las armas, Vera, que luchó a mi lado cuando pudo haber huido. Que me quiere pese a todo.

Y Konstantin y Alexei no tienen ni idea de lo que se les viene encima.

25

VERA

Me despierto con la luz del sol entrando a raudales por unas ventanas desconocidas.

Durante un instante confuso y dichoso, creo que lo de anoche fue una pesadilla, pero entonces me muevo, y cada músculo de mi cuerpo protesta.

Miro mi ropa. Sigo llevando el conjunto manchado de sangre de ayer (qué asco, ¿he dormido en vaqueros?). Tengo las manos sucias después de empuñar esa pistola y aún conservo las marcas de dedos en los brazos donde Alexei me agarró.

La realidad vuelve de golpe.

El ataque. La habitación segura. Alexei vivo e intentando llevarme con él. El tiroteo. Dimitri herido pero con vida.

Y las palabras que nos dijimos.

Te quiero.

Giro la cabeza sobre la almohada y le encuentro ya despierto, apoyado sobre su brazo bueno, observándome con una intensidad que me corta la respiración. El pelo lo tiene despeinado por el sueño,

la venda de su hombro resalta blanca sobre la piel, pero esos ojos grises están totalmente alerta y enfocados solo en mí.

—Hola —murmuro con el corazón desbocado.

—Hola, preciosa. —A pesar de todo—la sangre, la violencia, el caos —hay calidez en sus ojos, algo que antes no estaba. O quizá sí, y yo simplemente no lo veía.

—¿Qué tal el hombro? —pregunto.

—Me duele una barbaridad. —Se pone de espaldas con cuidado y extiende la mano para apartarme el pelo de la cara. Me hace estremecer—. ¿Y tú?

—Dolorida. Confundida sobre qué día es hoy. Y casi segura de que necesito una ducha. —Hago una pausa—. También posiblemente traumatizada, pero eso lo dejo para después.

Sus labios se tuercen en una sonrisa. —Así me gusta. Compartimentalizando como una campeona.

Intento ignorar cómo se me acelera el pulso cuando me llama *mi chica*. —Aprendí del mejor. —Le cojo la mano y la mantengo contra mi mejilla—. Entonces, anoche dijimos algunas cosas.

Dimitri hace un sonido de satisfacción. —Sí, así es —asiente.

—Cosas importantes.

—*Muy* importantes. —Su pulgar acaricia mi pómulo—. ¿Te arrepientes?

—¿De decirte que te quiero? —Me lo pienso, disfrutando de la aspereza de sus dedos contra mi cara—. No. ¿Del momento? Quizá. Habría sido mejor hacerlo sin heridas de bala ni experiencias cercanas a la muerte.

—No sé yo… —Se inclina para besarme suavemente—. El ambiente me pareció perfecto. Muy romántico. Puro chute de adrenalina.

Se me escapa una risa ahogada. —Tienes un concepto rarísimo de lo que es romántico.

—Lo dice la mujer que disparó conmigo —replica Dimitri.

—¡Fatal! —corrijo—. Disparé a la gente *fatal*. Que conste la diferencia.

Él sonríe—sí, sonríe de verdad—y me doy cuenta de que así es como se ve la felicidad en Dimitri Volkov. Y el hecho de que, en este instante, esté dirigida solo a mí hace que me inunde el calor por dentro.

Entonces su expresión se vuelve seria. —Tenemos que hablar de lo que viene ahora.

Bueno, eso mata el ambiente de inmediato. —Konstantin y Alexei —suspiro, ya echando de menos su mano cuando la aparta de mi rostro.

—Eso es. —Se incorpora con cuidado, reprimiendo un gesto de dolor cuando la herida le tira en el hombro—. No van a parar. Anoche fue una retirada táctica, no una rendición. Se reagruparán y planearán otro ataque.

Tironeo de las sábanas, odiando tener que darle la razón. —¿Entonces qué hacemos?

Guarda silencio un momento, y puedo notar perfectamente cómo repasa mentalmente distintos escenarios. —Convocamos una reunión con las dos familias y lo ponemos todo sobre la mesa.

Le miro fijamente, sin estar segura de haberle oído bien. —¿Quieres decirles que Alexei está vivo? ¿Y que Konstantin ha urdido todo esto?

Asiente. —Eso mismo.

—No te van a creer. —Me incorporo también, ignorando las protestas de mis músculos—. Konstantin es una institución. Gozan de su

confianza. Lleva décadas entre los Volkov. Y Alexei... se supone que está muerto.

—Entonces les mostraremos pruebas. —Ahora su voz suena firme, decidida—. Tengo todo reunido: cuentas, registros de llamadas, pruebas forenses, imágenes de las cámaras de seguridad. No les vamos a dejar opción alguna salvo ver la verdad.

Pienso en mi padre, en cómo apenas me miró durante la boda. El hombre me negoció como si fuese una ficha para salvar a la familia de la guerra.

—Mi familia no se pondrá de nuestro lado —murmuro, odiando lo patética que sueno—. Mi padre cree que tú eres...

—A tu padre también le han manipulado —Dimitri me interrumpe con suavidad, concediendo a Vincent Ashford más comprensión de la que merece—. Konstantin necesitaba que ambas familias estuvieran en guerra para que esto funcionara. Vincent pensó que te enviaba con un monstruo. Creía que así salvaba a todos. —Su mano busca la mía—. Cuando vea la verdad... puede que te sorprenda.

Quiero creer que a mi padre de verdad le importo lo suficiente para enfadarse por la manipulación, pero he aprendido a no hacerme ilusiones.

—Vale —digo—. Así que convocamos la reunión y les enseñamos las pruebas. ¿Y después?

—Entonces nos unimos contra el verdadero enemigo —la voz de Dimitri suena tan fría como una promesa—. Y por fin acabamos con esto.



La reunión está programada para esa tarde en el hotel de lujo del pueblo. Sorprendentemente, no pertenece a ninguna de las dos familias, pero ambas lo respetan, así que resultó el lugar ideal.

Paso la mañana duchándome, quitándome la suciedad y la sangre de ayer y poniéndome ropa limpia que no tenga restos de pólvora ni de sangre. Dimitri se mueve con cautela, la lesión en el hombro le hace estar rígido, pero se niega a tomar analgésicos.

—Necesito estar despejado —me dice cuando protesto y casi le meto las pastillas a la fuerza—. Me hace falta pensar con claridad.

—Vas a desmayarte —le advierto, irritada por su cabezonería.

—He funcionado con menos —dice, ajustándose la corbata ante el espejo con una sola mano, lo que parece complicado pero lo logra—. Además, si me desmayo, puedes cogerme. Eres muy fuerte, considerando que sujetaste una pistola y todo eso.

Gimo y lanzo el frasco de pastillas sobre la cama—. Nunca voy a librarme de eso, ¿verdad?

—Nunca —responde, girándose para mirarme, y su expresión se suaviza, sus habitualmente fríos ojos grises tornándose cálidos—. Por cierto, estuviste increíble. Por si acaso no te lo dejé suficientemente claro mientras nos estaban disparando activamente.

—Lo mencionaste —cruzo la habitación hacia él, le arreglo el cuello y respiro su colonia y el aroma de su jabón. Dios, hace que me tiemblen las rodillas—. Entre decirme que mi puntería era horrible y que iba a dispararte a ti.

Él alza una ceja oscura—. Tu puntería *era* horrible. ¿Has olvidado que le diste a una lámpara?

—¡Estaba bajo presión!

Él coge mi mano y la lleva a sus labios—. Estuviste perfecta —murmura—. Aunque tu puntería fuera terrible.

Y de repente, la broma se desvanece y da paso a algo más profundo.

—De verdad vamos a hacer esto —digo en voz baja, disfrutando del contacto de sus labios en mi piel.

Él asiente—. Lo haremos —Suelta mi mano, pero entrelaza sus dedos con los míos y aprieta suavemente.

—¿Y si sale mal? —me inquieto, intentando encontrar estabilidad en su contacto—. ¿Y si no nos creen?

—Entonces lo afrontaremos —Sus ojos grises permanecen firmes.

—Vale —respondo, aunque no del todo convencida.

Dimitri aparta su mano de la mía y me sujeta la cara antes de besarme. Es un beso lento y profundo, y por un momento me permito creer que todo saldrá bien.

Después, vamos a la guerra.



La sala de conferencias de la última planta del hotel tiene esa elegancia de vieja riqueza: paneles de madera oscura, una mesa enorme para veinte personas y lámparas de araña de cristal que proyectan una luz cálida sobre lo que está a punto de convertirse en una conversación *muy* fea.

Ambas familias llegan con fuerte seguridad. Todos van armados, desconfiados, la hostilidad apenas contenida chisporroteando en el ambiente.

Los Volkov se sitúan en un lado de la mesa. No reconozco muchas caras, pero un hombre mayor y corpulento frunce el ceño tan profundamente que me sorprende que no empiece a gruñir. Un chico más joven con el pelo rapado (quizá de mi edad) parece querer empezar a disparar de inmediato.

Los Ashford se sitúan en el otro lado. Mi padre está en el centro, con gesto sombrío. Tío Marcus está a su derecha, los brazos cruzados,

mientras varios primos y socios no paran de mirarme con confusión, como si no entendieran qué hago aquí.

Y en la cabecera de la mesa, Dimitri y yo nos sentamos uno al lado del otro.

Su mano reposa junto a la mía sobre la mesa—sin llegar a tocarla, pero lo bastante cerca para que sea intencionado. Cuando habla, yo me inclino levemente hacia él. Cuando me muevo en mi asiento, su atención se detiene un instante en mí antes de volver a la sala.

Aunque intentamos ser discretos, la intimidad entre nosotros es evidente, a juzgar por las miradas atónitas en ambos lados. Puedo ver también la sorpresa en el rostro de mi padre al ver cómo Dimitri se vuelve protectora hacia mí.

Parece como si le hubieran dicho que la gravedad funciona hacia los lados.

—Gracias a todos por venir —comienza Dimitri, su voz cortando el tenso silencio—. Sé que esto es inusual, pero lo que voy a contaros requiere que ambas familias lo escuchéis juntas.

—Ve al grano —gruñe el hombre corpulento y ceñudo—. Algunos tenemos negocios que atender.

Dimitri no reacciona. En su lugar, saca una tableta y proyecta una imagen en la pantalla detrás de él.

—No podría estar más de acuerdo, Boris —le responde antes de volverse hacia la pantalla—. Hace tres meses, Alexei Volkov fue asesinado.

Asentimientos en torno a la mesa. La mandíbula de mi padre se tensa.

—Excepto que no lo fue —continúa Dimitri.

La sala estalla en gritos en ruso y en inglés. Las sillas raspan el suelo y las manos se mueven hacia las armas.

—¡Mentiras! —ruge Boris—. ¡Le enterramos! ¡Tuvimos un funeral!

—Basura —escupe el chico del pelo rapado—. Los Ashford empezaron esta guerra matándole—

—¡Nosotros no hicimos tal cosa! —Tío Marcus se pone de pie de golpe—. ¡*Vuestra* familia empezó esta guerra!

—¡Disparasteis los primeros! ¡En la reunión de paz!

—¡Porque *vuestros* hombres nos provocaron!

—¡MENTIRAS!

—¡Nos manipularon—!

—¡Escoria Ashford—!

—¡Perros Volkov—!

Los equipos de seguridad intervienen, formando barreras. Las manos ya están sobre las armas y falta nada para que esto se convierta en una masacre. Miro a Dimitri alarmada. De verdad espero que sepa lo que está haciendo.

Pero Dimitri no alza la voz ni hace nada, excepto quedarse ahí, y de algún modo la autoridad en ese gesto simple hace que la gente dude.

—Mirad la pantalla —dice en voz baja.

Se reproduce la grabación del centro comercial. La marca temporal es de hace tres días.

Y ahí está Alexei, clarísimo, con la gorra calada pero la cara visible.

La sala enmudece.

—Eso es… —balbucea Boris, blanco como la pared—. Eso es *imposible*. Él está *muerto*, Dima. Lo enterramos.

—Enterrasteis a alguien —corrige Dimitri con frialdad—. Pero no a mi hermano.

Avanza la grabación, mostrando a Alexei moviéndose cómodamente por el centro comercial. Luego más escenas, en distintos lugares, en varias fechas durante las últimas tres semanas.

Alexei, indudablemente vivo.

—Esto es un truco —murmura alguien—. CGI o—

—No lo es —Dimitri muestra más pantallas—. Los registros dentales del cadáver que enterramos no coinciden con los de Alexei. Ha habido movimientos en sus cuentas offshore después de su supuesta muerte. Y Konstantin —muestra los registros de llamadas— ha hecho 247 llamadas a un teléfono desechable en los últimos tres meses. Un teléfono que ha conectado desde todos los lugares donde se ha visto a Alexei.

Les explica el resto para dejar claro su argumento.

Transferencias bancarias que muestran a Konstantin financiando las cuentas offshore. Informes forenses que señalan inconsistencias en la autopsia. Imágenes de cámaras de seguridad donde Alexei visita la finca de Konstantin la semana pasada.

Las pruebas son demoledoras e irrefutables.

—Toda la guerra —dice Dimitri, su voz implacable— fue orquestada por Konstantin Volkov. *Él* ayudó a Alexei a fingir su muerte. *Él* inculpó a los Ashford por asesinato. *Él* manipuló a ambas familias para provocar un conflicto que eliminase a quien se interpusiera en su camino.

—¿Por qué? —pregunta alguien del lado de los Volkov—. ¿Por qué haría eso Konstantin?

—Control. —La mano de Dimitri se posa en mi hombro de forma protectora y todas las miradas se giran para seguir ese movimiento —. A través de Alexei y de mi mujer. El plan era eliminarme, poner a

Alexei como nuevo jefe de los Volkov —cómo pensaban volver a introducirle es algo que se me escapa— y controlar a los Ashford a través de Vera. Después habría un heredero con la sangre de las dos familias, con Konstantin moviendo los hilos desde la sombra.

La sala vuelve a sumirse en el caos, pero esta vez es diferente. No son Volkovs contra Ashfords, sino confusión y un horror que va creciendo poco a poco.

Observo el rostro de mi padre pasar de la sorpresa a la confusión y luego a la rabia, mientras todo encaja por fin en su cabeza.

—¿Me estás diciendo —dice despacio, una vena palpitando en su frente— que Konstantin Volkov empezó esta guerra y Alexei fingió su muerte, todo para controlar ambas familias?

Dimitri asiente.

La mirada de mi padre se clava en mí, y veo en sus ojos culpa y dolor, lo que hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Y yo te entregué a él —dice, con la voz quebrada—. A lo que pensé que era un monstruo, para salvarnos de una guerra fabricada.

Me muerdo el labio tan fuerte que saboreo la sangre metálica. —Papá, no.

—Te entregué como si fueras una propiedad. —Ahora está de pie, con los nudillos blancos sobre la mesa—. Yo... *te negocié* para salvar a la familia de una amenaza que ni siquiera existía. —Se pasa una mano temblorosa por la cara, como si no pudiera creer lo que está diciendo.

—No lo sabías —digo en voz baja, queriendo detenerle antes de que se siga castigando (aunque *algo* de culpa sí tiene)—. Ninguno lo sabíamos. Eso es lo que Konstantin quería.

Mi padre parece dolido. —Aun así—

—Nos manipularon a *todos* —dice Dimitri, con voz suave—. Konstantin sabía exactamente qué resortes debía tocar. Vincent, tú pensabas que protegías a tu familia y hacías lo necesario. No puedes culparte por eso.

Papá se desploma en la silla como si le hubieran cortado los hilos.

La reunión sigue durante horas mientras Dimitri presenta cada prueba. Algunas personas se niegan a creer lo que ven. Konstantin tiene fieles, gente que le conoce desde hace décadas, pero las pruebas no dejan de acumularse.

Y entonces Dimitri pone una grabación de audio.

—Esto es de anoche —dice—. Del ataque a mi finca.

Me quedo totalmente inmóvil. No sabía que tenía el audio. Aunque, claro, el hombre es paranoico. Por supuesto que tiene vigilancia de audio.

La voz de Alexei llena la sala, y es inconfundible. Un escalofrío me recorre la espalda. Dimitri lo nota y coloca su mano grande y cálida sobre mi muslo.

—¿Vera? Soy yo. Abre.

Mi propia voz, amortiguada por la puerta. *—Vete a la mierda. No pienso abrir esta puerta.*

—Sé razonable. Los hombres de Konstantin controlan la finca ahora. El equipo de seguridad de Dimitri está muerto o huyendo.

Y luego, helador: *—Dimitri está muerto, Vera. Konstantin se encargó de él personalmente. Todo ha terminado. Tu marido ya no está y ahora me perteneces a mí. Como siempre debiste hacerlo.*

Sigue la transmisión por radio—la que dice que Dimitri está vivo y de camino. Las maldiciones de Alexei. Su orden de forzar la puerta.

—Cambio de planes, Vera. Vienes conmigo. Ahora.

Y mi voz, firme a pesar del miedo que recuerdo haber sentido. —*Ni de coña voy contigo.*

La grabación termina.

La sala queda en silencio.

Incluso los fieles más antiguos de Konstantin parecen conmocionados.

—Es Alexei —dice Boris en voz baja, como si se hubiera quedado sin aire—. Esa es su voz. La reconocería en cualquier parte.

—Y está hablando de llevarse a la mujer de Dimitri —añade otro Volkov—. Está hablando de—

—De traicionar todo lo que representa nuestra familia —concluye Boris. Parece viejo y agotado—. Konstantin. Todo este tiempo fue *Konstantin*.

Mi padre se levanta y todos los Ashford de la sala se giran hacia él.

—Si lo que dice Dimitri Volkov es cierto —declara con cuidado—, y las pruebas así lo indican, entonces Konstantin Volkov es nuestro enemigo. No los Volkovs en su conjunto. Y Alexei... —Niega con la cabeza—. Sea lo que sea en lo que se ha convertido ese chico, él no es la víctima aquí.

Mira directamente a Dimitri y le tiende la mano por encima de la mesa.

—Tienes mi apoyo. Los Ashford nos uniremos a vosotros contra Konstantin y Alexei.

Dimitri le estrecha la mano y así, nace la primera verdadera alianza Volkov-Ashford.

Otras voces se suman. Al principio son vacilantes, pero luego cobran fuerza mientras ambas familias se unen poco a poco contra la verdadera amenaza.

Cuando la reunión termina, la atmósfera en la sala ha cambiado. No todos están convencidos (siempre habrá quienes se resistan, fieles que no quieren creer), pero hay suficientes de nuestro lado para que importe.

Mientras la gente se dispersa para difundir la noticia y prepararse, mi padre se queda rezagado. El tío Marcus se queda con él, mirando de uno a otro como sopesando si debería irse o quedarse a ver si se avecina algún espectáculo.

Dios, nunca me ha caído bien.

—Déjanos un minuto —dice mi padre.

Marcus asiente y se aparta. Dimitri aprieta mi mano una vez y luego le sigue, dándonos claramente espacio.

Mi padre y yo nos quedamos allí, incómodos. Aunque jamás he dudado de que mi padre me quiere, siempre ha parecido ligeramente decepcionado de que ninguna de sus tres hijas fuera un hijo.

Pero ahora mismo, tiene el aspecto cansado y culpable.

—Lo siento —dice por fin—. Por todo. Por pensar que el matrimonio nos salvaría. Por no protegerte. Por... —Se interrumpe, luchando consigo mismo, y veo cómo se le acumulan las emociones en los ojos—. Por haberte entregado como si no fueses más que una moneda de cambio.

—Papá. —Le toco el brazo—. Intentabas salvarnos a todos. Lo entiendo.

—Pero acabaste casada con... —Hace un gesto vago hacia Dimitri, al otro lado de la sala.

—Lo sé. —Miro hacia donde Dimitri coordina con los miembros de la familia—. ¿Y sabes qué? No me arrepiento. *De nada.* Porque eso me llevó a él.

Mi padre sigue mi mirada.

Dimitri sigue tan intenso como siempre—sus ojos grises, afilados, el pelo oscuro peinado hacia atrás, las facciones angulosas de la mandíbula y los pómulos que le dan ese aire aristocrático y peligroso. Incluso con el hombro vendado bajo la chaqueta y el cansancio rodeando sus ojos, sigue siendo impresionante. Imponente, incluso. El tipo de presencia que hace que la gente dé un paso atrás y escuche cuando habla.

Pero cuando se gira y me pilla mirándole, todo se suaviza ligeramente. La comisura de su boca se curva y su postura entera se vuelve... más cálida, como si yo fuera la única persona en la sala que importa.

Mi padre ve cómo me mira Dimitri, como si fuera algo digno de protección y de ser querido y—si hiciera falta—prender fuego al mundo por mí, y suspira maravillado.

—¿Te cuida bien? —pregunta papá en voz baja—. ¿De verdad?

Asiento, intentando no llorar. —Lo es todo —respondo simplemente, porque es lo único que consigo decir sin romperme.

Mi padre asiente despacio y observa a Dimitri un momento más, fijándose en la fuerza contenida en sus movimientos y en el respeto que le muestran sus hombres.

—No es lo que esperaba —admite—. Cuando Konstantin sugirió el matrimonio, describió a Dimitri como... diferente. Brutal. Inestable.

Era el Dimitri que conocí al principio—. Más manipulación —digo ahora, conociendo ya al hombre que hay detrás de la fachada.

—Sí. —Vuelve a mirarme—. Le amas.

No es una pregunta, pero respondo igualmente—. Sí, le amo.

—Y él te ama a ti.

Asiento, sintiendo un calor agradable florecer en mi pecho al recordar su declaración de amor, y no puedo evitar la sonrisa suave que se dibuja en mi rostro—. Sí, él también.

—Bien. —Se aclara la garganta, visiblemente incómodo—. Eso... eso está bien. Tu madre estará... bueno, sorprendida, pero contenta, creo.

Es lo más cerca que estaremos de un momento emotivo. No somos ese tipo de familia, pero es suficiente.

Dimitri vuelve a mi lado, y puedo notar el cambio en la actitud de mi padre—cómo se endereza ligeramente, reconociendo a Dimitri como un igual y no como un enemigo.

—Tenemos que hablar de los próximos pasos —dice Dimitri—. Konstantin ya sabe que vamos a por él. Se habrá atrincherado y esperará un asalto.

—Entonces no asaltamos —me oigo decir, como si fuera lo más evidente del mundo.

Ambos hombres me miran.

—Le atraemos fuera —continúo, desarrollando la idea mientras hablo —. Le hacemos creer que tiene una oportunidad que no podrá dejar pasar.

Los ojos de Dimitri se entrecierran, como si pudiera seguir mi hilo de pensamiento—. ¿A dónde quieres llegar, Vera?

Ay, esto le va a *encantar*. —Me usamos a mí como cebo.

—Ni de puta *broma*. —Su respuesta es inmediata, y me fulmina con la mirada como si no pudiera creer que lo haya propuesto siquiera—. Ni hablar. Estás embarazada y eres un objetivo, y no pienso ponerte en peligro otra vez.

—Ya estoy en peligro —le rebato—. Todos lo estamos. Mientras Konstantin y Alexei sigan sueltos, ninguno de nosotros estará a

salvo. Pero quieren al bebé y a mí, así que les damos una oportunidad que no puedan rechazar.

Hay un largo silencio, y me doy cuenta de que varias personas cerca han dejado de hablar para escuchar.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi padre, en voz muy baja.

Ah. Vaya. Mierda.

Nunca llegué a contar a mis padres esa noticia en concreto.

—Estoy embarazada —digo, mirando a sus ojos castaños—. Trece semanas.

Mi padre se queda completamente quieto—. ¿Estás…? —Mira alternativamente a Dimitri y a mí, como calculando mentalmente cuándo fue la boda, y se pone pálido—. ¿De quién?

Realmente espero que esto no le provoque un infarto a papá—. De Alexei.

Si antes la sala estaba en silencio, ahora parece una tumba.

—Alexei te dejó embarazada —dice mi padre despacio, cada palabra precisa y controlada. Es el tono de quien se esfuerza muchísimo por no perder completamente la compostura—. Antes de que él… antes de que pensásemos que había muerto.

—Sí. —Me obligo a seguir—. Pero no fue un accidente. Saboteó los anticonceptivos y me dejó embarazada a propósito, como parte de su plan enfermizo y retorcido. El bebé siempre iba a ser el chantaje.

Dimitri coloca una mano en mi espalda baja en silencio, una forma de decirme *deja de hablar*. Lo cual, probablemente, es lo más sensato, porque la cara de mi padre pasa de la incredulidad al horror y a la furia en cuestión de segundos.

Mierda, de verdad que le puede dar un ataque al corazón.

Entonces dirige esa rabia hacia Dimitri.

—¿Tú *sabías* esto? —Su voz sube—. ¿Sabías que ese cabrón—?

—Vincent —la voz de Dimitri es calmada, pero bajo la superficie hay hielo—. Te sugiero que respires hondo.

Papá le gruñe a Dimitri—. ¡No me digas que respire hondo, joder!

—He *dicho*... —Dimitri da un paso adelante y, de repente, la habitación parece helada. Su voz no se eleva, pero la autoridad que transmite hace que todos se queden de piedra—. Respira hondo.

Se quedan mirándose. Mi padre tiembla de rabia mientras Dimitri está completamente sereno, pero irradia ese tipo de peligro que activa el instinto de supervivencia.

—Tu hija —continúa Dimitri en voz baja, pero letal— ha pasado por un infierno. La han engañado, manipulado, violado y casi secuestrado. Dos veces. Anoche se defendió con un arma que jamás había sostenido y nos salvó la vida a los dos. —Da un paso más hacia mi padre—. Así que si tienes algo que decir, dímelo a mí, no a ella. Porque si consigues que se sienta peor por una situación que le han impuesto, me da igual que seas su padre. Vamos a tener un puto problema. ¿Ha quedado claro?

El silencio es ensordecedor.

Mi padre mira fijamente a Dimitri. Dimitri sostiene su mirada sin parpadear.

Entonces los hombros de mi padre se hunden—. Tienes razón. Yo… —Vuelve a mirarme, el rostro arrugado—. Lo siento, Vera. No estaba enfadado contigo. Estaba enfadado con—

—Alexei, lo sé —digo con cansancio—. Haz cola. Hay lista de espera de gente que quiere matarle.

El tío Marcus suelta una carcajada. Es nerviosa, incrédula, pero rompe la tensión igualmente.

—Sigo sin querer que uses a mi hija como cebo —dice mi padre, pero su tono es mucho más calmado ahora.

—De acuerdo —dice Dimitri enseguida. Por supuesto, en eso sí coinciden los dos—. Bajo ninguna circunstancia—

—No estoy pidiendo permiso —interrumpo, poniendo los ojos en blanco—. Os estoy diciendo lo que vamos a hacer.

Dimitri y mi padre me miran como si me hubieran salido dos cabezas. Eso me da fuerzas para seguir.

—Nos quieren a mí y al bebé, así que les damos una oportunidad que no puedan rechazar. —Les miro a ambos—. Una cita médica falsa fuera de la ciudad. Hacemos parecer que la seguridad está al mínimo después del ataque de anoche. Filtramos la información por los canales que monitoriza Konstantin.

—Es demasiado peligroso —dice mi padre, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Es la única opción —enderezo los hombros—. Estoy cansada de huir y de esconderme. Harta de tener miedo. Han intentado usarme como un objeto más. Quiero luchar. Quiero que paguen.

Dimitri estudia mi rostro, y puedo ver cómo sopesando escenarios y calculando riesgos.

—Si hacemos esto —dice al fin—, sigues mis instrucciones al pie de la letra. Nada de improvisar. Nada de heroicidades.

—Nada de disparar a las lámparas —añado, ignorando la expresión desconcertada de mi padre—. Lo sé.

El rostro de Dimitri se endurece—. Hablo en serio, Vera.

—Y yo también. —Sostengo su mirada—. Esto termina mañana, de una forma u otra.

Él mira a mi padre, y entre ambos pasa una comunicación silenciosa.

Entonces mi padre asiente—. De acuerdo. Lo hacemos. Pero… —Me mira severo, y de repente me siento como si volviera a tener cinco años—. Tú te mantienes a salvo. Sea como sea.

—Lo prometo.

26

DIMITRI

La clínica se encuentra en un complejo médico a las afueras de la ciudad. Son tres plantas de ladrillo beige y ventanas tintadas, rodeada de edificios de oficinas y aparcamientos. Es territorio neutral con muchas salidas y, lo más importante, está rodeada de posiciones elevadas donde mis hombres pueden situarse para cubrirnos.

Perfecta para una emboscada.

Observo desde una furgoneta de vigilancia al otro lado de la calle, con filas de monitores que muestran imágenes de dieciséis cámaras diferentes, desde cámaras de tráfico hasta la seguridad del edificio. Instalamos las cámaras ocultas anoche para asegurarnos de tener todos los ángulos cubiertos y todas las aproximaciones controladas.

Tengo las manos tan apretadas que los nudillos se me han puesto blancos.

—Jefe, tienes que respirar —dice Roman desde el asiento del conductor—. Vas a desmayarte.

Le frunzo el ceño. —Estoy bien.

—Tienes pinta de estar a punto de sufrir un infarto.

—He dicho que estoy bien —respondo con brusquedad, pero me obligo a inspirar. Y a hacerlo otra vez. No sirve de nada, porque Vera está dentro de ese edificio y cada fibra de mi cuerpo me grita que vaya a por ella y la saque antes de que este maldito plan le cueste la vida.

Pero ya no hay vuelta atrás. La información se filtró hace doce horas por canales que sabemos que Konstantin vigila. Vera necesita una ecografía especializada por el embarazo y sólo le he puesto la seguridad mínima (apenas dos escoltas) porque después del ataque a la finca tenemos los recursos al límite. No puedo acompañarla porque supuestamente tengo reuniones al otro lado de la ciudad, convenientemente indispuesto.

Es un cebo irresistible.

Konstantin sería idiota si no lo aprovechara. Y por todo lo que es mi tío, idiota no es, lo que significa que esto va a acabar bañado en sangre.

En el monitor, observo cómo Vera cruza la entrada principal de la clínica flanqueada por dos escoltas (en realidad Sergei y Anton). Lleva vaqueros oscuros, un jersey holgado que oculta la ligera curva de su vientre y un micro tan diminuto que nadie notaría su presencia.

Su voz suena nítida en mi auricular.

—Estoy en posición —murmura, apenas moviendo los labios.

Activo la radio. —Recibido. Todas las unidades, estamos en marcha. Mantened los ojos bien abiertos.

Recibo confirmación desde veinte posiciones diferentes: azoteas, ventanas de oficina, vehículos. Los Ashford están en un aparcamiento enfrente, donde Vincent y sus hombres mantienen la posición.

Cuarenta hombres en total, veinte de los Volkov y veinte de los Ashford. Ambas familias unidas por primera vez en décadas.

Y todo por la mujer que aparece en esa pantalla.

Vera se sienta en la sala de espera y coge una revista. Mantiene las manos firmes, la respiración tranquila. Parece completamente relajada, como si lo hiciera todos los días.

Pero puedo distinguir la tensión en sus hombros y esa forma en que sus ojos no dejan de saltar de una salida a otra.

Está muerta de miedo, pero aun así sigue adelante.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja por el comunicador.

—Genial —contesta mientras pasa la página—. Aquí leyendo sobre divorcios de famosos. Un tema apasionante.

Viktor resopla. —Tiene un par, jefe.

Me escapo en una carcajada, aunque la sonrisa apenas roza mis labios. —Ya lo sé.

Durante veinte minutos, no pasa nada.

Vera pasa páginas de la revista. El personal de la clínica (en realidad, agentes encubiertos que colocamos ayer) se mueve por allí fingiendo tareas médicas. Todo parece normal, aburrido y seguro.

Vigilo las cámaras de tráfico como un halcón, rastreando cada vehículo que se acerca a tres manzanas a la redonda.

Entonces los veo.

Tres todoterrenos negros se acercan desde el sur, rápidos pero sin llamar la atención. La sangre se me hiela.

—Tenemos vehículos aproximándose —informo—. Tres SUVs, dirección sur por Madison.

El software de reconocimiento facial detecta el vehículo de cabeza. La cara de Konstantin aparece en un recuadro pequeño en mi pantalla, va de copiloto en el primer SUV. Luego, en el segundo vehículo, aparece Alexei al volante; el pelo rubio se distingue incluso a través del cristal tintado.

—Objetivos confirmados en los vehículos uno y dos —digo, la voz tensa—. Hay al menos... *joder*. Treinta tíos como mínimo.

Viktor suelta una maldición en ruso.

Esto no es un simple secuestro. Es una declaración de guerra.

—Atención a todas las unidades, se aproximan aproximadamente treinta hostiles. Se espera fuerte resistencia. Vera, vete a la sala de atrás YA.

Oigo el roce de la tela, sus pasos rápidos sobre el linóleo y una puerta que se abre y se cierra, señal de que se ha movido tan rápido como ha podido.

—Estoy en la sala de exámenes —dice, y ahora sí puedo notar el miedo en su voz—. Dimitri, treinta son muchos. No esperaba eso.

—Lo sé. —Abro de golpe la puerta de la furgoneta, con Viktor y Roman justo detrás—. Mantente agachada y en silencio. Nos ocupamos de ti.

—Confío en ti —responde en voz baja.

Joder, la quiero. La quiero tanto que duele, y estoy a punto de meterla en medio de un campo de batalla.

Los SUVs frenan bruscamente frente a la clínica, en una formación que delata entrenamiento militar. Las puertas se abren antes de que los coches terminen de detenerse, y los hombres salen de golpe vistiendo chalecos antibalas y empuñando armas automáticas. El corazón se me encoge. Ni siquiera *intentan* disimular.

Cuento cabezas a través de las cámaras. Hay treinta y *dos* hombres y todos van fuertemente armados.

Konstantin sale el último del primer vehículo, con una calma y seguridad insultantes. El pelo canoso se le mueve suavemente con el viento y lleva un traje caro bajo un abrigo largo, como si fuera a una reunión de negocios en vez de a un secuestro.

Después, Alexei salta del segundo coche, esos ojos azules tan fríos escudriñando la zona. Mi hermano pequeño, al que protegí y quise más que a nadie en este mundo.

Traicionó todo lo que fuimos.

Creen que han ganado. Piensan que esto se ha acabado.

Están a punto de descubrir lo contrario.

—Todas las unidades —digo por la radio con voz letalmente serena —. A la orden, entrad. Recordad—Konstantin y Alexei deben ser capturados vivos. Los demás no importan.

Recibo confirmación de mis hombres y los de Vincent. Estamos listos.

Las fuerzas de Konstantin irrumpen en la entrada de la clínica con granadas aturdidoras y gritos—tácticas de intimidación diseñadas para arrollar.

En su lugar, se encuentran con una zona de muerte.

—¡AHORA!—rujo.

El mundo estalla en violencia.

Mis hombres abren fuego desde posiciones ocultas dentro de la clínica. El factor sorpresa es devastador y tres de los hombres de Konstantin caen en los primeros segundos, la sangre tiñendo los inmaculados suelos blancos.

Los demás se lanzan a cubierto, devolviendo el fuego, y de repente el silencioso complejo médico suena como un campo de batalla. Cristales hechos añicos. Gente gritando órdenes en ruso e inglés. El acelerado y seco repiqueteo de los disparos automáticos.

—¡Todas las unidades, adelante! ¡ADELANTE!—

Avanzo junto a Viktor y otros cinco, entrando por la puerta norte mientras el equipo de Vincent cierra el cerco desde el sur. Las fuerzas Ashford los atacan por la retaguardia en un clásico movimiento de pinza.

Los hombres de Konstantin son buenos, pero han caído en una trampa, y ahora están rodeados.

La batalla se extiende por la clínica como el fuego descontrolado. Veo a uno de los hombres de Konstantin intentar flanquear hacia las salas de examen del fondo—hacia Vera—y le coloco dos disparos en el pecho antes de que avance cinco pasos. Se desploma pesadamente, el arma resonando contra el suelo.

Como estamos en una clínica médica, es un combate a corta distancia mezclado con disparos de mayor alcance. Mi hombro herido protesta con cada disparo, pero la adrenalina puede más que el dolor. Me muevo por la clínica como si lo hubiera hecho mil veces antes porque, bueno, porque así ha sido.

Disparo a la cabeza. Disparo al cuerpo. Uno de los hombres de Konstantin intenta acercarse por detrás y Sergei lo despacha silenciosa y eficientemente con un cuchillo directo al riñón. El cuerpo se desploma.

A través del auricular, oigo el agudo jadeo de Vera. Puede escuchar la violencia, pero no puede ver nada.

—No te muevas, Vera —ordeno—. Pase lo que pase, por mucho que escuches, *no* salgas de esa habitación.

—Vale —susurra temblorosa, su miedo palpable incluso a través del comunicador.

Me obligo a concentrarme. No puedo pensar en su miedo ni en qué pasaría si alguien logra llegar hasta ella. No puedo pensar en—

Concéntrate.

Los combates se intensifican. Los hombres de Konstantin son profesionales. Se adaptan rápidamente, buscan coberturas y coordinan sus disparos, pero nosotros tenemos la ventaja tanto en número como en posición, y luchamos por algo más que dinero.

Luchamos para acabar con esto.

Uno de los míos cae, sujetándose la pierna, con una bala atravesándole el muslo y la sangre brotando a borbotones. Anton lo arrastra hasta el abrigo de una esquina mientras sigue disparando.

Y después, uno de los hombres de Vincent recibe un disparo en la cabeza y muere antes siquiera de tocar el suelo.

Esto no es limpio, pero la guerra nunca lo es.

Recargo, limpio una recámara atascada y sigo avanzando. Hay un ritmo en el combate cuando lo has hecho tantas veces—moverse, disparar, cubrir, recargar. No pienses, no dudes. Sobrevive.

Giro una esquina y casi choco con uno de los lugartenientes de Konstantin. Es un tipo grande, de cabeza rapada, y una cicatriz que le cruza la mandíbula. El reconocimiento brilla en sus ojos antes de que levante el arma hacia mí.

Le disparo dos veces al pecho y cae.

No merece compasión.

La batalla sale al aparcamiento. Hay más espacio para maniobrar pero también quedamos más expuestos. Veo a Vincent al otro lado, luchando junto a sus hombres, y hay algo casi satisfactorio en ver al padre de Vera luchando por protegerla, aliado ahora con los Volkov.

Los Ashford están demostrándose aliados capaces. Marcus elimina a dos enemigos con ráfagas controladas. Y el propio Vincent acaba con un hombre que trata de forzar la entrada trasera de la clínica.

Estamos *ganando*. Lento y sangriento, pero ganando.

Y entonces le veo.

Alexei.

Está de pie al otro lado del aparcamiento, pistola en mano, rodeado de los restos de las fuerzas de Konstantin. Nuestras miradas se cruzan, y por un instante el tiempo parece detenerse.

Mi hermano pequeño me mira con fría calculadora en lugar de amor. La traición me golpea fresca y afilada, como si me clavaran un cuchillo entre las costillas.

Pero se mueve, y no hacia mí. Se dirige a la clínica, rodeando hacia la entrada trasera.

Hacia las salas de exámenes donde está Vera.

—Ah, a ella no vas a acercarte ni de broma —gruño.

Le doy caza, dejando a Viktor al mando del combate principal. Alexei desaparece por una entrada de servicio y le sigo, arma en alto, despejando las esquinas con facilidad.

El hueco de la escalera aparece de repente y maldigo, no esperaba eso. Baja a la planta de abajo.

Bajo las escaleras de dos en dos y atravieso la puerta del sótano, irrumpiendo en un laberinto de almacenes y salas de desechos médicos. Dedico un segundo a orientarme. Paredes de hormigón. Triste luz de fluorescentes parpadeando. El picor del desinfectante me pica la nariz y hay otro olor más.

Y ahí está—Alexei, girando para encararme con la pistola levantada.

Nos quedamos mirando. Hermanos. Enemigos. Todo lo que fuimos y todo lo que somos ahora, comprimido en este instante.

—No tenía por qué ser así —dice con calma, casi con arrepentimiento—. Podrías haberte apartado y dejarme liderar. Podríamos haber mandado juntos. Konstantin prometió—

—Konstantin es un mentiroso y un traidor —le corto. Mi voz es fría como la muerte, aunque la rabia me abrasa por dentro—. Y eres un necio por creerle.

—¿*Yo* soy un necio? —Alexei suelta una carcajada amarga, seca—. No soy yo el que se dejó manipular para casarse con Vera. Era parte del plan, ¿sabes? Conseguir que te encariñaras con ella y con el bebé, para que cuando los quitáramos, te destrozara.

—Excepto que no estoy derrotado. —Me acerco un paso—. Estoy aquí mismo, y el perdido eres tú.

—¿Ah sí? —Aprieta el dedo en el gatillo—. Pues me parece que estamos bastante igualados.

—Fingiste tu muerte —digo, cada palabra cortante—. Me hiciste creer que los Ashford te habían matado. Yo te *lloré* de verdad, joder. Tú empezaste esta guerra, y has causado la muerte de inocentes. ¿Y para qué? ¿Para que Konstantin te use como marioneta?

Las mejillas de Alexei se tiñen de rojo de pura rabia—¡No soy la marioneta de nadie!— escupe.

—¡Siempre has sido una marioneta! —grito—. Nunca fuiste lo bastante fuerte para liderar ni lo bastante listo para ver el conjunto. Tú eras el simpático. El divertido. Pero, ¿liderar? —Niego con la cabeza—. Eso no va contigo.

Su rostro se deforma de ira—Que te jodan, Dimitri. Que te jodan a ti y a tu—

Dispara.

Me lanzo detrás de una estantería, respondiendo al fuego. Las balas atraviesan el cartón y el metal, lloviendo suministros por todas partes.

Nos acechamos en círculos por el sótano. Ambos conocemos los movimientos del otro; llevamos entrenándonos juntos desde mi padre (y luego yo).

Pero soy más grande y más fuerte. Y lucho por algo real.

Alexei lucha por el orgullo. Por validación. Por el fantasma del respeto que nunca conseguirá de verdad.

Chocamos tras una pila de contenedores de residuos médicos, forcejeando cuerpo a cuerpo. Las pistolas salen volando. Ahora solo son puñetazos y furia.

Me sorprende con un gancho de derechas que me hace zumbar los oídos y yo le devuelvo un uppercut que le echa la cabeza hacia atrás. Los dos sangramos por los labios partidos y los nudillos destrozados, y mi maldito hombro arde como si estuviera en llamas.

Alexei se lanza contra mí y chocamos contra unas estanterías, desparramando todo el material. Me coge por el cuello, pero le clavo el codo en las costillas hasta que me suelta. Nos separamos, jadeando mientras nos rodeamos el uno al otro.

—Éramos hermanos —escupo sangre en el suelo—. Yo te quería.

—Querías la versión de mí que se quedaba a tu sombra —gruñe él, con la sangre resbalando por un feo corte cerca de la sien—. No a quien realmente era.

Quizá tenga razón. Quizá nunca llegué a verle realmente ni a entender el rencor que crecía bajo tanto encanto.

Pero eso ya no importa.

Arremete de nuevo y caemos aparatosamente al suelo, rodando por el cemento. Él termina encima, inmovilizándome, y sus manos

encuentran mi garganta.

—Lo siento —dice, y casi parece que lo dice en serio—. Siento que tenga que ser así.

Empieza a apretar y yo me arqueo, pataleando y agitándome, tratando de quitármelo de encima, pero estoy demasiado herido. La visión empieza a oscurecerse. Araño sus manos, pero su agarre es de hierro.

Esto es el final. Así muero yo, asesinado por mi propio hermano con una llave de estrangulamiento mal hecha en el maldito sótano de una consulta médica.

Lo siento, Vera. Lo siento tanto.

BANG.

El disparo retumba de forma ensordecedora en el espacio cerrado.

Alexei se sobresalta y grita cuando sujeta mi garganta con menos fuerza. Mira hacia abajo, hacia la sangre floreciendo en su costado: el rojo oscuro esparciéndose por su camisa blanca.

Levanta la vista.

Y allí está Vera, de pie en la puerta, sujetando otra vez el arma de una forma incorrecta (de verdad tengo que enseñarle eso). Su rostro está pálido pero sus ojos arden de rabia.

—Aléjate de mi marido —gruñe ella.

Alexei se tambalea lejos de mí, oprimiéndose el costado. Yo me incorporo a duras penas, jadeando, antes de ponerme entre ellos.

—Cariño —dice Alexei, y su voz se quiebra y lucho contra el impulso de dejarlo inconsciente por atreverse a llamar así a mi mujer. El muy cabrón casi suplica—. Vera, por favor. Soy el padre del bebé. Ese es mi hijo. No puedes—

—No. —Vera gruñe, todavía apuntándole con el arma en la cara—. Tú eres el donante de esperma. Dimitri es el padre de este bebé. Ya es mucho más padre de lo que tú llegarás a ser nunca.

La cara de Alexei pasa de víctima suplicante a rabia pura.—Maldita zorra—.

Levanta su pistola hacia ella.

Me lanzo hacia delante, agarro su brazo y lo estampo contra la pared de hormigón con todas mis fuerzas hasta que sus dedos se estremecen y el arma cae al suelo, retumbando.

Solo ha hecho falta dos veces. Qué inútil.

Volvemos a forcejear, pero ahora solo reacciono. Ha amenazado a Vera. Ha tenido los santos cojones de apuntar con una *pistola* a MI mujer. A la madre de MI hijo.

El rojo lo inunda todo en mi visión.

Esta vez le hago una llave de estrangulamiento como Dios manda, el brazo bien encajado bajo su barbilla, cortando el flujo de sangre hacia el cerebro. Lucha desesperado, arañando mis brazos, intentando soltarse.

—Se acabó —le susurro al oído—. Se *acabó*, Alexei.

Emite un graznido ahogado. Sus esfuerzos se debilitan, luego se ralentizan y paran.

Lo retengo otros diez segundos después de que se quede inerte, asegurándome de que está realmente inconsciente. Luego lo bajo al suelo y saco unas bridas del bolsillo para atarle las manos a la espalda.

Está vivo, pero inconsciente y gruño, satisfecho.

Esto no se acaba aquí, en un sótano. Esto termina en público, con las dos familias mirando. Me giro hacia Vera. Aún sostiene el arma y tiembla tanto que lo puedo ver desde aquí.

—Eh —me acerco a ella y le quito el arma con suavidad. Sus manos están heladas—. Eh, tranquila. *Estás* bien.

—Le he disparado —susurra, como si no pudiera creérselo. Sus labios están pálidos—. En serio le he disparado.

—Me has salvado la vida —le digo con voz ronca, tomando sus manos entre las mías y soplándoles, intentando calentarlas un poco.

—Apuntaba a su pecho, pero le he dado en el costado —continúa, frunciendo el ceño frustrada—. Mi puntería es realmente horrible.

Se me escapa una carcajada.—Has dado justo donde hacía falta esta vez, pero sí, tu puntería es una mierda, Vera.—

Me mira y sus ojos relucen con lágrimas que no se permite derramar. —¿S-se ha acabado?—

—Casi, cariño. —La atraigo hacia mí con el brazo bueno y le beso la cabeza—. Vamos.

Agarro el cuerpo inconsciente de Alexei por el cuello de la camisa y lo arrastro hacia las escaleras. Vera viene justo detrás, y puedo oír la batalla sobre nosotros apagándose ya.

Cuando salimos al aparcamiento, la escena es un caos. Hay cuerpos por todas partes y veo que algunos son de los hombres de Konstantin y otros de los nuestros. La clínica está destrozada: ventanas rotas, paredes marcadas de balas y sangre sobre el asfalto.

Pero hemos ganado.

Las fuerzas de Konstantin están muertas, capturadas o huyendo. Los supervivientes son inmovilizados con bridas y agrupados por mis hombres y los de Vincent.

Recorro la zona con la mirada y localizo a Vincent enseguida. Ve a Vera y su rostro cambia del miedo al alivio. Corre hacia ella, la abraza y por fin Vera se derrumba, sollozando en el hombro de su

padre mientras él le acaricia el cabello y le susurra cosas que no alcanzo a oír.

Les dejo ese momento y me vuelvo hacia el grupo de hombres a la entrada de la clínica.

Y ahí está Konstantin.

Mi tío es retenido a punta de pistola por tres de sus antiguos hombres. Hombres que han elegido la verdad antes que la lealtad a un traidor.

Konstantin parece derrotado, pero aún queda ese brillo calculador en sus ojos mientras me acerco. Como si buscara una salida, una oportunidad.

La rabia me recorre entero. El cabrón siempre tramando y conspirando, hasta el final.

—Sobrino —dice, y el uso tan informal del título hace que se me cierre el puño—. Me tienes impresionado. Has ejecutado esto mejor de lo que esperaba.

No le contesto. Lo único que hago es clavarle la mirada.

—No es demasiado tarde —continúa, con esa voz suave y convincente, como si estuviéramos negociando un acuerdo de negocios—. Podemos trabajar juntos y dividirnos el territorio. Las dos familias bajo nuestro control; tú y yo, como siempre debió ser. Alexei fue un error, sí, pero podemos arreglarlo. Juntos.

Debería pegarle un tiro aquí mismo solo por semejante *descaro*.

—No —respondo simplemente.

Su sonrisa vacila.—Dimitri, sé razonable—

—Se acaba aquí —le corto—. Para *los dos*. Por lo que habéis hecho. Por los que matasteis. Por lo que intentasteis quitarme.

Miro a mis hombres—Llevaoslos a la finca. A los dos. Esto se termina en casa.—

—Sí, señor.—

27

VERA

El sol se está poniendo mientras cruzamos las puertas, tiñendo el cielo de un color rojo sangre tan descaradamente simbólico que parece de mentira, como si alguien estuviera forzando el simbolismo a propósito. Pero el cielo es realmente de ese color: carmesí, naranja y púrpura fundiéndose entre sí.

Me parece sórdida y tristemente apropiada.

Todo esto empezó con la muerte (o lo que todos creían que era la muerte) y ahora termina de la misma manera.

El convoy entra en la entrada circular y los hombres salen—Volkovs y Ashfords juntos, moviéndose con esa extraña eficiencia unificada que habría sido imposible apenas ayer. Mi padre está aquí, el tío Marcus a su lado, junto con lo que queda de los ancianos Volkov.

La mano de Dimitri aprieta la mía mientras caminamos hacia el vestíbulo principal. Su palma está algo húmeda—la única señal de que no está tan tranquilo como aparenta. Su rostro es una máscara imperturbable, pero puedo sentir la tensión vibrando en su interior.

—¿Estás bien? —murmuro.

—No —es lo único que responde, y no le insisto más.

El vestíbulo principal ya está preparado. No sé quién lo ha hecho ni cuándo, pero alguien ha apartado los muebles a los lados, creando un espacio abierto en el centro. Ambas familias entran, colocándose a lo largo de las paredes, y nunca me he sentido tan expuesta en mi vida.

Pero tampoco me he sentido nunca como si perteneciera más a este lugar.

Estoy de pie junto a Dimitri, en la parte delantera. No detrás de él, sino a su lado. Su mano sigue apretando la mía, y todos pueden verlo. Pueden vernos. Juntos. Socios.

Su esposa.

Konstantin es el primero en ser traído.

Aún lleva las esposas y está flanqueado por dos guardias, pero aun así consigue parecer un auténtico hijo de puta. Como si fuese el estadista anciano que viene a aconsejar, no un prisionero a punto de ser ejecutado.

Su cabello plateado está perfecto a pesar de todo y su traje arrugado y manchado de sangre. Cuando observa la sala—las caras de hombres que antes le seguían, le respetaban, le confiaban—su expresión no cambia.

—Estáis cometiendo un error —dice con calma, como si no estuviera a minutos de la muerte—. Todo lo que hice fue por los Volkov y para asegurar que siguiéramos siendo los mejores. Yo debería haber sido el cabeza de esta familia. Todo fue por—

—Todo lo que hiciste fue por ti mismo —le corta Dimitri con frialdad —. Iniciaste una guerra que mató a inocentes. Ayudaste a fingir la muerte de Alexei. Intentaste matarme a mí y a mi esposa varias veces. Intentaste arrebatarme a mi esposa y a mi hijo. —Su mano se

aferra aún más a la mía.—Traicionaste todo lo que representa el apellido Volkov.

La máscara de dignidad se resquebraja en la cara de Konstantin, y lo que hay debajo es feo. Ira, odio y unos celos amargos y corrosivos que probablemente llevaban años pudriéndose.

—Nunca deberías haber sido el líder —escupe—. Eras demasiado joven, demasiado blando y demasiado malditamente idealista. Tu padre se habría avergonzado de en lo que te has convertido. Elegir a una *Ashford* —me lanza una mirada llena de absoluto desprecio— por encima de tu propia sangre.

Las palabras pretenden herir y tambalear la determinación de Dimitri. Pero Dimitri ni siquiera parpadea.

—Mi padre se habría avergonzado de ti —dice en voz baja.—De en lo que te has convertido.

Konstantin suelta una carcajada oscura.—¿Y eso qué es, Dimitri?

—Un traidor. Un manipulador —continúa Dimitri con ese mismo tono imperturbable.—Un cobarde que se escondió detrás de mi hermano en vez de enfrentarse a mí.

Mira alrededor de la sala, a las familias reunidas. Volkovs y Ashfords. Juntos.

—Konstantin Volkov es culpable de traición, intento de asesinato y conspiración contra ambas familias. La sentencia es la muerte. —Su voz es firme.—¿Alguien lo impugna?

Silencio.

Ni siquiera los hombres que llevan décadas conociendo a Konstantin y fueron sus más fieles defensores dicen nada. Las pruebas contra Konstantin son demasiado irrefutables, y la lealtad lo es todo aquí.

Dimitri levanta su arma.

El disparo retumba ensordecedor en el espacio cerrado.

Me estremezco—no puedo evitarlo—y cierro los ojos involuntariamente, pero me obligo a abrirlos de inmediato porque necesito ver esto. Debo ser testigo. Este es el mundo en el que nací y en el que me casé también. Así es la justicia aquí.

Konstantin cae. La arrogancia desaparece de su rostro junto con la vida, y simplemente... se va. Muere antes de llegar al suelo de mármol.

La sangre se acumula bajo su cabeza y la oscuridad se va extendiendo, manchando el suelo.

Se me revuelve el estómago, pero no permito apartar la mirada. Tengo que parecer fuerte ante estos hombres, demostrar que puedo soportarlo.

Se merecía algo peor que una muerte rápida por lo que hizo, por lo que intentó hacerle a Dimitri. A mí. A nuestro bebé.

—Retirad el cuerpo —ordena Dimitri con voz plana. Su tono carece por completo de emoción—. Quemadlo. Konstantin Volkov murió como un traidor, y los traidores no tienen tumba.

Dos guardias avanzan, cogen a Konstantin por los brazos y lo arrastran fuera. Sus zapatos dejan un rastro de sangre sobre el mármol impoluto.

Miro hasta que atraviesa las puertas y entonces giro la cabeza justo cuando traen a Alexei.

Ahora está consciente, camina por su propio pie aunque hay guardias sujetándole de cada brazo. La herida de bala en su costado está vendada, pero la sangre ha empapado la gasa blanca, oscura y húmeda.

Cuando ve la sangre de Konstantin en el suelo, su rostro palidece.

—Le has matado —susurra, como si no pudiera creerlo—. De verdad le has matado.

—Él intentó matarme primero —responde Dimitri, impasible—. Varias veces. Igual que tú.

Alexei mira a Dimitri y su bravura se desvanece, sustituida por desesperación y miedo. Y por primera vez desde que empezó esta pesadilla, veo un atisbo del hombre que creía conocer.

—Dima —dice, y el apodo hace que Dimitri se estremezca—. Dima, por favor. Soy tu hermano. Lo prometiste—¿recuerdas? Prometiste que siempre me protegerías.

Veo el dolor cruzar fugazmente el atractivo rostro de Dimitri, y la devastación que dibuja hace que se me forme un nudo en la garganta. El recuerdo de una promesa hecha a un niño, no a un traidor. El peso imposible de lo que está a punto de hacer.

Alexei ve la grieta en la armadura de Dimitri y presiona más.

—Podemos arreglar esto —insiste desesperado, con sus ojos azules suplicando a su hermano—. Desapareceré. No volverás a verme. Me iré a Europa, Sudamérica, a donde quieras. Solo déjame vivir. Por favor, Dima. Lo siento. Siento todo, de verdad.

Y lo terrible es que suena sincero. Por primera vez desde que mostró estar vivo, hay emoción real en su voz y verdadero arrepentimiento.

Siento que algo se retuerce en mi pecho.

Le odio. Joder, le odio por lo que hizo y por cómo me utilizó. Por sabotear el anticonceptivo y dejarme embarazada como parte de algún plan enfermo. Por haber estado a punto de matar a Dimitri hoy y todas las demás veces.

Pero hay una parte diminuta y estúpida de mí que recuerda haber caído ante su encanto. Que recuerda haber creído que le importaba. Aunque fuese unilateral y yo fuese la única que sentía algo de verdad.

Esa parte de mí—esa parte ingenua y tonta—ahora sufre por él.

Lo cual es una locura. Intentó secuestrarme y usar a mi bebé como moneda de cambio. Amenazó todo lo que amo.

Pero las emociones no son lógicas y, al parecer, soy capaz de odiar a alguien y aun así sentir una especie de dolor retorcido por lo que creí que había entre nosotros.

Creo que estoy un poco rota.

La mandíbula de Dimitri se tensa. Le veo vacilar. ¿Está de verdad planteándose la misericordia?

Pero entonces su voz resuena, áspera y desgarrada por el dolor—. Habría dado mi vida por ti, Alexei. —Da un paso hacia él—. Y tú usaste eso en mi contra. Fingiste tu muerte y me hiciste creer que los Ashford te habían matado. Iniciaste una guerra. Intentaste matarme—varias veces —su voz baja letalmente—. Intentaste quitarme a mi esposa y a mi hijo.

Alexei tiembla ahora, dándose cuenta de que su historia desgarradora no está funcionando—. Dima... —intenta de nuevo, pero Dimitri lo ignora.

—Si te dejo vivir —continúa Dimitri—, nunca pararás. Desaparecerás, sí, pero en seis meses, un año, cinco años, volverás a intentarlo porque buscas poder y harías cualquier cosa por conseguirlo. —Su voz se quiebra levemente—. Y no puedo—no *voy*—a dejar que amenaces a mi familia otra vez.

Y en ese instante, la desesperación de Alexei se transforma en rabia. El miedo desaparece y lo que queda debajo es aún más feo.

—*¿Tu* familia? —escupe. —Ese bebé es MÍO. No puedes simplemente reclamar—

—Sí puedo —interrumpe Dimitri con frialdad—. Y lo he hecho. Ese bebé es mío en todo lo que de verdad importa. Seré el padre que tú nunca habrías sido.

Entonces me mira, y el amor en sus ojos es tan intenso que me encoge el corazón de dolor.

—Y Vera es mi esposa —dice, aún mirándome—. Mi verdadera esposa. No una marioneta ni una herramienta ni un recipiente. Mía. —Se vuelve hacia Alexei—. Tú lo tenías todo: familia, lealtad, amor. Amor de verdad. Y lo tiraste todo por el poder. Eso es responsabilidad tuya.

Alza la pistola.

—Adiós, Alexei.

El disparo resuena por todo el salón.

Alexei cae.

Y se acaba.

De verdad, por fin, *se acaba*.

La sala queda en silencio, solo roto por ese horrible pitido en mis oídos y mi propia respiración, demasiado rápida y superficial, como si no pudiera tomar suficiente aire.

Noto humedad en mis mejillas y las seco antes de darme cuenta de que estoy llorando. ¿Cuándo ha pasado eso? Ni siquiera me había percatado de que había empezado a llorar, pero ya no había forma de volver atrás.

Pero no lloro por Alexei. No, en realidad. Él se merecía esto—no, *se ganó* esto. Lloro por Dimitri. Por lo que esto le ha costado. Por el peso que llevará siempre consigo.

Ha matado a su propio hermano.

Dimitri sigue ahí, de pie, con el arma aún levantada, mirando el cuerpo de Alexei. Su rostro completamente inexpresivo, pero puedo ver cómo se rompe por dentro y cómo las grietas se extienden por esa fachada contenida.

Sin pensarlo, voy hacia él. Le rodeo con mis brazos por detrás y se desploma contra mí—este hombre fuerte y aterrador que acaba de ejecutar a dos personas sin titubear, reducido a algo crudo y herido en mis brazos.

—Tenía que hacerlo —dice, su voz quebrándose—. Tenía que hacerlo. No había otra opción. Nunca habría parado.

—Lo sé —susurro contra su espalda—. Lo sé. Hiciste lo que tenías que hacer. Nos protegiste. Protegiste a *todos*.

Sus manos suben para aferrarse a mis brazos, donde los tengo enrollados alrededor de su pecho, sujetándose como si yo fuera lo único que le mantiene en pie.

Y quizá lo sea.

—Llevaoslos —dice papá en voz baja a los guardias que nos han dado este momento—. Igual que antes. Quemad los cuerpos. No tendrán tumba.

La gente empieza a salir para darnos intimidad. Mi padre se detiene al pasar, su mano roza mi hombro brevemente en un gesto de consuelo y apoyo, y luego también se marcha.

Al final, sólo quedamos Dimitri y yo y dos manchas de sangre sobre el mármol.

Se da la vuelta en mis brazos y hunde la cara en mi cuello, y siento que sus hombros tiemblan. No hace ruido (demasiado testarudo incluso para eso), pero puedo notar cómo la pena le sacude por dentro.

—Te tengo —murmuro, acariciando su pelo con los dedos—. Te tengo. Ya ha terminado. Ya está.

—Era mi hermano —logra decir entrecortadamente—. Mi hermano pequeño. Se suponía que tenía que protegerle.

Beso la piel que encuentro con mis labios.—Le protegiste durante años, pero él tomó sus decisiones. Eligió el poder antes que a la familia. Eligió traicionarte. —Mantengo una mano enredada en su pelo mientras que con la otra le acaricio la espalda —. Le diste oportunidades —le digo en voz suave—. Muchas más de las que merecía y las desperdició.

Dimitri deja escapar una respiración profunda, temblorosa.—Lo sé. Lo sé. Pero aun así... —

—Duele —termino yo—. Por supuesto que duele. Tiene que doler. Eso es lo que te diferencia de Konstantin y Alexei. Tú todavía lo sientes. Todavía te importa.

Nos quedamos así tanto tiempo que el sol termina de ponerse y el pasillo queda en penumbra.

Por fin Dimitri se aparta. Sus ojos están enrojecidos pero ya secos, y me toma la cara entre las manos con suavidad.

—Gracias —dice en voz baja.

Levanto una ceja mientras rodeo sus hombros con mis brazos.—¿Por qué?

—Por estar a mi lado. Por no huir. Por... —Se detiene, buscando las palabras—. Por elegirme a pesar de todo.

—Siempre —prometo, viendo cómo se suavizan las sombras en sus ojos—. Siempre te elegiré. Te quiero.

Me besa. Es un beso suave, desesperado, cargado de todo lo que no podemos decir.

Y poco a poco, con cuidado, empezamos a reconstruirnos.



Ambas familias reconocieron oficialmente nuestro liderazgo antes de marcharse. Dimitri como el indiscutible cabeza de la familia Volkov y yo como su pareja igual y enlace con los Ashford. No como símbolo de un tratado. No como moneda de cambio. Sino como una verdadera líder por derecho propio.

La alianza entre las familias es real ahora y se basa en la verdad en lugar de la manipulación, en la confianza y no en el miedo.

Hemos ganado. Pero la victoria sabe a ceniza cuando cuesta tanto.

En nuestro dormitorio, Dimitri está callado, llorando a su manera silenciosa.

No le obligo a hablar ni trato de forzar que procese las cosas más deprisa de lo que está preparado. Simplemente le abrazo, dándole el consuelo físico que necesita. Demasiado tiempo ha estado solo y sin que nadie compartiera su carga, y pienso remediar eso.

Estamos tumbados en la cama, su cabeza sobre mi pecho, mis dedos deslizándose lentamente por su pelo en caricias calmadas. Su brazo rodea mi cintura, su mano extendida en mi espalda baja mientras me sujeta, anclándose a mí.

—He matado a mi hermano —dice al cabo de un rato. Su voz es tranquila y neutra, como si estuviera probando las palabras para ver cómo suenan.

—Lo sé —respondo suavemente porque es verdad, lo hizo, y necesita oírlo.

Los músculos de su espalda poderosa se tensan mientras intenta averiguar qué decir a continuación.—Era lo correcto —declara.

Asiento, sin dejar de acariciarle el pelo.—Lo era —confirmo.

—Era lo único que podía hacer —continúa.

—Sí.

—Pero aún así duele.

—Sí que duele —asiento, y llevo mi mano a su rostro, siguiendo la línea de su mandíbula—. Siempre dolerá y eso está bien. *Tiene* que doler.

Gira la cabeza para mirarme y sus ojos grises están devastados de un modo que nunca había visto antes.

—¿Cómo se vive con esto? —pregunta desesperado, y se me parte el corazón al ver la tortura en su rostro—. ¿Cómo se sigue adelante cuando has hecho algo así?

—Juntos —respondo, acariciando la aspereza de su mejilla.—Vivimos con ello juntos. Lo llevamos juntos. No tienes que pasar por esto solo.

Su mano sube para cubrir la mía en su cara y mil emociones cruzan su rostro.—No te merezco —dice con voz ronca.

—Claro que sí. —Me inclino y le beso suavemente—. Te mereces todo lo bueno y toda la felicidad del mundo. Después de tanta oscuridad, mereces la luz.

Su expresión cambia; la devastación no desaparece, pero se suma algo más. Necesidad. Hambre. El ansia desesperada de sentir algo distinto al dolor. Me besa con más fuerza, haciéndome rodar para quedar debajo de él. Sus manos recorren mi cara, mi pelo, exploran mi cuerpo como si necesitara memorizar cada centímetro.

—Te necesito —susurra contra mi boca—. Necesito sentir algo que no sea—

—Lo sé —le interrumpo, ya tirando de su camisa—. Lo sé. Estoy aquí. Justo aquí.

Nos despojamos de la ropa y entonces él cubre mi cuerpo con el suyo y es como volver a casa. Su peso resulta sólido encima de mí, su piel cálida contra la mía, y rodeo su cintura con mis piernas para atraerlo aún más. *Necesito* tenerle más cerca.

Su frente se apoya en la mía, sus ojos grises clavados en los míos marrones, y por un momento solo compartimos el aliento. Lleva su mano a mi rostro, su pulgar acaricia mi pómulo con tanta ternura que me duele el pecho.

—Te quiero —susurra—. Te quiero tanto que me da un miedo terrible.

—Pues eso tiene solución. —Giro la cabeza para besarle la palma—. Ámame entonces.

Sonríe y la imagen es tan hermosa que hasta me deja sin aire.—Siempre.

Alinea la punta de su polla con mi entrada y se hunde en mí, sin apartar la mirada en ningún momento. No hay oscuridad, ni manipulación o posesión nacida de la inseguridad. Solo existe una verdad sencilla y hermosa.—Te quiero, Vera, y te elijo para siempre.

—Yo también te elijo —jadeo, arqueándome hacia él mientras me llena por completo. Mis manos suben por su espalda, sobre sus hombros, notando cada contracción de sus músculos al moverse.—Siempre. Para siempre. Te elijo a ti, Dimitri.

Dios, nunca me cansaré de lo increíblemente llena que me siento cada vez que sus caderas se encuentran con las mías. Su boca busca mi cuello, me besa y saborea, marcándome de maneras que se difuminarán pero que sentiré durante días. Sus manos están por todas partes—enredadas en mi pelo, acariciando mi cara, deslizándose por mis costados hasta agarrarme las caderas.

—Qué hermosa eres —murmura contra mi piel, una de sus manos jugueteando con mis pezones y pellizcando los pequeños brotes de un rosa fresa que me obligan a gritar.—Eres preciosa. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—Los dos hemos tenido suerte —logro decir, mientras mis uñas se clavan en su espalda a medida que el placer crece. Gime al notar la sensación y es el sonido más satisfactorio que he escuchado nunca.

Sus caderas se aprietan contra las mías a un ritmo pausado mientras Dimitri marca el compás. Una de sus manos baja hasta donde estamos unidos y juega con mi clítoris. Grito por la sensación añadida, incapaz de contenerme y él captura ese sonido con su boca, besándome profundo, devorando cada gemido y suspiro.

—Te quiero —dice una y otra vez—. Te quiero. Te quiero. Dios, Vera, te quiero.

—Yo también te quiero —consigo decir entre jadeos y besos—. Dios, Dimitri, te quiero tanto. Tanto, *tanto*.

Con una última embestida especialmente profunda, me deshago. Mi respiración se entrecorta en medio del orgasmo, una mano agarrando el bíceps de Dimitri como si me fuera la vida en ello. Los movimientos de Dimitri se vuelven más cortos hasta que él también alcanza el clímax. Con un gruñido ahogado, se derrama dentro de mí, su cuerpo entero tiembla antes de desplomarse sobre mí, apoyando la frente en mi esternón. Paso las manos por su espalda sudorosa, intentando recuperar el aliento.

Dimitri levanta la cabeza para mirarme con los ojos llenos de amor antes de girarse de lado, quitando su peso de encima de mí pero manteniéndome pegada a su pecho, una pierna enganchada sobre la mía, su brazo rodeando mi cintura con fuerza.

Su otra mano encuentra mi vientre, ya suavemente redondeado, donde crece nuestro bebé. Su palma se extiende sobre mi piel, cálida, posesiva y tierna al mismo tiempo.

—Nuestro bebé —dice en voz baja, con asombro en su timbre—. Nuestra familia.

Cubro su mano con la mía, entrelazando nuestros dedos sobre el lugar donde crece nuestro hijo.—Nuestra familia —repito.

—Somos libres —dice en voz queda. Su palma se mantiene cálida contra mi piel—. Por primera vez desde que todo esto empezó, somos realmente libres.

—Sí, lo somos —le confirmo, besando la piel húmeda de su clavícula, justo sobre una de tantas cicatrices—. No más amenazas. No más conspiraciones. Solo nosotros.

—¿Y qué hacemos con esa libertad? —Su voz suena llena de asombro, como si aún no pudiera creerse que es real.

—Puedes enseñarme a disparar —bromeo y, por la forma en que el pecho de Dimitri retumba de repente, veo que también le hace gracia.

—Oh, eso iba a suceder sí o sí —me promete, acariciando mi pelo y dejando un beso en mi cabeza—. Mañana a primera hora vamos al campo de tiro y no nos iremos hasta que me asegure de que no vas a matarme por accidente cada vez que cojas una pistola.

—Idiota —murmuro con cariño, pero sigo dándole vueltas a su pregunta. ¿Qué hacemos con toda esa libertad? Le doy vueltas durante lo que me parece una eternidad antes de encontrar finalmente una respuesta.

—Vivimos —digo al fin.

—¿Hmm? —musita Dimitri, adormilado.

—Tu pregunta. ¿Qué hacemos con esa libertad? Creamos algo bueno. Criamos a este bebé en paz y no en guerra. Demostramos que de toda esta oscuridad ha surgido algo hermoso.

Eso parece espabilar a Dimitri, que se gira para mirarme, apoyándose en un codo. Su mano se mueve de mi vientre a mi rostro, su pulgar rozando mi pómulo.

—Podemos ser felices —dice suavemente—. Si eso está permitido.

—Sí que lo está —susurro, girando la cabeza para besarle la palma —. Está más que permitido. Es lo que merecemos y después de todo lo que hemos pasado, nos merecemos ser felices.

28

DIMITRI

Me despierto igual que cada mañana de los últimos tres meses—con un instante de pánico en el que pienso que Konstantin sigue vivo y que Alexei va a volver. Que todo lo que hemos construido está a punto de venirse abajo.

Entonces veo a Vera.

Sigue dormida a mi lado, tumbada de costado con una mano bajo la mejilla y la otra sobre la curva de su vientre. Con treinta y tres semanas de embarazo, es todo curvas y piel suave y ese brillo que todo el mundo menciona pero que yo juro que ha tenido desde el primer día que la conocí.

El sol de la mañana se enreda en su pelo oscuro, tiñéndolo con destellos de oro y cobre. Su rostro permanece sereno en el sueño, los labios entreabiertos, y me descubro simplemente observando cómo respira.

Es la mujer más hermosa del mundo.

Alargo la mano con cuidado para no despertarla y la poso sobre la suya en su vientre. Nuestro bebé (todavía un misterio porque Vera estuvo de acuerdo conmigo en que ya nos quedan pocas sorpresas

de verdad en la vida y ésta merece la pena disfrutarla) da una patada inmediata contra mi palma.

Fuerte. Sano. *Nuestro*.

Aunque, si soy sincero, tengo una esperanza secreta, un deseo que no le he confesado a nadie, ni siquiera a Vera.

Quiero una hija.

Una niña con los ojos y el carácter indomable de Vera. Alguien a quien pueda proteger, mimar y enseñar a ser fuerte. Alguien que nunca dude de que la quieren y que jamás cuestione su propio valor.

Pero un hijo sería igual de querido y deseado. Sería igual de perfecto.

Vera se mueve, abriendo los ojos castaños. Cuando me ve observándola, una sonrisa somnolienta se dibuja en sus labios.

—Ya lo estás haciendo otra vez —musita.

—¿Haciendo qué? —pregunto, apartando un mechón de su pelo de su cara.

—Mirarme. Como un stalker —bromea.

Pongo los ojos en blanco con cariño. —No soy un stalker. Estoy admirando a mi preciosa esposa.

—Mmm. —Se estira con cuidado, una mano todavía sobre su barriga —. Tu preciosa esposa que ahora mismo se parece a una ballena y está intentando no tener un calambre en la pierna.

Frunzo el ceño, odiando cuando habla así. —No eres una ballena —digo con tono severo.

Ella se encoge de hombros y se tumba de espaldas. —Estoy bastante segura de que sí. Una ballena muy atractiva, pero ballena al fin y al cabo.

Me inclino y le beso la barriga por encima del fino tejido del pijama. —Eres perfecta. Completamente perfecta.

Se ríe. —Tienes que decirlo. Llevo a tu bebé dentro.

—*Nuestro* bebé —la corrijo, dejando que mis labios rocen su piel—. Y no tengo que decir nada. Soy el temible cabeza de la familia Volkov. Digo lo que quiero.

Se ríe—ese sonido brillante y genuino del que jamás me cansaré—. —¿Ah sí? ¿Así funcionan las cosas?

—Por supuesto. Está en el manual del jefe de la mafia.

—¿Existe un manual?

—Capítulo tres: Siempre piropea a tu esposa embarazada, especialmente cuando es tan guapa que te deja sin aliento.

Su expresión se suaviza. —Dios, qué cursi eres. Eres un caso perdido.

—Estoy perdido de amor —digo con sorna.

Eso le hace soltar un quejido exagerado. —Ya está. Me divorcio de ti.

La atrapo antes de que pueda moverse y la beso bien entonces, mal aliento matutino incluido, y ella suspira contra mi boca de una forma que hace que quiera retenerla en la cama todo el día.

Pero, por desgracia, no podemos, porque su familia viene de visita hoy, y si conozco a mis suegros llegarán puntuales a mediodía con comida de sobra para alimentar a un regimiento (lo que cabreará a la señora Kozlov).



Paso la mañana en mi despacho ocupándome de los negocios—los legales, la mayoría, aunque todavía quedan aspectos del imperio Volkov que nunca serán del todo legales. Pero ahora las cosas van

mejor y son más sólidas. La alianza con los Ashford abrió rutas comerciales a las que nunca antes habíamos tenido acceso, y los contactos de Vincent en el mundo de la política han resultado inestimables.

Las familias prosperan.

Lo más importante: están en paz.

Se acabaron las guerras y las traiciones. Se acabó andar mirando por encima del hombro preguntándonos quién está tramando qué.

Resulta curioso, en realidad. Sigo esperando a que pase algo malo, a que estalle el siguiente problema.

Pero no ocurre nada.

Roman asoma la cabeza por la puerta de mi despacho sobre las once. —Ya ha llegado el mobiliario de la habitación del bebé. ¿Dónde lo quieres?

Dejo el bolígrafo sobre la mesa. —Ahora voy.

Llevo semanas preparando la habitación del bebé de forma obsesiva. Vera cree que me paso de la raya—tenemos cuna, cambiador, mecedora y ropa de bebé suficiente como para vestir a trillizos, pero no puedo evitarlo.

Quiero que este bebé sepa siempre lo deseado y querido que es. Quiero que sepa que cada detalle de su llegada ha sido preparado con ilusión y esperanza.

La habitación está en el ala este, a tres puertas de nuestro dormitorio. Lo bastante cerca como para oírle si llora, pero lo bastante lejos para darnos algo de intimidad. Las paredes son de un color crema suave y Vera eligió una cenefa de animalitos que dice que es "monísima" y tengo que admitir que en realidad es muy graciosa.

Los muebles son de madera maciza, hechos a mano por un carpintero de la ciudad. Elegimos una cuna que se convierte en cama para niño y la cómoda tiene un cambiador encima. Ya hay una estantería medio llena de cuentos infantiles que Vera sigue comprando aunque el bebé no vaya a poder leerlos en años.

—¿Aquí? —pregunta Roman, señalando el lugar donde debería ir la mecedora mientras Dmitry y Sergei la sujetan.

—Junto a la ventana. Así Vera podrá mirar los jardines.

Viktor y Sergei dejan la mecedora en el suelo. —De verdad que has pensado en todo, ¿eh? —dice Roman.

—Eso intento. —Paso la mano por la barandilla de la cuna, comprobando si hay alguna astilla—. Este bebé se merece lo mejor.

Las palabras de Roman me golpean más fuerte de lo que esperaba. —¿De verdad lo crees?

Dmitry y Sergei asienten, y Roman dice: —Lo sé. Ya estás obsesionado con la colocación de los muebles y asegurándote de que todo esté perfecto. Eso es lo que hacen los buenos padres.

No estoy seguro de creérmelo, ya que nunca tuve un buen padre y no sé realmente cómo es eso, pero voy a intentar ser el padre que este bebé merece.



Los Ashford llegan puntuales, justo a mediodía, tal y como estaba previsto.

Las hermanas de Vera, Lydia y Natasha (dicen que no son idénticas pero yo, desde luego, no sabría diferenciarlas) irrumpen por la puerta cargadas de bolsas con cosas de bebé y con suficiente entusiasmo como para abastecer una pequeña ciudad.

—¡Vera! —chilla Lydia, abrazando a su hermana con cuidado—. ¡Estás enorme!

—¡Lydia! —la reprende Elena.

—¡Lo digo en el mejor sentido! —insiste la chica—. ¡Estás increíble! ¡Radiante! ¡Absolutamente preciosa!

Natasha ya está avanzando hacia el cuarto del bebé. —¿Podemos ver la habitación? ¿Por fi? Hemos traído más cosas—ya sé que dijiste que ya era suficiente pero encontramos unos bodys adorables con animalitos y...—

—Venid —ríe Vera, guiándolas—. Pero aviso, Dimitri ya se ha pasado tres pueblos.

—¡No existe el 'demasiado' tratándose de un bebé! —dice Elena, mientras apremia a sus hijas menores por el pasillo, siguiendo a Vera.

Vincent y yo las vemos marchar y entonces intercambiamos una mirada que se ha vuelto familiar en los últimos meses. La mirada de hombres completamente superados en número por las mujeres de sus vidas y que han aprendido a aceptarlo.

—¿Una copa? —ofrezco.

—Joder, sí.

Nos acomodamos en mi despacho con una botella que Vincent trajo como regalo hace dos meses, cuando empezamos a hablar de verdad como amigos en vez de aliados a regañadientes. Es un whisky escocés cojonudo, además, y siempre me alegra abrirlo.

—¿Cómo está ella? —pregunta, haciendo girar el líquido ámbar—. ¿De verdad?

—Bien. Cansada, pero bien. El Dr. Petrov dice que todo va perfecto. El bebé está sano y creciendo como toca. —Hago una pausa—. Creo que tiene miedo. Al parto, a ser madre. Pero no lo admitirá.

—Siempre ha sido igual de terca —Vincent bebe un trago—. Elena estaba igual antes de que tuviéramos a Vera. Pero se le pasa cuando llega el bebé. —Se queda un momento en silencio antes de clavarme una mirada intensa—. Te encargarás de cuidar de ella.

Inclino la cabeza en señal de respeto. El de antes se habría enfadado con ese comentario. —Siempre.

—Y del bebé.

—Ese bebé es mío, Vincent. Me da igual la biología o la sangre. Es mi hijo —le digo con firmeza.

Él asiente despacio, relajándose. —Bien. Eso... está bien.

La tarde pasa entre un desorden agradable. Las gemelas se derriten con cada cosa de bebé que han comprado mientras Vera y su madre intentan organizarlo todo. Vincent y yo hablamos de negocios, política y de la sorprendente cooperación tan efectiva entre nuestras familias.

Es una vida normal. De esas que nunca habría imaginado tener.

Y adoro cada segundo de ello.



Esa noche, cuando todos se han ido y la casa vuelve a estar en silencio, encuentro a Vera en la habitación del bebé.

Está sentada en la mecedora junto a la ventana, una mano sobre el vientre, mirando los jardines que empiezan a llenarse de flores primaverales. La luz de la luna le perfila el rostro y está tan guapa que hasta duele.

—Hola —digo suavemente desde la puerta—. ¿Estás bien?

—Sí. —No me mira—. Solo pensaba.

Cruzo la habitación y me arrodillo junto a la mecedora, tomando su mano libre entre las mías. —¿En qué?

—En lo distinto que podría haber sido todo. —Su voz es suave, reflexiva—. Si Konstantin hubiera vencido. Si Alexei me hubiera llevado. Este bebé habría venido al mundo entre tinieblas, no entre amor. En medio de manipulaciones y engaños en vez de —hace un gesto, señalando la habitación— en vez de todo esto.

La idea de Vera atrapada con Alexei, embarazada y sola, criando a nuestro bebé en esa versión retorcida de la realidad—

No. Ni siquiera quiero pensarlo.

—Pero eso no ha pasado —digo con firmeza, apretándole la mano—. Hemos ganado. Estamos aquí. Y este bebé va a recibir tanto amor que no sabrá qué hacer con él.

—Lo sé. Es solo que... —Por fin me mira, los ojos brillándole por las lágrimas—. Tú me diste esta vida, Dimitri, cuando lo único que esperaba era sobrevivir. Cuando nos casamos, lo máximo a lo que podía aspirar era a soportar un matrimonio sin amor. Tú me has dado *todo*.

Llevo una mano a su rostro, apartando una lágrima con el pulgar. —No —le digo con voz ronca, sintiendo cómo la emoción me inunda—. Tú me salvaste *a mí*. Me hiciste recordar cómo es amar a alguien. Volver a tener esperanza en algo que va más allá del poder o la venganza. Me diste ganas de ser mejor.

—Nos hacemos mejores el uno al otro —susurra, inclinándose hacia mi caricia.

Asiento, complacido de que ella también lo vea así. —Es verdad.

Me pongo en pie y la ayudo a levantarse con cuidado, atento a su tripa, y la beso suavemente, llenando ese gesto de tres meses de amor, gratitud y asombro por cómo hemos llegado hasta aquí.

Ella me devuelve el beso con la misma intensidad y, cuando nos separamos, sonríe antes de posar otro beso en mis labios.

—Llévame a la cama —murmura junto a mi boca.

Mi polla reacciona al instante pero no quiero que sienta que tiene que hacerlo. —¿Seguro? ¿No estás demasiado cansada?

Ella asiente. —Estoy segura. Quiero... necesito sentirme cerca de ti. Necesito recordar lo afortunados que somos.—

¿Quién soy yo para discutir eso?

Volvemos a nuestro dormitorio y, ya en la intimidad de la habitación, nos deshacemos de la ropa. Soy hiperconsciente de su vientre y del bebé que crece dentro de ella. He sido delicado con ella durante el sexo, aunque Vera insiste en que no hace falta que lo sea.

Cuando por fin estamos en la cama, piel contra piel, me tomo mi tiempo. Está tan preciosa tumbada bajo mí que beso cada centímetro que alcanzo. Su cuello, donde su pulso palpita bajo mis labios, sus hombros, la curva de su clavícula, hasta llegar a sus pechos, ahora más llenos y sensibles.

Ella jadea cuando mi boca rodea sus pezones, sus dedos enredándose en mi pelo.

—Eres tan hermosa —murmuro contra su piel—. Tan jodidamente preciosa que a veces no lo soporto.

—Dimitri —gime, tirando de mi pelo mientras mimo sus pezones con esmero.

—Te quiero. —Aparto mis labios de sus pechos y los deslizo más abajo, por la curva de su vientre, sintiendo la vida que se mueve dentro. Nuestro bebé. Nuestro milagro—. Te quiero más de lo que jamás pensé que sería posible amar a alguien.

—Yo también te quiero —susurra, atrayéndome hacia ella para besarme de verdad. Sus labios son suaves y decididos contra los

míos, su lengua deslizándose con la mía de una forma que me hace gemir.

Me acomodo entre sus piernas con cuidado, atento a su vientre, mientras una mano baja para asegurarme de que está lista para mí. Ya está mojada, y saberlo hace que mi polla palpite casi dolorosamente.

—Por favor —susurra—. Te necesito. Por f—

Le trago las palabras mientras dos de mis dedos se curvan en su interior y mi pulgar traza círculos y presiona su clítoris. La otra mano acaricia sus pechos, arrancándole jadeos y suspiros mientras la beso.

—Joder, Vera —suspiro—. Eres alucinante.

Empiezo a bombear de nuevo, suave al principio, luego con suficiente fuerza para sacudir la cama. Vera susurra mi nombre mientras respiro sobre ella, suplicando, rogando—

—Déjate llevar.—

Vera alcanza el clímax con esas palabras, cada vez más rápido mientras se precipita al abismo. Sus piernas se aflojan, un grito ahogado se le escapa de la garganta mientras todo el cuerpo le tiembla. Apenas habían dejado de temblar sus párpados cuando la giro de lado y me deslizo detrás, levantando su muslo antes de hundirme en ella.

Se arquea sobre el colchón.

Jadeo sobre su cuello, mis caderas sacudiéndose mientras mordisqueo su hombro. Mis manos recorren su cuerpo hasta llegar de nuevo entre sus muslos, y ella se retuerce contra mí, pero la sujeto de la cintura y nos hago rodar, ahogando su chillido con mi otra mano mientras apoyo los pies en el colchón.

Vera gime contra mi palma mientras la follo desde abajo, sus piernas abiertas y su cuello expuesto al techo. Puedo ver cómo se le ponen

los ojos en blanco, la cabeza ladeándose sobre mi hombro.

Dios, nunca tengo suficiente de ella. Incluso tres meses después, sigue siendo increíble.

Gruño cuando ella lame mi palma, tirando de su barbilla hacia la mía. Nuestras bocas chocan enredadas en lenguas y dientes, y solo me aparto cuando ella lo hace, jadeando por aire.

—Tan jodidamente perfecta.—

Encuentro de nuevo su clítoris y ella gime, arqueando la espalda. Mi otra mano busca su pecho, y cada pellizco mientras mis dedos tocan su clítoris la hace retorcerse contra mí. Libero su pezón y deslizo mi mano para agarrar su rostro, metiendo dos dedos en su boca para sujetarla. Gimo al notar su boca caliente alrededor de mis dedos y ella gime cuando bombeo más rápido, más profundo, mientras mi otra mano presiona con más fuerza su clítoris.

Nunca me voy a cansar de esto. Incluso después de tres meses, nunca es rutina. Nunca es aburrido.

Siempre es así, tan abrumador que a veces me cuesta respirar. Me ahogo en ella y no quiero salir nunca a la superficie.

—Eso es —gruño contra su cuello—. Quiero que te corras en mi polla.—

Unos cuantos embistes más y ella empieza a gritar. Con cuidado, la coloco a cuatro patas, asegurándome de ponerle varias almohadas debajo para apoyarla antes de empezar a penetrarla desde atrás, y ella se arquea hacia mí, acompañando cada uno de mis golpes con el movimiento de sus caderas.

—Dimitri —jadea con la boca abierta en éxtasis—. Por favor, voy a—

—Lo sé, amor —gruño—. Te tengo. Déjate llevar.—

Ella se deshace de placer, su espalda curvándose mientras grita mi nombre. La sensación de que se aprieta a mi alrededor me lleva al

borde justo después que ella, y entierro la cara en su cuello mientras el placer me recorre en oleadas. Caigo sobre la cama, asegurándome de no aplastarla mientras voy bajando de mi clímax.

Jadeando, la atraigo hacia mí y la abrazo. Su espalda queda pegada a mi pecho, mi brazo envuelto cuidadosamente sobre ella. Lleno de besos su hombro, su cuello y su pelo. No puedo dejar de tocarla.

El bebé da una patada fuerte, tan fuerte que la siento contra mi vientre, donde estoy pegado a Vera.

Lanzo una carcajada sorprendida y llevo la mano hasta la zona en la que se mueve el bebé.

—Ahí estás —murmuro, encantado—. Pensé que estabas dormido. ¿Te hemos despertado?

Otra patada justo contra mi palma.

Veo cómo Vera se estremece—. Esta noche está muy activo —dice, cubriendo mi mano con la suya—. Creo que le gusta oír tu voz.

Dejo escapar un sonido satisfecho desde el fondo de la garganta.—¿Tú crees?

—Mmm. Siempre se mueve más cuando le hablas.—

Pensar eso me estruja la garganta de emoción. Este bebé ya me conoce y reacciona a mi voz. ¿Sabe que soy su padre? ¿Me querrá tanto como yo le quiero?

—Me salvaste —le digo de nuevo, besando su sien—. Tú y este bebé. Me salvasteis de convertirme en alguien horrible, como Konstantin o mi padre.

—Nunca ibas a ser así —Vera se gira para mirarme a los ojos y dice con firmeza—, eres demasiado bueno y atento. Solo necesitabas que alguien te lo recordase.

Le aparto el pelo de la nuca húmeda.—Tú me lo recordaste.—

—Nos salvamos el uno al otro —corrige ella, entrelazando nuestros dedos sobre su vientre—. Eso es lo que hacen los compañeros.

Compañeros. Iguales.

—Sí —asiento suavemente, rozando su nariz con un beso—. Lo hicimos.—

Nos dormimos con mi mano en su vientre, donde crece nuestro bebé, los dos a salvo, amados y libres de la oscuridad que casi nos consume.

Y por primera vez en mi vida entera, no estoy esperando a que todo se derrumbe.

Porque esto—esta paz, este amor, esta familia—es real.

Y es nuestra.

Para siempre.

EPÍLOGO: VERA

Un año después

Permanezco en el umbral de la habitación infantil, observando a mi marido pasear de un lado a otro con nuestra hija de diez meses en brazos. Dimitri Volkov—temido jefe de una de las familias más poderosas del país, un hombre que en su día ejecutaba a traidores sin pestañear—está ahora mismo imitando el ruido de un avión y fracasando estrepitosamente a la hora de conseguir que la pequeña Mila duerma su siesta.

—Vamos, pequeñita —murmura él, mecíendola con suavidad—. Solo cierra los ojos. Dormir es bueno. Dormir es tu amigo.

Mila balbucea algo que suena a protesta y le tira del pelo con su diminuto puño.

—¡Ay! Ese es el pelo de papá, Mila. No tiramos del pelo de papá —se queja, mientras desenreda con cuidado su cabello de la manecita regordeta.

Ella suelta una carcajada brillante, encantada, y lo repite.

Tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada.

Mila Dmitrivena Volkov. La llamamos así por la abuela de Dimitri, una mujer fuerte que mantuvo unida a la familia durante los momentos más duros, y yo misma elegí Dmitrivena como patronímico porque Dimitri es su padre en todos los sentidos que importan.

Tiene el pelo rubio, que se le riza en las puntas, y los ojos azules que heredó de la genética de Alexei, pero cuando se ríe, es la risa de Dimitri—profunda, auténtica y poco frecuente. Cuando es terca (que es a menudo), es la determinación de Dimitri en miniatura. Y cuando mira a Dimitri, se le ilumina toda la cara de pura adoración.

He visto a mi marido enamorarse por completo, irremediablemente, de este ser diminuto que lo tiene absolutamente dominado.

—Mila, es hora de la siesta —dice él, intentando sonar severo pero sin pizca de autoridad en la voz. Solo paciencia infinita y amor—. Necesitas descansar. Los bebés que crecen necesitan dormir.

Ella responde haciéndole una pedorreta.

Él suspira.—Tu madre dice que tu terquedad la sacas de mí, pero siendo sinceros, creo que la has heredado de ella.

—Te he oído —digo desde el umbral.

Él levanta la vista, sorprendido, y su expresión se suaviza al verme. —¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Me apoyo en el marco de la puerta, cruzada de brazos y sonriendo. —El suficiente como para verte perder una discusión con una criatura de diez meses.

Él mira a la niña.—Es muy persuasiva —argumenta.

—Es muy terca —le digo en tono burlón, riendo suavemente cuando las puntas de sus orejas se tiñen de rosa.

—Como te decía, lo ha sacado de ti —se defiende él.

Cruzo la habitación y acaricio los suaves rizos rubios de Mila. Sus ojos ya empiezan a cerrarse, aunque intente mantenerse despierta.

—Hoy lo está peleando —susurro, sin atreverme a romper ese hilo de sueño.

—Lo pelea todos los días. —Pero su voz está llena de ternura—. Creo que tiene miedo de perderse algo.

Por fin—*por fin*—los ojos de Mila se cierran, su pequeño puño todavía aferrado a la camisa de Dimitri. Con extremo cuidado, muchísimo cuidado, la deposita en la cuna con la misma precaución con la que antes manejaba explosivos, como si un mal movimiento pudiera desencadenar algo mucho más peligroso que una bomba.

Ambos contenemos la respiración mientras ella se acomoda. Cuando sigue dormida, Dimitri exhala aliviado.

Incluso después de diez meses, a veces sigue asombrado de que esta personita perfecta y diminuta sea suya. Que sea nuestra.

Salimos de puntillas de la habitación, y en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, Dimitri me rodea con sus brazos.

—Tus padres vienen en una hora —me recuerda.

Suspiro.—Lo sé.

Debe de notar algo en mi voz, porque se aparta un poco para observarme, con gesto inquisitivo.—¿Qué pasa?

—No pasa nada —respondo deprisa. *Demasiado* deprisa.

Entrecierra ligeramente los ojos. En el último año, hemos aprendido a leernos como si fuéramos libros abiertos.—Vera —dice, en tono de advertencia.

Maldita sea.—Es solo que... —inhalo hondo—. Tengo algo que decirte. Antes de que lleguen.

Su expresión se torna enseguida en preocupación. Este último año, hemos tenido nuestros desafíos—adaptarnos a la paternidad, gestionar dos familias, lidiar con alguna que otra disputa territorial, etcétera, etcétera, pero siempre hemos afrontado todo juntos.

—¿Qué es? —Sus manos se posan suavemente en mis brazos—. ¿Estás bien? ¿Es Mila? ¿Las familias?

—Todos están bien —le aseguro. Luego respiro hondo y lo suelto—. Estoy embarazada.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, y Dimitri me mira fijamente.—¿Embarazada?

—Otra vez —confirmo, con una ligera mueca—. Sé que Mila solo tiene diez meses y no fue exactamente algo planeado. Sé que es pronto y todavía estamos aprendiendo a criar a una, y...

No llego a terminar la frase porque él me está besando. Es un beso profundo, apasionado y tan lleno de alegría que casi puedo sentir cómo le desborda.

Cuando se aparta, está sonriendo, y es una expresión tan poco habitual y tan sincera que aún logra dejarme sin aliento cada vez que la veo.

—Estás embarazada —repite, pero esta vez su voz está llena de asombro. Su mano va a mi vientre, la palma extendiéndose como si ya intentara percibir la vida que crece ahí dentro—. Vamos a tener otro bebé.

—Vamos a tener otro bebé —confirmo, empezando a sonreír ante su reacción, pero luego me muerdo el labio—. ¿Estás... estás contento? Sé que es antes de lo que planeamos…

—¿Contento? —Se ríe, esa misma risa que ha heredado Mila—. Vera, estoy *feliz*. Otro bebé. Otra personita a la que querer. Otro pedazo de nuestra familia.

Me besa la frente. Las mejillas. Los labios.

—Me lo has dado todo —dice en voz baja, sus ojos dulces y llenos de amor—. Un matrimonio de verdad. Una hija que me tiene completamente en sus manos. Y ahora, otro hijo. —Su mano

presiona con más firmeza mi vientre—. ¿Cómo podría estar *otra* cosa que no sea feliz?

Ahora estoy llorando (malditas hormonas del embarazo que ya empiezan a hacer de las suyas) y él me abraza, ambos balanceándonos un poco en el pasillo, fuera del cuarto de nuestra hija.

—Te quiero —susurro—. Me encanta nuestra vida, nuestra familia. Todo lo que hemos conseguido.

—Yo también te quiero. —Su voz es ronca de emoción—. Tanto que a veces todavía me asusta. Pensar que pueda pasaros algo a ti, a Mila o… —Su mano se tensa sobre mi vientre—. O a este pequeñín. Sois mi mundo entero. Todos vosotros.

Nos quedamos ahí un buen rato, simplemente abrazándonos.

Pienso en todo lo que hemos recorrido, desde aquel matrimonio forzado hasta esto. De enemigos a un amor tan profundo que se ha convertido en la base de todo lo bueno que hay en nuestras vidas.

—Te deseo —murmuro contra su pecho.

Él se aparta para mirarme, con una ceja levantada—. Tus padres llegarán en una hora.

Levanto la ceja para imitarle—. Pues será mejor que seamos rápidos.

Su sonrisa se vuelve traviesa—. Reto aceptado.

Llegamos a nuestro dormitorio con una urgencia que sería vergonzosa si no estuviéramos casados y esperando nuestro segundo hijo. Dimitri cierra la puerta de una patada y yo ya estoy tirando de su camisa, desesperada por sentir su piel contra la mía. Me ayuda, quitándosela de un tirón y lanzándola a un lado antes de que sus manos busquen la cintura de mi vestido.

—Eres tan guapa —murmura, besando mi cuello mientras me ayuda a desvestirme—. Tan jodidamente guapa, aún más ahora que

vuelves a llevar a nuestro bebé.

—Tienes que decirlo —le digo. Dios, qué cursi puede ser—. Estoy embarazada.

—Lo digo porque es verdad. —Me guía hacia atrás hasta que mis rodillas chocan con la cama—. Eres lo más bonito que he visto nunca.

Caemos juntos en la cama, entrelazados, enredados en besos desesperados. Su boca encuentra la mía justo cuando su mano se desliza entre mis muslos, y yo ahogo un gemido ante la sensación.

—No tenemos mucho tiempo —le recuerdo sin aliento.

—Tendré que darme prisa entonces.

Y lo hace. Sus dedos trabajan con maestría, sabiendo exactamente dónde tocar y con cuánta presión, sabiendo que así me hará perder la cabeza enseguida. Cuando llego al orgasmo, grito su nombre y su boca ahoga el sonido.

Luego ya está dentro de mí, y nos movemos juntos con la naturalidad de quienes conocen cada suspiro, cada sonido, cada placer del otro.

—Te quiero —jadea contra mi cuello—. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero. Siempre.

Terminamos a la vez, los dos temblando y aferrándonos el uno al otro. Después, nos quedamos tumbados, enredados, respirando entrecortadamente y sonriendo como adolescentes que acaban de escaparse de sus padres.

—Tu padre va a saber exactamente lo que estábamos haciendo —señala Dimitri, con la mano enterrada en mi pelo.

—Probablemente. —Paso los dedos por los pocos pelos oscuros de su pecho—. Hará como que no lo sabe. Es lo que hacen los buenos padres.

Él hace una mueca, como si le doliera—. ¿Eso es lo que debería hacer yo cuando Mila sea mayor? ¿Hacerme el loco?

Me río—. Dimitri, vas a ser el padre más sobreprotector de la historia. Seguro que la encierras en una torre para siempre.

Su brazo se cierra más fuerte a mi alrededor—. No para siempre —dice, indignado, antes de ponerse pensativo—. Quizá solo hasta los treinta.

Me río aún más—. Claro, porque eso es de lo más razonable.

Ambos sonreímos, y aún no me creo que esta sea mi vida. Este hombre. Esta familia. Este amor que comenzó en la oscuridad y, de alguna forma, se ha convertido en lo más luminoso que he conocido nunca.

—Deberíamos vestirnos —digo al final—. Antes de que despierte tu hija y lleguen tus suegros.

Sus brazos se vuelven de hierro a mi alrededor—. Cinco minutos más —dice.

Gimo y empujo de forma poco convincente para separarme de él—. Dimitri, venga ya.

—Por favor. —Me atrae aún más, hundiendo la cara en mi hombro—. Solo cinco minutos más de esto antes de que vuelva el caos.

Me acomodo sobre su pecho, escuchando su corazón. Fuerte y constante, mi sonido favorito del mundo.

—Vale —susurro—. Cinco minutos más.

Y tumbada allí, en sus brazos, embarazada de nuestro segundo hijo mientras nuestra hija duerme plácidamente al fondo del pasillo, me doy cuenta de una cosa.

Ya no estoy simplemente sobreviviendo.

Estoy viviendo. Soy feliz.

Estoy en casa.

EPÍLOGO EXTENDIDO: DIMITRI

Cinco años después

Estoy de pie en el jardín trasero de la finca, observando a mis hijos jugar, y a veces todavía no me creo que esta sea mi vida.

Mila ya tiene seis años, con rizos rubios, ojos azules y una determinación feroz de la que cualquier general se sentiría orgulloso. Ahora mismo le está explicando a su hermano Mikhail, que tiene cuatro años, exactamente cómo se construye un fuerte, con todo lujo de gestos y ese tono de autoridad absoluta que ha *heredado* de mí.

Mikhail, que lleva el nombre del guarda que murió protegiendo a Vera en la habitación segura, porque hay héroes que merecen ser recordados, la ignora por completo. Porque para eso están los hermanos pequeños.

—Misha, tienes que poner las ramas grandes abajo —insiste ella.

—No quiero —responde Mikhail, añadiendo un palito encima de la estructura cada vez más inestable.

Mila pone las manos en las caderas y le lanza una mirada digna de la señora Kozlov—. ¡Así no funciona la física!

Su hermano se encoge de hombros—. Me da igual la física.

—Mikhail Dmitrievich Volkov, escúchame ahora mismo—

Me muerdo la sonrisa. Está usando su nombre completo, igual que hace Vera cuando se desespera conmigo.

Mikhail es idéntico a mí de pequeño: pelo oscuro que se niega a quedarse peinado, ojos grises y afilados, y ya muestra señales de tener mi constitución. Va a ser alto y fuerte, y por lo a menudo que le planta cara a su hermana, probablemente será tan temerario que acabará sacándome canas.

Pero Mila...

Mila se parece a Alexei.

Esa semejanza se ha acentuado a medida que crecía. Tiene el mismo pelo rubio que se le riza en las puntas, los mismos ojos azules tan llamativos. Hasta algunos de sus gestos—la manera en que arruga la nariz cuando se concentra, la forma en que ladea la cabeza al pensar—son completamente de Alexei.

Tenía unos dos años cuando me di cuenta por primera vez, y fue como si me dieran un puñetazo en el estómago. Un recordatorio físico de mi hermano y de su traición.

Me quedé paralizado en el umbral de su habitación, viéndola dormir, y por un instante, vi el rostro de Alexei en lugar del suyo.

Me asustó de verdad.

Pero esto es lo que he aprendido en los últimos seis años. La familia no la hace la biología. La hace el amor.

Mila es *mi* hija. Me llama papá y corre a buscarme cuando tiene miedo. Se sienta en mi regazo para que le cuente historias y me coge la mano cuando paseamos por la ciudad. Tiene mi cabezonería, mi sentido de la justicia y esa protección feroz hacia los suyos.

Cuando me mira, no ve a nadie más que a su padre. Y cuando la miro ahora, ya no veo a Alexei. Veo a Mila. Mi hija. Mi pequeña, que quiere ser médico, superheroína y puede que presidenta, y que se indigna cuando hay injusticias en el patio y llora cuando mueren personajes en los libros.

Nunca le ocultamos la verdad. Cuando fue lo bastante mayor para entenderlo, que fue sobre los cuatro años, Vera y yo nos sentamos con ella y le explicamos (con palabras adecuadas para su edad) que yo no soy su padre biológico. Que fue otro hombre, pero que yo elegí ser su padre. Elegí quererla y criarla.

Mila lo asimiló con una madurez sorprendente, con su carita seria. Luego preguntó—. Pero sigues siendo mi papá, ¿verdad?

—Siempre —le prometí, con la voz apretada—. Siempre y para siempre.

—Bien. —Se subió a mi regazo y me rodeó el cuello con los brazos —. Porque eres el mejor papá del mundo entero.

Y ahí se acabó la conversación.

Ahora, al verla mandar a su hermano pequeño con toda la autoridad de la hermana mayor, noto que Vincent se acerca.

Mi suegro se ha convertido en uno de mis aliados y amigos más cercanos en estos años. Juntos, hemos dirigido ambas familias con justicia, con Vera como socia igualitaria en todas las decisiones. La alianza entre los Volkov y los Ashford es más fuerte que cualquiera de las familias por separado.

—Tiene tus dotes de mando —observa Vincent, asintiendo hacia Mila, que intenta reconstruir todo el fuerte.

—Es un torbellino imparable —respondo, pero en mi voz hay orgullo —. Tiene seis años y ya maneja toda la casa. Hasta la señora Kozlov le hace caso. Ayer intentó reorganizar mi despacho.

—A saber de quién habrá sacado eso —dice Vincent, con sorna.

La puerta trasera se abre y Vera aparece, llevando una bandeja de aperitivos para los niños. Incluso después de siete años de matrimonio, dos hijos y un sinfín de desafíos superados juntos, todavía se me corta la respiración al verla.

Ahora es más guapa que nunca. Es fuerte, segura de sí misma y feliz, cómoda en su propia piel de una manera en la que no lo estaba cuando nos casamos.

Cruza mi mirada y sonríe—esa sonrisa privada que es solo para mí—y me acerco a ella para ayudarle con la bandeja.

—La comida está casi lista —me dice—. Va a ser un caos con las dos familias aquí.

—Siempre es un caos —respondo, besando su sien—. No lo querría de otra manera.

Ella se ríe y llama a los niños para que tomen su merienda, y yo observo cómo Mila y Mikhail dejan la construcción de su fuerte y corren hacia su madre.

Esta es mi vida ahora. Meriendas, construcción de fuertes, peleas entre hermanos y cenas familiares.

Y me encanta cada segundo.



Una hora después, la finca está, efectivamente, sumida en el caos.

El comedor está abarrotado. Por el lado de los Volkov—mis primos que quedan, mis hombres de confianza que se han convertido en hermanos, y sus esposas e hijos. Por el lado de los Ashford—Vincent, Elena y Marcus, las hermanas de Vera, Lydia y Natasha, que han venido a casa un fin de semana desde la universidad, y varias tías, tíos y primos.

Dos familias que antes eran enemigas acérrimas, ahora reunidas para la cena del domingo como si fuera lo más natural del mundo.

El nivel de ruido es increíble. Conversaciones que se solapan, niños riendo y corriendo entre mesas, el tintineo de platos y cubiertos. Es cálido, ruidoso, caótico y perfecto.

Mila se sienta a mi lado, contándome una historia elaborada sobre algo que ocurrió en el colegio con su amiga Anna y una rana que se escapó en clase. La escucho con la misma atención que dedico a las negociaciones de negocios, porque hacer que se sienta escuchada y valorada es muy importante para mí.

Mikhail está sentado en el regazo de Vera frente a nosotros, poniéndose más comida en la cara que en la boca, y ella ríe mientras intenta limpiarle.

—Y entonces la señora Peterson gritó —continúa Mila, sus ojos azules abiertos por la emoción que recuerda—, y la rana saltó al pupitre de Aiden y Aiden se cayó de la silla.

—Eso suena muy dramático —digo con seriedad.

Mila asiente, complacida con mi reacción.—¡Lo fue! Y entonces yo cogí la rana y la metí en el terrario porque nadie más quería hacerlo.

La acerco a mí y la abrazo.—Has sido muy valiente, *moya dochka* —le digo.

Se ilumina ante el elogio.—Eso es lo que dijo Anna. Dijo que era la persona más valiente de toda la clase.

Le beso la coronilla.—Creo que Anna tiene razón.

Vincent se pone en pie entonces, y da golpecitos en su copa para llamar la atención. El salón se va aquietando poco a poco, todas las miradas se dirigen a él.

—Hace siete años —empieza, y ya sé por dónde va. El brindis anual de Vincent se ha convertido en una tradición.—Hice un trato

pensando que salvaría a mi familia. Entregué a mi hija a un hombre al que creía un monstruo en un matrimonio destinado a acabar con una guerra.

Ahora la sala está completamente en silencio, hasta los niños han dejado de moverse.

—Me equivoqué en muchas cosas. —Me mira con un afecto sincero. —Dimitri no es un monstruo, salvo cuando jugamos a las cartas. —Risas ligeras ante eso y yo pongo los ojos en blanco. Vincent es un mal perdedor.—Es un buen hombre —continúa Vincent—, un gran líder y… —su voz se quiebra—. Es lo mejor que le ha pasado a mi hija.

La mano de Vera busca la mía bajo la mesa.

—Y Vera —prosigue Vincent—, mi valiente y fuerte hija que supo transformar una situación imposible en algo hermoso. Juntos han formado una familia, una alianza y una paz que espero que dure generaciones.

Levanta su copa, los ojos brillantes.—Por Dimitri y Vera y la familia que han creado. Prueba de que incluso de la oscuridad puede brotar la luz.

—¡Por Dimitri y Vera! —resuena en la sala, copas alzadas.

Aprieto la mano de Vera y ella me la aprieta de vuelta, y compartimos una mirada que dice todo lo que no podemos decir en voz alta.

Lo hemos conseguido. Hemos sobrevivido.



Después de cenar, mientras el sol se pone y los niños juegan en el jardín bajo miradas atentas, me encuentro en mi despacho junto a Vera.

Ya es nuestro ritual robarnos unos minutos a solas en medio del bullicio de las reuniones familiares. Ella se sienta sobre mis piernas en la silla del escritorio, con la cabeza apoyada en mi hombro, y simplemente respiramos juntos.

—Esto es todo lo que nunca supe que quería —digo en voz baja—. Una familia. Paz de verdad. Tú.

—Yo también. —Desliza la mano por la parte delantera de mi camisa y la abrazo con más fuerza—. Cuando pienso en quiénes éramos hace todos esos años... Éramos tan diferentes. Tan rotos.

No me gusta recordar en quién me había convertido cuando nos conocimos. —Nos hemos arreglado el uno al otro.

—Tú fuiste quien me arregló —me corrige—. Yo solo estaba preparada para sobrevivir. Tú me enseñaste a vivir de verdad.

A través de la ventana, vemos a Mila enseñando a Mikhail y a los primos a trepar al árbol del jardín (sin duda saltándose todas las normas de seguridad que hemos puesto) y me apunto mentalmente supervisar en un minuto.

Pero por ahora, solo abrazo a mi mujer, observo a mis hijos y pienso en el camino que nos ha traído hasta aquí.

La muerte fingida. El matrimonio forzoso. El odio, el miedo y la violencia. Esa lenta y aparentemente imposible caída en el amor. Las batallas luchadas y ganadas, y la familia creada de entre las cenizas.

—¿Alguna vez piensas en él? —susurra Vera.

No necesita especificar a quién se refiere.

—A veces —admito—. Menos que antes. Cuando miro a Mila, ya no le veo a él. Solo veo a nuestra hija.

—Bien. —Me besa la mandíbula—. Porque eso es lo que es. *Nuestra*. Los dos lo son. Esta preciosa y caótica familia es nuestra.

—Nuestra —asiento, y nunca una palabra ha sonado tan adecuada.

Permanecemos en un silencio cómodo durante un instante y luego volvemos al caos. Porque eso es la familia: ese hermoso y ruidoso caos que eliges una y otra vez.

Mila corre enseguida hacia mí, exigiendo que la empuje en el columpio. Mikhail quiere que Vera le ayude a atrapar luciérnagas. Vincent discute de buen humor con Viktor sobre política. Lydia, Natasha y Elena se ríen junto a algunos de mis primos.

Toda la finca está llena de risas y amor.

Y pienso, *Esto. Esto es por lo que luchamos.*

No por el poder, ni territorios, ni venganza.

Esto.

Familia. Amor. Paz. Hogar.

Mientras aparecen las estrellas y los niños por fin empiezan a cansarse, Vera se apoya en mí, contemplando a nuestra familia reunida.

—Lo hemos hecho bien —dice en voz baja.

—Lo hemos hecho mejor que bien —respondo, abrazándola—. Hemos hecho lo imposible.

Y de pie allí, rodeados de la familia que creamos del odio y la guerra, por los hijos que representan esperanza y futuro, y por el amor que brotó incluso en el suelo más oscuro y floreció igualmente, ambos sabemos que tengo razón.

Hicimos lo imposible.

Tomamos un matrimonio forzado concebido para la venganza y lo convertimos en la mayor historia de amor de nuestra vida.

La risa de Mila resuena en el crepúsculo mientras Mikhail la persigue por el jardín, y la mano de Vera encuentra la mía. El aire de la tarde está lleno de calidez y alegría.

Y eso, pienso acercando aún más a mi mujer mientras observo a mis hijos jugar, es la mejor de todas las victorias.

No el imperio que construí ni el poder que ostenté.

Sino esto.

Amor. Familia. Paz.

Hogar.

¿Te han gustado Dimitri y Vera? ***Lea la serie completa aquí.***
